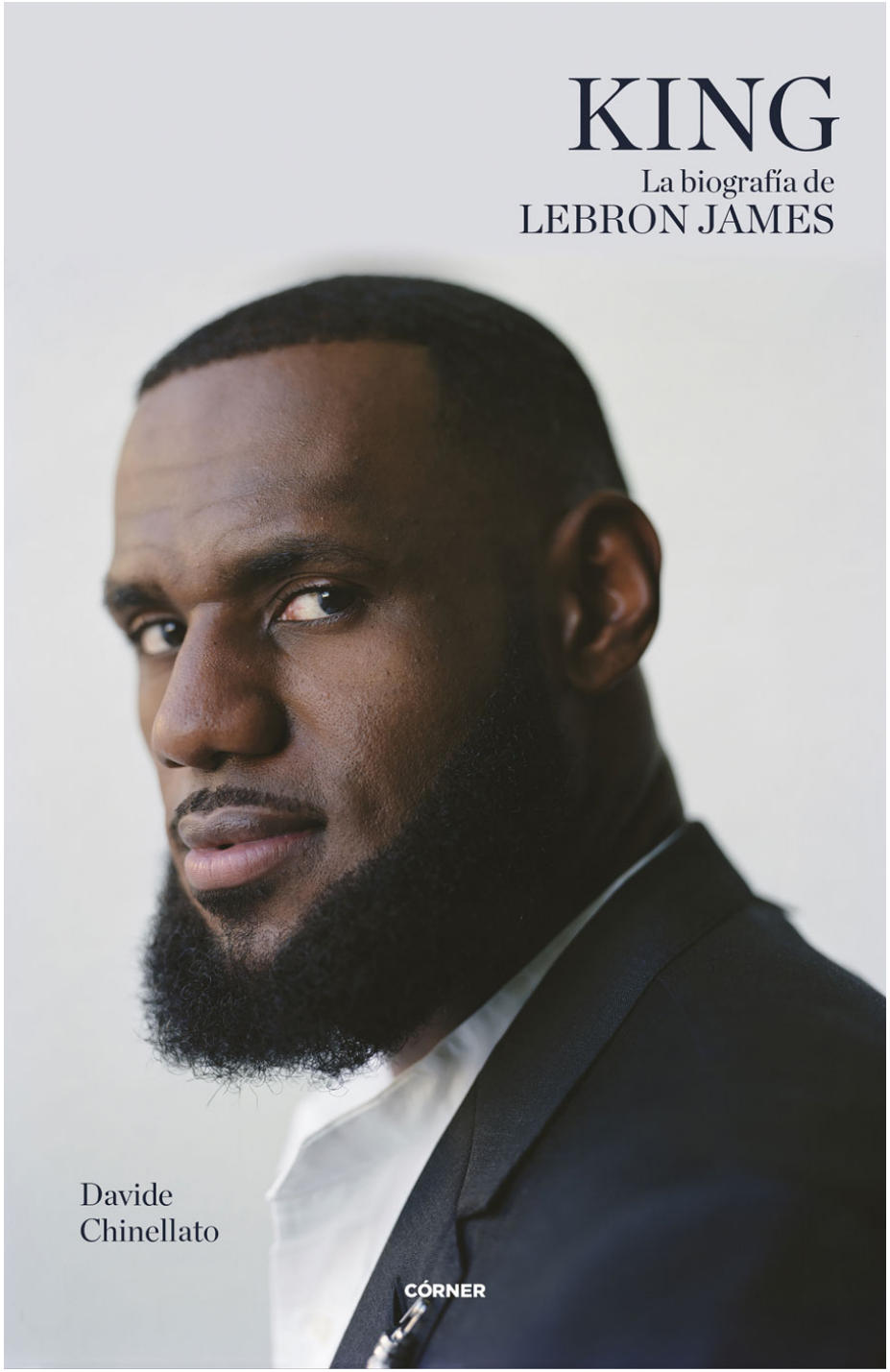
KING

La biografía de LEBRON JAMES



Davide Chinellato

CÓRNER

King

La biografía de Lebron James

Davide Chinellato

Traducción de Paula González

KING. LA BIOGRAFÍA DE LEBRON JAMES

Davide Chinellato

Aunque LeBron nunca lo diga de sí mismo, aunque para él el mejor siempre seguirá siendo Air Jordan, una exestrella de la NBA como Isiah Thomas no tiene dudas: es King James el GOAT, el mejor de todos los tiempos. «Porque nunca hemos tenido un jugador que logre combinar dominio en la cancha con todo lo demás como LeBron. Para lo primero están las estadísticas, y los números nunca mienten: nadie ha tenido su rendimiento y su constancia en todos los aspectos del juego. Así como nadie hizo lo que él por las comunidades con dificultades.»

Por todas estas razones, LeBron James es único. El niño abandonado por su padre y con una madre de dieciséis años, que tuvo una infancia difícil («Vi de todo: droga, homicidios. Era una locura»), pasando por sofás y habitaciones alquiladas, hasta que fue acogido por el entrenador del equipo de fútbol del barrio.

No solo se ha convertido en el mejor del mundo en su deporte, el baloncesto, en un jugador único, «el elegido», sino también en un hombre que ha comprometido su imagen para luchar contra las injusticias sociales. Así cuenta su fuerza imparable: «Un día me dije: si estás tan cansado que ya no sientes las piernas, sigue corriendo; y si sientes que te estás muriendo, corre aún más rápido». Seguro que lo mejor para él, en la cancha y en la vida, está por llegar.

ACERCA DEL AUTOR

Davide Chinellato es un periodista italiano especializado en deportes. Es el jefe de redacción de la NBA para *La Gazzetta dello Sport*. Este es su primero libro, que se ha convertido en un auténtico *best seller* en

Italia.

ACERCA DE LA OBRA

«Un día me dije: si estás tan cansado que ya no sientes las piernas, sigue corriendo; y si sientes que te estás muriendo, corre aún más rápido».
LeBron James

«Espero haberte hecho sentir orgulloso, mi hermano.»
LEBRON JAMES para KOBE BRYANT

Índice

Prólogo

PRIMERA PARTE
A kid from Akron

SEGUNDA PARTE
La NBA

TERCERA PARTE
More than an athlete

Epílogo

Prólogo

Hacer un mate es como volar: natural y liberador al mismo tiempo. Forma parte del baloncesto, y es su jugada más espectacular, la más icónica. Si machacas, es que sabes jugar; si machacas, eres alguien, demuestras algo: quién eres, lo que sabes hacer.

Para un chico que sueña con convertirse en alguien con una pelota de baloncesto en la mano, el primer mate es un rito de iniciación, como cuando te salen los primeros pelos de la barba. Es la puerta a otra dimensión, aquella en la que viven tus superhéroes: Michael Jordan, Kobe Bryant y todos esas figuras que te contemplan botar la pelota cada día desde las fotos que tienes colgadas en las paredes de tu cuarto. Ya puedes vivir en Manila, en una casa de Venice Beach con vistas a las canchas que dan a la playa, o en Nueva York, sobre Rucker Park, el templo del baloncesto al aire libre donde los cracs de la NBA retan a los jugadores de la calle. En cualquier caso, cuando machacas por primera vez, te sientes uno de ellos, te sientes importante. Te sientes preparado. «Un mate no se puede describir. Tienes que sentirlo, estar allí arriba en el aire para darte cuenta de lo que significa. Es como hacerse un tatuaje: si no lo vives, no lo puedes comprender.»

El pabellón de la escuela Riedinger Middle School de Akron (Ohio) está lleno hasta la bandera. Nunca se ha puesto así para el partido de baloncesto entre profesores y alumnos, ideado unos años antes por el profesor de Educación Física James Donald. Es una ocasión para que los chavales afirmen, si ganan, que al menos en la pista mandan ellos; y para los profesores, de enseñar a esos novatos que aún les queda un largo camino por recorrer. Ahí está el palmarés para recordárselo.

Sin embargo, ese día la expectación es mayor de la habitual; tanto que el evento se celebra durante el horario escolar, para que todo el mundo pueda asistir. La tensión se percibe en el ambiente. Por primera vez, los profesores temen la derrota. El equipo de los chicos de octavo grado todavía no ha perdido un solo partido en el campeonato de su categoría. Y todo gracias a ese chaval que destaca sobre los demás, y no solo en altura: su nombre es LeBron Raymone James.

Los profesores le tienen tanto miedo que, para estar seguros de ganarle a él y a su equipo, han pedido refuerzos al departamento de la policía local. Pero la inyección de músculos y el vigor juvenil de los mocetones que se alinean en la pista junto a los profesores no basta; esta vez no. Los chicos dominan; en el descanso llevan una ventaja de veinte puntos. Los profesores sufren, incapaces de contener a LeBron. Será pobre, criado sin padre, con una madre muy joven, con un futuro que es un grandísimo interrogante, pero con la pelota de baloncesto es bueno, muy bueno. En la ciudad, quienes controlan no dudan en asegurar que algún día será alguien en este deporte.

Pero machacar es otra cosa. Por mucho que adore el baloncesto y eche horas tirando a canasta, ni siquiera LeBron es capaz de hacerlo en pleno partido; en realidad, ni lo ha intentado.

¿Llegaré al aro? ¿Lo conseguiré? Son esas dudas que frenan a cualquier chico, a cualquiera que sepa encestar, pero que aún no sepa cómo saltar con el impulso suficiente para conseguir hundir la pelota en el aro. E intentarlo por primera vez en medio de un partido es exponerse, y mucho. Tienes que sentirte preparado; preparado para enfrentarte tanto al éxito como al fracaso.

Comienza el segundo tiempo. Donald, el profesor, bota el balón poco más allá de la mitad de la cancha, pensando cómo hacer daño a la defensa rival. LeBron aprovecha la incertidumbre, le roba la pelota y sale disparado hacia canasta. El profesor es demasiado lento para seguirle. Según se acerca al aro, LeBron siente que ha llegado el

momento.

Corre botando el balón; en la cabeza, la advertencia que los profesores le han repetido todo ese año: si no estudias, acabarás viviendo en la calle. Los mismos profesores a los que ahora se enfrenta. Pero sobre el parqué él es mejor, y ha llegado el momento de demostrarlo.

Ralentiza la carrera y encara el aro.

Primer paso.

«Puedo hacerlo.»

Segundo paso.

«Tengo que hacerlo.»

De repente, el pabellón deja de existir; también desaparece la gente de la grada y esos estudiantes que no dejan de gritar.

Están él y su destino.

Salta con todas sus fuerzas, como si la vida y su futuro le fueran en ese salto. Llega tan alto que las manos vuelan por encima del aro y la mete para abajo.

¡Mate!

El primer mate.

El que lo cambia todo. Porque ahora que sabes que eres capaz, lo podrás repetir tantas veces como quieras. Es la confirmación que buscabas. Puede convertirse en un trabajo, en un modo de salir de tu rincón del mundo, de convertirte en algo que no sea un pobre chaval de Akron.

A LeBron le gustaría despertarse mañana en el instituto, incluso se imagina una vida entre los profesionales de la NBA. Siente que ya pertenece a ese mundo, desde ya. Cuántas cosas pueden pasar por la cabeza de un chico en pocos instantes, mientras vuela por un momento que parece eterno. «Fue algo increíble: ¡saber que era capaz de machacar!»

El partido se detiene durante un segundo, como si todos necesitasen digerir qué acababan de ver. Un chaval que ha machacado. ¡Es cierto, lo ha hecho! Y ese chaval es uno de los nuestros, es LeBron. Pues sí que es

bueno. Puede llegar a ser alguien.

Cuando LeBron vuelve a tierra, recibe una salva de aplausos; con la sonrisa que luce siempre cuando está en la pista con una pelota de baloncesto en la mano, vuelve al centro de la cancha mirando a la cara al profesor Donald: «Os hemos aplastado, ¿eh?», parece decirle.

Los estudiantes han ganado gracias a aquel chico, que, con apenas trece años, ha vivido cosas que ningún niño debería haber visto; han vapuleado a los profesores por primera vez. Gloria, que lo tuvo a los dieciséis años, que apenas consigue darle una comida caliente al día ni comprarle la ropa que necesita un adolescente que crece demasiado deprisa, que ha hecho de todo para mantenerle alejado de ciertos problemas, estará orgullosa de él.

Al final del partido, la gente sale del pabellón poco a poco y se dispersa, satisfecha de haber asistido a un espectáculo extraordinario y con la cabeza ya puesta en sus siguientes quehaceres. Sin embargo, el profesor Donald es plenamente consciente de lo que acaba de suceder.

Pacientemente, espera a que todos se vayan. Cuando está seguro de haberse quedado solo, vuelve al parqué, se acerca a la canasta, corta la red y se la lleva a casa.

PRIMERA PARTE

A kid from Akron

1

El día en que LeBron Raymone James llega al mundo, el 30 de diciembre de 1984, solo hay una persona a quien le importa: su madre, Gloria. «Iba al instituto Central High School de Akron, estaba en el segundo curso y caminaba orgullosa presumiendo de barriga.» Fue solo una aventura, la historia de una noche o poco más con Anthony McClelland, pero a Gloria no se le pasa por la cabeza renunciar a aquel niño que crece en sus entrañas. Para ella, ser madre a los dieciséis años no es una desgracia ni una vergüenza. Y en casa están acostumbrados a ser muchos, pues vive con su abuela, su madre y sus hermanos; ¿qué problema hay en que llegue uno más? Desde que descubre que está embarazada, Gloria siente que el pequeño LeBron forma parte de la familia; que «es» su familia.

Ella aún no lo sabe, pero su caso es uno de muchos: los embarazos entre adolescentes parecen ser casi una plaga social. Las estadísticas dicen que su querido LeBron —sin padre, de madre afroamericana y pobre— tiene muchísimas probabilidades de convertirse en un muerto de hambre. Lo bueno es que la vida te pone las cosas claras desde el principio: si quieres algo, tienes que luchar por ello. A nadie le importa tu futuro, tienes que labrártelo tú; sobre todo en Akron.

Si hay un lugar que parece condenarte desde tu nacimiento ese es Akron. Tal vez no sea el infierno, pero se le parece mucho. Es una ciudad situada al noreste de Ohio, en la parte más pobre de uno de los lugares de Estados Unidos donde la ola de la Revolución industrial, al retirarse, dejó tras de sí pobreza, miseria y, como consecuencia, delincuencia. El bienestar se quedó a unos cincuenta kilómetros de distancia, en Cleveland. En Akron no hay calles comerciales, ni

pintorescos paseos fluviales ni hermosas casas con piscina, nada por el estilo. Solo encuentras decadencia. Es uno de esos lugares donde nada se da por seguro, donde te sientes en peligro incluso cuando paseas por el centro. Si tienes la suerte de tener un techo donde cobijarte de los gélidos inviernos o de los tórridos veranos, así como la fortuna de llegar al final del día sin que nadie te haya disparado, robado o amenazado, y encima conseguir poner sobre la mesa un plato caliente para tu familia, puedes darte con un canto en los dientes.

Vivir aquí es tremendamente difícil, para cualquiera; pero si eres afroamericano, aún más. Te puedes ganar la vida de manera honrada, pero con uno o varios trabajos mal pagados que los blancos no quieren hacer, o caer en la constante tentación de entregarte a las bandas que te ofrecen dinero fácil, protección, quizás algo de droga, pero que a cambio piden poder disponer de tu vida.

Pero no solo has de aprender a mantenerte alejado de las malas calles que abundan en la ciudad; a menudo también debes evitar las buenas. A pesar de todos los Martin Luther King que ha habido a lo largo de la historia, en este lugar los padres aún enseñan a sus hijos a esconderse cuando pasa un coche de policía; es bien sabido que puedes tener problemas con la gente de uniforme si tienes el color de piel «equivocado».

Anthony McClelland forma parte de ese submundo de delincuencia que vuelve inseguras las calles de Akron. Es uno de los muchos jóvenes desorientados que rondan por ahí sin oficio ni beneficio, sin un mañana, con el único objetivo de que el día acabe sin haberse metido en líos. Bien podría dedicarse al deporte, sobre todo al baloncesto, pero su único talento es entrar y salir de la cárcel, con cargos que van desde el robo hasta el incendio doloso. Así que tener un hijo no entra en sus planes. Tiene otras cosas más importantes en las que pensar que esa Gloria a la que conoció por casualidad (una aventura sin importancia) o ese niño que se gesta en su vientre; si ella lo quiere, que se lo quede.

El 30 de diciembre no hay un padre en la sala de espera, impaciente

por ver a su hijo, por saber si está sano o por comprobar si se le parece. Tampoco habrá un padre que lo sujete cuando dé sus primeros pasos ni que se preocupe de que no le falte nada, de que se sienta querido. Solo hay ausencia. No obstante, la ausencia también enseña algo: «Mira, papá, ¿sabes una cosa? No te conozco ni tengo ni idea de quién eres, pero formas parte de aquello en lo que me he convertido. Que no hayas estado ahí es una de las razones por las que he crecido así y soy lo que soy. Es uno de los motivos por los que me pongo tan terco cuando quiero conseguir algo. Si hubiera tenido unos padres normales, dos hermanas, un perro y un jardín cercado, tal vez no tendría tantas ganas de ayudar a los que me rodean».

2

Hickory Street es una calle que sale del centro de Akron hacia el oeste, una franja de asfalto en medio de los árboles que corre paralela a las vías del tren, con las que comparte la maraña de vegetación. Las vías parecen estar ahí desde siempre, y desde siempre marcan la frontera entre una ciudad pobre y su parte más pobre, llamada Boondocks. Quien vive en el centro de Akron evita siempre ese lugar; lo mejor es no pasar allí ni por casualidad. Aquello es una especie de gueto en el que la mayoría de la gente es afroamericana.

Sin embargo, para quien ha nacido y vive allí, ese sitio es su hogar. Un barrio donde vivir no es fácil, en esas casitas de madera que recién construidas ya parecen una ruina, tan viejas como el país, pero en donde tu vecino no es un desconocido a quien te limitas a dar los buenos días cada mañana, sino alguien que, si lo necesitas, te echará una mano: hoy por ti, mañana por mí. El vecino acaba siendo parte de tu familia porque, como tú, se enfrenta a la vida sin ninguna certeza, conquistando día a día el derecho a vivir. «La gente de Akron me ha visto crecer, y yo a menudo también me siento hijo suyo.»

En este barrio tan complicado, al tiempo que protector, vive la familia James; en la última casa de Overlook Place, uno de esos callejones sin salida que se ramifica desde Hickory Street, en apariencia insignificante, pero en el que bulle la vida de sus residentes. Bajo el techo de su casa de madera, de aspecto ruinoso, protegida por grandes árboles que mitigan el ruido de los trenes, y con un establo con cabras y caballos, conviven cuatro generaciones. Una casa a la que, en los primeros días de 1985, Gloria trae al pequeño LeBron. Confía en su familia para salir adelante. Su madre, Freda, peluquera, un hermano mayor y su abuela, a quien

todos conocen en el barrio y a quien llaman Big Ma, están allí para evitar que el mundo se le caiga encima. Por lo demás, ya sabe cómo cuidar de los niños, pues siempre se ha encargado de su hermano más pequeño; claro que ahora se tendrá que ocupar de dos críos, no solo de uno.

Todo cambia en 1987, antes de que el pequeño LeBron cumpla tres años. Big Ma es la primera en irse; pocos meses después, muere Freda: un ataque al corazón el día de Navidad. De un día para otro, para Gloria y el pequeño LeBron la vida se pone difícil, por no decir imposible. Las dos mujeres eran los pilares de la familia; perderlas así, con pocos meses de diferencia, obliga a Gloria a dejar de ser una niña y hacerse adulta. Ahora está sola para criar a aquel hijo que solo a ella le importa.

Sin Big Ma ni Freda es difícil salir adelante. Gloria y sus dos hermanos se aferran a cualquier trabajo para ganarse la vida, intentando, al mismo tiempo, evitar el camino más fácil y seguir siendo honrados. Pero la realidad es descarnada en esta parte de Estados Unidos. «Cuando murió mi abuela, mi madre fue al infierno», cuenta LeBron. El infierno de Gloria es el de no conseguir pagar las facturas a pesar de tener tres trabajos; de hecho, llegó un momento en el que el Ayuntamiento les cortó la calefacción.

Gloria ha intentado ocultar a su hijo el abismo que se cierne sobre ellos, pero, de repente, la realidad exige: «Mi madre nunca tiró la toalla, jamás nos rendimos, incluso cuando hubo días en los que nos preguntábamos si teníamos algún futuro». Gloria añade: «No le deseo a nadie que pase por algo así, ni a mi peor enemigo».

En tales condiciones, resulta difícil mantenerse en el buen camino; de hecho, también Gloria acaba teniendo problemas con la ley; la acusan de múltiples delitos o faltas y acaba pasando siete días en prisión.

3

La gente del Boondocks tiene una norma: si uno de ellos acaba metido en problemas, los demás arrimarán el hombro y le echarán una mano. No con dinero, obviamente, ya que todos sobreviven como buenamente pueden, sino con esa solidaridad práctica tan propia de los barrios pequeños. Aquello hace que se pueda sobrevivir en un lugar donde, en muchas ocasiones, parece imposible.

Así, cuando la familia James pasa frío, sus vecinos, los Reaves, ayudan a Gloria, que necesita un lugar donde dejar al pequeño LeBron mientras trata de apañárselas en un mundo que se desmorona a su alrededor.

LeBron es un niño sonriente y lleno de vida, que ignora todos los peligros por los que su madre pasa para que él no tenga que crecer demasiado rápido. Su madre solo quiere que siga siendo niño, que se centre en jugar y ser feliz con lo poco que ella consigue darle.

Cuando empieza a quedarse con los Reaves mientras Gloria no está, LeBron se da cuenta vagamente de lo que sucede; entiende que deberá crecer más rápido de lo que a su madre le gustaría. «Al mirar a mi alrededor, cuando era un crío, comprendí que no podía ser solo el hijo de mi madre, el pequeño de la casa.» Lo comprende de la manera más difícil y cruel que pueda haber: esperando que su madre vuelva del trabajo para pasar un poco de tiempo con él.

Pero su madre a menudo no vuelve. Con sus tres trabajos, hace malabarismos para conseguir juntar el dinero necesario para pagar las facturas y cuidar del pequeño LeBron. Él la espera impaciente cada tarde, con ese arrebato de melancolía que les entra a los niños cuando están lejos de su madre, y más aún si en este mundo solo la tienen a ella, si nunca han tenido un padre. «Comprendí que tenía que ser una especie

de hermano mayor, aunque no tuviera ni hermanos ni hermanas. Tenía que ser mucho más de lo que correspondía a mi edad, porque mi madre me necesitaba, necesitaba mi apoyo.»

Mientras los padres luchan en sus infiernos personales, los niños de Boondocks intentan vivir su infancia a través del juego. Entre aquellas lenguas de asfalto que ceden el puesto a los árboles y a las casas decadentes, con ese ruido de fondo que hace el tren al pasar y que mide el paso del tiempo, el juego se llama deporte, se llama fútbol americano y baloncesto. Y, obviamente, se juega en la calle. Es todo improvisado, pero con la imaginación los niños consiguen olvidarse de casi todo y transforman cada ocasión en un juego, en un partido, en una diversión.

En la vieja casa de los James, hay una especie de canasta colgada de la pared del establo: dos mesas de madera clavadas una encima de la otra, así como una caja de plástico atada por encima. Un desastre, pero un pequeño tesoro para todos los chavales del barrio. También para el pequeño LeBron. Sus primeros adversarios son los Reaves y los otros chicos de la zona: todos mayores y mejores que él. De hecho, en esos tiempos, nadie lo quiere en su equipo: no sabe jugar y cualquiera puede quitarle la pelota. Un desastre, vamos. En Akron, también el juego entre chicos se convierte en una metáfora de la vida: si quieres algo, has de luchar por ello; si quieres el respeto de los demás, tienes que ganártelo. Para el pequeño LeBron, el respeto de aquellos chicos es, en aquel momento, la cosa más importante del mundo; por eso, cuando los mayores se cansan de machacarlo, él sigue jugando solo, intentando meter el balón en la caja de leche, como hacen aquellos chavales que se ríen de él.

La vida en el sofá de los Reaves no dura mucho. No porque a LeBron no le guste; en realidad, ese ambiente familiar que le ofrecen sus vecinos lo reconforta. Pero todo se acaba porque Gloria no consigue pagar los gastos de la vieja casa de Overlook Place. Está hecha una ruina, sin calefacción, se cae a pedazos y hay que demolerla. Gloria y LeBron se tienen que ir. Comienzan a cambiar de casa a un ritmo frenético, dando

tumbos de un piso a otro, agradecidos con todos aquellos que les ofrecen hospitalidad, aunque solo sea por una noche. Un sofá, un colchón en el suelo, un baño, un plato de sopa caliente, un trozo de pan. No siempre son sitios seguros: «De niño vi de todo: droga, homicidios. Era una locura. Pero mi madre siempre me protegió de todo eso, siempre tuve comida en el plato y ropa que ponerme».

En un solo año, LeBron y Gloria cambian de casa seis veces. Una vez incluso vienen a echarles del apartamento en el que se habían refugiado justo antes de que el edificio fuera demolido. Además de cama, LeBron también cambia de escuela sin parar. Intenta no perder las ganas de sonreír, de jugar, aunque aprende a marchas forzadas lo cruel que puede llegar a ser la vida de quien está contra las cuerdas.

A los siete años, LeBron pierde a una de las pocas referencias masculinas de su infancia: Eddie Jackson. Es un promotor de conciertos que, desde que LeBron tenía dos años, mantiene una relación intermitente con Gloria; fuera como fuera, es lo más parecido a un padre que haya tenido jamás. Ni siquiera Jackson es inmune al terrible mal que sufre la comunidad negra de Akron: los problemas con la ley. En 1991 se declara culpable de traficar con cocaína: le condenan a tres años de prisión. Ahora están solos LeBron y su madre Gloria, quien ya es definitivamente una mujer adulta, obligada a crecer más rápido de lo previsto. Y eso es precisamente lo que no quiere para su hijo. A pesar de que intenta protegerlo del mundo que lo rodea, es difícil darle la estabilidad que necesita sin una casa propia y teniendo que cambiar continuamente de ambiente, sin saber dónde dormirá esa noche o si podrá poner en la mesa una comida decente. Para un niño que crece sin padre y que apenas se acuerda de su abuela y de su bisabuela, es difícil aceptar que su madre no siempre esté cerca: «Cada día me despertaba sabiendo que me tocaba luchar. Estábamos solos mi madre y yo; cada día esperaba poder estar a su lado. Sabía que hacía todo lo posible por cuidarme, pero lo que yo quería era que estuviese en casa, conmigo».

Las noches esperando a Gloria, intentando permanecer despierto para

robarle un abrazo antes de dormirse, pronto fueron el pan nuestro de cada día. «Estábamos en viviendas protegidas, cada noche escuchaba las sirenas de la policía, los disparos. Cosas que un niño no debería oír jamás. Cuando eso ocurre y tu madre no está en casa, te preguntas si esas sirenas son por ella, si esos disparos eran para ella. Cuando mamá no estaba en casa, no podía dormir; oía aquellos ruidos, aquel alboroto. Y esperaba y rezaba que ella estuviera a salvo.»

Viven gracias al subsidio de desempleo; cambiar siempre de piso y de amigos implica también encontrarse en medio de fiestas que duran toda la noche, de estilos de vida caóticos y llenos de vicios. LeBron debe aprender a cuidarse él solito. En cuarto de primaria falta a clase cien de los ciento sesenta y dos días lectivos. Es difícil aprender algo, o entender lo importante que es la escuela, si nunca estás en clase, si cambias de compañeros constantemente y si tu prioridad es sobrevivir. Por la mañana, suele tener que prepararse él solo porque su madre no está y ha de buscar qué comer con los vales de comida que le deja. En el pequeño LeBron crece la sensación de que a nadie le importa qué le deparará el futuro.

4

Con nueve años, LeBron crece a base de comida basura y videojuegos, entre los largos ratos que pasa sin tener mucho que hacer y las noches en el sofá. El niño sonriente de los primeros años se ha convertido en un chiquillo zarandeado por la vida, inseguro y convencido de que lo mejor para no meterse en líos es pasar desapercibido. Para los chavales como él, que han crecido en barrios difíciles, el riesgo de acabar metido en problemas es enorme.

En el verano de 1993, Gloria y LeBron han encontrado el habitual refugio temporal en casa de un amigo, en una vivienda social. Es el enésimo apartamento ruinoso en un edificio ruinoso, uno de esos lugares de los que la gente intenta escapar, pero en los que a menudo queda atrapada.

No obstante, es justo allí, en un aparcamiento cercano, donde LeBron juega al fútbol americano con algunos amigos, y donde aparece un ángel de la guarda llamado Bruce Kelker. Un ángel de la periferia. Es un tipo que en el instituto parecía tener una prometedora carrera como jugador de fútbol americano y que la echó a perder a base de alcohol y drogas. Después de haber tirado por la borda diez años de su vida, se rehabilitó y decidió que debía impedir que otros acabaran como él; Kelker utiliza el fútbol americano como medio de conversión. Decidido y apasionado, da vueltas por los suburbios buscando nuevos jugadores para su equipo, los East Dragons. Le encanta el fútbol americano: de todos los equipos que participan en el campeonato infantil de la ciudad, el que él entrena es el único con un libro de jugadas más gordo que los de la escuela.

Un amigo suyo, que también es padrino de LeBron, le ha hablado del chico, así que va a echarle un vistazo; al fin y al cabo, la suerte también

necesita que se la empuje.

—¿Quién de vosotros es LeBron? —pregunta Kelker a los cuatro que están jugando.

Señalan al más alto de todos.

«Es imposible que este chico tenga solo nueve años —piensa para sí mientras lo escudriña con la mirada. Debe de medir más de un metro sesenta.»

—¿Os gusta el fútbol americano? —pregunta de nuevo Kelker a los chicos, que se le acercan.

Todos afirman, curiosos.

—Estoy buscando un nuevo *runner* para mi equipo —les explica—. ¿Os interesa?

El sí es unánime.

—Hagamos una cosa: vais a echar una carrera y ficharé al más rápido para el equipo.

Kelker marca la distancia, pone a los chicos tras una línea y les da la salida.

LeBron gana de largo. Cuando lo ve en acción, Kelker comprende que ese chico es diferente.

Mientras el *coach* Bruce le explica a su nuevo fichaje lo que se espera de él, Gloria sale de casa, atraída por las voces.

—¿Qué es lo que está pasando aquí? —pregunta con recelo.

En lugares como aquel, conviene huir de los desconocidos. Kelker le explica que LeBron es muy bueno y que quiere que forme parte de su equipo.

—Pero no tenemos dinero, no me lo puedo permitir —le responde ella.

—No se preocupe, yo me encargo de todo; pasaré a recogerlo para llevarle a los entrenamientos —le dice Kelker.

Es la primera señal de esperanza para Gloria y para LeBron después de mucho tiempo. Aunque nunca había jugado en serio más que en los partidos en la calle, LeBron ya es el más rápido, el más fuerte, el mejor

de todos. Hasta tal punto que los padres de los otros chicos se quejan: «¡No es posible que ese niño tenga solo nueve años!». LeBron se lo toma mal; juega muy bien al fútbol americano y no quiere dejar de hacerlo. Antes de los partidos se «encoge» al lado de sus compañeros, intentando no destacar. Solo se deja ver en el campo, cuando todo su talento estalla.

Kelker no es solo el primer entrenador de LeBron; también pasa a ser el adulto más responsable de su vida, al menos en cuanto al fútbol americano se refiere. Es quien se encarga de su equipación, quien cada día acude puntual en coche para llevarle a los entrenamientos, tal y como había prometido. Solo que los James siguen cambiando de piso, encontrando refugio cada vez en casa de otro amigo diferente.

Dos semanas después de que empiece la temporada, Kelker tiene una idea: le pide a Gloria que deje que LeBron se vaya a vivir con él. Ella es reacia, no quiere que su hijo se vaya a vivir con un adulto a quien acaban de conocer. Así que Kelker le propone que también ella se vaya a vivir con ellos. Tiene un apartamento que comparte con su novia, pero para ellos dos puede implicar cierta estabilidad.

Con el tiempo, Gloria decide ayudar como buenamente puede: contribuye al alquiler con una parte de su subsidio de desempleo y se ofrece a cocinar hamburguesas todos los miércoles. Como no puede pagar la cuota de inscripción de LeBron, echa una mano en el equipo: acude a los entrenamientos y hace algún trabajillo, como rellenar las botellas de agua y poner un poco de orden. «Los pies de aquel chaval apestaban como ninguno, y se sentaba a la mesa como si fuera un trono», cuenta Kelker.

Mientras LeBron hace maravillas en el campo de fútbol, él y su madre encuentran la estabilidad que tanto tiempo llevaban buscando.

Pero tampoco esta vez dura mucho, porque en cuanto termina la temporada, la novia de Kelker exige que Gloria y LeBron se vayan del piso. Así que la primera brizna de esperanza parece estar a punto de volatilizarse.

Si no lo hace, es gracias a Frank Walker y a su mujer, Pam. Cuando ya

no pueden seguir viviendo con Kelker, el *coach* Bruce le habla de LeBron a su amigo Frank. Este tiene un trabajo corriente, de nueve a cinco en la oficina de políticas de vivienda de Akron; pero, al igual que Kelker, entrena equipos de chavales, tanto de fútbol americano como de baloncesto, y está buscando nuevos miembros para su equipo de básquet.

Walker invita a LeBron a su casa, le pide que eche un partido contra uno de sus tres hijos, Frank Jr., el mayor. LeBron nunca ha jugado un partido de verdad, solo con sus amigos, cuando intentaba encestar en la caja de plástico sujetada con cuatro clavos en Overlook Place. El hijo de Walker es sin duda más fuerte y experto que él. «Hasta aquel momento, LeBron nunca había jugado de verdad al baloncesto —recuerda Walker —. Mi hijo le ganó, pero se podía ver que tenía talento y que podía llegar a ser alguien.» Frank Jr. acabó ganando 21-7; a pesar de que la mayor parte de los tiros de LeBron no eran muy atinados que digamos, a pesar de que el *dribling* dejaba mucho que desear, Walker comprendió que aquel chico podría ser algo más que uno de los muchos vagabundos que se ganan la vida como pueden en las calles de Akron. Así pues, lo acoge en su equipo y le propone a Gloria que le deje vivir con él. Esta recuerda: «Fue la decisión más difícil de mi vida, pero también fue la mejor. En aquel momento, LeBron necesitaba estabilidad. Fue muy duro dejar que se fuera, pero sabía que no estaba decidiendo por mí, sino por él. Tenía que pensar primero en él».

El acuerdo con los Walker es claro: LeBron vivirá con ellos durante la semana y pasará los fines de semana con su madre. «Los Walker fueron la primera experiencia real de una familia que haya tenido jamás.» LeBron comparte cuarto con Frank Jr. en la casa que la familia tiene en las afueras. Experimenta por primera vez lo que significan las normas: cada mañana, despertador a las 6.30 para ir a la escuela, obligatorio acabar los deberes antes de ir a entrenar, limpieza del baño en semanas alternas; y por la noche, todos reunidos en la mesa para cenar.

Walker, el entrenador, se convierte en otra figura paterna para

LeBron, parte fundamental en su crecimiento. Los Walker le dan a LeBron la estabilidad que siempre le había faltado; ahora sabe lo que debe hacer, lo que se espera de él, recibe ayuda cuando la necesita. «Me hacían levantarme todos los días para ir a la escuela, incluso cuando no quería ir. Era la primera vez que vivía en una familia; fue una experiencia estimulante. Había una madre y un padre, tenía un hermano y dos hermanas. Me abrió los ojos, me hizo comprender cómo era la vida.»

El encuentro entre LeBron y el baloncesto fue una especie de amor a primera vista, como si aquel chiquillo que buscaba una dirección y aquel deporte con el balón naranja hubieran comprendido que estaban hechos el uno para el otro. «Su mejor talento es que aprende rápido: le enseñas una cosa una o dos veces, y esta pasa de inmediato a ser parte de él, de lo que sabe hacer. Aprende realmente deprisa», recuerda Walker. Tras un mes de entrenamientos, LeBron es ya un jugador más, parece que lleva años con la pelota en las manos. Se empapa de los movimientos que le enseñan y los interioriza de manera que le resultan tan naturales como caminar o respirar. Es capaz de realizar jugadas y ejecutar tiros como si fuera un chico mayor. Walker lo mete en el equipo de chavales de su edad, y le pide que haga de asistente para el equipo de los que tienen un año menos, convencido de que entrenarlos acelerará su evolución como jugador.

La influencia que Walker ejerce en LeBron va más allá del baloncesto: «Me ofreció un refugio, me puso comida en el plato». En un año, LeBron cambia por completo. Ahora es un estudiante modelo: no pierde ni un día de escuela, hasta el punto de ganar el premio como alumno que menos ha faltado a clase en ese curso. Pasa de ser el último de la clase a tener una media de notable. Ya no cambia continuamente de un piso a otro, del sofá de un amigo al colchón en el suelo de otro apartamento. Tiene una casa fija, un lugar que puede llamar «casa». Sabe que tendrá un plato caliente esperándole, que su madre está bien y que alguien se ocupa de él. «Frankie Walker me cambió la vida.»

Walker fue su primer entrenador de baloncesto. Él fue el primero en detectar su talento, quien le hizo jugar en un equipo, quien comprendió que aquel chico que con solo nueve años era ya el más alto del barrio tenía el potencial de llegar lejos, de salir del gueto. «Frank no vio en mí solo un talento deportivo, sino que antes de nada vio a un muchacho que necesitaba ayuda, apoyo para crecer. Y me lo dio.»

Walker no solo comenzó a modelar a LeBron como futura estrella del baloncesto, sino que les dio a él y a su madre un hogar. Los salvó de la calle, de aquella vida nómada que le estaba robando la infancia a ese chico talentoso.

«Nunca olvidaré lo que los Walker han hecho por mí, en especial Frank. No recibe el reconocimiento que se merece, porque es una persona muy tranquila y reservada, pero fue el primero que me dio una pelota de baloncesto y uno de los primeros que mostró interés por mí.»

Pero eso no es todo: Walker transforma a LeBron en un buen estudiante y le da a su madre la oportunidad de volver a ponerse en pie. Ahora que sabe que su hijo está en un sitio seguro, Gloria, que ya tiene veinticinco años, puede dedicarse por fin a construir una familia de verdad. Puede buscar un trabajo por semana y pasar los fines de semana con él sin preocuparse de dónde dormirán esa noche.

El año y medio con los Walker supone un cambio completo para LeBron: deja de ser el hermano mayor de su madre, ya no tiene que preocuparse por las cosas de los adultos y puede concentrarse en la escuela. Puede volver a ser un niño sonriente que juega con sus amigos y que encuentra en un balón de fútbol americano o en una canasta el pasatiempo que poco a poco se convierte en una magnífica obsesión.

5

Las calles de Akron son peligrosas para un crío de diez años. Están llenas de tentaciones, de peligros, de ocasiones para meterse en un callejón equivocado del que no te será tan fácil salir. LeBron ha pasado por ellas constantemente a lo largo de su infancia y adolescencia. «La bicicleta supuso un gran cambio para mí. No era solo la manera de ver a los amigos y jugar al baloncesto, también era un estilo de vida. Era la única manera que tenía de moverme por la ciudad: si quería quedar con amigos, ir al colegio, jugar al baloncesto… ¡Todo! La bici era mi mundo.» En el Akron de los años noventa resulta habitual ver a LeBron sobre las dos ruedas. «La bicicleta me abrió muchas puertas, me permitía ir a sitios seguros para mí al salir de la escuela; me dio acceso a oportunidades a las que, si no hubiera tenido cómo desplazarme, jamás hubiera llegado.»

LeBron está muy bien dotado para el deporte. El baloncesto y el fútbol americano son, para él, algo natural, y cuanta más estabilidad tiene en su vida, más puede pensar en el deporte. Bajo la atenta mirada de Walker, ese chico al que descubrieron por casualidad no tarda en convertirse en alguien de gran talento y que parece tener un potencial ilimitado. Entra en los equipos locales, se convierte en la estrella del Summit Lake Community Center, uno de los centros juveniles con los que una ciudad como Akron cuenta para mantener a los jóvenes alejados de la calle y que se mantienen en pie gracias a personas como el *coach* Walker. Así, LeBron conoce a Dru Joyce III. Es el mejor jugador del Ed Davis Community Center, el centro juvenil rival. Se encuentran en las finales de todos los torneos. Y no siempre gana LeBron. Pero en aquellos interminables partidos de baloncesto, en los que sueña estar jugando las

Finales de la NBA y no un simple torneo municipal, se forja una sólida amistad entre LeBron y Dru. Deciden entrenar juntos, en el pabellón del Ejército de Salvación, donde hablan de Michael Jordan y sueñan con una vida de estrellas del fútbol americano o del baloncesto; obviamente, lejos de Akron. Además de Frank Walker Jr., Dru es el primer amigo que tiene LeBron en su vida. Un amigo de verdad. Dru tiene sus mismas ambiciones, sus mismos sueños.

LeBron y Little Dru acaban jugando juntos en el Northeast Ohio Shooting Stars, un equipo que participa en los torneos de verano reservados a los chicos de diez años. Los entrena Dru Joyce II, el padre de Little Dru. Uno de los primeros consejos que le da a LeBron es el de aprender a pasar el balón: «Dominaba los partidos, no hacía más que meter canastas, pero los demás compañeros del equipo se quedaban mirándole inmóviles. Le dije que, si pasaba la pelota, los demás chicos querrían jugar con él, se desvivirían por ayudarle. Y él haría que fueran mejores». LeBron siempre fue rápido a la hora de aprender de sus entrenadores, y también esta es una lección que memoriza con rapidez. «Para mí, el *coach* Dru no fue solo un entrenador, quien me enseñó a jugar de la manera correcta. También fue una figura paterna que me ayudó a comprender que en la vida hay mucho más que el baloncesto, que podía usar el deporte para crear otras cosas, para la vida. Aunque quizá tardé un poco en comprenderlo.»

El equipo necesita un jugador grande y con buen físico, y Joyce lo encuentra en Sian Cotton: juega, y bien, tanto al fútbol americano como al béisbol, y aunque no tiene experiencia en una pista de baloncesto, se las apaña. Acaba formando equipo con LeBron y Dru, y los tres se convierten en la referencia de un equipo que se clasifica para las finales nacionales del torneo infantil en el que participa. Van todos juntos a Cocoa Beach, en Florida, y terminan novenos de los sesenta y cuatro equipos participantes. Toda una revelación.

Cuando regresan a Akron hacen un nuevo amigo: Willie McGee. Acaba de mudarse a la ciudad desde Chicago, para vivir con su hermano

mayor. Es bueno jugando al baloncesto y enseguida hace buenas migas con LeBron, Dru y Sian. Incluso se denominan los Fab Four, «los Cuatro Fantásticos». Crecen juntos, se enfrentan juntos a los retos que cada chico debe afrontar en la pubertad, cuando la infancia cede poco a poco espacio a la adolescencia. Y se hacen una promesa: irán juntos al instituto, con la idea de jugar al baloncesto en el mismo equipo y hacer que sea algo épico.

Mientras tanto, LeBron ha dejado la casa de los Walker, porque su madre por fin ha encontrado un lugar donde vivir. Se trata de un apartamento en Spring Hill; no es ningún palacio, es una vivienda social en uno de los barrios más pobres de la ciudad. Pero cuesta veintidós dólares al mes de alquiler gracias al subsidio que Gloria recibe. Y es lo que puede permitirse. «Sabía que mi madre estaría allí todos los días; y con eso me bastaba.»

A pesar de ser pequeño, el apartamento cuenta con dos habitaciones. LeBron tiene por fin un espacio solo para él, un lugar en el que dar rienda suelta a la imaginación y en el que soñar con convertirse en uno de aquellos fenómenos cuyos pósteres tiene colgados en las paredes: Michael Jordan y las estrellas del fútbol americano. Soñar es la única cosa que se puede hacer sin problemas, incluso en un lugar como Akron.

«Mi madre me había dado las llaves de casa, que llevaba colgadas del cuello como un collar. Para mí era la cosa más bonita del mundo: tener las llaves de un lugar que era mío. Aprendí a ser responsable.» LeBron trata las llaves con el mismo cuidado con el que maneja el balón de baloncesto: son un tesoro que proteger, del que cuidar, que no hay que perder por nada en el mundo. Porque abren las puertas de aquel refugio que no tuvo durante gran parte de su infancia. Un refugio que compartir con los amigos, una manera de comenzar a devolver todo lo que había recibido del vecindario de Akron en los años en los que él y su madre vagaron de un sofá a otro, de un cuarto de invitados al siguiente, a la espera de arribar a puerto seguro.

6

Después de que LeBron haya llevado por primera vez a la victoria a sus compañeros en el partido anual entre profesores y alumnos de la escuela media Riedinger Middle, convirtiéndose en el héroe de los estudiantes al haber hecho con trece años su primer mate, parece que todos en la ciudad están pendientes de su elección de instituto. Porque ese chico que creció sin un padre se ha convertido, de la noche a la mañana, en el talento del que todos hablan, en un pequeño fenómeno que puede llegar a ser alguien, vivir una vida mejor e irse de Akron; pero, mientras tanto, que dé fama y victorias a las escuelas locales.

La elección más clara para él parece ser el John R. Buchtel High School, un instituto público, con alumnado predominantemente negro, y famoso por su programa de baloncesto. LeBron es afroamericano, un hijo orgulloso de esa comunidad que, incluso en los momentos más difíciles de su vida, nunca dejó de apoyarle. Parece inevitable que sea la nueva estrella del John R. Buchtel High School, que contribuya al éxito de su histórico programa.

Pero ahora LeBron tiene amigos; aquella familia que no tuvo nunca hasta que se fue a vivir con los Walker. Después de su madre, las personas más importantes en su vida son Dru, Sian y Willie. En la escuela media hicieron un pacto: pasar juntos los años del instituto, jugando al baloncesto en el equipo del centro, transformándolo en un conjunto ganador, como habían conseguido hacer con tanta maestría en el equipo infantil, el que entrenaba el padre de Little Dru. Querían crecer juntos y ser fuertes como Jordan, explosivos como Kobe Bryant, rompedores como Allen Iverson, imparables como Tracy McGrady.

Para ellos, escoger instituto no significa dar con el mejor centro

educativo, sino elegir el equipo en el que juntos puedan intentar cumplir sus sueños.

El John R. Buchtel High School no es para ellos: así se lo hace notar Little Dru. Teme que, si van a ese instituto, él no conseguirá entrar en el equipo. Cree que es demasiado bajo, visto que apenas supera el metro cincuenta de estatura. Así que convence a sus amigos para que se decanten por otra opción y se matriculen en un centro que no habían considerado: el St. Vincent-St. Mary: «El lugar donde todos los sueños se hicieron realidad».

Ese instituto situado en lo alto de la colina, en las afueras de la ciudad, no le resulta nuevo a LeBron. Queda cerca de la casa de Hickory Street, cerca del Boondocks. Su campo de fútbol americano era una atracción irresistible para un niño que había encontrado su pasión en el deporte. Los viernes por la tarde, cuando las instalaciones se encendían con luces brillantes y el equipo del St. Vincent-St. Mary saltaba al campo, LeBron y sus amigos se colaban para ver a los chicos mayores jugar a aquello que ellos tantas veces habían intentado en la calle; soñando con jugar allí. Ahora que han decidido matricularse en aquel instituto, el sueño está a punto de hacerse realidad. «En este país, cuando eres negro y pobre, tan solo te queda soñar mucho. Pero nunca piensas que esos sueños puedan cumplirse. Cuando pisé el instituto, pensé por primera vez que lo que había imaginado tantas veces podría suceder.»

LeBron mide ya más de un metro ochenta cuando entra por primera vez como estudiante en el St. Vincent-St. Mary en el otoño de 1999. Todo su mundo cambia de un instante para otro.

St. V., como lo llaman cariñosamente en Akron, es un pequeño centro privado, muy católico, con equipos de baloncesto y de fútbol americano (el orgullo del instituto), además de un equipo de golf. Cuesta ocho mil dólares al año; esa es una de las razones por las que es una institución preferentemente blanca, pero hay becas para aquellos estudiantes pobres que se han ganado a pulso aquella ayuda económica. «Nunca me había

relacionado con blancos. No sabía nada de su cultura, si era como la nuestra o completamente diferente.» Para un chico negro, que había crecido en la parte más pobre de la ciudad, los blancos son los agentes de policía de los que hay que esconderse cuando aparecen en sus coches patrulla, con las sirenas que resuenan en la oscuridad en busca de un pretexto para que acabes metido en un buen lío. Los blancos viven en otro mundo distinto del que vive un chico como LeBron. Viven en otra parte, llevan una vida diferente, son esos que aparecen en las películas o en la tele. Mientras no tienes nada que ver con ellos, hasta que no entran en tu mundo diario, es casi como si no fueran reales. «Cuando crucé las puertas del comedor por primera vez, miré a mi alrededor y pensé que podía tener problemas. No me arrepentía de la elección, pero me di cuenta de que iba a ser difícil adaptarse.»

Sin embargo, las dudas del primer día pronto se desvanecen. Esta vez, LeBron consigue aquello que hasta entonces tanto le había costado alcanzar: se adapta, se integra. Al fin y al cabo, está en el instituto con sus tres mejores amigos; y están todos allí con un objetivo: no para meterse en líos, ni para escribir el enésimo capítulo del eterno enfrentamiento entre blancos y negros, sino para perseguir sus sueños en el deporte. En la cancha de baloncesto y, precisamente, en el mismo campo de fútbol americano donde LeBron, de niño, se colaba con sus amigos para ver al equipo jugar.

En el deporte hay dos dimensiones temporales: el presente del partido y el futuro del próximo encuentro. En baloncesto y en fútbol americano, hay una dimensión que prevalece sobre las demás: la promesa de una salvación, de una nueva vida. Una promesa que LeBron y sus tres amigos quieren mantener. En ese grupo tan compacto entra también Romeo Travis, un chico que, al igual que ellos, tiene muchos sueños y ha escogido St. V. para jugar al baloncesto. Imposible no hacer buenas migas con él; por eso los Fab Four pasan a ser los Fab Five. Pero su objetivo no cambia: jugar al baloncesto y ganar. Como amigos, como inseparables compañeros de vida.

El 3 de diciembre de 1999, por primera vez LeBron salta a la pista con los Fighting Irish, el nombre del equipo del instituto. Anota 15 puntos, atrapa 8 rebotes y reparte un par de asistencias. Es una revelación, porque LeBron y sus amigos, juntos, son una apisonadora. Juegan mejor que nadie, hacen aquello que se habían prometido hacer. Los entrena Keith Dambrot, que había guiado a los Fab Four durante su último año en la escuela media, en un equipo infantil. Dambrot cuenta: «Recuerdo un entrenamiento de LeBron durante su primer año en el instituto: había recibido la pelota cerca de la línea de fondo, pero se había dado cuenta de que dos rivales se le venían encima. Sin mirar, pasó el balón al compañero que estaba libre cerca de la canasta. No es algo que suelan hacer los adolescentes, y mucho menos los de primer año de instituto. Es algo raro, solo lo hacen los profesionales. En aquel momento entendí que aquel chico iba a llegar a la NBA».

Los Irish inician un viaje triunfal, histórico, por el mundo del baloncesto de instituto de Ohio. En aquella primera temporada con LeBron ganan 27 partidos de 27. LeBron anota 18 puntos de media, lleva al equipo a la victoria del título del estado. En la final, contra los Jamestown Greenview, LeBron suma 25 puntos, 9 rebotes y 5 asistencias, y es elegido MVP del torneo. Asimismo encuentra un tutor, Chris Dennis, que se preocupa por ayudar a los chicos de Akron a los que la vida les ha mostrado demasiado pronto lo dura que puede llegar a ser; chicos como LeBron. Pronto se convierte en otra de esas figuras masculinas, otra de esas pequeñas partes de un padre, que LeBron ha buscado toda la vida.

Es también quien le ayuda a despegar. Tras su segundo año en el instituto, después de otra temporada en la que los Fighting Irish ganan un segundo título, liderados por James y sus amigos, Dennis muestra a Sonny Vaccaro un vídeo con las virguerías de LeBron sobre el parqué. Vaccaro es un exdirigente de Nike que organiza el ABCD Basketball Camp, el encuentro de los jóvenes con más talento de Estados Unidos que se celebra desde 1984. «LeBron era como Michael Jordan. Y Michael

Jordan no puede actuar en un teatro cualquiera de ciudad: ha de estar en Hollywood», afirma Dennis. Vaccaro queda encantado; ese verano, LeBron recibe una invitación para acudir a su *training camp*.

7

En el ABCD Basketball Camp de 2001 LeBron deja de ser solo la esperanza de Akron (Ohio) y se convierte en un portento nacional, en un alumno de instituto que está bajo los focos de los *scouts* de las universidades y de la NBA. Todos se preguntan lo bueno que puede llegar a ser aquel chaval que viene de una escuela desconocida de uno de los rincones más pobres del país. «Fue como una aparición mística, ese chico de Ohio que nadie conocía y que se plantó de improviso en la escena nacional», recuerda Vaccaro.

Esa pretemporada lo cambia todo, porque LeBron domina el juego contra los mejores jugadores de Estados Unidos de su generación. En lo que a talento se refiere, va por delante. Lee el baloncesto como nadie. En la cancha sabe hacer de todo: machaca, tiene el físico necesario, anota todo lo que quiere, siempre encuentra la forma de hacer lo correcto, ya sea asistir a un compañero libre de marca o acabar la jugada él mismo. Hechiza a los organizadores, ojeadores y profesionales que pasan a verle. Se convierte en una revelación. Se convierte en el «Next», la próxima estrella, como afirma la cadena ESPN, punto de referencia del deporte estadounidense. Después del *training camp*, todos hablan de él.

Y pensar que LeBron llegó allí como uno más. Sí, Vaccaro había quedado estupefacto con sus jugadas, pero en el vídeo no había nada que distinguiese a aquel chico de Akron de los otros talentos invitados, de aquella colección de sueños, ambiciones y esperanzas reunida a las afueras de Nueva York en el verano de 2001. Quien era el centro de atención era Lenny Cooke, un chaval de Brooklyn, considerado el mejor baloncestista adolescente de Estados Unidos, y no solo porque en el

training camp del año anterior hubiera ganado el premio al mejor jugador. Lo siguen todos los ojeadores de las universidades, los *scouts* de la NBA. Se le considera una pequeña estrella, un futuro fenómeno. Pero en el partido final del *training camp*, LeBron lo aniquila. Es más, lo humilla en la acción decisiva: le roba el balón y se dirige a canasta en una acción similar a aquella en la que, unos años antes, en el partido entre profesores y alumnos del tercer año de la escuela media, había robado la pelota al profesor Donald y se había ido solo a la canasta para hacer su primer mate, ese que le convenció de que era realmente bueno; aquella jugada con la que todo Akron comenzó a creer en él. Esta vez no es solo la ciudad en la que ha crecido la que se fija en él. Esa acción, ese enfrentamiento desigual con el jugador que hasta aquel balón robado había sido el punto de referencia para los chicos de su edad, catapulta a LeBron a una nueva dimensión, al escenario nacional, siempre hambriento de nuevas promesas y nuevos aspirantes a héroe.

Ese verano LeBron conoce a Michael Jordan, su ídolo: «Fue como conocer a Jesús. Era la fotografía de cómo me imaginaba a Jesús». Sucede en Chicago, en el estadio de los Hoops, un lugar conocido por ser la «casa de verano» de diferentes profesionales, adonde LeBron había ido para entrenarse. Cuando está a punto de entrar, llega al aparcamiento el Ferrari rojo de Jordan. Tiene treinta y ocho años, hace tres que ha terminado la carrera con los Bulls, pero se mantiene en forma. Poco después de ese encuentro, tras el 11 de septiembre, volverá a jugar con los Washington Wizards. «Era como si caminase en el aire mientras se dirigía hacia mí. Parecía que sabía quién era yo, me saludó y me dijo que continuase así.» LeBron incluso acaba en el parqué con Michael Jordan, Ron Artest y los otros profesionales que acuden al pabellón ese día, por lo que consigue llamar la atención. «Para un chico de Akron, sin un dólar, sin un padre cercano, que necesitaba una fuente de inspiración, Jordan era la persona adecuada. Quería tirar como él, calzarse las *zapas* como él. Y quería que un día los niños me mirasen como yo le miraba a él.»

Cuando LeBron vuelve a clase, todo es diferente. Ya no es el chico de Akron, ni el primer estudiante de segundo año en ser nombrado Mister Basketball en la historia de Ohio, honor que había recibido en la primavera de 2001, tan solo unos meses después de que el resto del país lo descubriera. Ahora es el nuevo fenómeno del baloncesto, del estadounidense primero y del mundial después. Cuando vuelve al instituto para cursar su tercer año, nadie duda de que su futuro está en la NBA; y como protagonista, no como un figurante. «Si fuera uno de los *general managers*, solo habría cuatro o cinco jugadores de la NBA que no sacrificaría para coger de inmediato a LeBron», dice en el invierno de 2002 Danny Ainge, en un paréntesis tras haber entrenado a los Phoenix Suns y en espera de convertirse en directivo plenipotenciario de los Boston Celtics.

De pronto, el pabellón de St. Vincent-St. Mary se queda pequeño para contener todo ese entusiasmo, para todos aquellos que quieren ver a LeBron en acción. Los partidos en casa de los Fighting Irish pasan a celebrarse en el James A. Rhodes Arena, el pabellón deportivo de la Universidad de Akron que puede acoger a hasta 5100 espectadores. Ver a LeBron y a sus Irish pasa a ser lo más interesante que se puede hacer en la ciudad, el evento que uno no se puede perder por nada en el mundo. Antes de que empiece el campeonato, el instituto vende 1750 abonos para toda la temporada; en los partidos hay una media de asistencia de 4075 espectadores, más del doble de los del equipo de la Universidad de Akron, dueña de las instalaciones. Hinchas, apasionados, ojeadores profesionales y simples curiosos: todos están allí por él, por LeBron James, el hijo sin padre, y a menudo sin casa, del que todos ahora quieren un pedazo.

Aun así, para LeBron no ha cambiado nada. Tan solo ha cambiado el entrenador de su equipo, que en el tercer año es Dru Joyce II, el padre de Little Dru. A Dambrot, su entrenador de los primeros dos años, lo ha llamado la Universidad de Akron, también con la pequeña esperanza de que, en lugar de ir a la NBA, LeBron decida continuar estudiando en la

universidad y siga en casa para jugar al baloncesto. También es muy bueno en fútbol americano y sigue jugando con el equipo de St. V., pero para todos está claro, sobre todo para Gloria: su futuro está con un balón naranja entre las manos. LeBron no siente la presión; ser el centro de atención no le causa ningún problema, no se le sube a la cabeza ni hace que cambie quién es o lo que quiere ser. Su mundo sigue girando en torno a su madre. «Ella lo es todo para mí; siempre lo ha sido.» Por ella LeBron quiere llegar a ser alguien, para cuidar de ella como esa mujer hizo con él durante muchos años, cuidando de que no le faltase un techo sobre la cabeza ni un lugar donde dormir, aunque para ello tuviera que trabajar hasta tarde y alguien más tuviera que ocuparse de él. A la vida de LeBron vuelve también Eddie Jackson, cada vez más figura paterna, cada vez más punto de referencia masculina junto con los muchos entrenadores que LeBron ha tenido y que le han ayudado a convertirse en el fenómeno al que ahora todos admiran. LeBron lo llama «papá»; aunque sabe que él no es su padre biológico, lo considera como tal.

Sus otros puntos de referencia son sus amigos, los Fab Five, los que comparten su mismo sueño, con los que habla durante horas sobre cómo imitar a Jordan, a Bryant, a los grandes del baloncesto cuyos pósteres tiene colgados de la pared. Dur, Sian, Willie y Romeo son los hermanos que nunca ha tenido, con los que comparte cancha; amigos de verdad con los que pasar cada minuto de cada día, cada momento libre, con los que compartir el éxito sobre el parqué, pero también las ganas de salir del gueto, de ganar dinero, de marcharse de Akron. De alzar el vuelo.

8

Mientras en Salt Lake City se celebran los Juegos Olímpicos de Invierno, el 18 de febrero de 2002, la biblia del deporte norteamericano, *Sports Illustrated*, suelta una bomba que conmociona al baloncesto mundial. Aquel día, en la portada de los tres millones doscientos mil ejemplares enviados a los quioscos, aparece la sonrisa de un chico. Es LeBron James, y el semanal lo anuncia al mundo como *the chosen one*, «el elegido», la nueva figura del baloncesto. El nuevo Michael Jordan. Para la revista, ese muchacho es más interesante que los Juegos Olímpicos, hasta tal punto que ha mandado a uno de sus periodistas a Akron a conocerle a él, a Gloria, a Eddie, a los Fab Five y a todo su entorno. «LeBron James es tan bueno que ya está considerado el heredero de His Airness», sentencia el artículo. Las fotos de la portada se toman en los vestuarios de St. Vincent-St. Mary; en ellas, LeBron luce la camiseta de sus Fighting Irish y su sonrisa de chico ingenuo pero familiarizado con la presión y con la idea de que se le considere una estrella. Aunque parece que no es ni mínimamente consciente de lo que está a punto de suceder.

Grant Wahl, el periodista que propuso el reportaje a su editor tras haber oído hablar de LeBron, acompaña al chico y a sus amigos a un partido de los Cavaliers en Cleveland, y basa el artículo en aquello que ve y oye hablar durante el viaje y en los encuentros en los pasillos del Gund Arena, la casa de los Cavs. Los contrincantes de esa tarde son los mismísimos Washington Wizards de Jordan, a quien LeBron saluda tras el partido como si fuesen viejos amigos. Se conocen desde hace un tiempo, ya que, desde el primer encuentro en Chicago, un año antes, han tenido varias ocasiones de verse, sobre todo ahora que Jordan ha

vuelto a las canchas. «¿Os acordáis de aquella foto donde un joven Bill Clinton saluda a John Kennedy? Pues es la misma sensación —escribe Wahl en el artículo—. Aquí están juntos His Airness y King James, el maestro de treinta y ocho años y el prodigio de diecisiete, el mejor jugador de todos los tiempos y el estudiante de tercer curso de instituto que, según muchos (desde ávidos directivos de la NBA hasta impacientes ejecutivos de marcas deportivas o entusiastas seguidores), podría ser su heredero.»

En las páginas de la revista se entrevé el mundo de LeBron: la infancia difícil, los esfuerzos de su madre por mantenerlo a salvo de aquel mundo demasiado duro para un niño, los Walker, su talento para el baloncesto, los sueños y las esperanzas de un chico que antes incluso de codearse con los profesionales, mucho antes de haber podido ganar un solo dólar, ya está considerado un héroe, un talento, una futura máquina de hacer dinero; con Gloria y Eddie ya ocupados en viajes por todo el país para asegurar el futuro del hijo.

> Por ahora, LeBron existe en un extraño inframundo a medio camino entre estudiante de instituto y multimillonario, entre hijo dependiente y hombre hecho y derecho. Por supuesto que es ambas cosas. En el Gund Arena, durante el partido de los Cavaliers, padres y madres de mediana edad le pedían que se hiciera una foto con ellos; LeBron aceptaba sin reticencia. Más tarde, un chiquillo de once años con una camiseta de Jordan se le echó al cuello para pedirle un autógrafo, uno de los muchos que LeBron firmó esa tarde. Incluso el entrenador de los Cleveland Brown, Butch Davis, charló con él después del partido. […] Pero para muchas otras cosas sigue siendo un crío: durante un tiempo muerto de los Cavaliers, no paró de agitar frenéticamente los brazos mientras el personal lanzaba minibalones de plástico al público (al final se hizo con uno, que seguía aferrando cuando se reunió con Jordan después del partido). En el viaje de vuelta a Akron, en el coche de un periodista, LeBron puso a todo volumen a Jay-Z en la radio, cogió el móvil y estuvo leyendo los mensajes de sus amigos, como Sebastian Telfair, el niño prodigio de Brooklyn, considerado el mejor jugador de segundo año de instituto de todo el país.
>
> LeBron ya casi lo ha conseguido, pero todavía no. Solo un año más —sin

lesiones ni complicaciones— y lo habrá logrado. Y podrá preocuparse de lo que viene después. Encima del televisor del modesto apartamento de los James en el oeste de Akron, LeBron guarda el recorte de un periódico que pregunta si será él el próximo Michael Jordan. Es demasiado pronto para decirlo, obviamente, pero, a juzgar por el ascenso sin precedentes del joven LeBron, es una pregunta que al menos merece la pena hacerse.

Aún no entendía qué quería decir aparecer en la portada de *Sports Illustrated*, qué consecuencias podía tener. Aquella portada le elevó al escenario nacional, bajo la atención de todos, estuviera listo o no.

Ahora LeBron ya no solo es el héroe de Akron, sino que ha pasado a ser el nuevo fenómeno del baloncesto mundial, el héroe designado por Jordan. Ese mundo suyo, a medio camino entre talento de instituto y estrella del deporte, se evapora en un instante: desde ese momento, desde que la portada da la vuelta al mundo, LeBron es simplemente el nuevo Jordan, la próxima superestrella del baloncesto de la que todos quieren hablar, a la que todos quieren conocer, de la que todos quieren un trozo.

Su vida cambia en un instante; la vida en St. Vincent-St. Mary de golpe. «Ya no era baloncesto, aquello era un circo.» LeBron es famoso, y los compañeros de clase empiezan a pedirle autógrafos y fotos incluso mientras está en el comedor, en el mismo lugar donde solo un par de años antes había descubierto a los blancos y su mundo. Cuando está en la cancha, LeBron ya no cuenta con su oasis de felicidad, en el que era simplemente un jugador, un compañero de equipo. En los partidos de los Fighting Irish aparecen docenas de periodistas, cadenas de televisión que quieren retransmitirlos, a menudo incluso en directo y para todo el país. LeBron se ha convertido en la nueva y potencial gallina de los huevos de oro, por lo que le persiguen agentes que intentan engatusarle, empresas de ropa deportiva que quieren contratarlo como imagen, y todos aquellos que esperan recoger cualquier migaja de los millones que ese chico probablemente amase con su talento y con la publicidad. Todo ello sin olvidarnos de los hinchas y de los otros estudiantes a la caza de

un autógrafo.

Aquella portada cambia también a los Fab Five. Para LeBron y sus amigos, el baloncesto sigue siendo el punto de referencia, pero ser los más populares de la escuela, aquellos de quienes todos hablan, acaba haciendo mella en ellos. Todo el equipo se siente especial, por encima de las normas. Empiezan a faltar a clase, a preferir las fiestas a la preparación de los partidos. Por primera vez desde que LeBron ha llegado al equipo, los Fighting Irish no vencen el título estatal, a pesar de que LeBron continúa haciendo virguerías y es elegido jugador del año por *USA Today*, otro periódico de tirada nacional que lo premia por sus 28 puntos, 8,9 rebotes y 6 asistencias de media. Pero el equipo pierde la final (a pesar de que LeBron anota 32 puntos), en una temporada en la que conoce la derrota cuatro veces (en las dos temporadas anteriores, solo habían perdido una vez). Es culpa de ese primer atisbo de celebridad, de aquella portada que, de repente, puso a LeBron y a sus amigos en el centro del mundo. A partir de ese momento, todo lo que hagan se mirará con lupa, acabará bajo los focos de los medios de comunicación nacionales. Cada movimiento que haga LeBron, cada decisión que tome, cada tiro que falle se inspeccionará, analizará y comentará en función de cómo influirá en su futuro.

Aquella portada sentencia el final de la adolescencia de LeBron; ya no es el hijo de Gloria, el chico sin padre a quien todo Akron adora, aquel que con su talento quizá consiga salir del gueto. Ahora es LeBron James, *the Chosen One*, el heredero de Jordan. El Elegido.

9

Las Vegas, verano de 2002. Un chico de diecisiete años, alto y con un físico ya formado y fuerte, una circunstancia que hace que parezca mucho mayor de lo que es, entra en un local de tatuajes. Es uno de esos locales de la Strip, el corazón de la ciudad del pecado donde todo es posible. «Lo que pasa en Las Vegas se queda en Las Vegas» es una expresión que circula entre quienes saben que en la Ciudad del Pecado pueden pasar cosas que es mejor que sean secretas, desde los casinos hasta las noches de locura. Aquel chico no tiene *in mente* ninguna locura, tan solo quiere un tatuaje. Una marca, más que un diseño, un lema que quiere llevar consigo de por vida. A pesar de llevar la sudadera verde del instituto, se acerca sin timidez al tatuador más cercano a la entrada, y le entrega una hoja en la que está escrito aquello que no puede esperar a ver tatuado en su cuerpo: *Chosen 1*.

En aquel momento, LeBron es el estudiante de instituto más famoso de Estados Unidos; quizás incluso del mundo. Gracias a *Sports Illustrated* y al apodo que le ha puesto y que le ha llevado a estar en el centro de toda la atención. Ahora LeBron quiere llevar consigo esa marca, desea tatuársela en la espalda, no como la fanfarronería de un chaval que se cree el dueño del mundo, sino como un recordatorio perenne de que no hay que dejar de soñar, de que incluso un chico que ha crecido pobre y sin domicilio fijo, alguien del que todos pensaban que estaba destinado al fracaso, puede convertirse en la nueva estrella, en el elegido, en un mundo en el que no hay lugar para el fracaso.

Quería hacerlo, ante todo, por ella, por su madre, la única constante en su vida, su sistema de apoyo principal; por ella esperó despierto de niño tantas noches, acampado en el sofá de algún amigo, esperando que

volviera a casa sana y salva. Gloria había tenido una infancia muy diferente a la de su hijo. Había crecido en la casa de madera de Hickory Street; no es que fuera rica, pero al menos tenía una gran familia numerosa. Desde que de pequeña miraba el béisbol sentada en el regazo de su abuelo, no le faltaron el cariño ni la seguridad. Los James habían sido una familia muy unida, y cuando Gloria se quedó embarazada, aunque solo tuviera dieciséis años, sabía que podía contar con todos ellos. «La familia son las personas de las que te puedes fiar en los momentos de felicidad y en los de necesidad.»

La vida no fue generosa con ella. La muerte de su abuela y de su madre en 1987 lo cambió todo, pues la obligó a crecer rápido, a hacerse mujer, a buscar cómo salir adelante. Siempre tuvo una cosa clara: para ella, LeBron era lo primero. Incluso en los momentos más difíciles, su primer pensamiento era asegurarse de que aquel niño a quien con tres años había regalado una canasta de plástico (que había pasado de inmediato a ser su juguete preferido) estuviese bien y, en la medida de lo posible, no se diera cuenta de lo que estaba sucediendo. «Cuando era pequeño, las cosas iban siempre mal, pero nunca me lo echó en cara. Ella lo era todo para mí: madre, padre, hermana mayor. Lo que hacía por mí era un sueño. Por ejemplo, Navidad y mi cumpleaños caen muy cerca, el 25 y el 30 de diciembre, así que siempre me preguntaba si recibiría un regalo o dos, o si no tendría nada, teniendo en cuenta las dificultades por las que pasábamos. Y, aun así, siempre había bolsas llenas de regalos. Me preparó para la vida, me enseñó la diferencia entre lo que está bien y lo que está mal. Me hizo comprender que uno a veces se equivoca, pero hay que saber qué es lo correcto y estar dispuesto a afrontar las consecuencias de tus acciones.»

Para Gloria, proteger a LeBron también supuso comprender que sola no iba a conseguir mantenerlo a salvo, que lo mejor que podía hacer era mandarlo a vivir con los Walker, con una familia de verdad, a la espera de volver a ponerse en pie. «Era muy guapa y orgullosa, pero para ella LeBron era lo primero», dijo sobre Gloria Bruce Kelker, el primer

entrenador que invitó a ella y a su hijo a vivir con él. Cada vez que LeBron llegaba a un nuevo equipo, a un nuevo ambiente, lo primero de lo que su madre se ocupaba era de asegurarse de que todo se hiciera bien, de que los entrenadores fueran buenas personas antes que buenos entrenadores, de que el ambiente fuera el adecuado para los chicos, para su hijo. Gloria aplica esa misma protección en las relaciones con las personas que se interesan por él ahora que es una promesa del baloncesto. Junto con Eddie, viaja por todo el país escuchando las propuestas de los agentes y las empresas que quieren vincular su nombre al de LeBron.

A comienzos del último año del instituto, en la vida de LeBron entra una mujer: Savannah Brinson es animadora de tercer año en el Buchtel High School cuando LeBron se fija en ella durante un partido de fútbol americano. «No tenía ni idea de quién era, pero fue él quien me buscó a mí, y no al revés», cuenta ella. LeBron le pregunta primero si quiere acompañarle a un partido de baloncesto, en el que él no juega. Después, en la que es su primera cita de verdad, la invita a cenar en Outback, una cadena de restaurantes especializada en carne a la brasa. No es el lugar más romántico del mundo, cierto, pero entre los dos surge la chispa, el flechazo; casi como había sucedido entre LeBron y el deporte. Savannah lleva puesto un vestido rosa y blanco; LeBron se pone el mejor traje que tiene y pide prestado un coche. Quiere impresionar al padre de la chica, por lo que se presenta puntual a recogerla y la acompaña a casa a la hora fijada por el señor Brinson, tal y como él les pidió: «Quería jugar según sus reglas, quería impresionarle».

Savannah es una joven alegre, con muchos intereses; juega al sófbol y disfruta como animadora. Vive en una casa a las afueras de la ciudad, al final de una calle con árboles a los lados. Es la más pequeña de cinco hijos, a quienes sus padres, J. K. y Jennifer, han enseñado la importancia de ayudar a la sociedad. Los Brinson no son ricos, y con cinco hijos tienen bastantes cosas de las que preocuparse, pero siempre tienen la puerta de su casa abierta para quien lo necesite, para gente

como Gloria y LeBron. Savannah no ha tenido la infancia difícil de LeBron, y no se hace idea de lo importante que es el deporte para aquel chico alto que le ha pedido salir. «Al principio no sabía que jugaba en el St. V., luego pensaba que se convertiría en una especie de héroe local, pero que después del instituto lo dejaría», recuerda Savannah.

El día después de su primera cita, LeBron se presenta de nuevo a la puerta de su casa. En la mano lleva una bolsa con las sobras de la tarde anterior, los de la cena en Outback que ella pidió al camarero para llevar, pero que se había dejado en el coche. «Es solo una excusa para volver a verme», piensa Savannah cuando abre la puerta y se lo encuentra delante sonriendo. Pero para LeBron es diferente: para él, aquella chica un año más joven que él, a quien había visto entre las animadoras en el instituto rival, es especial. Siente que podrá convertirse en su reina.

10

Un instante te puede cambiar la vida para siempre. Un momento, una mirada, un encuentro casual en un lugar cualquiera, con una persona extraña que de improviso pasa a formar parte de tu vida, parte integrante. «Fue el destino. Podría haber perdido el avión, o podría haber cogido otro, o él podría haber viajado en otro. Y, aun así, coincidimos.»

En otoño de 2002, Rich Paul es solo un joven de veintiún años con muchos sueños y un billete de avión de Akron a Atlanta. En la cola para embarcar, LeBron se fija en aquel chico que lleva una camiseta *vintage* de Warren Moon, una leyenda del fútbol americano. «Oye, ¿dónde la has comprado?», le pregunta. «Las vendo yo», responde Paul. Le cuenta a LeBron que el vendedor original está justo en Atlanta y que si quiere puede ir a verlo. «Si le dices que vas de mi parte, seguro que te hace un descuento. Me llamo Rich, Rich Paul.» LeBron le da las gracias y en Atlanta va a comprarse una camiseta a la tienda de Andy Hyman, el vendedor del que le había hablado aquel chico que conoció en el avión. Cuando le da su nombre, le hacen un descuento, tal y como Paul le había prometido. Cuando vuelve a Akron, LeBron le llama para darle las gracias, y hace un nuevo amigo.

Rich y LeBron tienen muchas cosas en común. Rich es cuatro años mayor que quien ya es el hijo predilecto de Akron, el estudiante de secundaria que todo el país espera que dé el gran salto a la NBA. Ambos crecieron en una familia monoparental, LeBron con su madre Gloria, y Rich con su padre, Rich Paul sénior. Y los dos se sienten chicos de los suburbios, de esos a quienes el mundo les ha dado un portazo en la cara antes de tiempo, de esos que saben que no tienen el futuro garantizado y

que en cualquier momento el infierno puede abrir sus puertas para engullirlos, para convertirlos en una estadística más, en otra alma perdida.

Rich creció detrás del mostrador de la tienda de comestibles que su padre tiene en Glenville, en un suburbio anónimo al este de Cleveland, frente al lago Erie. Es uno de esos lugares donde la pobreza y las dificultades son el denominador común, donde todos sueñan con una vida mejor, donde las sirenas y los disparos son más numerosos que las gotas de lluvia cuando llueve; y donde la gente del barrio es tu familia, siempre dispuesta a tender una mano a quien tiene alguna dificultad sabiendo que un día podrían ser ellos quienes tengan que pedir ayuda en lugar de darla. Viven en el pequeño apartamento situado encima de la tienda de Rich Paul sénior, que es un punto de referencia para todo el barrio. Junto a la puerta, en la esquina de la calle, hay un viejo teléfono oxidado que suena continuamente mientras el pequeño Rich crece observando a su padre, quien, al igual que Gloria James, hace todo lo posible para proteger a su hijo de la vida difícil que le rodea. Lo que ganan con la tienda apenas alcanza para salir adelante, pero nunca falta comida sobre la mesa ni calefacción en invierno. Rich aprende de su padre a gestionar los negocios, a tratar con los clientes; algo que le sale natural. Su padre incluso consigue enviarle a la mejor escuela que conoce: Benedictine, un instituto privado, católico y predominantemente blanco, de esos que les piden a sus alumnos que lleven uniforme y se mantengan alejados de los problemas. Justo igual que St. Vincent-St. Mary en Akron.

Destaca en el deporte, juega al baloncesto y gana dos veces el título nacional. En la cancha no es un fenómeno, pero aprende rápido, es curioso y tiene ganas de descubrir el mundo, de comprender cómo funcionan las cosas.

Rich Paul sénior muere de cáncer cuando su hijo tiene dieciocho años y está a punto de terminar el instituto; ahora, se queda solo. Conoce de lejos a Hyman y comienza a revender en la zona de Cleveland sus

camisetas *vintage* de las grandes figuras del deporte. Tienen el encanto de lo antiguo y lo usado, algo que las hace irresistibles; encantado se las regala a sus amigos, que las llevan cuando salen, cuando van a la discoteca o a una fiesta; a cambio, estos deben hacer una sola cosa: hablar de la camiseta que llevan y distribuir sus tarjetas comerciales. Funciona.

Funciona hasta tal punto que LeBron suele llevar las camisetas de Rich. La relación entre los dos jóvenes se hace más estrecha. Han llevado vidas parecidas, los dos han aprendido de sus padres lo que significa ser responsables, la diferencia entre lo que está bien y lo que está mal, y ahora buscan su propio lugar en el mundo. «Nos entendimos bien desde el principio, congeniamos de inmediato. Cada vez que quería hacer algo, cada vez que tenía una duda, llamaba a Rich y le pedía consejo, una opinión.» Hablan de todo, desde los programas televisivos hasta las chicas, desde sus padres hasta los viejos amigos. Entrenan juntos, hablan de sus sueños, de su determinación a la hora de hacerlos realidad, LeBron en el baloncesto y Rich en el mundo de los negocios. Con la venta de camisetas le va muy bien, e incluso ha encontrado algunos deportistas, además de LeBron, a quienes les gustan y quieren llevarlas puestas.

Rich se convierte en otro buen amigo, parte de ese círculo estrecho a quienes LeBron confiará su vida. En ese círculo están su madre Gloria y Eddie, y los Fab Five, con quienes perseguir sus sueños en la pista, como otro título estatal para los Fighting Irish antes de dejar el instituto y hacerse adultos. En el círculo mágico también entran Maverick Carter y Randy Mims; ambos habían estudiado en St. V., aunque eran algo mayores que LeBron, pero con él establecieron un vínculo fuerte, intentando imaginar cómo sería su vida de adultos, fantaseando con el dinero que ganarían y aquello en lo que se convertirían. Habían forjado una de esas relaciones que duran toda la vida.

11

Para cualquier estudiante, el último año del instituto es siempre un largo adiós y un trampolín de lanzamiento. Poco a poco te das cuenta de que aquello que estás viviendo no volverá, y quieres exprimirlo al máximo, pero al mismo tiempo te mueres por conocer la vida más allá del instituto, de las paredes que durante años han dictado quién eres, cómo te vistes, qué reglas debes seguir. Tienes ganas de descubrir lo que viene después, no puedes esperar a dar el gran salto a la vida de adulto, aunque sigues actuando, pensando y viviendo como un adolescente.

En el último año de instituto, los dos mundos entre los que está atrapado LeBron son el del chaval, el fenómeno de Akron a quien todos quieren ver, y el de la futura superestrella, el jugador de baloncesto a quien la NBA espera con los brazos abiertos y a quien los patrocinadores cortejan. De hecho, James tiene prohibido aceptar cualquier tipo de patrocinio, cualquier tipo de regalo que pueda tener por objetivo atarlo a una marca o a una empresa. Es la condena de todo estudiante-deportista: tu centro educativo se enriquece gracias a tu éxito, vende camisetas y otros productos con tu nombre, pero tú no ves nada de todo ese dinero. También funciona así en la universidad, en la NCAA, donde los entrenadores tienen contratos millonarios y a menudo son los trabajadores mejor pagados del centro, mientras que los deportistas deben seguir siendo meros aficionados, estudiantes antes que cualquier otra cosa, y vivir con las becas que les permitan jugar. Si no, se quedan fuera, con la conciencia de haber hecho algo mal.

Aunque ir a la universidad siempre fue una opción —las de Duke, Carolina del Norte, Florida, Ohio y Louisville esperan que él acepte—, todas las personas en el entorno de LeBron, y también fuera de él, saben

que su futuro está en la NBA, que en la temporada 2003-04 será un profesional del baloncesto. Ya al final del penúltimo año quería entrar y le había comunicado a la liga más famosa del mundo que estaba dispuesto a ser elegible para el *draft* de 2002. Se armó la marimorena. Aquello era un desafío al reglamento, a las propias instituciones, las que prohíben que un chico que todavía no ha terminado el instituto se pueda presentar al *draft*, es decir, la lotería que asigna a los jóvenes talentos de todo el mundo a las franquicias. No importa lo bueno que fuera, ni lo mucho que se hablara de él ni que los partidos de su equipo se retransmitieran en directo por los canales nacionales de televisión, con hordas de periodistas acechando en el patio del St. Vincent-St. Mary para robarle alguna declaración. No importa que todos consideraran a LeBron como el siguiente Michael Jordan. Para entrar en la NBA, primero tenía que terminar el instituto, tal y como dicta el reglamento. «Las reglas no son justas, pero la vida es así. Seguiré aquí un año más porque todos mis amigos están aquí, pero un chico de diecisiete años puede ser profesional del golf, y al tenis se juega como profesional con tan solo catorce años; ¿por qué no sucede lo mismo en el baloncesto?»

No hay nada que hacer; LeBron continúa atrapado entre sus dos mundos: el del estudiante de instituto que vive con sus padres y depende de ellos, y el del futuro profesional de millones de dólares que ni siquiera puede contratar a un agente. Para LeBron, el último año de instituto fue una interminable y angustiosa espera. Tenía solo un objetivo: seguir demostrando en la cancha que era el mejor de Estados Unidos, el mejor chico en circulación, para ganarse el número uno en el *draft*, algo que le podría cambiar la vida y permitiría disponer de todo ese dinero que en los primeros dieciocho años de su vida él y su madre Gloria no habían visto ni de lejos; es más, podría dejar las viviendas protegidas y hacer borrón y cuenta nueva con aquella parte tan difícil de su vida. Podría convertirse en alguien, vivir aquel sueño del que él y los otros Fab Five hablaban desde hacía años, aquellos días que pasaban juntos imaginando que eran como Michael Jordan, Kobe Bryant, Penny

Hardaway, Allen Iverson y las demás estrellas con las que LeBron sabía que pronto iba a jugar.

Ese sueño les permitió seguir adelante incluso en los momentos más difíciles; les dio a todos un objetivo, una razón por la que entrenar cada día, por la que asistir a clase por las mañanas y al gimnasio por las tardes, por la que jugar todos aquellos partidos, aunque no fueran lo suficientemente mayores como para tomarse una copa. «Mis amigos y yo tenemos todos el mismo objetivo: amamos el baloncesto, queremos ver la luz al final del túnel. Cuando tienes cuatro o cinco personas con tanto en común, que comparten estas ganas de destacar, que se ayudan unos a otros para seguir peleando por ese objetivo, entonces puedes conseguir muchísimas cosas.»

El último año en el instituto no le resulta fácil. Incluso cuando LeBron sabe lo que le espera después, todos sus pasos y movimientos dentro y fuera de la pista se analizan con lupa y acaban en los periódicos. Como aquel coche que Gloria le regala cuando cumple dieciocho años, un todoterreno valorado en ochenta mil dólares. Para comprarlo ha tenido que pedir un préstamo al banco, con el aval de aquello en lo que su hijo está a punto de convertirse: una estrella del baloncesto. El director del banco le firma un cheque en blanco y Gloria utiliza parte de ese dinero para regalarle a su hijo lo que más deseaba: un coche. La asociación que regula el deporte en el nivel de los institutos en Ohio acaba investigando el regalo. Se decide que no hay nada de ilícito en él, aunque la noticia arma un gran escándalo. Peor aún: unas semanas después, LeBron acepta dos camisetas de baloncesto por un valor de 845 dólares durante una visita a una tienda de Cleveland. La comisión decide que aquello sí que viola las reglas a las que se tienen que someter los estudiantes de instituto que toman parte en las competiciones deportivas estatales. La vida de estudiante y deportista de LeBron parece llegar a su fin con meses de anticipación: lo descalifican por una tontería como esa, algo que podría haberle perjudicado en el *draft*. Finalmente lo sancionan solo con dos partidos, gracias al trabajo de los abogados (que cobraban

cuatrocientos euros por hora) contratados por St. Vincent-St. Mary. Acaba siendo solo una pequeña piedra en el camino, una pequeña mancha en la carrera del estudiante de secundaria más famoso de Estados Unidos.

A diferencia de lo que había sucedido el año anterior, tras la portada de *Sports Illustrated*, toda esta atención no deja marca alguna en LeBron. El baloncesto sigue ocupando el primer puesto en su lista de prioridades; los contratos millonarios pueden esperar. La atención de los medios de comunicación o de los fans que hacen cola para fotografiarse con él, que le piden constantemente un autógrafo, ya forman parte de su vida, son un ruido de fondo, al igual que el abucheo que oye cuando se coloca en la línea de tiros libres. En la cabeza solo tiene una cosa: jugar al baloncesto. «No siento la presión. Mucha gente se pregunta si nuestro equipo es lo bastante bueno como para considerarlo el mejor de todo el país, y queremos demostrarlo en la pista. Además, no es toda esta atención la que me hace famoso; soy yo el que me he hecho famoso, trabajando lo que tenía que trabajar para serlo. Lo he conseguido con la ayuda de Dios y de mis compañeros.»

Bajo la dirección del *coach* Dru, los Fighting Irish se convierten en el mejor equipo del país, y también en el más conocido. Obviamente, fue mérito de LeBron, de su talento, que en esa última y mítica temporada del instituto se traduce en 30,4 puntos, 9,7 rebotes, 4,9 asistencias y 2,9 robos por partido. Una temporada cuajada de victorias, de demostraciones de fuerza y de talento en los escenarios más importantes. El equipo de St. Vincent-St. Mary gana veinticinco de los veintiséis partidos disputados, y vuelve a ser campeón estatal, con LeBron elegido MVP del torneo, que rubrica anotando 25 puntos en la final. Es campeón, una vez más. Él y los Fab Five han mantenido la promesa: han afrontado el instituto juntos, han jugado en el mismo equipo y han ganado, gracias a su talento y a su amistad.

El 25 de abril, poco más de un mes después de haber ganado el último título con el instituto, LeBron los reúne a todos en St. Vincent-St. Mary

para anunciar algo: irá a la NBA. Antes que él, desde el año 1975, otros diecinueve jugadores saltaron del instituto a la liga, sin pasar por la universidad. El primero fue Moses Malone, elegido en 1974 en el *draft* de la ABA, la que por aquel entonces era la liga profesional rival de la NBA, con la que se fusionó en 1976. Malone había sido invencible, hasta el punto de que en 1996 entró en la lista de los cincuenta mejores jugadores de todos los tiempos, elaborada con motivo del quincuagésimo aniversario de la liga. El primero en ser elegido para el *draft* de la NBA directamente desde el instituto había sido Darryl Dawkins en 1975, quinto seleccionado por los Philadelphia 76ers. Aquel mismo año, también Bill Willoughby desembarcó en la NBA desde el instituto, elegido en la decimonovena posición por Atlanta Hawks. Después, nada hasta 1995, cuando Kevin Garnett llegó a la NBA con la quinta posición. El año después le tocó a Kobe Bryant, decimotercera elección de los Charlotte Hornets y que acabó traspasado casi de inmediato a Los Angeles Lakers.

Para un chico de dieciocho años, pasar directamente al baloncesto profesional es un salto enorme, pero los ejemplos de Garnett y Bryant demostraban que podía suceder y que era una práctica cada vez más habitual, con otros ejemplos de éxito como el de Tracy McGrady en 1997. En 2001, Kwame Brown, seleccionado por los Washington Wizards dirigidos por Michael Jordan, se había convertido en el primer estudiante de instituto número uno del *draft*. Amar'e Stoudemire, quien entró en la NBA desde el instituto en 2002, se acababa de convertir en el primer jugador en ser elegido Rookie del Año sin haber jugado nunca en la universidad. Fueron ellos quienes le demostraron a LeBron que el gran salto, si tenías un talento como el suyo, era posible.

Ir a la universidad significaría tener que hacer al menos un año más de estudiante-deportista, no aceptar patrocinadores ni dinero y seguir creciendo. Él cuenta con el talento necesario para permitirse no hacerlo, tiene lo que se necesita para entrar en la NBA por la puerta grande y comenzar a ganar un montón de dinero, todo el que él y su madre no

habían tenido nunca y que ahora podría cambiar su vida para siempre. «Hay que aprovechar las oportunidades cuando se presentan, y eso fue lo que me ha hecho tomar esta decisión. No puedo esperar a afrontar este reto. Me encantan los retos, pero también sé que todos harán lo posible para impedir que demuestre cuánto valgo.»

El *draft* estaba fijado para el 26 de junio de 2003: «No decepcionaré al equipo que me escoja, sea cual sea. Intentaré ser un líder, en un equipo que busca mejorar temporada tras temporada». A LeBron no le cabe ninguna duda de que ir a la NBA es lo adecuado. A la hora de tomar esta decisión, pide consejo a su madre y a Eddie, al *coach* Dru y a los otros Fab Five, a las que considera las personas más importantes de su vida. «Todos han participado en mi decisión. Sabían que al final era yo quien iba a decidir, pero me han ayudado a tomar la adecuada.»

12

Optar por el *draft*, elegir convertirse en un profesional es la decisión que lo aclara todo y le abre el camino para las últimas etapas antes de entrar oficialmente en la NBA. Ahora que se ha declarado elegible, el talento con el que toda Akron sueña puede firmar con un agente, puede aceptar contratos de patrocinadores. Con esa decisión deja de ser el hijo de Gloria, un estudiante-deportista muy prometedor, y se convierte de forma oficial en un profesional, en una empresa con el potencial de llegar a ser multimillonaria. El contrato que firmará en la NBA, con el equipo que lo escoja, es una minucia en comparación con lo que le espera en contratos publicitarios.

Lo primero que tiene que hacer es elegir con qué empresa de ropa deportiva vincularse, de cuál quiere ser el símbolo; el primer contrato importante de su carrera. «Pasé de tener dieciocho dólares en el bolsillo a tener cien millones de dólares mientras estaba aún en el instituto.» Todas las marcas más importantes le tiran los tejos, pero ya desde hace tiempo; no es algo de ahora, sino desde mucho antes de que se declarase elegible para el *draft*, antes de poner fin a su carrera en el instituto con el enésimo título. LeBron es la imagen perfecta: todos están de acuerdo en que está destinado a triunfar en la NBA, que puede ser un símbolo durante al menos una década. Llega con la fama de ser el heredero de Jordan; es ya toda una celebridad antes de terminar el instituto. Tiene una historia conmovedora, una sonrisa de oro, una espontaneidad contagiosa, pero también una madurez muy superior a la propia de sus dieciocho años. La gente lo adora, lo aclaman por sus hazañas, le perdona los raros momentos en los que se equivoca.

Mientras estaba aún en el tercer año del instituto, Nike había invitado

a Gloria y Eddie a la sede general de Beaverton, en Oregón, a una reunión con el número uno en persona, Phil Knight. Este les había contado lo que tenía *in mente* para LeBron, explicándoles que le reservaba un papel parecido al que había tenido Jordan, que en 1984 había dado a conocer la marca en todo el mundo. Con su sonrisa y su talento, LeBron podía llevar a la marca del *swoosh* a nuevas cotas; y, mientras tanto, conseguir un contrato muy interesante.

También Adidas llevaba tiempo cortejando a LeBron. Se había convertido en patrocinadora de los Fighting Irish, e incluso le había pedido al pequeño fenómeno que diseñase los uniformes del equipo de St. Vincent-St. Mary al tiempo que los directivos de las tres rayas le daban la tabarra a Gloria, e intentaban convencer a LeBron, con viajes en un *jet* privado de la empresa para él y sus amigos, de que eran la marca adecuada para él. Si Nike había usado a Jordan para seducirle, Adidas había pedido ayuda a Kobe Bryant, otro de los ídolos de la infancia de LeBron. Y también estaba Reebok, uno de cuyos embajadores, Shaquille O'Neal, acababa de llevar a los Lakers a ganar tres títulos de la NBA, y el otro, Allen Iverson, era uno de los mitos de LeBron, uno de los que le daban los buenos días cada mañana desde las paredes de su habitación y al que adoraba.

Para alguien que ha crecido pobre y sin casa, todas esas ofertas son exorbitantes. Se trata siempre de contratos de cinco años. Adidas ofrece 60 millones de dólares; Nike pone sobre la mesa 87; la oferta de Reebok es la más apetitosa: 115 millones. LeBron se lo piensa durante algunos días y al final decide vincularse al *swoosh*: no porque sea la marca a la que Jordan ayudó a alcanzar la fama, sino porque considera que es la que a largo plazo puede ofrecerle mejores oportunidades, tanto en términos económicos como por su marca personal.

Un mes después de declarar su elegibilidad para la NBA, LeBron descubre con más de un mes de anticipación qué equipo lo seleccionará en el *draft*. Es un mecanismo concebido para dar a los equipos a los que les ha ido peor la posibilidad de reclutar a los jóvenes de más talento

que salen del instituto o la universidad, o a los mejores talentos internacionales. La idea es mantener un equilibrio en la liga, que todas las franquicias tengan siempre la ilusión de que antes o después podrán aspirar al título.

El *draft* de 2003 se considera uno de esos que pueden cambiar los equilibrios, pues hay tres jugadores capaces de dar la vuelta a la suerte de toda una franquicia; es uno de esos *draft*s para los que los equipos aspiran a conseguir una de las primeras posiciones, porque saben que en aquel largo elenco de jóvenes promesas se puede esconder su nuevo símbolo, el que marcará una época, el que puede transformarse en éxitos, tanto en la cancha como en los negocios. Además de LeBron, los jugadores que todos quieren son Carmelo Anthony, *freshman* que acababa de conseguir el título para el Syracuse, y Darko Miličić, talento serbio del que hablan maravillas.

Las posiciones se adjudican en un sorteo en el que el equipo que esa temporada ha perdido más partidos tiene más posibilidades de ganar. Es una lotería en toda regla: en un bombo electrónico se introducen mil bolas, en diferentes cantidades, de manera que el equipo que haya jugado peor durante la temporada tenga más bolas y, por tanto, más posibilidades de ganar. Lo que está en juego es la primera elección del *draft*. Todos en la NBA piensan que el verdadero premio de esa lotería es LeBron James. El equipo ganador se anuncia en directo por televisión, en uno de los programas en los que la NBA reúne a los dirigentes de los equipos interesados y los hace subir al escenario para ver las reacciones en caliente.

Los equipos que tienen más posibilidades, a los que les ha ido peor en la temporada que concluyó pocos días antes de que LeBron se declarase elegible, son Cleveland y Denver. Los Cavaliers son el equipo de casa de James, a cuarenta minutos en coche de Akron. En su corazón, espera jugar con ellos porque eso le permitiría seguir viviendo en casa y convertirse en un símbolo de su zona. El destino le da un pequeño empujón: el bombo asigna la tercera posición a Denver, la segunda a

Memphis (que unos pocos años antes había hecho un intercambio con Detroit y se la había prometido a este equipo, el mejor en esos momentos de la Conferencia Este); la primera posición, la del equipo que tiene el derecho a elegir a LeBron, es para Cleveland. Es el 3 de mayo de 2003. «Hoy es un día importante para el deporte en Cleveland —afirma Gordon Gund, quien tiene en la mano una camiseta de los Cavaliers con el número 23 y el nombre James en la espalda—. Me alegro de verdad por los hinchas de Cleveland, por Akron, por nuestra ciudad, por todo el noreste de Ohio.» «Creo que está claro que queremos escoger a LeBron James», dice poco después John Paxon, el máximo dirigente del equipo.

El día después, LeBron James se presenta en una sala de conferencias del Radisson Hotel de Cleveland, rodeado por sus compañeros de equipo. En la frente lleva una cinta blanca con el logotipo de su nuevo patrocinador, del que también luce con orgullo una chaqueta deportiva. Lleva pendientes en ambas orejas, como los raperos que tanto le gustan. Y una sonrisa con treinta y dos dientes, la expresión de quien sabe que su vida acaba de dar un giro y que pronto cambiará de nuevo. Será diferente por completo de lo que ha sido hasta entonces. LeBron tiene la expresión de quien sabe que está a punto de hacer realidad sus sueños. No puede dejar de sonreír. «Me quedaré en Cleveland, en Ohio, y estoy muy muy contento. No estoy aquí para garantizar que ganaremos el título, sino para asegurar que mejoraremos cada día, que seremos mejores que el año pasado. Esto sí lo puedo garantizar. No estoy aquí para salvar la franquicia, aunque espero quedarme unos diez o doce años, llevarla de nuevo al nivel en el que, siento decirlo, Michael Jordan nos vapuleaba. Espero poner pronto una sonrisa en las caras de los deportistas de Cleveland. Hay muchas cosas que tengo que mejorar en mi juego: aceptaré mi papel, esperando que mis compañeros me traten como un líder. Tengo que hacer las cosas bien para adaptarme a la NBA, acostumbrarme a jugar ochenta y dos partidos, en lugar de veintisiete, como hacía en el instituto. Aunque creo que no podré renunciar a los

caramelos. Pero no se trata de mí: el primer lugar lo ocupa el equipo, cómo podemos crecer juntos. No siento presión, porque hago lo que me gusta: jugar al baloncesto.»

LeBron está listo, dispuesto a convertirse en aquello con lo que soñaba desde que entró en el instituto: un profesional de la NBA. Está preparado para ser el nuevo Jordan. Mientras se prepara para el *draft*, mientras se prepara para el pistoletazo oficial de su nueva vida, en la que el dinero no será un problema y en la que el baloncesto ya no es un pasatiempo, sino su trabajo, no olvida aquello que ha sido, las noches en el sofá esperando que volviera su madre, los continuos cambios de casa, los días en que faltaba a la escuela; tampoco olvida lo que quería decir tener una verdadera familia cuando vivía con los Walker, ni todos los consejos del *coach* Dru, ni los días pasados con Little Dru, Sian, Willie y después Romeo fantaseando sobre baloncesto, entrenándose, mirando partidos, preguntándose si un día llegarían a ser como Michael Jordan. Ahora que LeBron está a punto de convertirse en un profesional, ahora que está a punto de demostrar al mundo que puede ser como Jordan, que el baloncesto es su vida, en la cabeza de este chico que ha tenido que crecer muy rápido está todo lo que ha aprendido en Akron. La ciudad que, a pesar de que la vida no haya sido nunca generosa con él y su madre, le ha ayudado a crecer, en la que ha encontrado el sistema de apoyo que le ha permitido salvarse, a aquellas personas que le indicaron el camino, que a su lado han afrontado los desafíos de la vida. «Creo que todo sucede por una razón. Y que todas las dificultades que he tenido que afrontar en Akron me han convertido en lo que ahora soy.»

No importa el camino que recorrerá en la NBA, lo bueno que llegará a ser, si de verdad se confirmará como heredero de Jordan. LeBron está seguro de una cosa: siempre será un chico de Akron.

SEGUNDA PARTE

La NBA

1

El *draft* es la puerta del paraíso. Es la fusión entre dos temporadas: la que acaba de concluir, coronando a un campeón, y la que vendrá; es la noche en la que la NBA descubre su futuro, conoce las nuevas revelaciones, a los que, como en el caso LeBron, esperan desde hace tiempo. Para ellos, para los talentos que aguardan con paciencia que el comisionado pronuncie su nombre, el *draft* es ante todo la puerta de acceso a una nueva dimensión: la de la vida de adulto, del mundo profesional, del sueño hecho realidad. Es un punto de llegada y uno de salida: llegas al sueño que has perseguido durante toda tu vida, la NBA, aunque en el momento en que te eligen debes comenzar a construir tu carrera y labrar tu futuro. De lo contrario, será tan solo un instante, tal vez el más hermoso de tu vida, pero efímero como todos los demás instantes.

El *draft* de 2003 está fijado para el 26 de junio en el Madison Square Garden, en Nueva York. Una larga noche en la que el evento empieza a las 19.30 hora local. Para los elegibles, ese día es la etapa final de un larguísimo trayecto lleno de pruebas y encuentros con los equipos interesados, que tienen como objetivo pasar revista a tu juego y a tu vida entera, con el fin de saber si eres el adecuado para ellos. Cuantas más posibilidades tienes de ser elegido en una de las primeras posiciones, más quieren saber de ti: qué te gusta hacer, qué comes, dónde vives y con quién, cómo te imaginas tu futuro. Los equipos han de evaluar al hombre, no solo al jugador; no solo quieren saber si eres el que están buscando, si eres tú el mejor talento disponible, el que mejor encaja con ellos, sino que también deben descubrir si tienes el potencial para ser la próxima superestrella, no solo en el juego en sí, sino también

en cuanto a mentalidad, si eres capaz de encestar mientras todo el público grita en tu contra, mientras un adversario se planta delante de ti con toda su fuerza y determinación para frenarte; y quieren saber si serás capaz de aguantar la presión, si estás dispuesto a hacer todo lo necesario para ser la mejor versión posible de ti mismo. Si estás listo para convertirte en un hombre, en un jugador completo, y dejar de ser el chaval que has sido hasta entonces.

En el calendario de LeBron, colgado en el apartamento de dos habitaciones en las viviendas protegidas de Akron, el 26 de junio de 2003 lleva mucho tiempo marcado con rotulador rojo. Es el día en que su sueño se hará realidad, el día que él y su madre esperan desde hace tiempo. También lo hace toda Akron: LeBron es su hijo predilecto, el chico que con su talento rescatará a la ciudad entera; una ciudad en la que la vida es difícil para todos y en la que las personas por la calle cuentan historias de innumerables fracasos. La de LeBron es una historia de salvación, de alguien que ha conseguido superar la montaña que la vida te pone por delante sin darte las cuerdas para escalarla. LeBron ha logrado llegar a la cima; él solo ha conseguido lo que necesitaba, aunque es verdad que a lo largo del camino ha encontrado a bastantes personas dispuestas a echarle una mano.

Todo Ohio espera con impaciencia que llegue el 26 de junio de 2003. Los Cleveland Cavaliers son la única franquicia de la NBA del estado, y la idea de que su nueva estrella sea un joven de Akron hace volar la fantasía de todos.

Desde el punto de vista deportivo, Cleveland es un desastre. También cuenta con equipos profesionales en el fútbol americano y el béisbol, pero lleva sin ganar nada desde 1964, cuando Jim Brown entregó el título nacional al equipo de fútbol americano. Desde entonces, han pasado varias generaciones, testigos de una historia deportiva sembrada de estrepitosos fracasos y de monumentales desilusiones, de grandes alegrías que solo han conseguido vislumbrar de lejos, de gritos ahogados en la garganta, porque cada vez que un equipo deportivo de Cleveland

rozaba la victoria, siempre sucedía algo y perdía. Sin embargo, con LeBron va a ser diferente; este chico de Akron tiene un talento inusitado para el baloncesto, es un joven fenómeno del que todos hablan desde hace dos años. Él pondrá fin a la maldición.

LeBron llega a Nueva York un par de días antes del *draft*. El larguísimo trayecto lleno de pruebas y entrevistas por fin ha llegado a su fin. Cleveland tiene la primera elección y les ha dejado bien claro a todos que su intención es llamar a LeBron. Carmelo Anthony, junto con Darko Miličić, la promesa considerada capaz de cambiar la suerte de una franquicia, han intentado en una serie de entrevistas reclamar para sí el título virtual de mejor promesa del *draft*. Pocos son los que les han creído, y ninguno de ellos está en Cleveland. Anthony, a quien le une una amistad con LeBron que se remonta a los partidos de instituto de su Oak Hill contra St. Vincent-St. Mary, es un jugador muy bueno con el potencial de convertirse en una estrella, tal y como ha demostrado ya en la universidad. Pero para los Cavaliers LeBron es otra cosa: es un joven de casa, una futura estrella destinada a convertirse en el rostro de su franquicia, y probablemente de toda la liga. Imposible no llamarle.

El día del *draft* es también la primera vez en la que los jugadores elegibles se presentan oficialmente al mundo. El programa se retransmite en directo por televisión a todos los rincones del planeta a los que llega la NBA. Es un escenario al que subir, un momento al que aferrarse, la primera impresión pública que vas a dar al planeta. Se tienen en cuenta todos los detalles, comenzando por la ropa. El atuendo ha de ser algo único, es una manera de destacar; sobre todo si eres el estudiante de secundaria más esperado de todos los tiempos, si se te considera el heredero de Michael Jordan, aquel al que todos quieren ver. LeBron es consciente de todo lo que se espera de él, y para esa noche, su noche especial, escoge un traje hecho a medida por un sastre de Charlotte. Este le ha propuesto un conjunto blanco, un poco ancho y holgado. El vestido de su madre, quien obviamente estará sentada a su lado en el momento del anuncio, ha sido confeccionado con el mismo

tejido. El traje de LeBron no es precisamente el mejor ejemplo de estilo, como se dirá más tarde, pero es acorde con la moda del momento. Y, además, si eres el centro de todas las miradas, ¿por qué no ponerse algo que capture de inmediato la atención? Nada mejor que un traje blanco de pies a cabeza para distinguirse de los demás, para destacar en las fotos, para estar en todo momento bajo los focos.

Los talentos del mañana llegan al Garden, en un autobús fletado para ellos por la NBA. Unas horas antes de que comience el espectáculo, dan unas vueltas por la sala para repasar el protocolo y saber lo que tienen que hacer cuando suban al estrado. LeBron controla de inmediato la situación: se mueve por el escenario y entre las mesas del Garden con la misma naturalidad con la que ha dirigido a los Fighting Irish en la cancha. Disfruta del protagonismo: la tensión no va con él, ni lo roza, a pesar de que sabe que gran parte de las miradas están puestas en él. Una hora antes de que empiece el programa entran también los invitados de los jugadores; y el público, los hinchas que han comprado una entrada para asistir a la ceremonia. Esperan ver a su nuevo ídolo, conocer por fin a qué jugador podrán aplaudir en la pista. Muchos han venido desde Akron, y muchos llevan la camiseta de los Fighting Irish. Una voz en la sala anuncia que ha llegado el momento de tomar asiento, que están a punto de entrar en directo. Son casi las 19.30, hora de salir a escena.

El comisionado David Stern se acerca al micrófono para anunciar la primera posición. Detrás de él, en el escenario, se puede ver el logotipo de los Cavaliers; bajo el micrófono está el de la NBA a la izquierda de un gran letrero que reza «*draft*», con las letras «NY» y los números «03» a la derecha.

Stern es la persona que desde hace diecinueve años lleva el timón de la NBA y quien la ha relanzado, convirtiéndola en una marca de gran potencia mundial. En 1984, cuando lo nombraron comisionado, había heredado una liga en crisis, en mínimos históricos en términos de popularidad, hasta tal punto que las Finales no se emitían en directo por la televisión estadounidense, e Italia era el único país del mundo que

retransmitía los partidos en la pequeña pantalla. Hoy, se pueden seguir en otros doscientos países, y en Estados Unidos son un evento seguido en directo por más de veinte millones de personas. La NBA que hereda Stern también está implicada en problemas de droga, con una reputación difícil de vender a los patrocinadores. El comisionado ha tenido el mérito de limpiarla, sacando provecho de la popularidad de jugadores legendarios como Magic Johnson y Larry Bird, y más tarde de Michael Jordan, quien entró en la NBA también en 1984. Si Jordan había sido el jugador que con su fama había cambiado la percepción que se tenía de la NBA en el mundo, el ingenio y la pericia de Stern la habían convertido en un ejemplo, en una liga deportiva siempre a la vanguardia, con los ojos puestos en el mundo y no solo en lo que tiene en casa; una liga que crecía a pasos de gigante en cuanto a popularidad y riqueza se refiere.

La ceremonia del *draft* es una especie de rito: el comisionado sube al estrado para llamar a los jugadores elegidos, que se ponen en pie uno a uno, abrazando a los familiares que tienen a su lado en las mesas colocadas junto al escenario de la que se conoce como la Green Room; después se acercan a estrechar la mano del comisionado y posan para las fotos llevando en la cabeza la gorra del nuevo equipo. Es un ritual de paso, el inicio oficial de su carrera como profesionales, el instante preciso en el que dejan de ser promesas y se convierten en jugadores de verdad. Es el momento en el que conocen a su nuevo equipo, la ciudad a la que deberán mudarse, el ambiente en el que comenzarán a dar sus primeros pasos en un mundo difícil como es el de la NBA.

Del ritual también forman parte los silbidos de los aficionados. Son una costumbre cada vez que el comisionado sube al estrado. En Nueva York, la NBA está en casa, pues tiene las oficinas en la Olympic Tower, un rascacielos negro situado en la esquina entre la Quinta Avenida y la calle Cincuenta y uno este, y que domina la catedral de San Patricio, una de las pocas iglesias católicas de la Gran Manzana, que parece liliputiense a su lado, pero que en realidad es muy imponente. La

Olympic Tower sería un edificio notable en cualquier otro lugar, pero en Manhattan es uno de los muchos rascacielos que contribuyen a que la ciudad sea fascinante y única. Aun así, cada vez que el comisionado sube al escenario del Madison Square Garden para anunciar una elección, el primer instinto de los hinchas es silbar. Como si el hecho de que los Knicks no ganan nada desde hace años fuera culpa suya, de David Stern. Los abucheos se acallan solo cuando está claro que el número uno de la NBA está a punto de anunciar quién será la primera elección. Todos saben que los Cavaliers han escogido a LeBron James. Denver, que es tercero, ha llamado a Cleveland pocas horas antes para saber si está interesado en cederles el puesto. Es una de esas cosas que se hacen solo para estar seguros de que no lo hace otro, más que un intento real por llegar a un acuerdo. «Tal y como sospechábamos, no estaban interesados», cuenta Kiki Vandeveghe, *general manager* en 2003 de los Nuggets. No, los Cavs no están interesados: tienen a LeBron en el punto de mira desde hace meses, es el talento que ha crecido en el patio de su casa, el que están convencidos de que puede cambiar para siempre su franquicia. Ceder la primera posición nunca ha sido una opción. Es la espera que hay en torno a LeBron la que hace de este momento, del anuncio en el escenario del comisionado Stern, algo solemne: si el joven de Akron mantiene aunque solo sea la mitad de sus promesas, si resulta ser la mitad de bueno de lo que se dice, este anuncio será un momento histórico, uno de esos que cambian la liga para siempre. Mejor guardar silencio, mejor escuchar.

«Con la primera elección en el *draft* de 2003, los Cavaliers de Cleveland seleccionan a…», anuncia Stern con media sonrisa, antes de pararse para hacer una pequeña pausa escénica, tal y como prevé el ritual. Y después dice el nombre que todos esperaban oír: «LeBron James».

El público del Garden reacciona con una mezcla de pitidos y sorpresa, un reflejo condicionado por una afición exigente. No tiene nada de personal: lo hicieron en el pasado y lo volverán a hacer en el futuro;

LeBron no iba a ser menos. Su sueño se está haciendo realidad: está en la NBA y es el primer elegido en el *draft*. Y jugará en Cleveland, a cuarenta minutos en coche de donde ha crecido. En ese momento, te pasa por delante toda tu vida, todo el esfuerzo que has hecho para llegar hasta ese punto. Los sacrificios, los días pasados en el gimnasio, las desilusiones, los partidos, el compromiso que has puesto cada día, todos los días, desde el instante en el que decidiste que en tu vida solo quieres jugar al baloncesto hasta el momento en que comprendiste que tu misión era llegar a la NBA. Para LeBron también es el momento en el que la infancia difícil pasa a ser definitivamente una cosa del pasado. Akron seguirá siempre con él, será para siempre parte de lo que es y de lo que quiere llegar a ser. Pero ahora se acabaron los momentos de tinieblas. Ahora ha atravesado para siempre ese umbral imaginario entre los Boondocks y la parte buena de la ciudad. Ahora es LeBron James, la primera elección de los Cleveland Cavaliers en el *draft* de 2003. Vaya como vaya su carrera, nadie podrá quitarle nunca este momento, estas emociones.

Hay un programa que respetar, algo que lleva días repasando. LeBron tiene que subir al estrado y estrecharle la mano al comisionado Stern. Las cámaras de televisión se han colocado delante de su mesa en el instante en que el número uno de la NBA se ha acercado al micrófono para hacer el anuncio. En cuanto Stern pronuncia su nombre, los focos se dirigen a la mesa de James. LeBron no puede hacer otra cosa que sonreír. Abraza primero a su agente, sentado a su izquierda, y luego les da la mano a todos los que están sentados a su alrededor. Un chico le pasa la gorra roja con el logotipo de los Cavaliers, tal y como prevé el protocolo; LeBron se la pone. Después abraza a su madre, sentada a su lado. Es un abrazo liberador, pero también una especie de transferencia de poderes: hasta aquel momento, era Gloria quien debía mantenerlos a los dos. Había hecho malabarismos para sacar a LeBron del gueto de Akron, había hecho lo posible y lo imposible para que no le pesaran nunca la pobreza ni la miseria del rincón en el que la vida les había

metido. Lo había conseguido: LeBron había crecido, se había convertido en un talento deportivo. Y ahora era la primera elección de la NBA. Su mundo está a punto de cambiar, para siempre. Más que el contrato de ochenta y siete millones de dólares en cinco años que había firmado con Nike algunos meses antes, es aquel momento, el del *draft*, el que supone un cambio, el que marca que su antigua vida ha llegado oficialmente a su fin y comienza una nueva. Para LeBron, el campeón que todos quieren ver, pero también para Gloria.

El abrazo que parece eterno dura sin embargo un instante, aunque es el más largo que LeBron dedica a las personas sentadas a su mesa. Ahora tiene que subir al escenario, dirigirse al comisionado, comenzar su nueva vida. Stern está allí esperándole; es su decimonoveno *draft*, así que conoce bien su papel. Recibe a los elegidos, les da la mano, sonríe a los fotógrafos. LeBron se mueve seguro, como un actor que conoce bien su papel: qué tiene que hacer, dónde debe estar, adónde ha de mirar. Es como si ya dominase el escenario y todo el ritual de la NBA. Cuando se acerca a Stern, le extiende la mano. Y sonríe, sonríe como muchas otras veces ha hecho en su vida. Una sonrisa sincera, de un chico que lo ha conseguido, de un deportista que obtiene el máximo reconocimiento posible hasta ese momento. Es la sonrisa de un chaval de dieciocho años que está viviendo su sueño. Stern y LeBron posan para los fotógrafos; después, el comisionado indica al primero del *draft* de 2003 adónde ha de dirigirse, mientras que él se retira detrás del escenario a la espera de la siguiente elección, de la siguiente mano que estrechar, del próximo paso del ritual.

Parte del público del Garden muestra con orgullo la camiseta con el número 23 de los Fighting Irish. La otra parte, mientras LeBron se entretiene en el pequeño estudio de televisión para la entrevista en directo, comienza a corear: «¡Sobrevalorado!». Es un aviso de que le ha llegado el turno a él, de que hasta que no demuestre de verdad que es el nuevo Michael Jordan, que cuenta con el talento necesario para hacer honor a las enormes expectativas puestas en él, siempre se dará contra

un muro de escépticos, una marea de apasionados listos para reprocharle cualquier error, cualquier derrota, para echarle en cara que no vale tanto como dicen. LeBron lo toma como un ruido de fondo. Hace al menos dos años que convive con la presión, con la intensa atención de los medios de comunicación, dispuestos a analizar cada movimiento, a preguntarle la razón de cualquier opción que tome, desde el motivo por el que ha decidido ponerse ese traje blanco que luce con tanto orgullo en el escenario del *draft* hasta la razón que le ha llevado a mandar un pase en lugar de tirar a canasta. Está acostumbrado a la atención; y está acostumbrado también a estar en la televisión.

«Ser el primero en ser elegido es un momento fantástico», dice mientras la multitud del Garden continúa entonando «sobrevalorado» como una letanía. «Es un sueño que tengo desde hace mucho tiempo y que por fin se hace realidad. Es el momento en el que todo el duro trabajo que he hecho da sus frutos. Nuestro equipo debe mejorar cada día. Ese será el mejor resultado que podremos conseguir, porque si lo hacemos creo que seremos un equipo perfecto. Será mi objetivo principal. Estaré listo para todo, para todo lo que el *coach* Silas me pida que haga. No sé si conseguiré ganar el premio de Rookie del Año. La cosa más importante para mí es el equipo, ayudarle a ganar, ayudar a mis compañeros a mejorar. No me interesan los logros individuales; me interesa el equipo.»

La entrevistadora le entrega una camiseta roja de los Cavaliers, la camiseta de visitante. Tiene el número 23, el que LeBron ha elegido. Lo lleva desde el principio, desde los días de St. Vincent-St. Mary, en honor a su mayor ídolo, Michael Jordan. Será el número con el que intentará seguir sus pasos, ahora que ha entrado oficialmente en la NBA. Con ese dorsal intentará demostrar que sí puede ser su heredero. «Pero no quiero ser el nuevo Jordan: quiero ser LeBron.»

2

La etiqueta de «el nuevo Jordan» es un peso importante con el que cargar. Ya había hecho muchos mates cuando LeBron se la encontró colgada, mucho antes de meter un pie en la NBA. Es imposible parecerse a Jordan, ni de lejos. El que está considerado el mejor jugador de todos los tiempos se acaba de retirar por tercera vez cuando Cleveland selecciona a James en el *draft*.

A lo largo de su ilustre carrera, Michael Jordan ha revolucionado el juego, marcando un antes y un después. Desembarcó en la NBA en 1984 tras haber sido elegido en tercera posición en el *draft* por los Chicago Bulls. Jordan comenzó a ganar títulos en 1991 y fue la estrella del Dream Team, el primer equipo compuesto por profesionales que en 1992 hechizó al mundo en los Juegos Olímpicos de Barcelona, poniendo en marcha la explosión global del baloncesto, de la que la NBA comienza a ver sus frutos. Se retira por segunda vez en 1998 (entre 1993 y 1995 se había tomado un año y medio de descanso, siguiendo el sueño que tenía desde niño de convertirse en una estrella del béisbol), con el sexto título de su carrera y la certeza de ser el mejor jugador del planeta. Tras los atentados del 11 de septiembre de 2001, decide volver a jugar, y viste por dos temporadas la camiseta de los Washington Wizards, la franquicia de la que se ha convertido en presidente. Ya no es el mejor de todos en la pista, pero aún emana el aura de un fenómeno, de un extraterrestre entre los humanos. Esa aura que contagia también a LeBron cuando lo conoce en persona, tras haber estudiado su juego durante años, viéndolo en televisión e intentando aprender a hacer todo lo que él hacía desde la distancia.

El final de la era Jordan ha dejado un vacío en el estrellato de la NBA.

Un vacío que una liga, que es ante todo un producto que vender, intenta rellenar. Es verdad que los candidatos no faltan: Shaquille O'Neal y Kobe Bryant con los Lakers; Allen Iverson en Philadelphia; Tracy McGrady y Vince Carter; Tim Duncan en San Antonio, el equipo que en 2003 gana el título al superar en la Final a los New Jersey Nets de Jason Kidd; y Yao Ming, el gigante chino elegido por Houston con la primera posición en el *draft* de 2002, el jugador gracias al cual la NBA ha dado un enorme salto de popularidad en China, un mercado fundamental que conquistar para continuar la expansión global. En esta lista de candidatos entra también LeBron. Las expectativas puestas en él son enormes: cuando te consideran el nuevo Jordan, todos quieren ver si es verdad. Y todos están dispuestos a dudar de ti. «Ya tenemos a otros jugadores en su posición, mejores que él», dijo sobre LeBron Carlos Boozer, ala-pívot de Cleveland, antes de que los Cavaliers lo llamasen. «En la NBA no hay sitio para un chico de dieciocho años, por muy bueno que sea», afirma Phil Jackson, entrenador de los Lakers y que lo había sido de Jordan en su carrera con los Bulls.

«Puedo conseguirlo, puedo hacer frente a la presión. A mi manera.» Los Cavs que acogen a LeBron en el *training camp* de 2003-04 son un equipo nuevo (y no solo por el flamante aspecto del logotipo y las camisetas) respecto al que había ganado solo 17 partidos de 82 en la temporada anterior, lo que suponía el peor récord de la liga. Es verdad que eso les sirvió para poder seleccionar a LeBron en el *draft*, pero también era el punto más bajo de una franquicia que nunca había ganado el título, que jamás había jugado las Finales y que no participaba en los *playoffs* desde 1998.

Como entrenador escogen a Paul Silas, un sexagenario veterano que había llevado a los Hornets a la *postseason* en las cuatro temporadas anteriores. «Buscaba un líder para mi equipo; en cuanto vi a LeBron, comprendí que lo sabía hacer todo en la cancha.» Entre los asistentes está también su hijo Stephen, quien enseguida se da cuenta de las cualidades de LeBron. «Es bueno, realmente bueno haciendo muchas

cosas diferentes. Lo que de verdad lo distingue de los otros es su inteligencia, su capacidad para aprender las cosas muy rápido, para comprender cómo funcionan y hacerlas suyas.»

No todo es fácil: en la NBA un novato tiene que ganarse en la pista el respeto de los veteranos; aunque llegue con las expectativas que rodean a LeBron. Y los veteranos de los Cavs, al principio, no están nada convencidos de dejar que un novato guíe al equipo.

El primer partido en la NBA para LeBron tiene lugar en Sacramento, el 29 de octubre de 2003. Se emite en directo en la televisión nacional, que retrasa el inicio porque el partido anterior está en la prórroga y la emisora quiere estar segura de que el gran evento de la jornada, el primer partido de aquel jugador a quien todos quieren ver, se emita en versión íntegra. Todos se preguntan si aquel estudiante de secundaria catapultado a un mundo más grande que él, sobre el que hay puestas grandes expectativas, será capaz de soportar la presión. El resultado más esperado es el fracaso, porque es imposible que aquel chaval sea de verdad tan bueno como dicen. Nike también bromea al respecto y un poco antes del partido emite un anuncio en el que LeBron toca el balón por primera vez y se bloquea. Se queda inmóvil junto a la línea de tres, cerca de la canasta de los Kings; primero sus compañeros y adversarios y después todo el estadio enmudecen, convencidos de que el chico se ha venido abajo, de que se ha bloqueado y no ha aguantado la presión. Transcurridos unos buenos treinta segundos, LeBron sonríe y ataca el aro. ¡Bum! Ha roto el hielo.

La realidad supera con mucho la fantasía. «Siento mariposas en el estómago, pero tras el salto inicial se me pasará.» LeBron viste la camiseta 23 de los Cavaliers, la misma equipación que había mostrado con orgullo el día del *draft*; en la frente luce una cinta del mismo color. Es un *look* que se vuelve de inmediato icónico, un rasgo distintivo. Al igual que la primera canasta, un tiro en suspensión desde media distancia cuando apenas han transcurrido tres minutos desde el inicio del partido. Antes ya ha hecho su primera asistencia: a Ricky Davis, uno

de esos veteranos cuyo respeto tiene que ganarse.

Todos le esperan a él, el marciano que viene de Akron. LeBron sabe bien que ese primer partido es ya un examen en sí, así que saca a relucir el muestrario al completo, como un negociante que sabe que tiene que exponer la mercancía completa a ese cliente importante que acude a visitar su tienda. Juega 42 minutos; cierra con 25 puntos, 6 rebotes, 9 asistencias y 4 balones recuperados. Se mueve con una seguridad muy superior a la de un chico de su edad que juega su primer partido como profesional, es como si jugase desde siempre en la NBA. Un éxito personal. «Un debut verdaderamente impresionante», lo corona Rick Adelman, entrenador del Sacramento. «Es realmente tan bueno como dicen», afirma Vlade Divac, punto de referencia de los Kings. Aun así, los Cavs pierden 106-92, y lo primero en lo que piensa LeBron es en el equipo: «Podría haber hecho más para ayudarnos a ganar, podría haber sido más agresivo».

Haber roto el hielo de una manera tan fantástica no le garantiza un primer año sin problemas. En cada partido tiene que demostrar lo que vale; en cada error, en cada balón perdido, en cada tiro errado siempre habrá alguien que ponga en duda su valía. Todos lo esperaban como el nuevo Jordan, por lo que debe jugar desde el primer momento a ese nivel, debe marcar de inmediato la diferencia. Da igual que sea un novato, un chaval catapultado desde el instituto directamente entre los profesionales y que aún no tenga la edad legal para festejar una victoria con una cerveza. Lo quieren todo y lo quieren ya. Así es el mundo del espectáculo, querido.

No, LeBron no juega de inmediato como Jordan. A veces muestra toda su inexperiencia, lo joven que es. Pero no hay duda de que es un talento, un futuro fenómeno; y cada vez que tiene ocasión, lo demuestra, aunque deja bien claro que no es el nuevo Jordan, sino LeBron James. El único que quiere ser.

Su impacto en la franquicia de los Cavaliers sí es inmediato: la asistencia al Gund Arena, la casa de los Cavs, crece un cincuenta por

ciento respecto al año anterior, lo que hace que el equipo pase del puesto vigésimo noveno en la clasificación de los equipos con más público al noveno lugar. Y cuando los Cavaliers juegan fuera, en las gradas suelen verse camisetas con el número 23 y el nombre de James en la espalda. Cleveland pasa de ser el equipo menos visto como visitante a ser el más seguido. Es todo mérito de LeBron y de las ganas que tienen los forofos de la NBA de ver en primera persona si es tan espectacular como llevan años oyendo decir. Funciona un poco como hombre-imagen, como representante de las grandes marcas: en diciembre de 2003, Nike saca las primeras zapatillas a las que asocia el nombre de LeBron. En el primer mes de producción, las Air Zoom Generation venden setenta y dos mil pares tan solo en el mercado estadounidense: todo un récord.

En su primer año en la NBA cambian muchas cosas. LeBron deja el apartamento en las viviendas protegidas de Akron; con el dinero del contrato con Nike, se compra un terreno a las afueras, en el tranquilo municipio de Bath Township. Es un trozo de tierra rodeado de verde, casi treinta mil metros cuadrados en un lugar tranquilo, lejos de los curiosos. El sitio adecuado para construirse un castillo, para disfrutar del lujo de su nuevo estatus. Se construye una mansión enorme, que irá ampliando con el paso de los años hasta convertirla en una especie de palacio de cuento de hadas, con todo aquello que él y su madre no tuvieron nunca. Tiene piscina, un jardín inmenso, camareros, un cocinero personal, todos los coches que LeBron quiere, incluso los de lujo; también dispone de un cine privado y de un estudio de grabación; ¡e incluso de una barbería! Con dieciocho años, LeBron tiene ya una casa, ¡y qué casa!, suya y solo suya. El símbolo del sueño americano, la prueba tangible de que de verdad ha triunfado.

A pesar de ser una celebridad, continúa su relación con Savannah, quien está cursando el último año en el instituto Butchel. Antes de graduarse, se da cuenta de que está embarazada. Se preocupa, pues piensa que el embarazo puede cambiarlo todo, puede suponer problemas

con sus padres, puede ser un obstáculo para LeBron y la carrera que apenas ha iniciado. «No te preocupes, no cambiará nada —le dice él—. Nada puede frenarme, seguiré haciendo lo que hago.» La idea de ser padre no le asusta; él nunca ha tenido padre y ha buscado un pedacito de él en todas las figuras masculinas que han aparecido en su vida: en Bruce Kelker, en Frank Walker, en Dru Joyce o en Eddie, que mientras tanto ha vuelto a desaparecer de su vida, pues ha vuelto a terminar en la cárcel por un fraude económico en el pago de una hipoteca. Para él, Gloria siempre fue madre y padre al mismo tiempo, y le ha enseñado todo lo que necesita saber para ser un hombre, todo aquello que le está ayudando a demostrar en la NBA que es más maduro que lo que pueden esperar a sus diecinueve años. Está listo para todo, incluso para ser padre. Y no tiene ninguna duda de que Savannah es la chica adecuada para él. Hasta el punto de que cuando ella le invita al baile del instituto, en el que los estudiantes del último curso se gradúan, él consigue ir a pesar de los muchos compromisos que tiene: «Todo por mi reina».

Su llegada a la NBA no le ha hecho olvidar quién es, de dónde viene, los amigos que le han ayudado a superar las dificultades. Un par de semanas después de haber sido elegido en el *draft*, llama por teléfono a Rich. «¿Cuál es tu número de la seguridad social?» Rich, sorprendido, se lo da; dos semanas más tarde recibe un cheque con una cifra equivalente a las dos primeras semanas de salario de un contrato permanente en la comitiva de LeBron: un trabajo de cincuenta mil dólares al año. «Congeniamos de maravilla desde el principio. Quiero que trabajes conmigo.» LeBron no sabe exactamente qué trabajo quiere que Rich desempeñe, pero lo quiere a su lado. Al igual que a Maverick y a Randy, otros dos amigos que pasan a formar parte de su comitiva. No son los típicos amigos sanguijuelas, que giran en torno a los ricos y famosos contentándose con las migajas o, peor aún, que viven a expensas de sus adinerados amigos. Los tres intentan sacar el máximo partido de la oportunidad de trabajar junto a LeBron, por la seguridad económica que eso significa. Maverick, quien una vez terminada su carrera como

jugador de baloncesto en Western Michigan hizo unas prácticas en Nike cuando LeBron todavía estaba en el instituto y que estaba negociando un contrato con la casa del *swoosh*, termina los estudios de Economía. Rich se convierte en una especie de su chico para todo: se ocupa de su vestimenta, de intentar que sea más comunicativo, de asegurarse de que en los anuncios que graba sea siempre divertido y cercano. LeBron se está transformando en una empresa: no es solo un jugador de baloncesto, sino una marca de los pies a la cabeza. «Cuando salgo a la cancha, no lo hago solo por mí mismo: represento mi nombre y el de todos aquellos relacionados con él.»

Es un modo de pensar que no le distrae del juego. Y es allí, anotando canastas, donde LeBron debe demostrar lo que vale y dejar claro que está a la altura de toda la atención que le rodea. Tal vez aún no juegue como Jordan, pero su primer año en la NBA es todo un éxito. Lo cierra con 20,9 puntos, 5,5 rebotes y 5,9 asistencias de media en las 79 semanas que juega: en la historia del baloncesto, solo Michael Jordan y Oscar Robertson habían conseguido cifras mejores que las suyas. James conquista todos los premios de Rookie del Mes de la Conferencia Este, desde noviembre hasta abril, superando siempre (salvo en el mes de noviembre) los 20 puntos de media. La única nota discordante es que los Cavs no se han ganado un puesto en los *playoffs*, a pesar de que han pasado de las 17 victorias en la temporada 2002-03 a las 35 en la 2003-2004. Y gracias a la llegada de LeBron, se han convertido en el equipo que todos los aficionados quieren ver.

El 20 de abril de 2004, LeBron recibe de manos de Julius Erving, una de las estrellas que llegaron antes que él y a quien ha pasado largas horas estudiando, el premio Rookie del Año en la tienda de la NBA de Nueva York. Lo eligen como ganador setenta y ocho de los ciento dieciocho periodistas con derecho a voto. «Creía que podía tener un impacto en la NBA; creo que lo he demostrado.» Mientras le entrega el galardón, Erving dice de él: «Se me ocurren solo cosas extraordinarias de este extraordinario joven. Silenció desde el principio a los críticos, y lo

ha seguido haciendo todo el rato. Este premio de Rookie del Año es su primer paso hacia el Salón de la Fama». A lo que Gordon Gund, dueño de los Cavaliers, añade: «Nos ha demostrado a todos que está a la altura del reto. Ha superado todas nuestras expectativas. Y sigue elevando el listón».

3

LeBron alza el listón continuamente. El verano de 2004, tras su primera temporada en la NBA, lo pasa en Atenas, en Grecia, en los Juegos Olímpicos con el equipo nacional de Estados Unidos. La selección estadounidense es el punto de referencia en el mundo del baloncesto desde que en 1992 abrieron las puertas a los profesionales de la NBA. Desde entonces, Estados Unidos había ganado la medalla de oro en Barcelona, en Atlanta en 1996 y en Sídney en 2000; en la tierra donde en 1896 habían nacido los Juegos Olímpicos tenían que hacer lo mismo. Sin embargo, en el año 2002 la selección de Estados Unidos había terminado sexta en el Mundial de Indianápolis. Y muchas estrellas se habían negado a ir a Grecia por razones de seguridad, lo que abrió las puertas del equipo entrenado por Larry Brown a LeBron, Carmelo Anthony y Dwyane Wade. La aventura de Grecia se transforma en una nueva desilusión. El camino hacia la medalla de oro concluye en semifinales contra Argentina, que se gana el derecho a jugar contra Italia para ganar el torneo. A LeBron y sus compañeros les queda el consuelo de la medalla de bronce, aunque no basta para quitarle a la expedición la vergüenza de la desilusión, del peor resultado olímpico de los cracs de la NBA. «Nos faltaban la disciplina y la estructura para jugar en un escenario mundial como aquel. Teníamos grandes jugadores, pero no teníamos un gran equipo. Y ese es en gran parte el motivo por el que quedamos terceros.» Para LeBron, con diecinueve años, la olímpica es una gran experiencia, a pesar de todo, una ventana al mundo más allá de la NBA, a una manera diferente de jugar al baloncesto; una ventana al deporte en su máximo nivel.

El 6 de octubre de 2004, pocos días antes de que empiece su segunda

temporada en la NBA, LeBron se convierte en padre. Por ahora ha decidido mantener a Savannah y al niño lejos de la vida pública. Es la mujer con quien quiere compartir el resto de su existencia, pero quiere permitirle que tenga una vida normal, que acabe el instituto, que viva el embarazo y la maternidad en paz. Desea mantenerla a salvo de la desquiciada atención mediática que él recibe. Se ausenta durante tres días del *training camp* de los Cavs para estar con ella, para asistir al parto y abrazar de inmediato a LeBron James júnior. Deciden llamarlo así, con su nombre.

Desde que lo ve, aquel niño pasa a ser lo más importante para LeBron, al igual que le había pasado a su madre con él. «Quiero ser un padre mejor que el que yo tuve. Nunca lo conocí, no sabía dónde estaba o qué estaba haciendo. Pero lo haré lo mejor posible.» LeBron tiene bien presente aquello que le enseñó su madre: tu hijo es siempre lo primero; pase lo que pase en la vida, los problemas deben quedar de puertas afuera. La paciencia es la virtud más importante.

La carrera en la NBA avanza con rapidez. El segundo año, LeBron cierra con 42,4 minutos de media, más que el resto. Sus medias pasan a ser 27,2 puntos, 7,4 rebotes y 7,2 asistencias por partido. Por primera vez, los hinchas le seleccionan para jugar el All-Star Game. Recibe 1 661 204 votos, más que cualquier otro exterior en la Conferencia Este. En las votaciones acaba en el segundo mejor quinteto de la temporada, y termina también en el sexto puesto de la clasificación del MVP, el reconocimiento al mejor jugador de la temporada regular. Está entrando a pasos agigantados en el *star system* de la NBA: ya nadie duda que tenga el potencial para ser un fenómeno, pero lo que le falta son los resultados de equipo. Una vez más, Cleveland no se clasifica para los *playoffs*, a pesar de que durante la temporada apartó a Silas, el entrenador.

Al terminar su segunda temporada, LeBron toma otra decisión empresarial: deja a su primer agente, Aaron Goodwin, y firma con la CAA y Leon Rose. Y no solo eso: funda su propia empresa de publicidad, la LRMR. Son las iniciales de LeBron James, Rich Paul, Maverick Carter

y Randy Mims. La empresa se encargará de la gestión de la imagen de LeBron desde el punto de vista del *marketing*. Maverick se convierte en jefe de la empresa tras haber trabajado en los últimos años para Nike; desde que LeBron ha firmado el contrato con la marca, es Maverick quien se asegura de que esta anteponga los intereses de LeBron. Randy sigue siendo su asistente personal, quien le gestiona las citas y las apariciones fuera de la pista de baloncesto. Rich decide que quiere ser agente, pero primero ha de aprender el oficio, así que pregunta a la CAA si puede trabajar para ellos, como ayudante de Rose, para velar por los intereses de LeBron. «Contratar a tus amigos para gestionar tus negocios es como pedir a tu fontanero que te opere la lesión de rodilla», es una de las críticas que LeBron recibe en los periódicos a raíz de su decisión. Pero él sabe bien lo que está haciendo: los cuatro amigos se prometen no ser tan solo su séquito, no girar en torno a LeBron y su dinero y vivir a su costa. Cada uno ha de brillar con luz propia, encontrar su propio camino, pero intentando siempre, al igual que hace LeBron, ser la mejor versión posible de sí mismos. «Queríamos tener el control de nuestras decisiones, de nuestras acciones, comprender la importancia de controlar todo lo que rodeaba a LeBron, desde la marca a la que representaba hasta la manera en que se hablaba de él. No nos bastaba con que ganase dinero: queríamos que tuviera poder, que pudiera influir en el mundo en el que vivía. Pero todo nace de la cancha, así que para conseguirlo LeBron tenía que ser cada vez mejor; y ganar.»

Mientras que sus amigos le ayudan a construir su imperio, al tiempo que Savannah y Gloria se ocupan de LeBron Jr., él se encarga de lo que le corresponde. Su tercera temporada es impresionante: por primera vez supera los 30 puntos por partido. Termina con 31,4 puntos, 7 rebotes y 6,6 asistencias; acaba segundo en la clasificación del MVP por detrás de Steve Nash, espectacular base de los Phoenix Suns. Cleveland escoge a Mike Brown como nuevo entrenador al principio de la temporada 2005-06: con treinta y cinco años, esta es su primera prueba como entrenador principal tras haber trabajado como asistente para Indiana

Pacers a las órdenes de Rick Carlisle y bajo la supervisión de Larry Bird. Un soplo de aire fresco para Cleveland, para LeBron. Ambos congenian de inmediato: comparten las mismas ganas de trabajar, ambos creen que el talento por sí solo no basta, que el trabajo duro es lo que distingue a los grandes jugadores. «*Coach* Brown nos ha traído la mentalidad defensiva que necesitábamos, nos ha dado el éxito que no habíamos tenido hasta este momento. Y me ha ayudado a mejorar.»

Los Cavs ganan 50 partidos de 82 en la temporada regular, y por primera vez en la carrera de LeBron se clasifican para los *playoffs*. James juega su primer partido de la postemporada el 22 de abril de 2006. Es allí, en las series que llevan al título, donde se construyen las leyendas, donde los jugadores de talento se convierten en campeones: intentando ganar y alcanzar el trofeo Larry O'Brien. Los Cavaliers, cuartos clasificados en la Conferencia Este, se enfrentan en la primera ronda a los Washington Wizards, cabeza de serie número 5. El primer partido se celebra en Cleveland y Nike distribuye a los aficionados una camiseta con la inscripción *witness* (testigo): ellos son los testigos del primer partido de LeBron en los *playoffs*. Él no les desilusiona: cierra con 32 puntos, 11 rebotes y 11 asistencias, y lleva a los Cavs a la victoria en el primer encuentro. Necesitan seis encuentros para ganar, en una serie que LeBron concluye con 35,7 puntos, 7,5 rebotes y 5,7 asistencias de media. Una característica de los más grandes es la de jugar mejor en los *playoffs* que en la temporada regular.

En la segunda ronda, los Cavs se cruzan con los Detroit Pistons, que habían ganado el título en 2004 y habían llegado a las Finales el año anterior. Ahora han alcanzado los *playoffs* con el mejor récord de la Conferencia. Son un hueso duro de roer, que será aún más duro después de que los Cavaliers pierdan los primeros dos partidos de la serie, jugados en Detroit. Se redimen en los dos encuentros siguientes; luego, a pesar de que los Pistons montan una defensa implacable sobre LeBron, el peligro público número uno, los Cavs consiguen ganar el quinto partido en Detroit. Se colocan a una sola victoria de las finales de

Conferencia. Aun así, Detroit gana el sexto partido en Cleveland, a pesar de que LeBron concluye con 32 puntos y 11 rebotes un partido en el que descansa solo durante diez segundos. Vuelta a Detroit para el desempate, donde el 21 de mayo de 2006 concluye la primera experiencia por los *playoffs* para LeBron; él anota 27 puntos, pero tira mal y la defensa de los Pistons anula al resto de sus compañeros.

Para la revancha, LeBron y los Cavs deben esperar un año. Mientras tanto, en el verano de 2006, LeBron firma la renovación de su contrato con Cleveland. La negociación ha sido larga, porque en lugar de firmar por el máximo posible, por cinco años y ochenta millones de dólares, LeBron ha preferido un acuerdo por tres años de sesenta millones. Es parte de esa consciencia de la que hablaba Maverick cuando lanzó la LRMR: «Hemos estudiado el contrato colectivo que regula las relaciones entre los jugadores y la NBA, intentando comprender cómo funciona: desde el punto de vista financiero, la decisión más sensata es firmar esta renovación y luego buscar un nuevo acuerdo dentro de cuatro años», cuando LeBron podrá firmar un salario al treinta por ciento del límite salarial, en lugar del veinticinco por ciento como ahora. Además, esta opción pone presión sobre Cleveland: LeBron se ha convertido en uno de los mejores jugadores que hay, y el equipo ha de estar a la altura.

En la temporada 2006-07, el equipo intenta estarlo. Cierra exactamente con el mismo balance de victorias y derrotas que el año anterior, 50 a 32, pero esta vez entra en los *playoffs* con el segundo mejor récord de la Conferencia, por detrás, como siempre, de los Pistons. Su cita será en la final de Conferencia; para llegar, los Cavs han tenido que deshacerse una vez más de los Wizards en la primera ronda y de los Nets en semifinales. Como el año anterior, Detroit tiene ventaja de campo. Y como en 2006, los Pistons ganan en casa los primeros dos partidos. En el primero, LeBron consigue solo 10 puntos, su mínimo en los *playoffs*, y en el segundo sus errores son parte del éxito de los adversarios. Con un 2-0 y su crac en dificultades, los Cavaliers parecen condenados a llevarse una nueva desilusión. Sin embargo, LeBron se

crece a medida que el juego se complica: en el tercer partido lleva a los Cavs a la victoria con un encuentro digno de una estrella, que repite en el cuarto encuentro para poner el 2-2 en la serie. En el quinto partido, en Detroit, se muestra indiferente hasta seis minutos antes del final; entonces, con el partido en vilo, inicia un espectáculo épico con un tiro en suspensión y los Cavaliers ganan 109-104 tras dos prórrogas: James cierra con 48 puntos, incluidos 29 de los últimos 30 de su equipo, el mate que fuerza el primer tiempo suplementario y la canasta del triunfo. «Intentamos pararlo como pudimos, pero nos fue imposible», admite Chauncey Billups bajando los brazos en señal de derrota.

Cleveland zanja el asunto en casa, en el sexto partido. Por primera vez en su carrera, LeBron llega a las Finales. Tiene la posibilidad de ser campeón con veintidós años, como líder del equipo. No obstante, el rival son los San Antonio Spurs, entrenados por Gregg Popovich, el gurú que los ha transformado en un equipo capaz de ganar el título en 1999, 2003 y 2005. Sus joyas son Tim Duncan —MVP de la serie final de esas tres victorias—, el francés Tony Parker y el argentino Manu Ginobili. Son un equipo acreditado, juegan juntos desde hace mucho tiempo, y están acostumbrados a ganar. Todo lo contrario que los Cavs, un equipo igual de joven que su estrella; tan solo Eric Snow, veterano aunque ahora reserva, ya había jugado por el título con los Seattle Supersonics en 1996, perdiendo 4-2 contra los Chicago Bulls de Michael Jordan. Contra un equipo como los Spurs, eso no basta.

Brown, el entrenador, recuerda: «Estábamos en San Antonio, subimos al autobús para ir al primer entrenamiento. A la que bajamos, algunos de los chicos del personal y del equipo se dejaron llevar por el entusiasmo de haber llegado a las Finales, a la serie por el título. Vale estar contentos por haber llegado hasta allí, pero no te puedes permitir que eso te distraiga del trabajo que te queda por hacer. Entonces comprendí que las cosas iban a salir mal».

Y salen muy mal. Los Cavaliers salen humillados de los dos primeros partidos y vuelven a Cleveland con el 2-0. Brown añade: «Éramos un

buen equipo, porque nos comprometíamos todos al máximo y en la cancha todos intentaban hacer las cosas bien. Pero no teníamos un punto de referencia a la altura de LeBron. Él era inteligente, un jugador fantástico, pero tenía que soportar un peso enorme, sobre todo en el ataque. No había desarrollado aún un gran tiro de media y larga distancia, y San Antonio defendía muy bien marcándole cerca del tablero, para que tuviera que tirar de lejos».

Cleveland pierde también los dos encuentros en casa y las Finales se cierran el 14 de junio, al terminar el cuarto partido, con el triunfo de San Antonio y con Tony Parker como MVP de la serie. LeBron cierra con 22 puntos, 7 rebotes y 6,8 asistencias de media, pero lo hace con el 35,6 por ciento de tiros de campo y tan solo 4/20 en triples. Los Spurs han ganado la batalla y han dejado al descubierto sus debilidades; lo han mantenido lejos gracias a que han sabido defender bien la zona en la que LeBron hace más daño. Y han desenmascarado la insignificancia de los Cavs.

Tras el cuarto partido en Cleveland, LeBron se cruza con Duncan en los pasillos del Quicken Loans Arena. Se abrazan y la estrella de los Spurs alaba a James por cómo ha jugado. Luego le dice: «Un día todo esto será tuyo; lo sabes, ¿verdad?». Está convencido de lo que dice.

4

Apesar de una derrota tan contundente, las primeras Finales son una experiencia para recordar y una lección en toda regla. Los campeones lo son porque aprenden de sus errores, y LeBron ha comprendido la parte de su juego en la que tiene que trabajar, su punto débil.

Esto si queremos ver el lado positivo. El negativo es que, gracias a los Spurs, toda la NBA ha visto el talón de Aquiles de ese astro destinado, según la previsión de Duncan, a ser el dominador de la liga.

Pero LeBron es un perfeccionista, un tipo que echa horas en el gimnasio para mejorar. Horas lejos de la familia. El segundo objetivo de aquel verano es corregir el defecto que se ha puesto en evidencia delante de todos; el primero, cuidar de Bryce Maximus. Nació pocas horas antes del cuarto partido contra los Spurs, y el hecho de que el partido fuera en Cleveland le permitió asistir al parto, como había sucedido también con la llegada de LeBron júnior.

«Crecer sin tener cerca una figura paterna fue difícil; para mí es muy importante ser un buen padre. Es un rol que quiero y que respeto. Tener hijos significa mucho. Sé que ya no me represento solo a mí mismo, sino también a ellos. Me mantiene con los pies en el suelo, anclado al mundo. Mis hijos son probablemente el único motivo por el que consigo mantenerme sano. Ellos no saben si me he equivocado en los últimos tres tiros de un partido o si he perdido un balón decisivo. Lo único que ven en mí es a su padre. Y siempre quieren jugar.»

Savannah y los niños son la parte normal de la vida de LeBron, en la que deja de ser la estrella del baloncesto, de ser constantemente juzgado por cuántos puntos anota, por cuántos tiros falla, por cuántos premios consigue, y pasa a ser el hijo de su madre, el compañero de la mujer a la

que ama y el padre de LeBron júnior y Bryce. Savannah, de la que por ahora los medios de comunicación solo conocen el nombre y que sigue manteniéndose alejada de los focos, dice: «Es un padre fantástico. Si fuese un niño, sus hijos serían sus mejores amigos».

LeBron está construyendo una familia. Ser padre le resulta algo natural, como machacar la canasta rival. A sus hijos les quiere dar todo aquello que él no tuvo de niño: la estabilidad, el afecto de unos padres, de los abuelos y de muchos amigos, y aquella normalidad que él solo descubrió con nueve años, cuando se mudó a casa de los Walker y su vida dio un giro. El éxito le permite garantizar a sus hijos una infancia completamente diferente; ellos le permiten vivir la normalidad detrás de la fama, poner en perspectiva las derrotas y las desilusiones. Le recuerdan que el baloncesto es solo una parte de lo que LeBron James es.

Las Finales del 2007 pasan de ser una gran oportunidad a una gran derrota, porque Cleveland aún no está lista. Pero conseguir el título parece ser solo una cuestión de tiempo, más que un problema en sí mismo. El equipo debe crecer en torno a LeBron. Él mismo, por increíble que parezca, puede aspirar a niveles más altos. Michael Jordan no había perdido nunca una serie por el título en su carrera, pero comenzó a ganar pasados los veintiocho años, tras siete años de carrera. LeBron, en 2007-08, comienza su quinta temporada. Y lo hace como favorito para el MVP, según los directores generales de la NBA.

Sin embargo, en el camino al título de la Conferencia Este, para conseguir la revancha de las Finales, a los Cavaliers les ha salido un nuevo adversario: los Boston Celtics. El equipo con más títulos de la historia (16), pero que levantó el galardón por última vez allá por el 1986 y que lleva una serie de temporadas negativas. Así, durante el verano, el *general manager* Danny Ainge ha decidido moverse en el mercado: se ha llevado a Ray Allen de Seattle el día del *draft* y poco después a Kevin Garnett, de Minnesota, un jugador que años antes había

sido MVP. Con Paul Pierce, el capitán de los Celtics, forman el Big Three, un trío fantástico construido con el único objetivo de devolver el título de la NBA a Boston.

Son el obstáculo contra el que se da de bruces Cleveland, el escollo infranqueable para LeBron y sus compañeros. Sucede en la segunda ronda de los *playoffs*, tras una temporada regular que James concluye como mejor anotador de la NBA, con 30 puntos de media, pero que los Cavs cierran con el cuarto mejor récord y la clara sensación de que la diferencia entre LeBron y sus compañeros es demasiado grande como para poder llegar muy lejos juntos.

La serie se decide en el séptimo partido. Se juega en Boston, porque los Celtics han conseguido el mejor récord en la temporada regular. Es una espléndida batalla entre Pierce y James. LeBron anota 45 puntos en 47 minutos, pero es el único jugador de los Cavaliers con más de 15 puntos. Pierce responde con 41. Y Boston gana 97-92. «Siempre he sido un ganador, me siento un ganador. Me da pena que la temporada haya terminado para no poder demostrarlo.»

En junio, cuando los Celtics ganan el título, 4-2 en las Finales contra los Lakers de Kobe Bryant, MVP de la temporada regular, LeBron ya tiene la mirada puesta en el siguiente objetivo: los Juegos Olímpicos en Pekín con la selección nacional. Lo llaman el Redeem Team, el equipo de la redención, porque tiene como única misión recuperar la honra perdida en 2004, cuando el equipo con LeBron conquistó «solo» la medalla de bronce.

Si cuatro años antes, en Atenas, las estrellas más importantes de la NBA habían optado por no participar en los Juegos Olímpicos, esta vez sí aceptan. También porque la selección hace un lavado de imagen, confiándole la dirección del programa a Jerry Colangelo, un directivo que gozaba de gran respeto, y el banquillo a Mike Krzyzewski, entrenador de los Duke Blue Devils, uno de los programas con más éxitos en la historia del baloncesto universitario. Los doce seleccionados

para el torneo en China conforman un equipo especial, el mejor desde los tiempos del Dream Team original, en 1992.

LeBron es la última de las estrellas de la NBA en alistarse a filas. No porque no sea lo suficientemente bueno, sino porque lo consideran demasiado inmaduro y egocéntrico para formar parte de un equipo donde no sería el punto de referencia, sino uno de muchos. Un equipo que, con su comportamiento, podría saltar por los aires.

En Cleveland, LeBron está acostumbrado a hacer las cosas a su manera, con Maverick que no acepta negativas y los Cavaliers siempre dispuestos a complacer sus deseos. Pero ese comportamiento se convierte en un problema cada vez que James entra en contacto con otros grandes jugadores. Ya había sucedido en el All-Star de 2007, cuando sus pretensiones llevaron a la NBA de cabeza. El comportamiento de LeBron tampoco había gustado en Atenas 2004 ni en el Mundial de 2006 en Japón. Así que Colangelo y Krzyzewski temen que, con él en el equipo, la situación pueda repetirse.

Inicialmente construyen el equipo en torno a Kobe Bryant. A través de Nike, que patrocina también a la selección nacional, le comunican a LeBron que hay sitio para él solo si madura y deja de lado esos melodramas que empezaban a mermar su reputación; al menos, entre bastidores: «O cambias, o te quedas en casa».

Unos Juegos Olímpicos son una ocasión demasiado importante para dejar que se escape. Formar parte de aquel equipo quiere decir entrar en la leyenda, porque, con todas esas estrellas, el mundo entero espera que Estados Unidos vuelvan a ganar el oro olímpico. Sería la revancha, la redención, el nuevo Dream Team.

En el *training camp* que se celebra en Las Vegas, LeBron deja a un lado su ego. Por primera vez desde que está en la NBA, entiende lo que significa formar parte de un equipo con otras superestrellas. Cuando Kobe, el segundo día de preparación, comienza a entrenarse a las cinco de la mañana, todo el equipo le sigue. La estrella de Los Angeles Lakers, flamante MVP, pero que acababa de perder las Finales, quiere ser líder

mostrando que el trabajo duro es el ingrediente fundamental para ganar, que si quieres ser un fenómeno has de entrenar más que los demás. Y aunque Colangelo y Krzyzewski le han pedido a Jason Kidd, capitán del equipo y veterano del grupo, que le siga de cerca, LeBron comprende por sí solo que tiene que encontrar otra manera de ser líder. Pasa a ser aquel que se asegura de que el equipo se mantiene unido, que llama a sus compañeros para ir a desayunar juntos o a entrenar. «Si queremos que esto funcione, hay que hacerlo en serio.»

Por primera vez, LeBron está en contacto diario con Kobe. No cabe duda de que son los dos mejores jugadores del momento; Bryant es una estrella confirmada, y James, la joven promesa que quiere ocupar un puesto a su lado.

LeBron admira a Kobe desde que estaba en el instituto, desde que Bryant —quien, como él, pasó directamente del instituto a la NBA— tenía la misma fama que ahora tiene él: joven e inmaduro; talentoso, pero con mucho que aprender. Kobe ha seguido su trayectoria, y ahora es el MVP, el líder de un equipo que llegó a las Finales y que está dispuesto a repetir. Tiene ese instinto asesino, la capacidad de ser decisivo en los momentos clave, del que LeBron aún carece. Kobe ha seguido su proceso, ha madurado y ha llegado a la cima; justo al sitio al que LeBron quiere llegar. Tan solo necesita comprender cómo hacerlo. Observar a Kobe de cerca, ver cómo se mueve, cómo piensa, es una ocasión única para él.

Chris Bosh cuenta: «Kobe era claramente el mejor de nosotros. LeBron quería llegar a su nivel, todos queríamos llegar a su nivel. Pero todo comenzó gracias a ellos, a la seriedad que le ponían, gracias a cómo demostraban estar dispuestos a hacer todo lo necesario para que este equipo consiguiese la medalla de oro».

El resultado previsto llega en la final contra España, en un partido en el que Kobe resulta fundamental. LeBron vuelve a casa con el oro y una experiencia única: el Redeem Team es un grupo, le ha permitido estar en contacto diario con otras superestrellas, le ha obligado a dejar a un lado

su ego para formar parte de un grupo en el que no depende todo de él, como había sucedido en el instituto y durante los primeros cinco años en la NBA con Cleveland. Le ha enseñado lo que quiere decir jugar con otras superestrellas y lo mucho que esto facilita las cosas, lo mucho que hace más divertido el baloncesto. LeBron había visto de cerca cómo vivían otras estrellas del baloncesto, cómo se entrenaban, cómo trataban a los entrenadores y a otros compañeros de equipo. Había tenido que ganarse su confianza y lo había conseguido, no imponiendo su talento y pretendiendo dar órdenes en función de su superioridad en el parqué, sino que se había ganado su respeto haciendo las cosas bien, intentando ser parte del grupo. Había demostrado no solo su talento, del que no cabía ninguna duda, sino también su inteligencia, su capacidad de formar equipo y de hacer que las cosas funcionen.

Aquel oro olímpico en Pekín, conquistado para devolver a la selección de Estados Unidos a la supremacía del mundo del baloncesto, es su primera victoria como profesional. De China vuelve no solo con una medalla, sino también con nuevos amigos. Ha conocido mejor a Dwyane Wade, a Chris Bosh y a Carmelo Anthony, elegidos también en el *draft* de 2003. Ha hecho buenas migas con Chris Paul, estrella de los New Orleans Hornets y que entró en la NBA un año después. «Siempre estaban juntos, jugaban a las cartas —recuerda Jim Boeheim, asistente del *coach* Krzyzewski—. Pero estaba claro quién era el líder de aquella nueva generación de talentos. El talento y la inteligencia de LeBron le habían hecho ganarse el respeto de los demás: cuando él hablaba, todos escuchaban.»

El oro olímpico es el trampolín de un año baloncestístico extraordinario, en el que va a conseguir su primer MVP. Conquistar el premio de mejor jugador de la temporada regular por primera vez en su carrera, en 2008-09, es otro paso decisivo más en el camino a la excelencia y para ser miembro legítimo del restringido club de las superestrellas de la NBA.

Para recibir el premio, LeBron escoge el sitio donde todo ha comenzado: el pabellón de St. Vincent-St. Mary. «Es el lugar en el que, por primera vez, pensé que mis sueños podrían hacerse realidad.»

Reúne a todo su entorn allí el 4 de mayo de 2009, tras una entrada triunfal en Akron a bordo de su Ferrari, escoltado por la policía local y por la multitud, que corea: «¡MVP, MVP!». En las mismas calles de Akron donde más de una vez estuvo a punto de acabar mal, donde había conseguido superar los retos que la vida le había puesto por delante gracias a la ayuda recibida a lo largo del camino, ahora lo aclamaban como un héroe, como el rey en el que se había convertido gracias a su talento. LeBron no se ha olvidado de quién le ha hecho sentir todo su apoyo, a pesar de todo. Por eso se ha tatuado «familia» y «lealtad» a ambos lados del torso. Por eso, Akron y el pabellón de St. Vincent-St. Mary son el lugar adecuado para recibir tal galardón, la llave simbólica que abre las puertas del club de los mejores jugadores en activo.

Entre el público están los estudiantes del instituto que durante cuatro años consideró su casa: ha pasado de ser un estudiante lleno de sueños a un fenómeno del baloncesto mundial. Sentados en primera fila, Gloria, Savannah, LeBron Jr. y Bryce. En el estrado, a su lado, sus compañeros de equipo, a los que LeBron regala una cámara fotográfica. Es su manera de darles las gracias por haberle ayudado a ganar 66 partidos de 82, a cerrar la temporada regular con el mejor récord de toda la NBA, con sus 28,4 puntos, 7,6 rebotes y 7,2 asistencias por partido. «Tengo veinticuatro años y recibo este premio. Nunca habría pensado que sucedería tan pronto. Nunca pensé que llegaría a ser MVP, pero ahora que lo soy quiero disfrutarlo. Porque el trabajo duro da sus frutos, y es verdad que los sueños se hacen realidad.»

LeBron tiene otro sueño que cumplir: ganar el título de la NBA. Esta vez, en los *playoffs* Cleveland es un acorazado que arrasa con todo lo que le sale al paso. Primero, Detroit; después, Atlanta, ambos barridos con un inapelable 4-0. En la final de Conferencia, en lugar de los

esperados Boston Celtics, se encuentran con Orlando. Los Magic parecen ser el último obstáculo que salvar para que los Cavs lleguen a la final contra los Lakers y que LeBron pueda jugarse el título en una serie contra Kobe. Sería el encuentro que toda la NBA ansía ver, del que todos los apasionados del baloncesto quieren disfrutar: los dos mejores jugadores del momento frente a frente, en un encuentro que, además del título, adjudicará el trono de rey de la NBA.

Si esto no sucede, es por Orlando: los Magic, un equipo construido a conciencia por Stan van Gundy en torno al talento del pívot Dwight Howard (quien, como LeBron, había participado en los Juegos Olímpicos de un año antes), rodeado por tiradores en estado de gracia, habían sido infravalorados durante todo el año, incluso cuando en la segunda ronda habían eliminado a los Celtics, vigentes campeones. Orlando gana el primer partido de la serie en Cleveland, a pesar de los 48 puntos de LeBron; en el segundo, cae derrotado solo porque James se saca de la manga una increíble canasta con un tiro desde unos ocho metros casi sobre la bocina. Pero la victoria final será de ellos.

Lo que llega es otra amarga desilusión, otro resultado que hace más mella de lo previsto en la reputación de LeBron. Es un crac, uno de los dos mejores jugadores en activo, pero es en los *playoffs* donde se construyen las leyendas; a pesar de que en 2007 consiguió llevar a su equipo a las Finales, se encuentra cargando con la etiqueta de estrella que se diluye en los momentos decisivos, que no consigue destacar cuando se le necesita; un perdedor nato, capaz de ser MVP, pero no de ganar los anillos de campeón de la NBA. Y una estrella caprichosa, que pretende tener el control total de la franquicia en la que juega.

Los Cavs no son solo su equipo, sino también su reino, y cualquiera que esté en él es su súbdito. Cualquier decisión que se tome, desde el nombre del entrenador al último fichaje, ha de contar con la aprobación de LeBron. Esto se hace aún más evidente en la temporada 2009-10, cuando finaliza el acuerdo que James firmó en 2006. En esa temporada,

los Cavaliers tienen que hacer todo lo posible para convencerle de que se quede. La única manera segura sería ganando el título, dándole a LeBron la victoria que le falta. Abandonar al equipo después de llevarlo a la cima sería difícil, incluso imposible si es prácticamente tu equipo de casa, el que tiene la sede a poca distancia del lugar donde has crecido. Lo más sencillo es contentarle y esperar que eso sea suficiente.

Los Cavs comienzan la temporada 2009-10 con la espada de Damocles del futuro de LeBron sobre su cabeza; saben que cualquier movimiento que hagan ha de ser por el presente, pero sobre todo por el futuro; y que tienen que darle a LeBron, a Maverick y a los suyos el poder absoluto, mucho más de lo que lo han hecho hasta ahora.

En verano, Cleveland ficha a Shaquille O'Neal procedente de los Phoenix. Con treinta y seis años, ya no es la fuerza devastadora que resultó ser a principios de la década, cuando llevó a los Lakers a ganar tres títulos consecutivos en los años 2000, 2001 y 2002, en todos fue el MVP de las Finales. Pero es una leyenda e impone respeto, y todavía es capaz de cambiar las cosas. «Era el equipo de LeBron y todos tenían miedo de llevarle la contraria, así que le permitían que hiciera las cosas como quería —cuenta Shaq—. Pero él cargaba con toda la presión; aquel equipo era LeBron por una parte y todos los demás por otra; y a mí no me importaba formar parte de los demás.»

A pesar de las presiones y de la distracción del posible adiós de LeBron, a pesar de la obligación de contentarle en todo y por todo sabiendo que vencer era el único resultado posible, los Cavaliers ganan 61 partidos de 82 y cierran la temporada regular con el mejor récord de la NBA. LeBron vuelve a ser elegido MVP por segunda vez consecutiva. Si conquistar por primera vez el trofeo que lleva el nombre de Maurice Podoloff, el primer presidente de la NBA, abre las puertas de un círculo muy exclusivo, hacerlo dos veces seguidas es de leyenda, de los mejores del mundo; y eso es lo que LeBron quiere ser. Está muy cerca, cerquísima; tan solo tiene que conquistar el título.

Pero Boston, una vez más, es el obstáculo contra el que el sueño de LeBron y de Cleveland vuelve a estrellarse. Lo hace en el quinto partido de las semifinales de Conferencia. Esta vez, James sale malparado, porque la culpa no es de los compañeros que le han dejado solo: es él quien se ha equivocado en el partido decisivo. No anota hasta el inicio del tercer cuarto, parece casi catatónico, un autómata que se arrastra por la pista mientras cada intento de romper la defensa de los Celtics, cada asalto al fortín termina en una amarga decepción. LeBron no tiene ninguna excusa, ninguna justificación.

Boston lo ha embrujado, ha desenmascarado al rey que parecía dispuesto a hacerse con el último trozo de reino que aún le faltaba, la última pieza del mosaico que lo legitimaría como el mejor de todos. Cierra con 15 puntos, 6 rebotes y 7 asistencias en 41 minutos, con un humillante 3/14 en tiros de campo. A diferencia de dos años antes, los Cavs contaban con ventaja de campo, pero pierden el partido que decide una serie que hasta aquel momento iba 2-2 y que Boston conquista en casa, en el sexto partido.

Mientras los Celtics se preparan para la final de Conferencia, la nueva etapa de un camino que los llevará de nuevo a jugarse el título contra los Lakers, y que esta vez perderán, en Cleveland dan carpetazo a la temporada. LeBron está en el ojo del huracán: entonces no es tan bueno, no es el portento que todos pensaban. Aún no ha ganado; no consigue ser el jugador que cambie las cosas en los partidos decisivos. No es el rey, sino un pretendiente al trono que falla cada vez que debe demostrar ser digno merecedor de la corona.

LeBron intenta dejar a un lado toda polémica; ya pensará en ello en la próxima campaña, cuando pueda volver a la cancha y demostrar lo que realmente vale a base de canastas. Desde el momento en que sale del TD Garden tras el sexto partido, tiene en la cabeza una sola cosa: decidir en qué equipo jugará la próxima temporada. Maverick y Rich ya tienen listo un plan de acción: por primera vez, James podrá decidir por sí solo

su futuro, visto que el contrato con Cleveland ha terminado. Los equipos interesados pueden dar un paso al frente el 1 de julio, según el reglamento de agentes libres de la NBA. Es el momento en el que los jugadores muestran su poder, en el que finalmente, libres de vínculos contractuales, pueden decidir su propio destino.

LeBron nunca se había visto en una situación igual: por primera vez en siete temporadas en la NBA, no está obligado a quedarse en Cleveland. Aún no ha cumplido veinticinco años y se le considera uno de los mejores jugadores del mercado. Es a él al que todos los equipos quieren; por él los equipos llevan años echando cuentas para llegar al verano de 2010 con bastante dinero como para ofrecerle el salario más alto, para llevárselo de Cleveland, de la única realidad que ha conocido en su vida, y convencerlo de intentar ganar en otro lugar ese título que aún le falta.

En ese momento, no hay nadie que tenga tanto poder en la NBA como LeBron; ese poder y esa influencia que él y Maverick han intentado tener desde que LeBron fue elegido en el *draft* por los Cavs, desde que se dieron cuenta de que podía ser mucho más que un simple jugador. Es el momento de hacerlo, de demostrar que LeBron es el rey de la NBA.

5

«Es hora de responder a la pregunta que todos se hacen. LeBron, ¿cuál es tu decisión?» Jim Gray, el presentador de aquel programa televisivo especial que todos están viendo la tarde del 8 de julio de 2010, hace por fin la pregunta más esperada: ¿dónde jugará LeBron James la próxima temporada? Dentro del Boys & Girls Club de Greenwich (Connecticut), el ambiente está cada vez más enrarecido. El tiempo pasa y la estrella de la NBA responde a todas las preguntas dando rodeos; la impaciencia se palpa en el ambiente. Ya es extraño que un jugador haya elegido un programa especial de la televisión para hacer público el equipo en el que jugará en el siguiente curso; aunque el jugador sea LeBron, la estrella que todos quieren, el que desde hace más de un mes tiene en vilo a toda la NBA. ¿Dónde jugará en la temporada 2010-11? ¿De verdad se irá de Cleveland?

Tras la eliminación de los Cavs en semifinales de la Conferencia Este a manos de los Boston Celtics, el futuro de LeBron se ha convertido en un asunto de Estado. Incluso el presidente de Estados Unidos, Barack Obama, se ha hecho oír. El inquilino de la Casa Blanca más deportista de todos los tiempos, enamorado del baloncesto y forofo de los Chicago Bulls, deja caer en siete ocasiones, durante otras tantas apariciones públicas, cuánto le gustaría que el jugador de la NBA que más admira siguiera los pasos de Michael Jordan, su ídolo, y dejara Cleveland para ir a jugar con los Bulls; casualmente, uno de los equipos que lo corteja. Antes de LeBron, nadie había tenido a un presidente de Estados Unidos como reclutador e inesperado aliado de un equipo. No es que Obama haya llamado por teléfono a LeBron para pedirle que juegue con los

Bulls, pero aquellas declaraciones públicas añaden suspense y presión a la incógnita que desasosiega a los amantes del baloncesto.

Aquellas declaraciones, la petición encubierta que llega a repetir hasta siete veces, no como una orden proveniente del hombre más poderoso de la Tierra, sino como una plegaria de un hincha apasionado, reflejan a la perfección lo importante y esperada que es la decisión de LeBron.

Desde que terminó la temporada, ha recorrido todas las cadenas más importantes, interesadas todas en saber dónde jugará el próximo otoño. Y ha estado incluso en la CNN, invitado por Larry King, donde ha compartido la historia de su vida, desde su infancia difícil hasta la alegría de ser padre, sin revelar su futuro destino.

En esos días, ha quedado patente por primera vez el enorme poder de LeBron, un impacto jamás visto. Ni siquiera Michael Jordan había conseguido tener en jaque a toda la NBA. Es verdad que él había negociado en repetidas ocasiones su contrato con los Bulls, y en la temporada 1996-97 llegó a arrancar la exorbitante cifra de treinta y seis millones de dólares por temporada, lo que obligó a la liga a crear una excepción en su sistema de límite salarial para poder firmar con el mejor jugador en activo. Pero estaba claro que se iba a quedar en Chicago. Cuando, en 1998, el mundo se preguntaba sobre el futuro de Jordan, las dudas tenían que ver con si continuaba o lo dejaba para siempre.

El caso de LeBron es diferente: tiene veinticinco años y aún dista mucho de entrar en los mejores años de su carrera. Es el actual MVP, y ya van dos, el jugador que por sí solo es capaz, con su decisión, de cambiar el destino de una franquicia. De su elección depende el futuro de muchos.

Cuando se abre el mercado de agentes libres, los jugadores sin contrato pueden escoger su nuevo destino. Para poder mover ficha, los equipos han de tener espacio en el límite salarial, el que regula cuánto pueden gastar las franquicias como máximo en salarios. Existen excepciones, como las que permiten a los equipos superar dicho límite

para poder confirmar a un jugador que ya tienen y cuyo contrato ha vencido. No obstante, en términos generales, para poder tener un papel protagonista en el mercado de la NBA y pelear por los mejores jugadores, los equipos han de programar por adelantado; a veces, incluso años. El mercado de 2010 es uno de esos para los que hay que echar cuentas con mucha antelación. LeBron es la pieza más valiosa, pero no es el único que busca un nuevo equipo. Chris Bosh ha decidido dejar Toronto, y el contrato de Dwyane Wade con Miami está a punto de terminar. También Amar'e Stoudemire, que lleva varias temporadas como líder en Phoenix, un equipo que siempre ha estado considerado entre los candidatos al título, pero que nunca ha conseguido llegar hasta la final, está buscando un nuevo equipo.

Por lo general, cada agente libre cuenta con su propia historia. Los equipos se fijan diferentes objetivos, y tiran la caña a quien tienen en el punto de mira a partir de la medianoche del 1 de julio, cuando oficialmente ya pueden comenzar las negociaciones, e intentan conseguir un sí lo antes posible, que se hará oficial a partir del 6 de julio, cuando los agentes libres pueden firmar el pacto alcanzado con los equipos, y dejar por escrito un acuerdo que hasta aquel momento era solo verbal, un pacto entre caballeros.

Pero esta vez todo es diferente. LeBron es un pez demasiado gordo, un jugador excesivamente talentoso; cualquiera que tenga el dinero disponible, cualquiera que tenga la más mínima posibilidad de ofrecerle el máximo previsto por el reglamento, intentará convencerle. Un equipo puede tener muchas alternativas, pero hasta que LeBron no haya dado un sí o un no definitivo, estará siempre pendiente de su respuesta antes de moverse en una u otra dirección.

Cleveland cree jugar con ventaja, porque en los siete años en los que ha tenido a LeBron siempre le ha dado lo que ha querido. Aquel chico que salió de la nada ha cambiado realmente el destino de la franquicia; la ha puesto en el centro del baloncesto mundial. En el mejor lugar del escaparate; desde su llegada, se ha convertido en uno de los equipos más

seguidos de la liga. La camiseta de LeBron con el número 23 en la espalda y el nombre de los Cavaliers en el pecho se ha convertido en poco tiempo en la más vendida en todo el mundo. Cleveland siempre le ha dejado hacer lo que ha querido: le ha dado las llaves del equipo y ha complacido todos sus caprichos. Un poder absoluto del que él nunca ha querido abusar, pero que ha ejercido con la fuerza de su talento en la cancha y sabiendo que el equipo valía lo que valía porque él estaba allí; LeBron es consciente de hasta qué punto puede seguir creciendo: tiene veinticinco años y ya ha sido dos veces MVP de la temporada, pero sabe que esto acaba de empezar. No es solo el símbolo de los Cavaliers, sino que se ha convertido en el emblema de Cleveland y su lucha por salir a flote. Había sido una gran ciudad industrial en el siglo XIX y durante la primera parte del XX, un lugar donde se inventaron los semáforos eléctricos y que fue la cuna de Superman. Sin embargo, a partir de los años cincuenta comenzó un lento declive, hasta el punto de que pasó a ser conocida como *the mistake by the lake*: «el error junto al lago». Un lugar que debes evitar a no ser que seas de allí. LeBron ha llegado para reivindicar el nombre de la ciudad, de todo el estado; un chico que creció sin padre y se convirtió en el mejor jugador de baloncesto del planeta. Es un monumento ciudadano, como el Museo del Rock and Roll a orillas del lago, en pleno centro. Y no es pura palabrería: en 2005 Nike instaló un cartel publicitario gigante con su imagen, que cubre una pared entera del Sherwin-Williams, un edificio de ladrillos rojos en el cruce entre las calles Huron y Ontario y que da al Quicken Loans Arena: al cabo de poco tiempo, se convirtió en el rincón más fotografiado de la ciudad.

La versión original, la foto de un mate de LeBron, se sustituyó en 2007 con otra imagen suya de espaldas haciendo su icónico lanzamiento de los polvos de talco antes del partido, un ritual que forma parte de la magia de LeBron, al igual que la banda de la frente, los espectaculares pases a lo Magic Johnson y su capacidad para dominar la cancha. Esa foto y ese momento son un símbolo para toda Cleveland, un punto en

común, un faro que te guía, como una estrella fugaz que indica el camino de la redención de una ciudad que desde hacía mucho se sentía arrinconada y el hazmerreír por culpa de sus fallos; una ciudad decadente que ve en aquel chico que ha superado los retos más difíciles que la vida te puede poner delante un motivo de orgullo, una razón de esperanza, la luz al final de un largo túnel. LeBron es uno de ellos, un chico que ha crecido en el noreste de Ohio. Nunca se iría de casa, jamás desilusionaría a aquellos que lo idolatran, que lo consideran el rey, el hijo predilecto. Por fuerte que sea la tentación, simplemente no es posible que se vaya a otro lugar.

Para estar seguros, en cuanto termina la semifinal con Boston, el dueño, Dan Gilbert, le entrega aquello que LeBron lleva pidiendo desde hace tiempo: la cabeza de Mike Brown, el entrenador. Cuando Danny Ferry, el máximo dirigente deportivo, le hace notar que no encontrarán un entrenador mejor que Brown a quien confiar la tarea de guiar a LeBron hacia el título que aún no ha ganado, le despide también a él. E inicia las negociaciones con John Calipari y Tom Izzo, ambos entrenadores universitarios, a los que se les considera verdaderos gurús y que están dispuestos a dar el gran salto a la NBA con tal de ser quienes desde el banquillo conduzcan al nuevo símbolo de la liga hacia el ingreso definitivo en el Olimpo de las leyendas. Solo que cuando Gilbert se pone en contacto con LeBron para pedirle su opinión, no obtiene respuesta alguna. Y cuando intenta ponerle en contacto con los dos candidatos al banquillo, no responde.

LeBron, siguiendo los consejos de Maverick y del agente Leon Rose, ha decidido poner distancia de por medio con los Cavaliers, no implicarse en esa fase de transición. Cleveland debe encontrar por sí sola el modo de impresionar a LeBron, de hacerle entender que está dispuesta a hacer todo lo que sea necesario para convencerle de que se quede, de que intenten ganar juntos.

Los Cavs no son los únicos pretendientes. Cuando el 1 de julio LeBron

es libre de reunirse con otros equipos para hablar de su futuro, Maverick y Leon Rose le tienen preparados ya seis encuentros: con los New Jersey Nets, los New York Knicks, los Chicago Bulls, Los Angeles Clippers, Miami Heat y Cleveland. Se reúnen en la sede general de la LRMR en el centro de Cleveland; junto con LeBron están Maverick, Rich y Leon. James y su séquito tienen bien claro lo que quieren: en la cancha, «la mejor situación para ganar»; fuera, el control total, la posibilidad de hacer de LeBron un personaje capaz de ejercer el poder y de influir en toda la liga. Lo mismo que está haciendo en el mercado de agentes libres.

Para ganar, LeBron tiene claro qué ha de hacer. La experiencia olímpica de dos años antes le hizo comprender que sería mejor unir las fuerzas con al menos otra gran estrella, dejar de ser un espectáculo individual en la pista, un Superman con el balón que debe llevar, él solito, a su equipo a la victoria. Mejor ser como Batman, el héroe que hace mejor su trabajo si tiene a su lado a un talentoso Robin. Y los Robin en los que LeBron piensa son Wade y Bosh, con quienes hizo buenas migas en los Juegos Olímpicos y que, como él, están en el mercado. También ellos han comprendido que es mejor compartir escenario con otra estrella. Después de siete años en Toronto, Bosh se ha dado cuenta de que no es un número uno y que está más cómodo como mano derecha de alguien, como sucedió en Pekín. Está dispuesto a seguir a Wade, a jugar con él. Wade ha visto en primera persona que dos estrellas brillan más que una sola: en 2006 ganó el título con Miami, como MVP de las Finales, junto a Shaquille O'Neal. Su colaboración funcionó porque, nada más llegar, Shaq le dijo a Wade que los Heat eran su equipo y que él estaba allí para ayudarle a ganar. Con el pívot a su lado, había renacido y había demostrado ser uno de los mejores jugadores de la NBA, como había demostrado al pelearse con LeBron por el título de MVP en los últimos años. En aquel de 2006 había puesto mucho de su parte; fue fundamental para que los Heat le dieran la vuelta a un 0-2 inicial en las Finales. A sus veintiocho años, tras la salida

de Shaq, Wade está dispuesto a encontrar otro compañero con el que volver a ganar, a pesar de ser uno de los cinco mejores jugadores en activo. La idea de que se necesita más de una estrella para ganar la NBA no la tienen solo ellos. Lo dice la cancha. Desde que Boston formó su supertrío con Pierce, Allen y Garnett en 2008, el título lo ganaron primero ellos y después los Lakers, quienes volvieron a mostrar su superioridad cuando la directiva puso junto a Bryant al español Pau Gasol, uno de los mejores interiores de la liga. Los Celtics y los Lakers se habían jugado el título en junio, y quien quisiera llevarse el título tendría que vérselas con ellos. LeBron quiere ganar un anillo y busca y busca la forma más eficaz de lograrlo.

El primer equipo con el que LeBron se reúne son los New Jersey Nets. La mañana del 1 de julio acuden a Cleveland para hablar con él Mikhail Prokhorov, el millonario ruso que ha comprado el equipo y el primer propietario no estadounidense de una franquicia de la NBA, y Jay-Z, accionista minoritario. Este no es solo el rapero preferido de LeBron, sino que también es un artista que a partir de su talento ha construido un imperio, el único modelo que Maverick indica a su amigo cada vez que hablan de su futuro, de adónde quieren llegar, de adónde quieren llevar a la LRMR. Los Nets han ganado tan solo doce partidos en la temporada 2009-10: fueron el peor equipo de la NBA con diferencia. Pero son ambiciosos, muy ambiciosos. Jay-Z les enseña a LeBron y a Maverick los planes que tienen para llevar la franquicia a Brooklyn, donde se está construyendo un nuevo pabellón pensado para transformar a los Nets en uno de los equipos de referencia de la NBA. Si los eligiese a ellos, además de llevarlos al éxito, LeBron podría mejorar aún más su estatus, hacerse aún más rico. Prokhorov es la figura que más fascina a LeBron. Es un millonario que se ha labrado su propio destino y que no conoce cómo funciona la NBA. Es distinto a otros propietarios, con un modo de pensar muy diferente al suyo: si quiere algo, lo coge y listo; con dinero, con su fortuna. Prokhorov le explica a

LeBron que él es la piedra angular para transformar su marca en un fenómeno internacional. Escoger a los Nets es una decisión que se traducirá en éxitos en la cancha, pero también (y sobre todo) fuera de ella. Para impresionar a LeBron, los Nets habían comprado una valla publicitaria de cuarenta metros y la habían colocado justo delante del Madison Square Garden. «Tu marca es demasiado importante para relacionarla con cualquier cosa que no esté a tu altura —le dice Jay-Z—. Los Nets lo estarán, créeme.»

La presentación de New York, el 1 de julio por la tarde, sigue una línea parecida. Los Knicks tienen bastante espacio en su límite salarial para colocar a otra estrella junto a LeBron, y están muy interesados en Stoudemire. Es más: están convencidos de poder conseguir que este acepte, de manera que LeBron ya sabría el nombre de su Robin mientras rumia sobre su futuro. Nueva York es el mercado baloncestístico más grande en Estados Unidos, además de ser la ciudad más famosa del mundo; LeBron se convertiría en su símbolo deportivo, en la estrella más luminosa en la ciudad de las estrellas. La cola de patrocinadores sería aún más larga y él se sentiría como en casa en el Madison Square Garden, el pabellón más famoso del planeta, la meca del deporte. El equipo de baloncesto de la ciudad no gana desde 1973, por lo que, si LeBron fuese el héroe capaz de volver a llevar al equipo al título de la NBA, su leyenda crecería de manera desmesurada. Sería un hito excepcional en la pista y un trampolín de lanzamiento para su imagen fuera de la cancha. LeBron ya ha oído todo esto con anterioridad y no le impresiona tanto como la presentación de los Nets. Si optase por los Knicks, LeBron sería solo otro de los muchos héroes deportivos de la ciudad, pero si escogiese a los Nets, sería un pionero, el primer símbolo de un equipo nuevo dispuesto a subir de nivel.

Al día siguiente le toca el turno a Chicago. En la delegación de los Bulls que se presenta en las oficinas de la LRMR no está el presidente Obama, pero sí el propietario, Jerry Reinsdorf, el *general manager*, Gar

Forman, y el nuevo técnico, Tom Thibodeau, quien también es cliente de Rose, al igual que LeBron. Le presentan un plan para ponerle al lado a otra superestrella: están negociando con Wade, que lo es en Miami pero que nació y creció en la Ciudad del Viento. Y aunque está contento de jugar para los Heat, estaría dispuesto a volver a Illinois para hacer dupla con LeBron. En el equipo está ya Derrick Rose, el número uno en el *draft* de 2008; al igual que Wade, nació y creció en Chicago y ha demostrado tener un talento enorme, digno de un elegido. Él, Wade y LeBron formarían un trío a la altura de los mejores; es más, serían el equipo que batir. Sin embargo, la candidatura de Chicago tiene un punto débil: Rose nunca ha llamado a LeBron para pedirle que juegue en el equipo con él. En la NBA, es costumbre que las estrellas ayuden a los equipos en la carrera por los agentes libres, sobre todo los del calibre de LeBron. Una llamada de un jugador, de una estrella colega, vale más que miles de promesas de un dirigente. Los Bulls no le han pedido a Rose que llame a LeBron, ni él ha pensado en hacerlo. No es cuestión de celos ni de miedo a que la llegada de LeBron relegue al joven base a un segundo plano. Rose es un chico tímido que cuando no está jugando piensa en sus cosas y que fuera del equipo no tiene muchos amigos que estén en la NBA. Si LeBron quiere, puede conseguir su número y llamarle; Rose no tendría ningún problema en decirle que estaría contentísimo de compartir vestuario con él.

La candidatura de los Clippers cae por su propio peso. El equipo menos famoso de Los Ángeles, el patito feo, con una historia de fracasos peor incluso que la de Cleveland, totalmente eclipsado en la ciudad por el glamur y las victorias de los Lakers, se postula solo porque Maverick está intentando ser su copropietario. Según el reglamento, un jugador en activo no puede ser accionista de una franquicia de la NBA, pero no hay nada que le prohíba a Maverick comprarla y después firmar con su amigo de toda la vida. Tendrían así el control absoluto del club, más aún que en Cleveland. Y Los Ángeles, aunque sea en su versión más pobre, es

el lugar ideal para transformar a LeBron en un símbolo mucho más grande que el baloncesto, en un deportista con poder e influencia. Donald Sterling, padre autoritario y propietario del equipo desde 1981, cuando este aún jugaba en San Diego, y que tres años más tarde se lo llevó a Los Ángeles contra la voluntad de la NBA, le cierra las puertas en la cara a Maverick. Considera que los Clippers son su juguete y que todos los jugadores son de su propiedad, como si de un mercader de esclavos se tratara. Un legado del pasado, que unos años más tarde LeBron contribuirá a desterrar de la NBA.

Cuando Miami se reúne con LeBron el 3 de julio, esconde un as en la manga. Pat Riley, su directivo plenipotenciario, lleva a la reunión los anillos que ha ganado a lo largo de su carrera. Tiene sesenta y cinco años, y es toda una leyenda. Ganó como entrenador de los Lakers del *showtime*, los de Magic Johnson de los años ochenta. Diseñó a los Heat que ganaron el título en 2006, y se reincorporó al equipo esa temporada como entrenador, dejando su puesto de ejecutivo. Desde hace un par de años ha cedido el banquillo a su protegido, Erik Spoelstra. Sin embargo, a Riley le interesa solo una cosa: ganar. Se lo dice claramente a LeBron, de la misma manera que le dice que Miami es capaz de reunir a tres superestrellas. Una es, sin duda alguna, Wade, quien flirtea también con Chicago, pero espera una llamada de Riley para volver a South Beach, al equipo en el que ha jugado durante los siete años de su carrera. Los otros dos pueden ser Bosh y LeBron. Riley no puede firmar un contrato con los tres por el máximo salarial, pero si todos renuncian a una pequeña parte del salario a cambio de las victorias, al igual que habían hecho Magic Johnson y las otras estrellas de los Lakers en los años ochenta, pueden crear un superequipo. De todos los directivos con los que se ha reunido, Riley es el único con un carisma capaz de cautivar a LeBron. Tiene todo lo que necesita para conquistarle: experiencia en la cancha, talento, visión de conjunto, disponibilidad incluso de volver a sentarse en el banquillo como hizo en 2006. Además, Miami es un

paraíso: su clima, cálido todo el año, para alguien que ha crecido con los gélidos inviernos de Ohio, es tan atrayente como la posibilidad de ganar en la pista. Todo lo que LeBron tiene que hacer es aceptar y se convertirá en la estrella del equipo de las estrellas, el punto de referencia de la NBA; el líder del equipo que le daría la posibilidad de ganar el título, no solo en la temporada que comienza en otoño, sino durante muchos años. Tras la derrota en mayo contra los Celtics, LeBron sabe que hasta que no gane un título no obtendrá el reconocimiento que merece como mejor jugador de la liga. Todo depende de él: debe levantar el trofeo de campeón de la NBA, y hacerlo lo antes posible.

Cleveland es el último equipo que se reúne con LeBron el 3 de julio por la tarde. En la delegación de los Cavaliers están el propietario, Gilbert, el nuevo *general manager*, Chris Grant, y el nuevo entrenador, Byron Scott. La reunión dura poco más de hora y media. Han decidido partir del hecho de que LeBron es uno de la familia, de la misma manera que forma parte de Cleveland. Lo transforman en un dibujo animado inspirado en *Padre de familia*, uno de los programas de televisión preferidos de quien es desde hace siete años su símbolo, y lo llevan al vestuario entre bromas y chistes con sus compañeros. Los Cavs son su familia, LeBron es uno de ellos. Y no puede irse, también porque en Cleveland tiene un trabajo por terminar, un título que ganar, con un equipo que construirán para que esté a su altura. Los Cavaliers consiguen reunir a unos cuantos aficionados que reciben a LeBron cuando este llega a la sede general de la LRMR. Junto a su nombre, muestran carteles que rezaban «*home*» (casa). Es su ídolo, no quieren que cambie de equipo. Cleveland cuenta también con una ventaja desde el punto de vista económico: puede ofrecer un año y treinta millones más que los otros equipos.

LeBron se toma su tiempo para decidir. El resto del mercado de la NBA parece congelado, a la espera de la decisión del rey. Mientras, Wade y Bosh le llaman; lo hacen por primera vez el 4 de julio: Dwyane

ha hablado de nuevo con Chicago, pero el encuentro que ha tenido con Pat Riley en Miami le ha convencido. Está dispuesto a decir que sí, a llevarse a Bosh con él. El ala-pívot de Toronto se había reunido también con Houston, pero había decidido que quería jugar con Wade, fuera donde fuese. Solo falta él, LeBron, para formar en Miami ese equipo invencible en el que habían comenzado a pensar en los días de los Juegos Olímpicos de Pekín en 2008. Jugarían y ganarían juntos, se convertirían de inmediato en el punto de referencia de toda la NBA, en el equipo al que ganar.

El 7 de julio Amar'e Stoudemire hace pública su decisión de ir a New York, formalizando así un acuerdo que parecía hecho ya hacía tiempo. Dice públicamente que quiere hablar con LeBron, que quiere convencerle para unir fuerzas y jugar juntos en los Knicks. Pero LeBron está aún sopesando su decisión. Ese mismo día, Maverick llama a la cadena ESPN para concluir una idea de la que habían hablado hacía ya tiempo: un programa especial de una hora el día después, a las 21.00 hora de Nueva York, que culminará con LeBron anunciando en directo el equipo en el que jugará en la temporada 2010-11. Es la decisión que todos los forofos de la NBA del planeta esperan con ansia. Dará respuesta a la pregunta que inquieta desde hace días a todo el mundo del baloncesto. Para ello, Maverick y la ESPN deciden que el programa se llamará *The Decision*. Ambas partes acuerdan que la cadena producirá el programa y que LeBron escogerá la ubicación y el presentador; el dinero recaudado por la venta de los espacios publicitarios se donará a organizaciones benéficas que LeBron escogerá.

Desde su primer año en la NBA, James tenía una relación preferencial con Boys & Girls Clubs of America, una organización sin ánimo de lucro fundada en 1860 para ejercer de mentor y educar a jóvenes de todo el país, de acompañarlos hasta que terminen el instituto, asegurándose de que tengan un plan para el futuro. Tiene más de cuatro mil sedes y la oficina central en Atlanta (Georgia). Es una de las organizaciones que ayudaron a LeBron a superar los años difíciles de su infancia, y por eso

ha decidido ser uno de sus rostros. Cada año, desde 2005, con motivo del All-Star, LeBron ha hecho una donación importante al Boys & Girls Club de la ciudad en la que se celebra el fin de semana de las estrellas. Ahora la idea es que las ganancias de *The Decision* se dividan entre los Boys & Girls de las ciudades de los equipos que han mostrado interés por él. Es una manera de dejar huella en más comunidades, aunque al final no juegue en esas ciudades. A la lista de las sedes beneficiarias de la donación de LeBron se añaden la de Akron y la de Greenwich, donde se celebrará el espectáculo; también por su cercanía con Bristol, donde la ESPN tiene su sede. Jamás un jugador había hecho algo parecido. El agente de LeBron tiene dudas. El comisionado David Stern se queda perplejo cuando se entera de la noticia y llama a la ESPN para que le saquen de dudas; pide también que cancelen el programa, puesto que no quiere que un jugador tenga tanto poder. Pero la ESPN se resiste; Maverick está decidido a seguir adelante cueste lo que cueste y ha convencido a LeBron de que lo haga. Es una demostración de fuerza, una manera de tomar el control de la decisión más importante de su carrera hasta la fecha. Para demostrar quién manda, para dejar claro que un jugador del calibre de LeBron puede tener un poder inmenso, no solo a la hora de determinar si su equipo gana o pierde, si conseguirá llegar al título, sino también a la hora de convencer al primer canal deportivo para que le dedique una hora de su programación para permitir a los aficionados escuchar directamente de su boca, sin intermediarios, dónde jugará la próxima temporada. Es una nueva manera de comunicación, y Maverick quiere que su amigo sea el primero en emplearla. Es el único jugador que se lo puede permitir. «Queríamos hacer algo que no se hubiera hecho nunca antes —dice Maverick—. Queríamos recaudar dinero para ayudar a la gente, y hacer algo que le permitiese a LeBron escoger con qué equipo jugar y comunicar el mensaje de la manera que considerara más oportuna.»

En el Boys & Girls Club de Greenwich se analiza minuciosamente cada

detalle, incluso los taburetes en los que se sientan LeBron y Jim Gray, el presentador que han elegido. Él fue el primero que le dio la idea a Maverick durante el segundo partido de las Finales: un programa de televisión de una hora, en directo, en el que LeBron hiciera pública su decisión. Como público se escoge a niños que frecuentan el club. Cuando se enfoca a LeBron y a Gray de perfil, se puede ver detrás un gran cartel de Boys & Girls Clubs of America.

El directo comienza a las 21.00. La ESPN le dedica toda la parrilla, con un especial de tres horas que le precede y uno de dos posterior para comentar qué ha decidido. La cadena ha aceptado la idea, pues está segura de contar con un montón de telespectadores; están convencidos de que todo el mundo de la NBA estará conectado, y de que mientras esté pendiente de los labios de LeBron, esperando descubrir con qué equipo jugará, bajo los ojos tendrá el logotipo de la ESPN; mejor que el de cualquier otra. El programa se organiza de manera que LeBron no anuncie de inmediato el equipo que ha seleccionado. Sigue la misma estructura que la noche de los Óscar, donde el premio a la mejor película se da al final; decir desde el principio lo que todos quieren escuchar sería, desde un punto de vista televisivo, un rotundo gol en propia puerta, una invitación para que los espectadores cambien de canal. LeBron ha pasado toda la tarde en Greenwich, en una mansión de estilo colonial que su agente le ha buscado para la ocasión. Ha pasado la mañana grabando anuncios publicitarios; ha comido con Kanye West, el rapero, que después se sienta entre el público del Boys & Girls Club; ha repasado los últimos detalles del programa con Maverick, Rich y Gray. Sabe que tendrá que responder a algunas preguntas, que el anuncio no será la manera de dar la bienvenida a los espectadores. Pero no sabe las preguntas que Gray le hará. Llega al Boys & Girls Club sobre las 20.30, acompañado de Maverick y de Rich. Fuera le espera una marea de seguidores de las seis franquicias con las que ha hablado, las que esperan saber cuál será la seleccionada, el nuevo reino del rey. Hay aficionados de todas las edades y todos los tipos; muchos llevan puesta

la camiseta de los Cavs, o de St. Vincent-St. Mary, o se han tatuado el nombre de su equipo y el motivo por el cual están seguros de que LeBron los habrá elegido. Cuando comienza el programa, LeBron lleva una camisa roja de cuadros bajo la cual asoman una camiseta interior blanca y el micrófono; unos pantalones grises y zapatos marrones completan su atuendo. Lleva el pelo y la barba recién cortados. No parece estar relajado ni controlar la situación, como habitualmente. Parece nervioso, deseando terminar con ese tormento que arrastra desde hace varios meses, sobre el que ha reflexionado ininterrumpidamente durante los últimos días. Parece un hombre dentro de una sala de torturas, dispuesto a confesar todo lo que el verdugo quiere saber. Solo que el verdugo continúa infringiéndole dolor, sin darle tiempo siquiera para decir la palabra mágica que pondría fin a su tormento.

«¿Estás listo para comenzar? Saca los polvos de talco», bromea Gray para tranquilizarle. El programa se prolonga durante veintisiete largos minutos, durante los cuales LeBron cuenta cómo ha pasado días cambiando de idea, pero que por fin ha tomado una decisión final esa misma mañana, tras consultarlo una vez más con la almohada y haber hablado con su madre, Gloria.

A las 21.27, trece millones de espectadores están conectados en directo a la ESPN, y muchos otros siguen el programa en *streaming* en todo el mundo. Por fin, Gray le hace a LeBron la pregunta más importante de la noche.

—Este otoño —comienza a responder antes de detenerse—. Maldita sea, esto es muy difícil. —Después, vuelve a comenzar—: Este otoño llevaré mi talento a South Beach y me uniré a los Miami Heat.

—Miami Heat. ¿Esa es la decisión que tomaste esta mañana? —le pregunta Gray.

—Es la decisión que he tomado esta mañana —responde LeBron.

—¿Por qué?

—Creo que es la mejor oportunidad que tengo para ganar y para

hacerlo durante muchos años. Y no solo de ganar durante la temporada regular, o de ganar cinco partidos seguidos. Quiero ganar títulos, y creo que allí puedo hacerlo.

—¿Fue siempre tu plan, jugar con Dwyane Wade y Chris Bosh? —vuelve a preguntar Gray.

—Bueno, tengo muchísimas ganas. No puedo decir que ese haya sido siempre mi plan, porque no pensaba que fuera posible. Pero lo que los Miami Heat han hecho para conseguirlo, para liberar bastante masa salarial y poner las condiciones para que estemos los tres… Ha sido una propuesta imposible de rechazar. Son dos de los mejores jugadores de nuestra liga. Los tres formaremos un equipo fantástico.

6

«Llevaré mi talento a South Beach y me uniré a los Miami Heat.» Cuando LeBron pronuncia estas palabras, cuando sorprende al mundo anunciando de esta manera única e innovadora lo que ha decidido sobre su futuro, todo a su alrededor cambia. Hasta aquel momento era un héroe, un perdedor con éxito, un MVP incapaz de ganar un anillo, un rey sin corona; pero, aun así, una figura positiva, siempre. Todos los aficionados le querían: tenía talento, un talento único y fuera de lo común. Con veinticinco años, aún le esperaban sus mejores temporadas. Todavía no había conquistado ningún título, es verdad, pero seguro que lo conseguiría muy pronto, abriendo por fin las puertas de aquel exclusivo club de grandes estrellas al que podía pertenecer gracias a lo bueno que era sobre el parqué. Era inevitable, el destino lógico al que incluso los que le criticaban por esos fracasos y le consideraban sobrevalorado sabían que llegaría.

Sin embargo, cuando LeBron abandona Cleveland de aquella manera, con todas las miradas del mundo puestas en él, pasa de inmediato a ser el malo de la película. Es el chico mimado e inmaduro que quiere hacer siempre las cosas a su manera, que ha seducido y dejado tirada a la ciudad que le ha adoptado, que le ha hecho rico y poderoso, que ha satisfecho todos sus caprichos, que lo ha visto transformarse de un chico de dieciocho años con muchos sueños en un hombre hecho y derecho. Él tenía que salvar a Cleveland, debía ayudarla a levantarse, a limpiar su nombre. Y ahora se va. Y, además, de aquella manera, manteniendo en ascuas durante días a toda la ciudad, a los hinchas que le han mimado e idolatrado durante siete años, a todo el estado de Ohio, que lo considera su hijo predilecto. Y no ha tenido ni siquiera la decencia de decirlo, de

revelar la verdad que nadie quería escuchar, y lo ha hecho público en esa porquería de programa de televisión que duró demasiado.

La reacción es instantánea. Mientras LeBron, Maverick y Rich embarcan en un vuelo privado a Miami, directamente desde Connecticut, Cleveland y todo el estado de Ohio se sublevan. Antes de salir en directo, antes incluso de llegar al Boys & Girls Club, LeBron había llamado a Pat Riley y a Miami para decirles que los había escogido a ellos. Y Rich había llamado a Dan Gilbert para decirle que LeBron iba a dejar los Cavaliers. «Es difícil explicarlo —dice LeBron en directo—. Mi corazón está en Cleveland, durante siete años lo he dado todo a esta franquicia, a los veinte mil hinchas que me han visto crecer. Nunca hubiera querido irme de Cleveland. Mi corazón estará siempre aquí, pero esta es una oportunidad única para crecer. En un mundo ideal, me hubiera gustado quedarme.»

Los seguidores de los Cavs se sienten traicionados. Se echan a la calle y empiezan a quemar las camisetas de LeBron; los que están en Cleveland se acercan hasta su cartel gigante, que todavía custodia la ciudad desde la pared del Sherwin-Williams, y le lanzan piedras y botellas. James pasa de ser un símbolo de esperanza a uno de odio, de ser el jugador más querido al más odiado no solo de Cleveland, sino de todo el estado, con excepción de su Akron, donde siempre será el hijo predilecto, el héroe que ha conseguido hacer realidad su sueño. El resto de Ohio siente por él un odio visceral que emana directamente del propietario de los Cavaliers, de Gilbert.

Esa misma noche, el propietario de la franquicia escribe una carta abierta y llena de odio dirigida a los hinchas; la publica en la página web del equipo.

> Como sabéis, nuestro antiguo héroe, quien creció en la misma región de la que esta noche ha huido, ya no es un Cleveland Cavalier.
>
> Lo ha hecho público tras varios días de escalada narcisista y de

autopromoción, que culminó con un especial en la televisión nacional, algo nunca visto en la historia del deporte y probablemente en la historia del entretenimiento.

Obviamente, todo esto es una amarga desilusión para todos nosotros. […] Vosotros, los seguidores, no os merecíais una traición tan cobarde; habéis dado mucho y os merecéis mucho más.

Esta noche quiero haceros una promesa. Os garantizo personalmente que los Cavaliers de Cleveland ganarán un título de la NBA antes que el autoproclamado exrey gane uno. […]

Algunas personas creen que deberían ir al cielo, pero al mismo tiempo piensan que no tienen que morir para llegar allí.

Lo siento, pero no es así como funciona.

Este impactante acto de deslealtad de nuestro «elegido», criado en nuestro hogar, envía un mensaje opuesto del que queremos para nuestros hijos. No es eso lo que nos gustaría que fueran de adultos.

La buena noticia, sin embargo, es que esta cruel y despiadada acción servirá de antídoto a la llamada «maldición» que se cierne sobre Cleveland, Ohio.

El autoproclamado exrey se llevará la maldición al sur. Y hasta que no haga las cosas bien con Cleveland y Ohio, James (y la ciudad en la que jugará) se verá perseguido por esta maldición absurda y el karma más negativo.

Las cosas empeoran cuando LeBron desembarca en Miami, pues le llueven las críticas del resto del mundo por lo que *The Decision* ha supuesto. Los periódicos y las cadenas de televisión no ponen en tela de juicio la elección de ir con los Heat y dejar Cleveland, sino cómo lo ha hecho. *The Decision* parece ahondar en aquella reputación de chico inmaduro y egoísta, acostumbrado a salirse con la suya, y que casi le había costado a LeBron un puesto en el Redeem Team en los Juegos Olímpicos de 2008. Poco importa que, técnicamente, haya funcionado: dos millones de dólares destinados a organizaciones benéficas, a los que hay que añadir las donaciones de los patrocinadores y un aumento vertiginoso de las contribuciones a los Boys & Girls Clubs of America, solo porque el nombre de LeBron está vinculado a ellos. Una media de casi diez millones de espectadores, que convierten *The Decision* en el

programa de estudio más visto en la historia de la ESPN. Su repercusión es mundial. Parece que el poder ahora es de los jugadores, que pueden contar las cosas a su manera, en televisión y para todo el planeta. Es el primer paso de una revolución, el primer grano de arena de un cambio que sacudirá a la NBA en la década por venir. LeBron ha demostrado a sus compañeros que son los dueños de su propio destino, les ha enseñado a las superestrellas que la NBA es una liga de estrellas y que son ellas las que controlan el juego. Aun así, en ese momento todo eso importa poco. En ese momento, para LeBron *The Decision* es tan solo un golpe devastador a su imagen pública. «Tengo veinticinco años, siempre he intentado contentar a todos. Y ahora cada vez que enciendo la televisión oigo mi nombre criticado, ensuciado. Es imposible que esto no me afecte.»

El héroe, el chico que creció sin un padre, que salió del gueto gracias a su talento y que se convirtió en el símbolo de la redención de todo un estado, es ahora el malo, el ambicioso y arrogante que quiere poner patas arriba la jerarquía de la NBA. Ni siquiera la rueda de prensa de presentación con los Heat mejora la imagen pública de LeBron. Él, Wade y Bosh suben al estrado y prometen a los aficionados que no ganarán solo un título: «No uno, ni dos, ni tres, sino…».

South Beach los adora, enloquece aún más que cuando en 2004 Pat Riley llevó a la ciudad a Shaquille O'Neal, quien por aquel entonces era el mejor pívot del mercado. Riley también había organizado un programa parecido para un jugador dominante y querido por todos los seguidores de la NBA. Aquello puso a Miami en el mapa del baloncesto; fue el preludio al título de 2006. Pero ahora, la llegada de LeBron y de Bosh para jugar con Wade y formar un superequipo en torno al talento de aquellos tres formidables jugadores, de los mejores en la NBA, con el dos veces y vigente MVP como guinda del pastel, eclipsa la llegada de Shaq, transforma el American Airlines Arena en la capital de la NBA y a los Heat en el equipo de referencia. En el pasado, ya había habido otros *superteams*, otros equipos construidos en torno a varios talentos y no de

una sola estrella, pero esta versión de Miami promete superarlos a todos.

No obstante, más allá de South Beach, la llegada de LeBron ha transformado Miami Heat en el equipo más odiado de todo el país. Como si los Monstars de *Space Jam*, el equipo de alienígenas que roba el talento a los mejores jugadores de la NBA para conquistar la Tierra, se hubieran hecho con el poder, aunque sin el equipo de los buenos, con Michael Jordan a la cabeza, Bugs Bunny y los otros Looney Tunes, alineados para hacerles frente. Se los teme, se los odia, se los abuchea en cada estadio que pisan. Al decidir unir sus fuerzas y jugar juntos, LeBron, Wade y Bosh han traicionado las costumbres de la NBA. Es como si hubieran cedido al lado oscuro, como si hubieran escogido el camino más fácil para ganar; en lugar de luchar, en lugar de que cada uno demuestre ser mejor que el otro, se habían unido para no tener adversarios y alcanzar sin problemas el título que querían.

Con tales premisas comienza la temporada 2010-11. En su nuevo equipo, LeBron ha tenido que cambiar el dorsal, pues el 23 no está disponible, ya que los Heat lo han retirado en honor a Michael Jordan. Jordan había puesto punto final a su carrera con Chicago en 1998, con la aureola de haber sido el mejor de todos los tiempos, y Miami había decidido unirse a la iniciativa, que no caló en todos los equipos, de retirar el número 23 en su honor. Había sido tan grande que jamás nadie estaría a su altura, por lo que ningún jugador debería lucir su número, en ningún equipo, a pesar de que Jordan solo lo había llevado con los Chicago. Así pues, LeBron opta por el número 6 en honor a otro grande del pasado que le había inspirado y que había estudiado durante mucho tiempo: Julius Erving, la leyenda que en 2004 le había entregado el título de Rookie del Año.

Para el primer partido de la temporada, el 26 de octubre de 2010, la NBA manda a los Heat a Boston a enfrentarse al mismo adversario contra el que LeBron había jugado en los *playoffs* su último partido con la camiseta de los Cavs cinco meses antes. El mismo contrincante contra

el que se había bloqueado, que le había vapuleado por dos veces en los últimos tres *playoffs*. LeBron juega un gran partido, en el que logra 31 puntos en 43 minutos. Pero a su lado, Wade y Bosh no consiguen brillar; Miami pierde 88-80.

Es el inicio de un primer mes difícil, en el que los Heat se encuentran con un récord mediocre de nueve partidos ganados y ocho perdidos tras la derrota con Dallas del 27 de noviembre. Cada vez que juegan en un pabellón los abuchean. James, Wade y Bosh no parecen capaces de destacar, de ser ese fantástico trío que habían prometido ser. La declaración de intenciones en la rueda de prensa de presentación, la certeza de que con ellos tres juntos lloverían los títulos, los atormenta en aquella etapa inicial. En Miami juran que LeBron ha pedido la cabeza de Spoelstra, el entrenador, y que le insiste a Riley para que coja las riendas del equipo en primera persona, como entrenador y no como directivo. Eso es precisamente lo que quieren los seguidores de los Heat, que ante las primeras señales de dificultad comienzan a cantar *Bring back Riley*, «que vuelva Riley». Spoelstra, es un exjugador de baloncesto que en 1995 entró a formar parte del personal de los Heat como coordinador de vídeo, tiene cuarenta años y esta es su tercera temporada como entrenador principal, tras haber sido asistente durante varios años.

Riley lo eligió personalmente para guiar al equipo en su lugar en 2008; aunque en la reunión del mes de julio anterior le reiteró varias veces a LeBron que Spoelstra iba a ser el entrenador y no él, lo cierto es que no tiene nivel para entrenar un equipo de esa categoría. Bosh se lamenta diciendo que se entrenan demasiado, que se centran excesivamente en la preparación física y que esto deja una marca profunda en los jugadores. Durante un partido, cuando lo cambian, LeBron choca contra su entrenador como si no existiera.

El día después de la derrota contra Dallas, Spoelstra y su primer asistente, David Fizdale, se reúnen en su despacho para intentar comprender qué es lo que no funciona. Alguien llama a la puerta: es Pat

Riley. El máximo directivo de Miami entra en la estancia, emanando su habitual carisma y ese irresistible encanto que te hace pensar que siempre sabe lo que dice: «Chicos, he visto todos los entrenamientos de este año: estáis haciendo un trabajo fantástico. No os preocupéis, este equipo está a punto de despegar. Y más vale que lo haga, porque yo no tengo ninguna intención de volver a entrenar».

Como predice Riley, Miami echa a volar. Gana 21 de los 22 partidos siguientes; su defensa es excelente. El tercer partido de esta serie, el 2 de diciembre, es el regreso de LeBron a Cleveland, la primera vez como contrincante en el pabellón que durante siete años fue su casa. Entra en la pista para el calentamiento y le reciben con silbidos; el público se encarga de hacerle sentir cuánto lo odia insultándole durante el anuncio de los quintetos iniciales y reservando aplausos para otro exjugador, Zydrunas Ilgauskas, que había seguido a LeBron a Miami. LeBron es abucheado durante todo el partido mientras en las gradas se exhiben carteles y pancartas en su contra.

Los Heat ganan con facilidad, por 28 puntos de ventaja; LeBron marca la diferencia firmando 24 de los 38 puntos en la segunda parte. «He tenido siete fantásticos años aquí en Cleveland. He disfrutado cada momento. He crecido, he hecho todo lo que he podido para intentar ganar y siempre he jugado al máximo. Tengo el máximo respeto por esta franquicia, por esta afición. Intentaré seguir creciendo en Miami. No quiero pedir perdón por haberme ido. Mi intención no era hacerle daño a nadie. He tomado una decisión y debo vivir con las consecuencias. Y estoy satisfecho de cómo han salido las cosas.»

En esa serie, el Big Three encuentra su equilibrio, sobre todo por mérito de Wade, y eso se traduce en victorias. En los primeros meses, LeBron y él habían intentado demostrar cuál de los dos era el mejor, que ambos eran el macho alfa, el líder del equipo. Pero después del primer mes, Wade se da cuenta de que tiene que utilizar con LeBron el mismo planteamiento que algunos años antes Shaquille O'Neal había usado con él. Cuando llegó a Miami en 2004, Shaq había llamado aparte a Wade,

que entonces era la estrella naciente del equipo, y le había dicho: «Este es tu equipo, yo estoy aquí para ayudarte a ganar. Pero el líder eres tú: dime cómo puedo ayudarte». Wade comprende que debe hacer lo mismo con LeBron, que ha de dejar que él sea Batman y convertirse en su Robin, en su apoyo, en su número dos. «Este es tu equipo, LeBron», le dice en un entrenamiento, y Miami brota como una flor en primavera, muestra lo devastador que puede ser con sus estrellas marcando el camino.

Ya nadie piensa que Riley tenga que volver al banquillo cuando el equipo cierra la temporada regular con 58 victorias y 24 derrotas, el segundo mejor récord de la Conferencia Este por detrás de los Chicago Bulls de Derrick Rose, que se convierte en el MVP más joven de la historia de la NBA. LeBron, a pesar de cerrar la temporada con 26,7 puntos, 7,5 rebotes y 6,7 asistencias de media, recibe solo 4 de los 121 puntos disponibles como mejor jugador y acaba tercero por detrás de Dwight Howard. Aun así, demuestra quién es el mejor en los *playoffs* de la Conferencia Este, una marcha triunfal de la que Miami, sobre todo gracias a él y sus jugadas, sale con un triple 4-1; por el camino han caído Philadelphia, Boston y Chicago.

En las Finales, los Heat se enfrentan a los Dallas Mavericks. Es una reedición de la serie por el título de 2006, en la que Dwyane Wade le había dado la vuelta a la tortilla, a pesar de que los Mavs se habían adelantado 2-0, y entregó a Miami el primer título de su historia. La estrella de los Dallas es la misma: Dirk Nowitzki, un fantástico ala-pívot alemán que se está consolidando como el mejor europeo de la historia de la NBA. Ganó también el MVP de 2007, temporada que Dallas cerró con el mejor récord de la liga, pero en la que cayó amargamente eliminado en la primera ronda de los *playoffs* por los Golden State. Nowitzki es todo aquello que el Big Three no es: no es glamur, no está de moda, es una estrella eficiente, capaz de revolucionar el juego y que prefiere el talento en la cancha al protagonismo y la fama. Los Mavs son todo aquello que los Heat no son: son prácticos, están un poco

infravalorados, están atentos en defensa y sin florituras; un grupo muy unido y acostumbrado a jugar juntos.

Para LeBron, es la primera serie por el título tras la derrota frente a San Antonio en 2007. Entonces era un joven en ascenso, una estrella naciente cuyo punto débil había quedado al descubierto gracias a unos Spurs más expertos. Ahora, cuatro años más tarde, LeBron siente que es el mejor jugador de la liga. Desde entonces ha crecido y ha mejorado mucho su juego. Llega a la serie por el título tras unos *playoffs* brillantes. Si entonces sus Cavs eran un espectáculo por su actuación individual, esta vez los Heat son un monstruo de tres cabezas de las cuales él es la más peligrosa, el fenómeno al que nadie hasta entonces ha conseguido frenar. Esas Finales son la ocasión de demostrar que ha tomado la decisión correcta al irse a Miami para jugar con Wade y Bosh, la oportunidad para demostrarle al mundo que no siempre se equivoca cuando llega el momento de la verdad; quiere dejar claro quién es el rey, que es el momento adecuado para coronarse.

Miami parte como favorito en la serie, pero salvo los hinchas de South Beach, toda la NBA apoya a Dallas. Si los Heat son los Monstars, Nowitzki y sus compañeros son el equipo de los Looney Tunes que debe salvar la Tierra de la tiranía de aquel superequipo al que todos odian. El objetivo número uno de los Mavs, entrenados por Rick Carlisle, es bloquear a LeBron. Miami gana el primer partido en casa, el 31 de mayo, y James anota 24 puntos. Dallas gana el segundo 95-93, y la serie se traslada a Texas para los siguientes tres partidos. Los Heat ganan el primero, pero Dallas parece haber comprendido cómo controlar a LeBron. En el cuarto partido, es como si LeBron hubiera perdido sus superpoderes. Parece distante, pasivo, un jugador que se arrastra por el parqué sin saber qué hacer, equivocándose cada vez que intenta ser él mismo, ese habitual portento.

Es un fracaso de proporciones épicas: solo 8 puntos en 45 minutos, con 3 de 11 en tiros de campo; una debacle jamás vista, el peor partido de LeBron en su carrera en los *playoffs*. Un *shock* del que ni él ni los Heat

consiguen remontar. Dallas gana tres partidos seguidos y en el sexto encuentro, en Miami, conquista su primer título de la NBA.

Según los críticos, si los Heat han perdido es por culpa de LeBron. Tal fracaso es la prueba de que no es el mejor, porque cuando más calienta el sol no está a la altura que le ha llevado a ser el MVP de la temporada regular en dos ocasiones. Los Heat y LeBron han fracasado, y para muchos se ha demostrado que su decisión fue un error, justo en el momento más importante.

7

Pocas semanas después de aquel rotundo fracaso, la NBA entra de repente en un largo letargo. El convenio colectivo que regula las relaciones laborales entre jugadores y propietarios vence a finales de junio, justo después del *draft*. Y mientras LeBron intenta recomponerse tras la enésima desilusión deportiva, la liga de baloncesto más famosa del mundo se paraliza. Congelado en un largo invierno de incertezas, de negociaciones, de escaramuzas, de incomprensiones, de nosotros contra ellos. Es como si el deporte ya no contase nada y hubiera sido sustituido por discusiones que los aficionados apenas entienden.

Desde el 1 de julio, *lockout* es la palabra más usada, sustituyendo a «canasta», «título» y «mercado». Significa «cierre»: los propietarios cierran literalmente los pabellones, los gimnasios o cualquier estructura relacionada con el equipo. El jugador o el entrenador de turno no pueden ni siquiera reunirse en el mismo restaurante, so pena de sanciones. En las páginas web de la NBA y de los equipos se eliminan todas las imágenes de los jugadores, mientras que el comisionado David Stern y las asociaciones de baloncestistas discuten en reuniones cada vez más amargas y complejas sobre cómo dividirse el pastel de las ganancias. Por aquel entonces, la NBA recauda casi seis mil millones de dólares al año: el cincuenta y siete por ciento se destina a los jugadores bajo forma de salarios; el cuarenta y tres por ciento restante, a los propietarios. Las negociaciones sobre cómo dividírselo se habían varado mucho antes de que la temporada tocase a su fin. El comisionado David Stern insiste en que las ganancias se tienen que dividir por la mitad porque, aunque la NBA es una de las ligas deportivas más ricas del mundo, varias franquicias están en números rojos; muchas por culpa de

contratos carísimos con jugadores que han rendido menos de lo previsto. La NBA y la NBPA, la asociación de los jugadores, son como dos padres divorciados que discuten sobre cómo educar a su hijo. El cierre patronal de 2011, que dura hasta Navidad y pone patas arriba la temporada, es como una bronca sobre qué vestido comprar para la primera comunión, pero una bronca que acaba ante un juez.

LeBron, como miembro de la asociación de jugadores, entra en uno de los comités secundarios que en agosto intenta volver a poner en marcha las negociaciones, pero el esfuerzo es en vano; mientras tanto, trabaja para regresar a la competición mejor que antes. En cuanto se pueda volver, obviamente. El fracaso de las Finales de 2011 le ha dejado una profunda huella; para alguien como él, acostumbrado a ser el mejor, esa derrota es una mancha que debe borrar de la única manera que sabe: ganando. Ni siquiera el paso de las semanas, de los meses, ni siquiera el gélido invierno que azota la NBA sofoca ese fuego. En octubre, cuando en lugar de comenzar la pretemporada con los Heat, LeBron continúa en casa entrenándose sin saber cuándo podrá volver a jugar, una vieja pasión vuelve a abrirse paso en su cabeza: el fútbol americano.

Hasta el tercer año de instituto, LeBron había sido un portento también en este deporte. Cuando comprendió que su futuro estaba en el baloncesto, después de que la portada del *Sports Illustrated* de 2002 lo hubiese coronado como *el elegido* y tras escuchar los ruegos de su madre, que temía que corriendo detrás del balón oval se hiciese daño, LeBron dejó el equipo de fútbol americano de St. Vincent-St. Mary, del que era la estrella como receptor, para dedicarse solo a meter canastas. Pero con el balón de fútbol americano era tan bueno como para que se le considerara la mejor promesa de todo el estado de Ohio. «Quería jugar también durante el último año de instituto, pero mis amigos y entrenadores se aseguraron de que no lo hiciera. Estaban dispuestos a echarme a patadas de cada entrenamiento.»

Aunque sabe que dejar el fútbol americano fue lo correcto, a LeBron

siempre le quedó una duda: ¿qué hubiera sucedido si en lugar de escoger la pelota naranja hubiera optado por el balón oval? «Tengo un sueño que se repite con frecuencia: estoy en el vestuario de mi equipo de fútbol americano, me estoy preparando para entrar en el campo. Pero antes de que eso ocurra, siempre sucede algo por lo que nunca llego a entrar.» Con la NBA parada, de improviso parece que ese momento puede tener lugar. LeBron empieza a entrenarse a conciencia para el fútbol americano; su idea es ponerse en contacto con algún equipo de la National Football League y probar a ver qué sucede. «No sabía cuánto tiempo iba a durar el *lockout*, así que con ayuda de mi preparador Mike Mancias comencé a trabajar para transformar mi cuerpo en el de un jugador de fútbol. Empecé a entrenar para acelerar las carreras de cuarenta yardas y añadí pesas a mis entrenamientos en el gimnasio.»

Que LeBron se dedique al fútbol americano recuerda a cuando Michael Jordan, allá por 1993, dejó la NBA para probar suerte con el béisbol, que había sido su sueño desde que era un niño. El año que pasó en el equipo de las ligas menores de los Chicago White Sox fue un paréntesis en la carrera deportiva de Jordan, el único momento en el que el Jordan deportista fracasó. No era el mejor de todos jugando al béisbol; tal vez con un poco de entrenamiento hubiera llegado a serlo, pero cuando terminó la primera temporada en el diamante la llamada de la pista de baloncesto fue demasiado fuerte. En el caso de LeBron es diferente: se trata de una elección que deriva de la inseguridad que trae consigo el *lockout*, una aventura que comenzaría sabiendo que cuando la situación se resolviese debería dejar el fútbol americano para respetar el contrato que lo vinculaba a los Heat. Pero visto que la temporada de la NBA estaba en parada prolongada y que a LeBron no le atraía la idea de ir a jugar a otro sitio (por ejemplo, Kobe Bryant, había iniciado una larga negociación que nunca llegó a buen puerto con la Virtus de Bolonia, y otros jugadores de la NBA habían aceptado ofertas de contratos temporales en Europa a la espera de que las querellas entre los propietarios y los sindicatos de los jugadores pasaran a la historia),

merecía la pena sacar del cajón aquel viejo sueño de instituto de convertirse en un profesional de la NFL. Incluso recibió una oferta de los Dallas Cowboys. «LeBron ha enmarcado el contrato y lo ha puesto en su despacho», cuenta Maverick Carter.

Pero a finales de noviembre ocurre lo que había sucedido en los sueños de LeBron: cuando está a punto de entrar en el campo de fútbol americano, sucede algo que se lo impide. La NBA vuelve a llamarle, a despertarle de aquella ensoñación que cuando era un chaval estuvo a punto de hacerse realidad. De pronto, cuando el inicio de la temporada ya se había cancelado y la NBA y la NBPA habían roto las negociaciones y estaban a punto de terminar delante de un juez, la situación se desbloquea. El final del *lockout* se consigue porque los jugadores ceden a la solicitud de los propietarios y aceptan dividir prácticamente a la mitad las ganancias (el porcentaje exacto es variable, pero gira en torno al cincuenta por ciento). En cualquier caso, las pérdidas son ya ingentes y rozan los mil millones de dólares. No obstante, el 26 de noviembre se anuncia que la temporada 2011-12 está a salvo: comenzará en Navidad, y la temporada regular se verá reducida a 66 partidos en lugar de los tradicionales 82, con el fin de salvar los *playoffs*.

Ha llegado el momento de redimir el fracaso de las Finales contra los Mavs, de demostrarles a todos que LeBron James es el elegido, el mejor jugador del mundo; es hora de ganar, y de hacerlo desde el primer partido, que en el caso de Miami, la NBA programa en Dallas, donde no les queda otra que asistir como invitados a la ceremonia de entrega de los anillos a los Mavs, los vigentes campeones.

Aunque se trata de una temporada comprimida, que se ha puesto en marcha precipitadamente para recuperar lo antes posible las pérdidas, la ceremonia de entrega de los anillos sigue siendo un rito. Es una especie de último reconocimiento para el equipo que comienza la temporada como vigente campeón. Antes del primer partido del año baloncestístico, los campeones desfilan por su propia cancha y reciben de manos del

comisionado el anillo de campeones. Después, izan la bandera y contemplan cómo sube a lo más alto de su propio pabellón —el lugar donde cada equipo rinde homenaje a sus leyendas y a sus galardones, como si de una sala de trofeos se tratase, pero siempre a la vista de los espectadores—, entre los aplausos de veinte mil hinchas enloquecidos. Desde que comenzó su carrera en la NBA, LeBron había imaginado asistir a esta escena muchas veces, siendo él quien recibiera el anillo de campeón, siendo su equipo el que escuchara los aplausos de sus seguidores mientras todos contemplaban aquel trozo de tela con la inscripción «campeones del mundo», mientras recorría el camino hacia la inmortalidad. Aquellas Navidades en Dallas, LeBron observa esa misma escena, pero los aplausos son para otros, para el equipo que lo había derrotado, que lo había humillado. Eso no se iba a repetir. LeBron deja bien claro desde el primer partido las ganas que tiene de limpiar su nombre; sus estadísticas, 37 puntos, 10 rebotes y 6 asistencias. Solo hay una palabra en su cabeza: venganza.

Sin embargo, para hacer frente a aquella aventura, LeBron siente que tiene que poner orden. Lo tiene que hacer en su vida profesional, donde se marca un objetivo: demostrar que es el mejor de todos, vengarse de la derrota; pero también en su vida privada: ha decidido pedirle a Savannah que se case con él. Llevan juntos prácticamente toda la vida: aquella chica que le había llamado la atención entre las animadoras del instituto pronto pasó a ser la mujer de su vida, junto con su madre. Estaba a su lado desde el día del *draft* y habían tenido dos hijos, LeBron Jr. y Bryce; eran una familia. Era hora de hacerlo oficial y pedirle que se convirtiera en su mujer. «Lo he pensado un poco. Al final he comprendido que ella es la mujer con la que me he enfrentado a los altibajos de la vida, que siempre ha estado ahí y que quería que siguiera estándolo. Para mí era una ocasión de crecer.» Para Savannah, el matrimonio siempre fue algo importante y sueña con ello desde que tenía seis años, pero con LeBron nunca tuvo prisa. «Hemos hablado de

ello. Si nos casamos, quiero que sea para siempre», dice ella.

La ocasión para arrodillarse y entregarle el anillo es la fiesta de Nochevieja organizada por los Miami Heat. Allí están todos los integrantes del equipo con sus respectivas familias, los hijos de la pareja y su madre, Gloria, además de invitados vips como Queen Latifah y Lauryn Hill. Como para las cosas importantes de su vida, LeBron sabe que puede confiar en sus amigos, y sus amigos en Miami son Dwyane Wade y Chris Bosh. Entre ellos ha surgido un entendimiento que va más allá de la pista, que hunde sus raíces en el *draft* de 2003, en la aventura conjunta de los Juegos Olímpicos de Pekín, donde surgió por primera vez la idea de jugar juntos. Los une un vínculo profundo, como el que LeBron mantenía en el instituto con los Fab Five. Tal vez no pasen todo el tiempo imaginando que son ricos y famosos, porque ya lo son, pero se llevan muy bien, más de lo que se ve en la cancha. Y pasan mucho tiempo juntos también fuera de ella, con sus respectivas familias. LeBron le pide a Wade que le guarde el anillo durante el último día de 2011. «Tenía miedo de perderlo.»

El plan de LeBron es sencillo: en cuanto llegue la medianoche, le pedirá matrimonio a Savannah. Poco después de que el calendario deje el 2011 para pasar al 2012, Wade busca a LeBron con la mirada y se lo lleva a un lado. «¿Estás listo?», le pregunta su amigo. «Si no me das ese anillo ahora mismo, tal vez no se lo pida nunca.» «Estaba nervioso, igual de nervioso que antes de un partido de las Finales», contará más tarde. Cuando Savannah le dice que sí, entre los aplausos de todos los presentes, LeBron abraza de inmediato a sus hijos y a su futura mujer. Aún no tienen fecha, pero ya están prometidos. «Savannah les enseña el anillo a todos, pero yo no me siento muy distinto de antes.» Al menos no por fuera, pero después de aquel sí la historia en la pista de baloncesto va a cambiar.

La temporada 2011-12 es una especie de Ironman. No es el clásico maratón de la NBA: es un *sprint* para llegar lo antes posible a la línea de

meta al final de la temporada regular y jugar los *playoffs*. El calendario prevé incluso tres partidos en tres días, algo que suele ser un tabú para la NBA, ya que lo importante es el espectáculo en la cancha, lo que mantiene en marcha un negocio de miles de millones de dólares. A LeBron, el cansancio de una temporada anómala no le afecta; tiene *in mente* una sola misión: vengar el fracaso de las Finales de 2011. Sabe que la temporada regular es solo un rito de paso, una etapa obligatoria para llegar de nuevo a la postemporada, a la serie por el anillo. Pero la supera, y con nota: con 27,1 puntos, 7,9 rebotes, 6,2 asistencias de media, jugando 62 partidos de 66, con una media de 37,5 minutos cada uno, cautivando con su juego y dándole a Miami 35 victorias en los primeros 46 partidos, antes de un bajón inevitable que les hace concluir con el segundo mejor récord del Este, con 46 victorias y 20 derrotas, por detrás de los Chicago Bulls. Esta vez, LeBron gana el premio MVP; es la tercera vez en cuatro años, la primera con Miami. La tercera vez antes de cumplir los veintiocho años, como solo Kareem Abdul-Jabbar había logrado. Y LeBron pasa a ser el primero después de Jordan con tres MVP a lo largo de su carrera.

Cuando recibe el premio en el American Airlines Arena, rodeado por sus compañeros, antes de un partido en la segunda ronda de los *playoffs* contra Indiana, está nervioso: «De donde yo vengo, de Akron, Ohio, la gente te ve como una estadística: si creces casi pobre en una familia monoparental, terminarás pidiendo limosna por la calle o en la cárcel. Salir de ahí o triunfar no son una opción. Como tampoco lo es terminar en la NBA, o incluso ser el mejor jugador de la temporada. Esta es mi novena temporada en la NBA. Hace menos de diez años, mi sueño era conseguir entrar en ella; nunca había soñado con ser el MVP, jamás había soñado con hacer lo que hago al máximo nivel. Todo lo que está sucediendo está más allá de mi imaginación y cualquier sueño». Y también lo que pasa después. Los Heat, que habían superado 4-1 a New York en la primera ronda, se deshacen de Indiana 4-2 en la segunda y se vuelven a encontrar en las finales de Conferencia con los Boston Celtics,

contra los que LeBron había perdido en 2010, justo antes de dejar Cleveland.

La historia parece repetirse, porque Miami es favorita y cuenta con la ventaja de campo, pero Boston le sorprende. El sexto partido se juega en el TD Garden y los Celtics van por delante 3-2. Si ganan, el equipo de Doc Rivers volverá a la Final; si los Heat pierden, llegará un nuevo fracaso y un aluvión de críticas. «Todo el peso recaía sobre LeBron. Si perdían, volvería a la casilla de salida, a lo que decían de él tras las Finales contra Dallas», recuerda Pat Riley.

Boston es el favorito. Ha jugado mejor durante toda la serie, y puede concluir la temporada en casa, ante su entusiasta público. LeBron sabe que no puede fallar. «No puedo desilusionar a mi equipo; no en este escenario. No de este modo. La temporada no puede terminar así.» Al final del primer tiempo ha firmado ya 27 puntos, una fuerza de la naturaleza que Boston no es capaz de frenar. Al final del partido, el marcador indica 45 puntos y 15 rebotes. «Yo creo que podemos dejar de decir que LeBron falla en todos los partidos importantes, porque me parece que esta vez ha jugado muy bien», le elogia Doc Rivers, el entrenador de los Celtics.

LeBron ha jugado uno de los mejores partidos de su carrera, ha machacado a los Celtics llevando a los Heat a hombros cuando más lo necesitaban. Ha hecho lo que se espera de un MVP, del aspirante al mejor jugador en activo: ha destacado en un partido en el que corrían el riesgo de caer eliminados. Y no solo eso: ha salvado a Miami del infierno con un partido épico, en casa de un equipo contra el que siempre había sufrido. Los Heat siguen necesitando a LeBron: es él quien manda a casa a Boston gracias a sus 31 puntos y 12 rebotes en el séptimo partido; Miami alcanza las Finales por segundo año consecutivo.

Esta vez los contrincantes son los Oklahoma City Thunder. Se trata de un equipo joven, que en la temporada regular ha ganado un partido más que Miami, apoyándose en cuatro jugadores que aún tienen mucho que ofrecer. La estrella es Kevin Durant, el que quedó segundo por detrás de

LeBron en la clasificación para el MVP. También están Russell Westbrook, base titular, James Harden, sexto hombre del año, y el pívot Serge Ibaka, mejor taponador de la serie. Todos tienen menos de veinticuatro años y parecen destinados a ser el equipo del futuro, pero quieren intentar serlo también en el presente. En estos *playoffs* han estado magníficos: en la primera ronda eliminaron 4-0 a los Mavs, vigentes campeones; en el segundo, echaron fuera 4-1 a los Lakers de Kobe Bryant; en la final de Conferencia han superado 4-2 a los San Antonio Spurs —que partían con el mejor récord del Oeste—, remontándoles tras haber perdido los primeros dos partidos.

A pesar de no contar con la ventaja de campo, Miami parte como favorita; sobre todo porque LeBron en los dos últimos partidos contra Boston ha jugado de manera celestial. Aun así, los Thunder ganan el primer partido y hacen que surjan dudas, pero LeBron se ocupa de despejarlas; sus 32 puntos llevan a ganar a los Heat el segundo partido. La serie se traslada a Florida con 1-1, y los tres partidos jugados en South Beach son un monólogo que concluye en el quinto partido. Con un triunfo de Miami, campeón por segunda vez en su historia. Con el triunfo de LeBron.

Se lleva el título por primera vez en su carrera y lo festeja con Savannah y los niños, que se unen a él en el parqué para dar el primer abrazo al trofeo Larry O'Brien, ese galardón de la NBA con el que James soñaba desde que empezó a jugar con los profesionales. Lo gana como MVP de las Finales, con 28,6 puntos, 10,2 rebotes y 7,4 asistencias por partido: el mejor de los mejores, el más grande de los campeones.

Ganar el título y cumplir con lo que todos esperaban de él supone un cambio para LeBron. «Es un sueño que se hace realidad; he sufrido mucho y esta es la justa recompensa.» La víspera del quinto partido había dicho que el año anterior había sido inmaduro, que había jugado para acallar a los críticos en lugar de para divertirse, y que aquella derrota lo había cambiado: «Perder en las Finales me hizo más humilde. Volví a las bases, me miré al espejo y me dije que tenía que cambiar,

tanto dentro como fuera de la cancha». Y ahora lo había hecho. Ganar le ha quitado un enorme peso de encima; ya no tiene la obligación de demostrar a la gente que se equivoca cuando dice que es un perdedor, que es incapaz de surgir en los momentos cruciales. Para demostrarlo ahí está el histórico sexto partido contra Boston en finales de Conferencia, ahí está el título que acaba de ganar con Miami, como MVP de las Finales. No solo ha alcanzado su objetivo, sino que se transforma en un trampolín de lanzamiento para lo que viene después. Ahora LeBron no necesita ganar para demostrar que es capaz de hacerlo. Ya lo ha conseguido, ha completado el nivel y puede pasar al siguiente: intentar ser el mejor de todos.

8

Está claro que LeBron es el mejor en los Juegos Olímpicos de Londres. Esta vez, ninguno tiene dudas de que forma parte del equipo, como había sucedido cuatro años antes en Pekín. Pero no es tan solo uno más: en la corte de su majestad, LeBron es el faro de un equipo lleno de estrellas como en 2008, el hombre símbolo de la selección nacional, dirigida una vez más por Mike Krzyzewski. Es él quien debe marcar la diferencia, el talento que debe llevar a aquel grupo de fueras de serie a un nuevo oro olímpico: es un objetivo mínimo, pero también el único resultado posible.

LeBron no falla: si en Pekín cuatro años antes la experiencia olímpica le había ayudado a madurar, reforzando el vínculo de amistad con Wade y Bosh que en 2010 los llevó a decidir unir sus fuerzas en Miami, la aventura en Londres se convierte para James en una especie de consagración en un escenario diferente al de la NBA, una explosión definitiva en la escena mundial como uno de los más destacados deportistas símbolo, un punto de referencia. Sobre el oro que se cuelga al cuello tras haber ganado a España en la final está su rúbrica, tanto porque ha sido decisivo en el cuarto periodo de un partido mucho más equilibrado de lo que se esperaba y que Estados Unidos gana 107 a 100, con 19 puntos, 7 rebotes y 4 asistencias, como porque LeBron ha sido el mejor jugador del torneo. Y pasa a ser el único, además de Michael Jordan, que en el mismo año gana el premio de MVP de la temporada regular de la NBA, el título, el trofeo de MVP de las Finales y el oro olímpico. Sí: el de 2012 es el verano de LeBron, sin duda.

Le sigue septiembre con un evento inesperado: LeBron deja a Leon Rose, su agente desde 2006, para firmar con la recién creada Klutch

Sports, fundada por Rich Paul. En los cuatro años anteriores, Rich había trabajado hombro con hombro con Rose, asegurándose de que los intereses de su amigo fueran siempre la prioridad para el agente y la agencia de la que formaba parte. Su idea, que había comunicado a LeBron cuando habían fundado LRMR junto a Maverick Carter y Randy Mims para sacar el máximo provecho de los intereses de James y construir un imperio, era la de convertirse en agente. Pero Rich era el primero en saber que antes de nada tenía que aprender el oficio, por lo que había decidido trabajar mano a mano con Rose, tener como maestro al hombre que debía representar el interés de su amigo. Rich había demostrado desde el primer día que sabía lo que hacía, que era bueno tanto en las negociaciones como a la hora de comprender los intereses de los jugadores. En 2012 se sentía listo para independizarse, para tener su propia agencia, para entrar en aquel mar intransitable y despiadado en el que en los últimos años había aprendido a nadar y a navegar como el más experto de los marineros. LeBron le había dado la posibilidad de aprender a hacerlo, y ahora estaba dispuesto a fiarse de él. Hasta el punto de convertirse, junto con Tristan Thompson de los Cleveland Cavaliers, con el *rookie* Michael Kidd-Gilchrist de Charlotte y con Eric Bledsoe, en su primer cliente. Klutch Sports no era una de las muchas empresas que LeBron financiaba, pues la compañía era de Rich; LeBron era solo su cliente más importante.

Cuando se reanuda la NBA, LeBron es el mejor jugador en activo, y Miami es el equipo al que ganar. El Big Three ya no es una apuesta arriesgada, sino un superequipo con el anillo de campeones en el dedo, un equipo que intenta llevarse por delante todo y a todos. A los ojos de muchos aficionados, el título ha transformado a los Heat, han pasado de ser malos a simpáticos: el encanto de la victoria y de South Beach, con sol todo el año, y el glamur que envuelve ahora el American Airlines Arena, donde los vips se sienten tan en casa como en Hollywood, hace que el equipo sea mucho más atractivo. Incluso LeBron ha dejado de ser

el malo, el perdedor, el fracasado, y se le reconoce como una estrella de primer nivel, como si lo sucedido en el último verano hubiera servido para que se le perdonaran los errores del pasado, la vergüenza mediática de *The Decision*, y hubiera permitido que todos ya lo juzgaran únicamente por lo que sucede en la cancha: un jugador extraordinario, un líder, alguien que se echa el equipo a la espalda, alguien capaz de destacar con su talento y que continúa creciendo. Aún no ha entrado en los mejores años de su carrera, que para un jugador suelen comenzar después de los veintiocho, pero ya ha conseguido la liga. La idea de que es el heredero de Jordan vuelve a ponerse de moda, aunque para estar a la altura de Michael se necesitan títulos: el icono del baloncesto, que mientras tanto se ha convertido en el primer jugador propietario de una franquicia (los Charlotte Bobcats, hoy Charlotte Hornets), ganó seis a lo largo de su carrera, mientras que LeBron acaba de guardar su primer anillo de campeón en su sala de trofeos.

Para aspirar al doblete, Miami añade a su plantilla a otra estrella: Ray Allen deja Boston después de cinco años para intentar conseguir un título más en South Beach. Tal vez ya no sea la figura que fue, a la altura de LeBron, Wade y Bosh, pero es uno de los mejores tiradores de todos los tiempos y aún sabe cómo destacar. Sobre todo, en un superequipo como Miami, donde la diferencia la deben marcar otros jugadores.

Los Heat dominan de tal manera la temporada regular que entre el 3 de febrero y el 27 de marzo de 2013 encadenan una apabullante racha de 27 victorias consecutivas, en aquel momento la segunda más larga de la historia de la NBA, inferior tan solo a la de los 33 partidos de los Lakers en la temporada 1972-73. LeBron es la imparable locomotora de aquel tren en marcha. Es la única vez en la era del Big Three que Miami cierra la temporada regular con el mejor récord de la NBA, con 66 victorias y 16 derrotas. LeBron vuelve a ganar la distinción de MVP por cuarta vez en cinco años, con 120 puntos de los 121 posibles (el único que no recibe es de Carmelo Anthony, que lleva a los Knicks de Nueva

York al segundo mejor récord de la Conferencia Este). Tiene 26,8 puntos, 8 rebotes y 7,3 asistencias de media. A nadie le cabe la menor duda de que sea el mejor jugador que pueda haber. Y él, que ahora juega sin la presión de tener que demostrar algo, lo recuerda cada vez que entra en la cancha, en una temporada regular como verdadero dominador y en la que ha mejorado sus porcentajes de tiro.

Los Heat dominan también la primera ronda de los *playoffs*, donde pisotean a Milwaukee 4-0, y en la segunda doblegan 4-1 a Chicago tras haber perdido el primer partido. La final de Conferencia es contra los Indiana Pacers, revelación en los *playoffs*, entrenados por Frank Vogel. Son un equipo sólido, bien ensamblado, construido en torno al veterano David West y la estrella emergente Paul George.

Los Heat comienzan como favoritos, pero de repente LeBron se encuentra solo contra todos. Wade está lidiando con problemas misteriosos en la rodilla, que limitan claramente su rendimiento. Bosh juega muy por debajo de su nivel, prisionero bajo la canasta de los ala-pívots de Indiana, West y el pívot revelación Roy Hibbert; además, desde el cuarto partido, se ve lastrado por una lesión en el tobillo. Indiana se revela un hueso muy duro de roer y lleva la serie al desempate, el 3 de junio en el American Airlines Arena. Al igual que un año antes contra Boston, la presión recae por completo sobre LeBron. Al igual que contra los Celtics, James marca la diferencia cuando más se necesita, firmando 32 puntos y 8 rebotes que llevan a Miami a la serie por el título. Es la tercera vez consecutiva para los Heat, la cuarta en su carrera para LeBron. Como la primera vez, en 2007, entre LeBron y el título se interponen los San Antonio Spurs, el equipo de Tim Duncan, cuya profecía tras aquellas Finales («Todo esto un día será tuyo», le había dicho a James tras haberle ganado 4-0) se había cumplido. Es el equipo del entrenador y gurú Gregg Popovich, de Tony Parker y Manu Ginobili, pero también de una joven revelación, Kawhi Leonard, que en aquellos *playoffs* se había mostrado como heredero de la dinastía Spurs, taciturno como Duncan pero maravilloso en defensa y con un potencial

ofensivo aún por desarrollar. Para hacerse con él —fue la decimoquinta elección en el *draft* de 2011—, Popovich había tenido que ceder a Indiana al base George Hill, a quien adoraba. San Antonio se había merecido aquella serie por el título al superar 4-0 a los Lakers en la primera ronda, sorteando 4-2 el obstáculo que suponían los Warriors —revelación de aquella postemporada y señalados por todos como equipo del futuro, con los jóvenes talentos Steph Curry y Klay Thompson— y después batiendo 4-0 en finales de Conferencia a los Memphis Grizzlies.

Los Heat parten como favoritos, pero los Spurs ganan en el American Airlines Arena en el primer partido, un recordatorio de aquel 4-0 que encajó LeBron con Popovich en el banquillo y Duncan en la pista. Jamás habían llegado tan lejos tras haber destrozado a LeBron en su primera serie por el título, pero forman parte de la realeza de la NBA y ahora tienen toda la intención de llevarse el anillo. La serie viaja a Texas con 1-1, San Antonio gana en el tercer partido y Miami responde en el cuarto, en el que el Big Three anota 85 puntos y mantiene vivas las esperanzas de los Heat. El abrazo al final del partido sabe a orgullo y a la seguridad de que no van a rendirse.

Una seguridad que los Spurs socavan al ganar el quinto partido. La serie regresa a Florida para el sexto partido. San Antonio va por delante 3-2; si gana, se proclamará campeón. El ambiente en el American Airlines Arena está cargado, pero el entusiasmo del público se desvanece poco a poco y prácticamente desaparece cuando los Spurs comienzan el cuarto periodo con diez puntos de ventaja. El último minuto comienza con empate: 89-89. Entre bambalinas, el personal de la NBA ya está preparando la ceremonia de entrega de premios para San Antonio; sacan el trofeo, preparado para los ganadores. Parece algo inevitable cuando, a veintiocho segundos del final, Ginobili pone a los Spurs 94-89. LeBron acorta la desventaja desde la línea de tres puntos, mientras que Leonard anota el 95-92 con un tiro libre. Quedan diecinueve segundos por jugar: LeBron intenta un triple para llegar al empate, pero falla.

Lo que sucede después es uno de los momentos inolvidables de la NBA

del tercer milenio: Chris Bosh coge un rebote, lo pasa por la derecha a Ray Allen, que espera el balón cual ave de presa sobre la línea de los tres puntos, ese sitio donde ha cimentado su carrera. Allen tira con toda naturalidad, como si fuese la cosa más sencilla del mundo, y logra una de las canastas más espectaculares de la historia reciente en la NBA, la que envía el partido a la prórroga, durante la que Bosh, Allen y James acaban de tejer la apabullante victoria de los Heat. Para ganar el título hay que llegar al séptimo partido, un encuentro donde la actuación de LeBron vuelve a ser superlativa y en el que Wade le auxilia excelentemente. Esta vez no hay sobresaltos: LeBron sella el título con un espectáculo de 37 puntos y 12 rebotes, que le valen el segundo título consecutivo de MVP de las Finales. «No me puedo preocupar por lo que la gente piensa de mí. Soy LeBron James, de Akron, Ohio. Ni siquiera tendría que estar aquí.»

Ese verano, LeBron disfruta de otra alegría más: su boda con Savannah. Tres días de celebración en San Diego, a mediados de septiembre, desde la barbacoa de bienvenida del viernes hasta el *brunch* de despedida del domingo. El sábado, a las 16.30 hora local, tiene lugar la ceremonia. Un fin de semana de cuento: doscientos invitados, incluidos todos los amigos de la NBA, desde Wade a Bosh, desde Carmelo Anthony a Chris Paul. Además de Jay-Z y Beyoncé, que regalan a los recién casados una serenata improvisada con los acordes de *Crazy in love*. «Savannah siempre ha estado a mi lado, y por eso la quiero.»

Aquellas históricas Finales de 2013 suponen el último triunfo con Miami, porque al año siguiente San Antonio se toma cumplida revancha. El primer día de la pretemporada, Gregg Popovich les hace ver a los suyos el sexto partido de la serie contra los Heat. Los Spurs se vuelven tiburones, combatientes de la Marina estadounidense que afrontan la temporada con un único objetivo: vengarse de Miami. A los Heat les atormentan las preguntas sobre el futuro, visto que al final de la temporada 2013-14 los integrantes del Big Three pasarán a ser agentes

libres, pero el equipo consigue volver a las Finales tras haber superado, de nuevo con dificultades, el obstáculo de los Indiana Pacers en la final de Conferencia. En la serie por el título, en la que San Antonio esta vez cuenta con ventaja de campo, no hay mucho que hacer. En el primer partido en el AT&T Center de la ciudad texana se estropea el aire acondicionado y LeBron sufre calambres por el calor. Parece el preámbulo de una nueva derrota, que retrasan cuando se llevan el segundo partido. No obstante, en South Beach los Spurs completan su cometido y ganan 4-1, con Kawhi Leonard que se alza, merecidamente, con el premio de MVP de las Finales, por haber conseguido pararle los pies a LeBron, sin duda alguna, pero también por cómo tiró del equipo.

Después de cuatro años, de cuatro viajes a las Finales y de dos títulos, para LeBron es hora de pensar en el futuro. Siente que su tiempo en Miami ha sido como uno de esos intercambios que nunca hiciste en tu etapa universitaria y que haces tiempo después, cuando se presenta la ocasión. Además, se siente más maduro. Llegó a South Beach como una estrella emergente a la que todos consideraban demasiado arrogante (fama que él mismo fomentó por cómo había anunciado su despedida de Cleveland, con aquel programa televisivo que pasó a la historia) y demasiado propenso a perder fuerza en los momentos decisivos como para ser el mejor. Después de esos cuatro años, tras los dos títulos que ganó como figura absoluta, LeBron tiene todo el derecho a que le consideren el mejor. Aunque al final el título se lo lleven otros, todo el mundo sabe que si quieres hacerte con el anillo antes o después te las verás con James y su equipo.

Cuando había dejado Cleveland en 2010, LeBron era una de las muchas estrellas en el firmamento de la NBA. Ahora es la más luminosa, la más grande; un astro con luz propia, capaz de infundir vida a todo aquello que ilumina, de volverlo todo más hermoso. Al igual que cuatro años antes, de nuevo ha llegado el momento de decidir dónde brillar.

9

En los primeros días de julio de 2014, en las calles de Akron hay un ambiente extraño. No es la emoción habitual de cuando LeBron está en la ciudad, de cuando la gente ve su cochazo pasear por las calles en las que creció y recorrer los lugares de su infancia, cuando era un chico con muchos sueños y muchas dudas sobre su futuro. Esta vez es diferente: parece que LeBron ha vuelto para quedarse.

La gente de Akron jamás ha renegado de él. Cuando cuatro años antes había decidido marcharse de Cleveland para irse a Miami, en todo el estado de Ohio se quemaron por la calle camisetas de los Cavs con el número 23. La frase «llevaré mi talento a South Beach» se había convertido en un anatema, en una blasfemia, en algo tabú. Había hecho de LeBron un renegado: de héroe a villano, de esperanza a enésima desilusión deportiva de una ciudad y de un estado que seguían acumulando decepciones en el mundo del deporte.

Pero en Akron no había pasado nada de todo esto: LeBron era el hijo predilecto de la ciudad desde que todos habían descubierto su talento en el instituto. Y siguió siéndolo después de *The Decision*. Aquel día, habría podido decir prácticamente cualquier cosa: Akron jamás lo abandonaría. A todos les habría gustado que hubiera seguido en los Cavs, a menos de una hora en coche de la gente entre la que había crecido, de aquella gran familia que lo había ayudado a superar los momentos más difíciles de su infancia, que se había asegurado de que no pasara a ser una estadística más, otro chaval que vagabundeara por las calles; ellos le habían ayudado a convertir todo su talento en algo grandioso. Incluso durante los cuatro años con los Heat, LeBron había sido siempre el hijo predilecto de Akron. Y ahora los rumores decían que volvía para

quedarse, que había decidido regresar a los Cavaliers.

Desde que comenzó el mercado de agentes libres, los peregrinajes de los hinchas a su mansión en Bath Township eran cada vez más frecuentes. Por aquella calle entre los árboles, delante de esa residencia de cuento de hadas que LeBron había comenzado a construir con el dinero del primer contrato que había firmado con Nike inmediatamente después del *draft* de 2003, la gente desfilaba de la mañana a la noche, lista para hacerse una foto y consultando sin cesar el móvil a la espera de que la noticia se hiciera oficial.

Todos en la ciudad estaban convencidos de que iba a volver. En secreto, Rich había arreglado las cosas con Dan Gilbert, que en 2010 había agitado aún más la ira entre los aficionados y que en una carta llena de odio había asegurado que los Cavaliers ganarían un título antes que él. Algo que no había sucedido, obviamente. Durante los cuatro años que James estuvo en Miami, había jugado un total de cuatro Finales, de las que había ganado dos, mientras que los Cavs habían caído en un pozo y a los últimos puestos de la tabla clasificatoria. Desde que LeBron se había ido, Cleveland había desaparecido del mapa. La ciudad había vuelto a ser *the mistake by the lake*, el lugar más lejano posible de Miami, de sus playas bañadas por el sol y de sus triunfos.

Después de la derrota contra San Antonio, LeBron había comprendido que su ciclo con los Heat había acabado. Wade ya no era el mismo, e incluso Bosh en los últimos *playoffs* había dado señales de dejadez. Eran amigos inseparables, unidos no tanto por lo que habían ganado en la cancha, sino por la relación que habían construido fuera de ella; una amistad compartida en comidas y cenas con sus respectivas familias, en las que LeBron y Savannah podían mostrarse naturales y espontáneos, en las que Bosh había hablado de su vida con su mujer Adrienne y de la familia que seguía creciendo, a las que Wade llevaba a Gabrielle Union, la actriz que lo había hechizado. El Big Three de Miami se había convertido en lo que los Fab Five habían sido durante sus años de

instituto. Pero había llegado el momento de separarse. Habría sido difícil repetir con los Heat, seguir acumulando actuaciones en las Finales y triunfos. LeBron tenía que buscarse otros ayudantes, otros Robin que le acompañasen en su deseo de ser Batman, otros caballeros con los que seguir siendo el rey, el mejor de todos, y seguir ganando.

Al igual que sucedió en 2010, estar en el mercado de agentes libres lo bloqueó todo. Pat Riley intenta convencerlo de que se quede en Miami, de reconstruir el equipo en torno a él, Wade y Bosh. También a estas otras dos estrellas les caduca el contrato, pero todos saben que será la elección de LeBron la que determine el futuro de Miami. Wade quiere continuar pase lo que pase; los Heat son el único equipo en el que ha jugado en toda su vida. Pero para Bosh es diferente: los cuatro años que ha pasado en Miami han disminuido su atractivo, le han convencido, a él y al resto de la NBA, de que no es una estrella de primera categoría, sino un buen secundario. No, todo depende de LeBron.

James se toma una semana de vacaciones con los niños y con Savannah, que espera su primera hija. Cuando vuelve, Rich le ha preparado una reunión importante: nada menos que con Gilbert. El dueño de los Cavaliers viaja a Miami y le dice a LeBron la única palabra necesaria para que el retorno a Cleveland sea posible: «Perdón». Lo hace delante de la familia James al completo, a la que también afectaron las acusaciones del propietario de los Cavs, esas duras palabras que sirvieron para desatar la ira del pueblo, de los súbditos del rey James, que se rebelaron en su contra después del adiós. Cómo se consumó la despedida fue para LeBron una deshonra, algo que enmendar; y solo después de aquel perdón comienza a tomar forma en su cabeza la idea de volver a casa, a Ohio.

El encuentro con Gilbert es el 6 de julio; el día después, LeBron acude a Las Vegas, al campus que lleva su nombre, donde se reúne con Wade. Dwyane le ha dicho que su intención es continuar en Miami e intenta convencerle de que haga lo mismo. LeBron se reúne con Riley el 9 de julio; hablan largo y tendido sobre el futuro de los Heat, acerca de cómo

levantar un nuevo equipo ganador sobre las cenizas del viejo. Pero los Cavaliers son mucho más atractivos, también en ese sentido: tienen en casa a un potencial campeón, a Kyrie Irving, que en febrero ganó el premio al mejor jugador del All-Star. Solo tiene veintidós años y está a punto de dar el salto, en lugar de entrar en la decadencia, como les sucede a Wade y Bosh. Además, los Cavs tienen margen de maniobra, ya que pueden hacerse con Kevin Love de Minnesota, un talentoso ala-pívot de veinticinco años que busca una ocasión para demostrar que es una estrella.

LeBron se toma la noche para decidir.

La mañana del viernes 11 de julio, Gilbert recibe una llamada en su móvil. Cuando ve que quien llama es Rich Paul, se apura por responder: «¡Enhorabuena, Dan! LeBron vuelve a casa».

El propio LeBron lo anuncia unas horas más tarde. Esta vez, nada de programas televisivos ni estridencias. La víspera le dictó una carta abierta a Lee Jenkins, periodista del *Sports Illustrated*. Las palabras clave cierran la misiva: LeBron vuelve a casa.

> Antes de que a nadie le importase dónde iba a jugar al baloncesto, yo era un chaval del noreste de Ohio. Allí es donde di mis primeros pasos, donde comencé a correr, donde derramé lágrimas y sudé sangre. Ocupa un lugar especial en mi corazón. La gente de allí me ha visto crecer. A veces me siento como si fuera su hijo. Su pasión puede ser abrumadora, pero es lo que me motiva a continuar. Quiero darles esperanza y ser un ejemplo siempre que pueda. Mi relación con el noroeste de Ohio es mayor que con el baloncesto. No me di cuenta hace cuatro años, pero ahora sí.
>
> ¿Os acordáis de cuando estaba allí sentado en el Boys & Girls Club en 2010? Pensaba: «Qué difícil es esto». Así lo sentía. Dejaba atrás algo que me había llevado mucho tiempo crear. Si tuviera que volver a hacerlo, está claro que haría las cosas de otra manera, aunque me hubiera ido de todas formas.
>
> Miami fue para mí casi lo mismo que para otros chicos es ir a la universidad. Estos cuatro años me han ayudado a crecer y a convertirme en lo que soy. He mejorado como jugador y como persona. He aprendido de una

franquicia en la que quería jugar. Miami siempre será mi segunda casa. Sin lo que he vivido allí, no sería lo que soy.

Fui a Miami porque allí estaban D-Wade y Chris Bosh. Hicimos sacrificios para mantener a UD [Udonis Haslem]. Me encantó hacer de hermano mayor de Rio [Mario Chalmers]. Estaba convencido de que juntos podríamos crear algo mágico, ¡y lo hicimos! Lo más difícil es dejar atrás lo que construí con esos chicos. He hablado con algunos de ellos y lo haré con los otros. Nada cambiará nunca lo que hemos conseguido: seremos hermanos de por vida. También quiero dar las gracias a Micky Arison y Pat Riley por estos cuatro años magníficos.

Escribo esta carta porque me gustaría tener la oportunidad de explicarme sin que me interrumpan. No quiero que nadie piense: «Él y Erik Spelstra no se llevaban bien», o «Él y Riley no se llevaban bien», o incluso «Los Heat no fueron capaces de mantener el equipo», porque nada de eso es verdad.

No voy a celebrar ninguna rueda de prensa ni ninguna fiesta. Es hora de ponerse a trabajar.

Cuando dejé Cleveland tenía una misión: buscaba campeonatos y hemos ganado dos, pero Miami ya sabía qué era eso. Nuestra ciudad hace mucho que no lo vive. Mi objetivo sigue siendo ganar todos los títulos que sea posible, de eso no cabe ninguna duda. Pero lo que es más importante para mí es llevar un trofeo al noreste de Ohio.

Siempre pensé que volvería a Cleveland y que allí pondría fin a mi carrera, solo que no sabía cuándo iba a ocurrir. Al final de la temporada ni siquiera pensaba en el mercado de agentes libres. Pero tengo dos hijos y mi mujer, Savannah, está esperando una niña. Así que he empezado a pensar en cómo sería criar a mi familia en la ciudad donde nací. Eché un vistazo a otros equipos, pero no habría dejado Miami para irme a ningún otro sitio que no fuera Cleveland. A medida que pasaba el tiempo estaba más seguro de ello. Esto es lo que me hace feliz.

Para poder hacerlo necesitaba el apoyo de mi mujer y de mi madre, que pueden ponerme las cosas difíciles. La carta de Dan Gilbert, los abucheos de los hinchas de Cleveland, las camisetas quemadas… Todo eso fue complicado para ellas. Mis sentimientos eran aún más encontrados. Era fácil decir: «Vale, no quiero tener nada que ver con esta gente nunca más», pero luego he visto las cosas desde otra perspectiva. ¿Cómo me hubiera sentido si yo fuera un

niño que admiraba a un deportista que me inspiraba a dar lo mejor de mí y este se hubiera ido? ¿Cómo hubiera reaccionado? Me reuní con Dan cara a cara, y hablamos de hombre a hombre. Todos cometemos errores, y yo no soy menos. ¿Quién soy yo para guardar rencores?

No prometo que ganaremos un título; sé lo difícil que es. Ahora mismo no estamos listos, en absoluto. Claro que me gustaría ganar el año próximo, pero estoy siendo realista. Será un proceso largo, mucho más largo que en 2010. Pondrá a prueba mi paciencia, lo sé. Se trata de una situación especial con un equipo joven y un nuevo entrenador. Yo seré el viejo sabio. Pero me emociona poder reunir un nuevo equipo y ayudarlos a alcanzar un nivel al que no sabían que podían aspirar. Ahora me veo como un mentor y me alegra poder guiar a estos jóvenes con talento. Creo que puedo ayudar a Kyrie Irving a convertirse en uno de los mejores bases de la liga. Creo que puedo echarle un cable a Tristan Thompson y Dion Waiters. No puedo esperar a reunirme con Anderson Varejão, uno de mis compañeros de equipo preferidos.

Pero no se trata de la plantilla o de la organización. Creo que mi misión aquí va más allá del baloncesto. Tengo la responsabilidad de ser un líder en diferentes aspectos, y me lo tomo muy en serio. Mi presencia puede resultar crucial en Miami, pero creo que lo es aún más en el lugar de donde vengo. Quiero que los chiquillos del noreste de Ohio, como los centenares de alumnos de tercero de primaria que patrocino a través de mi fundación, se den cuenta de que no hay un lugar mejor en el que crecer. Tal vez algunos vuelvan a casa después de haber ido a la universidad, formen una familia y emprendan un negocio. Esto me haría muy feliz. Nuestra ciudad, que lo ha pasado muy mal, necesita todo el talento que pueda tener.

En el noreste de Ohio nadie te regala nada; te lo tienes que ganar. Hay que esforzarse por conseguir lo que tienes.

Estoy listo para aceptar el reto. Vuelvo a casa.

10

La vuelta a casa de LeBron es un terremoto que altera el equilibrio de la NBA y que cambia la percepción que se tiene de él. La decisión de abandonar Cleveland por Miami en 2010 lo había convertido en el malo, en la estrella de la NBA que aún tenía mucho por demostrar, pero que había elegido el camino más fácil para ganar uniéndose a otras figuras como él. Un camino que nadie antes que él había hecho. A muchos les resultaba antipático por todo lo que representaba; y para muchos hinchas sus errores eran el castigo justo por las decisiones que había tomado, por haber intentado ser mucho más que un deportista, por querer controlar todo lo que giraba en torno a él, incluida la manera de comunicar.

Con los Heat, LeBron había ganado; y aquellas victorias, unidas a todo lo que había mejorado su juego y a cómo había cambiado su relación con los medios de comunicación y con los hinchas tras la derrota en las Finales de 2011, lo habían hecho más simpático, más humano. LeBron había seguido una trayectoria parecida a la de Michael Jordan: una estrella que antes de alcanzar el éxito ya había probado el sabor amargo de la derrota. Y había transformado lo aprendido de sus errores en motivación para alcanzar el éxito. En Miami, LeBron había crecido como persona: había madurado con Savannah a su lado, y esta se había convertido en su mujer; además, se sentía más cómodo en su papel como padre casi treintañero, con un éxito enorme, que comenzaba a usar su propia voz también fuera del baloncesto. Había borrado la mancha que había supuesto *The Decision* de la única manera que un deportista conoce: con la victoria.

Al decidir volver a Cleveland, LeBron tenía la oportunidad de hacer

olvidar aquel pecado original de la misma manera. Esta vez, había elegido el camino más difícil, pues habría podido quedarse en Miami e intentar ganar de nuevo con Wade y Bosh, aunque el ciclo de aquel equipo parecía haber llegado a su fin. Aun así, había optado por volver a casa y hacer algo que nadie antes había conseguido: ganar con los Cavaliers.

Y no solo eso: quería llevar el título a una ciudad que no ganaba nada desde 1964, que en el deporte y fuera de él era «un error junto al lago». La historia deportiva de Cleveland estaba plagada de desilusiones; la última la había causado el propio LeBron al decidir dejar los Cavs por Miami. Él, que debía ser el héroe autóctono que resucitase una ciudad decadente del olvido, que habría permitido a generaciones de seguidores saborear el gusto de la victoria, se había ido a buscar el éxito a otro lugar. Y ahora que lo había conseguido, elegía volver a casa y comenzar de nuevo su misión, interrumpida en 2010. No como un elegido con ganas de comerse el mundo, como ese niño prodigio al que nadie podía o sabía decir que no, sino como el mejor jugador de todos, un hombre con una misión, alguien consciente de que si triunfase entraría definitivamente en el club de los grandes, de los fenómenos generacionales, de los Jordan.

La razón de su retorno no es algo tan solo emocional, ni se debe a sus ganas de volver a casa o de criar a la pequeña Zhuri, nacida el 22 de octubre de 2014, ocho días antes del inicio de la temporada 2014-15, en Akron, en el mismo lugar donde habían nacido y crecido LeBron y Savannah; para convencerlo de que volviera a casa, Cleveland le ha dado el control. No le dejan escoger al entrenador —mucho antes de que LeBron aceptara volver, los Cavs ya habían confiado en David Blatt, un estadounidense que se había convertido en leyenda en la Euroliga y que tenía la ocasión de entrenar por primera vez en la NBA— o a los compañeros de equipo —aunque, al igual que había sucedido en Miami cuatro años antes, la vuelta de LeBron a Cleveland había atraído a la

ciudad a una serie de veteranos (como Mike Miller y James Jones), dispuestos a jugar por el salario mínimo con tal de tener la posibilidad de luchar por el título—: al recuperar a LeBron, Cleveland ha aceptado estar siempre en la cuerda floja, ha dicho sí al hecho de que su mejor jugador tenga la opción de cambiar de aires al final de cada temporada.

LeBron ha firmado un contrato por un año con posibilidades de extenderlo un segundo, para maximizar así sus ingresos. En Miami no había firmado por el máximo salarial para permitir que Pat Riley construyese en torno a él, Wade y Bosh el equipo más competitivo posible. En Cleveland, por razones de límite salarial, no puede firmar de inmediato por el máximo monto posible. Así que Rich Paul le aconseja la opción que más le conviene desde el punto de vista económico y que consiste en firmar contratos breves y renovarlos, si todo va bien, cuando llegue el verano. El objetivo es hacer crecer la cuenta bancaria y asegurarse de tener siempre a su alrededor un equipo competitivo, a la altura de sus expectativas y de la promesa de llevar un título a Cleveland. No obstante, desde el punto de vista del equipo significa pensar en el aquí y el ahora, tener un horizonte temporal muy reducido para una franquicia, que suele trabajar pensando en el presente, pero también en el futuro. En Cleveland, David Griffin, el *general manager*, debe tener siempre una única cosa en la cabeza: el presente, la temporada en curso, cómo hacer que el equipo sea lo más competitivo posible para ser el que al final de la temporada se juegue el título y alce el Larry O'Brien.

«Cuando volvió LeBron, fue difícil, porque no basta con encender un interruptor para pasar de ser un equipo joven que nunca ha ganado nada a uno que lucha por el título —cuenta Griffin—. Pero LeBron nunca quiso ser el *general manager* de los Cavs, ni intentó serlo. Fue un socio importante en la construcción del equipo, porque es un verdadero apasionado del baloncesto y siempre tiene una opinión muy clara. Pero nunca vino a la dirección a pedirnos que hiciéramos algo; él tan solo

quiere ser el líder en la cancha porque está obsesionado con ganar partidos. Claro, ninguna estrella de ningún deporte ha tenido jamás el poder que tiene él con esos contratos anuales. Esto obligó a Cleveland a hacer las cosas a corto plazo. Pero LeBron no supuso nunca un problema y jamás estuvo implicado en el proceso de toma de decisiones más de lo que quisimos.»

Mucho antes de que empiece la temporada queda claro hasta qué punto Cleveland tiene que pensar en el hoy y no en el mañana. A finales de agosto, los Cavaliers fichan a Kevin Love y envían a Minnesota a Andrew Wiggins, exterior que había sido número uno en el *draft* solo dos meses antes, así como al misterioso Anthony Bennett, inesperada primera elección en 2013 y que había tenido una desastrosa temporada como novato. Wiggins era un diamante en bruto que trabajar, y Love, un jugador hecho y derecho con el que James había hablado ya claramente y que estaba dispuesto a tender una mano a un equipo con aspiraciones de ganar el título.

Cleveland empieza despacio, al igual que había hecho Miami en la primera temporada de LeBron. Sin duda, James es el centro de gravedad, pero en torno a él, en lugar de un sistema solar bien definido, gira una masa desordenada en espera del Big Bang, un universo por modelar que necesita comprender quién gira más cerca del sol LeBron y quién es un planeta de la periferia. Además, Blatt es un técnico con personalidad: si la NBA es una liga en la que los jugadores ocupan el centro del ecosistema, en la Euroliga quienes mandan son los técnicos; y Blatt está acostumbrado a llevar la voz cantante.

El equipo cierra el año 2014 con un récord de 18 victorias y 14 derrotas. Griffin se da cuenta de que tiene que moverse: el 5 de enero logra un intercambio a tres bandas con New York y Oklahoma City que lleva a Cleveland al veterano J. R. Smith y al escolta Iman Shumpert; en el trato, el *general manager* de los Cavs sacrifica al joven Dion Waiters; dos días más tarde se incorpora desde Denver el pívot ruso Timofey

Mozgov, a cambio de dos futuras elecciones del *draft*. La plantilla queda a imagen y semejanza de LeBron: él es Batman, Irving y Love son dos Robin, y en torno a ellos hay muchos veteranos que saben lo importante que es llegar en forma a los *playoffs* para ganar el título, y que los siguientes tres meses de la temporada servirán precisamente para eso, para asegurarse de que desde mediados de abril en adelante los Cavaliers tendrán el rodaje suficiente para seguir a LeBron en una nueva carrera hacia las Finales.

Cleveland gana 24 de los últimos 33 partidos, y comienza los *playoffs* como segundo mejor equipo en la Conferencia Este. En la primera ronda se enfrentan a unos jóvenes Celtics, pero es pan comido: 4-0, aunque en el último partido Love se lesiona el hombro y su temporada termina mucho antes de lo previsto. Los Cavs se ponen por delante de un golpe: superan 4-2 a Chicago en la segunda ronda y eliminan 4-0 en la final de Conferencia a los Atlanta Hawks, que habían cerrado la temporada con el mejor récord.

LeBron vuelve a estar en las Finales por quinto año consecutivo; se juega el título por sexta vez en su carrera. Aun así, sus Cavaliers no son favoritos: todos los pronósticos apuntan a sus adversarios, los Golden State Warriors. Son un equipo revolucionario: para el *coach*, Steve Kerr, es su primera experiencia en el banquillo, pero como jugador había ganado tres títulos con los Chicago Bulls de Michael Jordan y dos con los San Antonio Spurs de Gregg Popovich. También fue directivo de los Phoenix Suns entrenados por Mike D'Antoni y guiados sobre el parqué por Steve Nash, los que a mitad de la década anterior habían entusiasmado a la NBA con su ataque *seven seconds or less*, de menos de siete segundos, basado en posesiones rápidas y jugadas ideadas por Nash, un genio. Kerr entrena con un estilo que es una mezcla entre Phil Jackson —el «maestro zen» a cuyas órdenes estuvo durante sus años con los Bulls (y a quien al principio de aquella temporada 2014-15 le habían ofrecido el banquillo de los New York Knicks, equipo del que se convirtió en presidente)—, D'Antoni y Popovich. Basa su equipo en tres

columnas, tres diamantes que los Golden State habían encontrado en los *drafts* del 2009 en adelante y en torno a los cuales habían crecido y conseguido llegar a los *playoffs* en los dos años anteriores. El más importante es Steph Curry: también él nació en Akron, en el mismo hospital que LeBron, tres años y medio más tarde. Pero él no proviene de un infierno del que es casi imposible salir. Nació allí porque su padre, Dell, jugaba en la temporada 1987-88 con los Cavs. Dell después tuvo una larga carrera, que concluyó en 2001, gracias a su tiro de larga distancia y a su capacidad de marcar la diferencia saliendo desde el banquillo. A pesar de llevar el baloncesto en los genes, Steph tuvo que ganarse un lugar en la NBA; cuando salió del instituto, las grandes universidades lo ignoraron, pero consiguió un puesto entre los profesionales a pesar de que en los primeros años de su carrera el crecimiento se vio mermado por continuos problemas en los tobillos. Cuando consiguió resolverlos, su talento estalló definitivamente. En aquella temporada 2014-15 se consagró entre las estrellas de la NBA al ganar el título de MVP de la temporada regular. Cuenta con un arma letal: tira desde la línea de tres puntos como pocos han sabido hacerlo antes que él. En 2014-15 batió el récord de Ray Allen de triples encestados en una sola temporada. Si LeBron es un superhombre que ha nacido para jugar al baloncesto, un fenómeno con físico de Superman al que el trabajo duro ha vuelto el más fuerte, Curry es como el hijo del vecino, con un físico bien trabajado, aunque nada del otro mundo, pero que, sin embargo, consigue hacer cosas que los demás no pueden. No atemoriza a los oponentes como hace LeBron, sino que los ridiculiza con parábolas imposibles, con unos tiros desde una distancia impensable que a él le salen como lo más natural. Juega con una sonrisa, con entusiasmo, como si fuese un niño en un parque de atracciones que sube una y otra vez a su tiovivo preferido.

Su compañero en el juego exterior es Klay Thompson, quien también lleva el baloncesto en las venas —su padre Mychal ganó dos anillos en los años ochenta con los Lakers de Magic Johnson—, y es otro tirador

formidable, capaz de defender como pocos y con la humildad de poner siempre el equipo por delante. A Curry y Thompson se les conoce como los Splash Brothers por su facilidad para anotar triples. Un par de años antes, Mark Jackson, su entrenador, los había definido entre el escepticismo general como «el mejor *backcourt* de la historia»; ahora esa afirmación ya no parece tan exagerada. El tercer hombre clave de los Warriors se llama Draymond Green. Apenas supera los dos metros de altura, pero bajo el tablero se desenvuelve como pocos lo hacen. En la cancha sabe hacer un poco de todo y tiene las agallas de aquel a quien siempre lo han mirado por encima del hombro, de quien sabe que en cada partido debe demostrar que se merece el puesto que ocupa. Los Warriors lo eligieron con la trigésima quinta posición en el *draft* de 2012; Green se ha aprendido de memoria los nombres de los treinta y cuatro jugadores que seleccionaron antes que a él, como motivación para batirlos, para demostrar que es mejor que ellos. Además, es un líder nato, alguien que sabe ponerles las pilas a los compañeros, aunque a veces se le escape alguna palabra de más. Tiene energía para vender y regalar. Además, los Warriors se guardan otros ases en la manga: el más importante es el experto Andre Iguodala. Ha jugado en Philadelphia con Allen Iverson, es inteligente y desde comienzos de la temporada 2014-15 ha aceptado empezar desde el banquillo, a pesar de no haber hecho de suplente en su vida. Kerr se refiere a él como el «adulto en la sala», el experto rodeado por un montón de chavales entusiastas a los que sabe transmitir experiencia y determinación.

Los Warriors tienen la ventaja de campo: el primer partido se juega en Oakland el 4 de junio de 2015. Cleveland juega muy bien; al principio, los Golden State parecen pagar la emoción de estar por primera vez en las Finales, al igual que le sucedió a LeBron en 2007 cuando se estrenó en la serie por el título. Esta vez es un veterano que está jugando unos *playoffs* fantásticos y hace un partido memorable. Cuando suena la bocina final, los dos equipos están empatados: 98-98. Se va a la

prórroga, durante la cual Irving se fractura la rótula de la rodilla izquierda, lo que supone el adiós a sus Finales. LeBron se queda solo, pero no se rinde. En el primer partido había anotado 44 puntos y en el segundo consigue 39, coge 16 rebotes y da 11 asistencias para llevar a los Cavs una merecida victoria. Blatt reemplaza a Kyrie Irving con Matthew Dellavedova, un australiano diabólico cuya tarea consiste en poner freno a las jugadas de Curry. Delly, como lo llaman sus compañeros, da literalmente lo mejor de sí, hasta el punto de que tras la victoria del tercer partido, el primero de la serie en Cleveland y que ganan los Cavaliers, pasa una noche en el hospital con suero en vena para recuperar las energías. A partir del cuarto partido, Kerr da con la clave: coloca a Iguodala como titular y le encarga el marcaje de LeBron. James está cada vez más solo contra todos; los Warriors alzan el vuelo en los partidos sucesivos y conquistan el título en el sexto encuentro, en Cleveland. LeBron ha jugado una serie legendaria: 35,8 puntos, 13,3 rebotes y 8,8 asistencias de media por partido. En la historia de la NBA solo un jugador ha ganado el trofeo de MVP de las Finales a pesar de jugar en el equipo perdedor: Jerry West en 1969, en la primera edición del trofeo, en una serie que los Lakers habían perdido en el séptimo partido. En la votación por el premio de MVP de las Finales 2015, cuatro de los once periodistas que componen el jurado señalan a LeBron James como ganador, a pesar de que la derrota de los Cavs haya llegado en el sexto partido; los demás escogen a Andre Iguodala, cuyo mérito principal ha sido ralentizar a LeBron.

James ha rozado la promesa que había hecho de llevar un título a Cleveland. La paz firmada con los hinchas, sellada con su regreso, se transforma en una sólida alianza con un objetivo común: volver a intentarlo. Y, esta vez, no fallar.

11

Un año después, el 22 de junio de 2016, más de un millón y medio de personas invaden las calles de Cleveland. Llegan desde todos los rincones del estado de Ohio: han venido a ovacionar a un equipo capaz de realizar una hazaña legendaria, la más apabullante en la historia de las Finales de la NBA. Han venido a alabar a su rey, LeBron James, aquel chico que parecía estar destinado a una vida de vagabundo y que, sin embargo, ha mantenido la promesa hecha a su gente dos años antes: llevar un título de la NBA a Ohio. «Cleveland, esto es para ti», había gritado con lágrimas en los ojos tras haber cumplido la gesta más grande de su carrera, después de haber ganado un título con su equipo, para su Ohio.

En Cleveland suelen vivir menos de quinientas mil personas, pero aquel miércoles por la mañana hay más del triple; todas se aglomeran por las calles del centro, entre el Quicken Loans Arena —la casa de los Cavs, flamantes campeones de la NBA, y que durante los dos días anteriores había sido tomada por asalto en busca de algún artilugio con el que homenajear a aquel equipo que era ya una leyenda— y St. Clair Avenue, cerca del ayuntamiento. Todos comparten un sentimiento de pertenencia. Por primera vez, se sienten realmente orgullosos de uno de los equipos deportivos de la ciudad. Nada de desilusiones en el último segundo, nada de rotundos fracasos cuando todo se daba ya por hecho: Cleveland es campeón de la NBA. Y esa victoria ha restituido un gran orgullo a toda la gente que ama el deporte, no solo en aquella ciudad decadente a orillas del lago Erie, sino en todo el estado de Ohio. Basta de «errores junto al lago»: ahora Cleveland es la ciudad de los campeones de la NBA.

La gran mayoría de la gente que aquel día circula por las calles nunca ha experimentado lo que se siente al ganar un título. Son perfectamente capaces de contar dónde estaban y qué estaban haciendo el último domingo, cuando LeBron le había gritado al mundo entero que lo que él y los Cavaliers acababan de conseguir era por Cleveland. Ahora están todos allí por él, por quien, hoy más que nunca, es su rey. Los días de las camisetas quemadas, de los insultos y de las tomaduras de pelo parecen cosa del pasado: desde su regreso a casa dos años antes, LeBron ha vuelto a ser el rey, el hombre con un cometido, a quien acompañar en su intento por mantener la promesa, por conseguir que Cleveland gane. Ahora que lo ha conseguido no solo ha saldado la deuda de reconocimiento hacia la ciudad que lo había adoptado y que él sentía que había decepcionado cuando se fue, por cómo se fue. Ha mantenido la promesa, ha ganado donde nadie antes lo había hecho. Lo ha hecho de una manera histórica, contra el que durante la temporada regular había sido el mejor equipo de todos los tiempos, el que el año anterior había celebrado el título en el vestuario visitante del Quicken Loans Arena, donde el olor del champán derramado a ríos por el suelo había permanecido en el aire durante meses.

Tras aquella epopeya, LeBron ya no es solo un hijo de Ohio: es el Ohio mismo, un mito que va más allá de su camiseta con el número 23 y el nombre Cavs escrito en el pecho. Desde ese momento, puede decir o hacer lo que quiera, podría incluso anunciar que se va de nuevo desde el coche descapotable con el que, con Savannah a su lado, recorre a paso lento el recorrido del desfile. La gente de Cleveland lo glorificaría igual, lo aclamaría, le perdonaría cualquier cosa. Porque LeBron ha hecho que se sientan orgullosos de animar a los Cavaliers, de ser de Cleveland, del Ohio donde la gente está acostumbrada a sudar para ganar cualquier cosa, y no a salir de fiesta por un hito deportivo. Ese día, Cleveland está literalmente a los pies de LeBron.

Se lo ha ganado. El camino para conseguir desfilar por las calles de la

ciudad ha sido largo, una carrera de obstáculos; es hora de disfrutar de los aplausos y los elogios, de darse un baño de masas. Es la hazaña más clamorosa de toda su carrera: al ganar ese título en Cleveland, LeBron se ha convertido en Miguel Ángel tras completar su capilla Sixtina.

El público aplaude lo que ve, se emociona por ese espectacular fresco que ha aparecido en las calles de Ohio bajo forma de trofeo dorado, una pelota de baloncesto perennemente suspendida sobre el aro de una canasta.

Lo que no se puede ver es el esfuerzo que se ha hecho para llegar hasta allí. Como muestra perpetua de que aquel título no les cayó del cielo están los resultados de los partidos. Está el 4-3 en las Finales contra los Golden State Warriors, con una histórica remontada tras ir perdiendo 1-3, prueba irrefutable de que LeBron y los Cavs no habían ganado, sin más, sino que habían tenido que conquistar el título. El público no ve todos los sacrificios hechos, los gélidos días de entrenamiento en Independence —donde los Cavaliers tienen el centro de entrenamiento—, el peso de los partidos fuera de casa, de los viajes, de siempre intentar mejorar, incluso con treinta y un años, aun siendo el mejor jugador en activo.

El trofeo Larry O'Brien llega por fin a sus manos, pero el viaje para llegar hasta allí, el crecimiento personal y como equipo, las montañas rusas de la larga temporada 2015-16 jugada a unos niveles de excelencia extraordinarios, ese es el verdadero premio.

Cuando comienza la temporada 2015-16, los candidatos al título son los mismos equipos que se enfrentaron en las Finales de 2015: los Warriors, los campeones, y los Cavs, los perdedores. En verano, LeBron firma un nuevo contrato por un año con opción a otro más. La idea sigue siendo la de potenciar al máximo las ganancias; la cláusula implícita es tener a propietario y directivos en la cuerda floja para asegurarse de que el equipo esté siempre a su altura, que se construya siempre para ganar de inmediato sin tener el lujo de poder pensar en el

futuro, en el mañana.

La temporada de los Cavaliers comienza el 25 de octubre en el United Center de Chicago; por una vez, LeBron no es el centro de todas las miradas. En primera fila está el presidente Barack Obama. Es un gran aficionado al baloncesto, pero este es el primer partido de la NBA que ve en directo en siete años de mandato. Es fan de los Bulls, está en la ciudad para una convención y ese partido en el United Center, con LeBron en la cancha —con quien ha ido labrando cierta amistad durante sus visitas a la Casa Blanca para festejar los títulos de los Heat—, es una ocasión que no puede pasar por alto. Cleveland comienza sin Kyrie Irving, que continúa de baja por la lesión sufrida en el primer partido de las Finales; y lo hace con una derrota, a pesar de los 25 puntos de LeBron. Sin embargo, los Cavs después enlazan ocho victorias consecutivas y llegan al final de 2015 con 21 victorias en 30 partidos e inauguran el nuevo año con otras seis victorias, una detrás de otra.

Pero hay algo que no funciona, sobre todo entre LeBron y Blatt, el entrenador. «La presencia de LeBron en el equipo supone una responsabilidad que no tendría en otras situaciones», recuerda Griffin, el *general manager* de los Cavs entonces. «El hecho de que él esté en el *roster* con contratos anuales te obliga a tener que hacer de todo por ganar; y te permite despedir al entrenador durante la temporada sin pensártelo dos veces.» Sucede el 22 de enero, viernes: Cleveland acaba de encarrilar dos victorias seguidas; pone fin a una semana que empezó con una aplastante derrota contra Golden State, que llegó pocos días después de otro fracaso ante San Antonio, otro candidato al título. Todo sucede porque las desavenencias entre LeBron y Blatt han llegado claramente a un punto en el que no hay vuelta atrás. Hay quienes afirman que fue LeBron en persona quien pidió la cabeza del entrenador con el que había disputado las Finales del año anterior, pero con el que nunca había tenido una buena relación; un entrenador al que se había encontrado en Cleveland —Blatt había sido elegido en la primavera de 2014, mucho antes de que el hipotético regreso de LeBron dejara de ser

una fantasía y pasara a ser realidad—, y del que nunca se había fiado del todo. Hay incluso pruebas: aquella jugada cancelada por el técnico tras las protestas de LeBron en el quinto partido de la semifinal de Conferencia el año antes contra Chicago; las críticas cada vez menos veladas a lo largo de la temporada 2015-16, en las que LeBron cuestionaba el progreso de sus Cavaliers, y la distancia cada vez más amplia con Golden State y San Antonio.

«LeBron no dirige esta franquicia», afirma Griffin en la rueda de prensa en la que comenta la destitución de Blatt y el nombramiento como sustituto de Tyronn Lue, primer asistente y al que LeBron admira. «A LeBron le importa este equipo y haría lo que fuera por él. Pero la idea de que sea él quien da las órdenes sobre qué hacer es, simplemente, errónea.» «La realidad de la NBA es muy diferente de la de Europa —admitirá más tarde Blatt—. Allí, en Estados Unidos, mandan los jugadores. Y en Cleveland, LeBron es el centro de todo, la espina dorsal de la franquicia. No cabe ninguna duda de que para el sistema de los Cavs LeBron era mucho más importante que yo, que era el entrenador. Me hubiera gustado enfrentarme a esa aventura con mucha más experiencia; debería haber entrenado en la NBA durante uno o dos años antes de tener a LeBron en el equipo para acostumbrarme a aquella nueva realidad, pero puedo decir que he entrenado a uno de los mejores jugadores de la historia. Y no fue él quien me echó: esas son decisiones que toman los directivos. Estoy seguro de que si hubiera tenido más experiencia en la NBA todo hubiera salido mejor, pero creo que hice un buen trabajo.» Cuando echan a Blatt, Cleveland pasa a dominar claramente la Conferencia Este; es el equipo favorito para volver a las Finales. Pero parece que no tiene nada que hacer contra las potencias que dominan el Oeste, los Warriors y los Spurs; ni siquiera con LeBron ni con el regreso de Irving.

Con Lue al timón, Cleveland cierra la temporada regular ganando 27 partidos de 41, reencontrándose con Irving y acabando en el primer puesto de la clasificación de la Conferencia Este con el mejor récord: 57

victorias y 25 derrotas. El 13 de abril, el último día de la temporada regular, los Cavaliers pierden 112-110 contra Detroit, equipo que ya sabía que jugaría la primera ronda de los *playoffs*. Ese mismo día, mientras Kobe Bryant juega un partido histórico, el último en la NBA, despidiéndose de los Lakers y de la liga de la que había sido protagonista durante veinte años con un espectáculo de 60 puntos contra los Utah Jazz, los Golden State cumplen una proeza legendaria: consiguen la septuagésima tercera victoria de la temporada, batiendo el récord absoluto establecido con 72 triunfos de 82 en 1995-96 por los Chicago Bulls de Michael Jordan. Parecía un récord imposible de superar, pero el equipo de Steve Kerr (quien era una de las reservas clave de aquellos Bulls y quien en 2015-16 se había saltado toda la primera parte de la temporada por las consecuencias de una operación en la espalda que había salido mal) había comenzado el año con 24 victorias consecutivas y siempre había dado la impresión de poder conseguirlo, de tener aquel récord en el punto de mira.

Los equipos que dominan, como Golden State, que están seguros de clasificarse para los *playoffs* prácticamente desde febrero, afrontan la segunda parte de la temporada con tranquilidad, como una larga preparación para la *postseason*. Sin embargo, los Warriors continúan pisando el acelerador, evitando tomarse esas pausas naturales que los equipos que están en lo más alto suelen tener. Siguen dominando, llevados por una temporada espectacular de Steph Curry, que se convierte en el primer jugador de la historia en sumar más de cuatrocientos triples en su carrera (nadie había superado nunca los trescientos), en el primero en ser nombrado MVP por unanimidad; es la culminación de una temporada en la que, además del récord de triples, con una media de 30,1 puntos, se hace también con el trono del máximo anotador y entra en el club de los 50/40/90, es decir, los jugadores capaces de anotar más del cincuenta por ciento de sus tiros de campo, más del cuarenta por ciento desde la línea de triples y más del noventa por ciento de tiros libres. Un club restringido del que forman parte

leyendas como Larry Bird, Steve Nash y Dirk Nowitzki; un círculo en el que Curry entra por méritos propios tras la que se considera una de las mejores temporadas regulares jamás realizada por un jugador.

Tras una hazaña de tal calibre, es inevitable que a los Warriors se los considere los favoritos para clasificarse para los *playoffs*. Pero su camino para volver a las Finales parece mucho más complicado que el de Cleveland, clara favorita de la Conferencia Este, en la que parece no tener rival. Hace mucho que los dos equipos no se reencuentran en la serie por el título en dos años consecutivos, como había sucedido con el doble enfrentamiento entre los Chicago Bulls y Utah Jazz en 1997 y 1998, ambos partidos ganados por el equipo de Michael Jordan. Al igual que entonces, Golden State y Cleveland parecen estar destinados a derribar ese muro.

Los Cavaliers respetan desde el primer momento los pronósticos, barriendo con un doble 4-0 a Detroit en la primera ronda y a Atlanta en la segunda. LeBron vuelve a jugar de un modo excelso, subiendo progresivamente de nivel no sin antes asegurarse de que sus compañeros le siguen. Irving ha empleado la segunda mitad de la temporada regular en recuperar la forma, y en los *playoffs* parece volver al nivel previo a la lesión. Love crece junto al resto del equipo. Ellos son las piedras angulares.

En las finales de Conferencia, los Cavs se encuentran con los Toronto Raptors, que habían cerrado la temporada regular en el segundo puesto; en los dos primeros partidos de la serie, jugados en Cleveland, LeBron domina y el equipo de Lue parece estar destinado a otro 4-0. No obstante, los Raptors consiguen ganar los dos partidos sucesivos en Canadá y la serie vuelve a Cleveland con un 2-2. La respuesta de los Cavaliers es una clamorosa prueba de carácter, un dominio sellado con un total de 71 puntos, divididos casi a partes iguales entre James, Irving y Love. Una muestra de fuerza que se repite también en el sexto partido, de nuevo en Toronto, donde sin muchas tribulaciones Cleveland sella su segunda participación consecutiva en las Finales. Para LeBron es la sexta

seguida, la séptima en toda su carrera; solo los integrantes de la dinastía de los Boston Celtics que había dominado la NBA entre finales de los años cincuenta y los años sesenta, y habían ganado diez consecutivas, entre 1957 y 1966, lo habían hecho mejor.

Tras ganar a Toronto en el sexto partido el 27 de mayo, Cleveland espera, porque aún no hay una finalista del Oeste, y hay posibilidades de que no sea Golden State, pues van perdiendo 3-2 en las finales de Conferencia contra Oklahoma City.

Los Warriors juegan el sexto partido en casa de los Thunder el día después de que el regreso de los Cavs a las Finales se haya hecho oficial; si pierden, como ha sucedido en los dos partidos anteriores jugados en Oklahoma City, caerán eliminados. Y Cleveland tendría que jugarse el título contra los Thunder; el primer partido tendría lugar en el Quicken Loans Arena el 2 de junio. Esta hipótesis parece ir tomando forma y haciéndose realidad a lo largo de aquel sexto partido, en el que Kevin Durant y sus compañeros consiguen una diferencia de 10 y mantienen 7 puntos de ventaja a siete segundos del final. Aun así, el ataque de los de casa se atasca estrepitosamente. Aferrándose a Thompson, los Warriors consiguen completar la remontada y llevar la serie al séptimo partido.

En Oakland, los vigentes campeones vuelven a estar al borde del precipicio en un primer tiempo en el que llegan a ir 13 puntos abajo, pero en la segunda parte se recuperan y, gracias a los 36 puntos de Curry, ganan el partido y el derecho a defender el título.

Los Warriors se enfrentan de nuevo a los Cavs y LeBron, otra vez con ventaja de campo, como el año anterior. Sin embargo, a lo largo de la serie contra los Thunder se han visto evidentes grietas en esa máquina que en la temporada regular parecía perfecta. Si los Cavaliers habían jugado unos *playoffs* estelares, subiendo progresivamente de nivel serie tras serie, los Warriors habían mostrado síntomas de desgaste, aferrándose a las Finales *in extremis* con una remontada extraordinaria. Seguían siendo los favoritos, pero los pronósticos ya no eran unidireccionales, como parecía al inicio de los *playoffs*.

No obstante, los primeros dos partidos de la serie final son una flagrante demostración de fuerza del equipo campeón. A pesar de que el *coach* Kerr está de nuevo fuera de juego por problemas en la espalda, Golden State domina y manda las Finales a Cleveland con un 2-0 que sabe a sentencia. En torno a LeBron, los Cavs parecen perdidos; Love no juega el segundo partido por una conmoción cerebral. El destino de la serie parece sellado.

Y quizá lo estaba para todos, pero no para LeBron. Ya ha pasado por aquello, conoce a su equipo a la perfección. Sabe que en casa muchos jugadores son capaces de transformarse, que el calor de veinte mil hinchas en el Quicken Loans Arena puede transformar a un jugador normal como J. R. Smith en un defensor endiablado capaz de anotar un triple en cualquier circunstancia, contra cualquier adversario. LeBron es el primero que se asegura de que los Cavaliers no se amilanen, que sepan que jugar en casa tras los primeros dos partidos fuera puede darle la vuelta a la tortilla. Uno de los viejos dichos de los *playoffs* es que una serie al mejor de siete partidos no comienza realmente hasta que un equipo no gana como visitante. Los Cavs habían perdido los dos primeros partidos en Oakland, pero ahora, en Cleveland, todo podía cambiar.

«*Follow my lead!*», les grita LeBron a sus compañeros antes de entrar a la cancha para el tercer partido. Está decidido a apretar la serie y a demostrar que Cleveland no está condenada, que aún es posible remontar a los Warriors. Y los Cavaliers le siguen. LeBron es un torbellino en la pista, un tren en marcha imposible de parar; sus compañeros son disciplinados vagones que van detrás de él, que lo siguen en una batalla que James no está dispuesto a perder.

Cleveland no se limita a ganar: lo hace a lo grande, de 30 puntos, 120-90; LeBron firma 32 puntos, 11 rebotes y 6 asistencias. La serie vuelve a estar abierta. La ciudad enloquece en los dos días que separan el tercer partido del cuarto. Si al inicio de las Finales en la ciudad, con

los Cavs perdiendo 2 a 0, el apoyo era tremendo, después de aquella victoria en cada ventana del centro hay una foto, una bandera o un cartel animando a los Cavaliers y a LeBron. Cleveland había confiado en la victoria un año antes, pero después de perder a Irving había comprendido que ni siquiera James en su mejor momento sería capaz de frenar a Golden State. Pero esta vez LeBron no está solo contra todos: Irving está ahí, y en el tercer partido ha anotado 30 puntos, y Love estará en el cuarto partido, tras haber superado la conmoción cerebral. Puede ser que los Warriors hayan ganado 73 partidos en la temporada regular, pero, después del golpe que supuso el tercer partido, parecen cualquier cosa menos imbatibles.

La ilusión dura poco, porque en el cuarto partido vuelve a ganar Golden State. Curry y Thompson consiguen 66 puntos; en el segundo tiempo, los campeones anulan a los Cavs, que habían jugado mejor en la primera mitad. LeBron ha fallado: no ha sido capaz de marcar la diferencia, ha cometido demasiados errores en el momento decisivo. La serie vuelve a Oakland con una ventaja 3-1 para los Warriors: nadie en la historia de las Finales ha conseguido ganar el título tras una remontada así.

Hay algo que calienta el ambiente la víspera del quinto partido: la descalificación de Draymond Green, que en el cuarto partido le dio un manotazo en las partes bajas a LeBron. *A posteriori*, la liga lo sanciona con un partido. Pero Golden State está tan lanzado que incluso tras haber perdido a su carismático líder se siente capaz de rematar el asunto. Hasta tal punto que comienza a organizar el desfile por el título. El quinto partido está señalado para jugarse un lunes; si ganan, los jugadores desfilarán el jueves con el trofeo de campeones de la NBA por las calles de Oakland, como habían hecho el año anterior. Mismo recorrido, desde el centro de entrenamiento situado en lo alto de un hotel en plena ciudad hasta el lago Merritt.

Solo que la ausencia de Green se nota, y de qué manera. Mientras él —quien, según el reglamento, no puede ni siquiera estar dentro del

Oracle Arena— sigue el partido desde una suite del contiguo Coliseum de Oakland, el estadio de béisbol de los A's que se encuentra a dos pasos y desde el que puede fácilmente unirse a sus compañeros en caso de victoria, LeBron y Kyrie Irving construyen una pequeña obra maestra. Anotan 41 puntos por cabeza y machacan a unos Warriors que, a pesar de los 62 puntos conjuntos de Curry y Thompson y la madurez de Iguodala, que ha entrado en el quinteto en lugar de Green, se deslizan lentamente hacia la derrota. Con un grave daño colateral: Andre Bogut, su pívot titular, se lesiona en la pierna durante el primer tiempo y ya no podrá volver a la serie. Los Cavs ganan 97-112, y los Warriors deben cancelar los planes para el desfile y reservar con prisas y sin ganas un avión para Cleveland, donde se juega el sexto partido. Y donde, a pesar de que Green quiere comerse el mundo, LeBron juega otro partido estelar, llevando a los Cavaliers a una nueva victoria, que manda las Finales al «séptimo partido»: las dos palabras más hermosas del deporte estadounidense, pues significan que quien gana se lo lleva todo, un salto sin red. En tan solo un partido puedes convertirte en un héroe o en un villano, en el mejor de todos o en un fracasado.

El séptimo partido, el del desempate, se fija para el domingo 19 de junio en la casa de los Warriors, un pabellón que, al igual que el de béisbol de los A's, está encajado entre la autopista y la línea del BART, el transporte ferroviario que une el Área de la Bahía de San Francisco. Se alzan en una especie de gigantesco aparcamiento en el extremo de una de las zonas más pobres de la ciudad de Oakland. Es todo lo opuesto al glamur que rodea a San Francisco, que desde hace años ha perdido el encanto *vintage* de los *hippies* y de la generación *beat* que Kerouac describe en su novela *En el camino*, sustituyéndolo por los dólares de los señores de Silicon Valley. Han transformado la ciudad, pero no han sido capaces todavía de dañar Oakland, que, del otro lado de la bahía, sigue siendo una especie de gueto negro y pobre con vistas a la ciudad más cara del mundo y sus lujos, en la que una habitación compartida puede costar tranquilamente tres mil dólares al mes y donde si ganas menos de

cien mil dólares al año estás por debajo del umbral de la pobreza.

Los Warriors, el equipo más famoso de la NBA, tienen el mismo atractivo y glamur que San Francisco. Steph Curry es como una estrella del *rock*; incluso cuando juega como visitante lo persiguen miles de fans en busca de un autógrafo. Sus entrenamientos previos al partido se han hecho tan populares que la gente se presenta dos horas antes en el pabellón para admirarle. Es un chico de oro: cuando alguien le pide un autógrafo, sobre todo si ha pasado la noche fuera de su hotel cuando juega a domicilio, no consigue decir que no. Sin embargo, la afición más incondicional de los Warriors se encuentra en Oakland: siguen al equipo desde que este no era famoso, cuando perdía siempre, cuando Curry era un chaval con unos tobillos desastrosos, el hijo de Dell, alguien que prometía mucho pero que tenía un físico de cristal. El núcleo duro que abarrotaba el Oracle Arena, que lo convirtió en uno de los recintos más difíciles en los que jugar para los rivales, no había perdido la garra de los que buscan una forma de redimirse, una distracción de las dificultades de la vida.

No obstante, ahora que los Warriors se habían vuelto tan populares, las entradas para los partidos se vendían como churros. Los que tenían abonos de temporada, por muy fanáticos que fueran, podían recaudar miles de dólares vendiendo sus localidades para el partido. En aquellas Finales, no se podía encontrar una entrada para el peor asiento del estadio por menos de ochocientos dólares. Para los muchos que tenían dificultades para llegar a fin de mes, pero que nunca habían renunciado a su pasión por los Warriors, ese abono se había convertido en una vital fuente de ingresos. Cleveland estaba a una victoria del título que ningún equipo de la ciudad había ganado desde 1964, por lo que muchos aficionados de los Cavs se subieron a un avión, dispuestos a gastar lo que fuera para entrar en el Oracle Arena y no perderse el séptimo partido. Algunos incluso llegaron a pagar noventa y nueve mil dólares por dos entradas en primera fila. En lugar de haber seguidores de los Warriors a raudales, cuando llega el momento del salto inicial del

partido más esperado del año, el coro «Cleveland» se oye a la perfección. Es más, a veces hacen más ruido que los que vitorean a Curry y sus compañeros.

El séptimo partido es como una terrible atracción de feria: para salir indemne has de aceptar el riesgo de la derrota, debes ser capaz de convivir con que puedes ganar y ser un héroe, pero también puedes perder y tener que justificar tu derrota.

Para los Warriors, perder supondría tirar por la borda la histórica temporada de 73 victorias. Cuando en 1995-96 los Bulls habían establecido el récord anterior, después habían ganado el título. Golden State es muy consciente de que, sin el trofeo Larry O'Brien, su hazaña quedaría incompleta. Cleveland ha conseguido volver del infierno, llevar la serie al desempate tras ir perdiendo 3-1, y ha jugado los dos últimos partidos sabiendo que una derrota habría sido fatal. Sin embargo, LeBron está jugando de forma excepcional, mejor que el año anterior. Además, a partir del tercer partido, Irving está casi a su nivel. Junto con ellos, con Love aún recuperándose de la conmoción cerebral que le costó el tercer partido, muchos compañeros están jugando el mejor baloncesto de sus vidas. Los Cavs también recurren a un talismán para ese séptimo y decisivo partido: llevan la camiseta negra con mangas, la que les ha dado suerte en la serie.

LeBron es una máquina de meter canastas y de jugar con decisión. Es una roca en medio del mar embravecido a la que sus compañeros saben que se pueden aferrar, un capitán que navega por aguas turbulentas, pero que consigue mantener el barco en la dirección adecuada. Dispuesto, gracias a su sabiduría y a sus conocimientos únicos, a corregir el rumbo. El séptimo partido es como una pelea a muerte entre dos boxeadores que han agotado sus energías, que combaten exhaustos en el centro del *ring* encajando un golpe tras otro porque han bajado la guardia y no consiguen alzarla. Pero es todo un espectáculo, un *instant classic* de la historia de la NBA con un final sorprendente.

Hay una rima que es probable que se enseñe en las guarderías de

Cleveland: *the block, the shot, the stop*, «el tapón, el tiro, la defensa». Son las tres jugadas decisivas en el final del partido, el código secreto para abrir las puertas de la historia. El *block* es un tapón implacable que LeBron le hace a un Iguodala lanzado en un contraataque, una de esas jugadas que hacen que el hecho de que James nunca haya ganado el premio de defensor del año sea casi una blasfemia. El *shot* es el tiro de tres que Irving enchufa cuando quedan cincuenta y tres segundos de partido, que pone a Cleveland 92-89 y que rompe una racha sin canastas que ha durado casi cuatro minutos. El *stop* es la última defensa de Kevin Love sobre Steph Curry en la última posesión de los Warriors. Es lo que culmina la hazaña, lo que le abre a Cleveland las puertas del paraíso, de la fiesta, del título de la NBA.

LeBron ya está llorando antes de que suene la bocina. Sabe que ha hecho historia, no solo personalmente, con la mayor gesta de su carrera, sino también en la de toda su gente. Les ha dado aquello que había prometido cuando volvió a casa, aquel título deportivo que la ciudad espera desde hace cincuenta y dos años, un título que los Cavaliers nunca habían logrado.

Las lágrimas no son solo por la alegría de un deportista que lo ha conseguido, sino que también son el orgullo de un chaval de Ohio que creció sin padre y que ha salvado a todo un estado de la mediocridad, de la derrota, de la desilusión. Un rey que es consciente de que por fin ha conseguido aquello que su gente le pedía: ganar, ganar aquel título. ¡Y hacerlo de ese modo, batiendo a uno de los mejores equipos de todos los tiempos, abrazando el trofeo Larry O'Brien tras haber visto no solo el espectro de la derrota, sino también la desolación de la enésima desilusión! El título de MVP de las Finales, el tercero de su carrera, es solo un reconocimiento de su grandeza. Pero es menor, mucho menor, que aquello que LeBron acaba de conseguir para su Cleveland, para su Ohio.

«Cuando volví me marqué un objetivo: traer un título a la ciudad. He hecho todo lo que he podido. He puesto mi corazón, mis lágrimas, mi

sangre, mi sudor en este partido. Hemos desmentido todos los pronósticos. No sé por qué tomamos el camino más difícil, no sé por qué Dios nos puso en el camino más difícil. Pero sé que Dios nunca te pone delante nada que no puedas conseguir. Siempre he mantenido una actitud positiva: nunca me he preguntado por qué me había tocado a mí, sino que siempre he dicho que esto es lo que Él quería que yo hiciese. ¡Cleveland, esto es para ti! Estamos en el libro de los récords, somos el primer equipo que gana un título remontando un 3-1. Somos especiales.»

En el vestuario visitante del Oakland Arena corren ríos de champán. Todo está envuelto en plástico, los jugadores llevan gafas de esquí para protegerse los ojos; el suelo está cubierto de esa especie de papilla que se forma cuando un líquido se queda estancado demasiado tiempo en el suelo. El aire huele a alcohol. Y a felicidad. Delante de su armario, Irving charla atropelladamente con los periodistas que lo rodean, como si fueran un pelotón de ejecución que dispara preguntas al condenado; Kyrie está demasiado alegre para molestarse. Les habla sobre la felicidad de ese título y de la hazaña. Timofey Mozgov, el pívot que en un año ha pasado de titular a suplente poco utilizado, festeja el momento a base de selfis con dos rubias espectaculares que se ha llevado al vestuario. En un momento dado, J. R. Smith saca una nueva botella de champán, que pronto acabará haciendo compañía a la colección apiñada en unos cubos de basura improvisados. Vuelta a empezar: ducha de champán para todos, ducha para los campeones.

LeBron lleva un buen rato en la sala de prensa. Sobre la mesa, el trofeo de MVP de las Finales; en sus brazos, la pequeña Zhuri, feliz por su padre y con curiosidad por verlo con el micrófono en la mano. Al cuello lleva la red de la canasta, cortada inmediatamente después de la victoria, como es la tradición. Bronny se sienta a su derecha, Bryce a su izquierda. Escuchan a su padre, disfrutan con él de este increíble momento de triunfo.

«Volví por una razón: ganar el título. Sabía lo que era capaz de hacer,

sabía lo que había aprendido mientras estaba fuera», cuenta tranquilo, como si no acabase de tocar el punto más alto de su carrera, mientras la pequeña Zhuri intenta coger el puro que su padre ha dejado sobre la mesa. «Para mí, poder ser una inspiración para nuestra ciudad lo es todo y quiero seguir siéndolo.» LeBron es lo máximo que el baloncesto puede ofrecer en aquel momento, pero se siente antes que nada un padre que quiere compartir con sus hijos la alegría más grande que su trabajo le ha dado. Es su esencia, es parte de su grandeza, su sistema de apoyo que le permite ser único en la cancha.

Y siguen siendo ellos, Bronny, Bryce, Zhuri y Savannah, quienes acompañan a LeBron en el desfile. Un desfile en el que Cleveland alaba a su rey, en el que él profiere un «gracias» colectivo. Un millón y medio de personas lo contemplan desfilar en su coche descapotable que lentamente avanza por las calles del centro, que lleva al símbolo de todo el estado hacia el final de la procesión, al hombre que ha contribuido más que nadie a romper la maldición que desde hacía más de cincuenta años impedía a Cleveland celebrar un título. Sobre el escenario, delante del ayuntamiento, un millón y medio de personas escuchan lo que el rey tiene que decirles. Oyen cómo da las gracias a sus compañeros. Sin embargo, el agradecimiento de LeBron es en realidad lo que el pueblo querría decirle a él: gracias por habernos hecho disfrutar, por habernos permitido descubrir qué significa ganar; gracias por hacer que nos sintiéramos orgullosos; gracias por haber vuelto, por haber mantenido tu promesa, por haber traído un título a Ohio.

12

Ganar aquel título con Cleveland proyecta a LeBron a una nueva dimensión: la de las leyendas. Ya estaba en la categoría de los fenómenos, pero la hazaña conseguida con los Cavs le vale un sitio en la mesa de los más grandes, la de aquellos capaces de inspirar a generaciones sucesivas, de aquellos que el pequeño LeBron tenía colgados en la pared en el apartamento de las viviendas protegidas donde pasó su adolescencia, donde encontró junto a su madre la estabilidad que le permitió sentar las bases para su futuro en el baloncesto, fuera de Akron, de la pobreza, lejano de aquel destino ya trazado, que, para aquellos como él, parece inevitable.

«Persigo un fantasma —cuenta después de aquella proeza—. Mi fantasma juega en Chicago.» El fantasma es el de Michael Jordan. LeBron ha entrado en la NBA como su heredero, como el elegido que debía transformarse en el nuevo punto de referencia del baloncesto mundial. Lo intentó durante los primeros años de carrera en Cleveland; en las cuatro temporadas en Miami había ganado, lo que le sirvió para quitarse la etiqueta de perdedor y ascender a otro nivel. Aunque fueran otros los que ganasen el título de MVP, todo el mundo sabía con certeza que LeBron era el mejor jugador que había, el más reconocible incluso fuera de la pista. Era el rostro de la NBA, a pesar de que la silueta del logotipo de la liga de baloncesto más famosa del mundo se había modelado sobre la figura de Jerry West. Aun así, en todo el mundo, cuando se pensaba en un jugador de baloncesto en activo, el nombre de LeBron era el primero en pronunciarse.

Pero la victoria con Cleveland le ha permitido dar un ulterior paso

adelante. Ahora la cuestión ya no es si LeBron es o no el mejor jugador que pueda haber, sino qué puesto le espera en la clasificación de los más grandes de todos los tiempos. El mejor, y LeBron es el primero en decirlo, sigue siendo Michael Jordan. Pero después de la proeza que ha llevado a cabo con los Cavs, pensar que LeBron pueda estar a ese nivel, pensar que una vez concluida su carrera pueda estar incluso por delante de él, ya no es una blasfemia. Sí, son cosas que se dicen por decir, pero el propio LeBron las ha puesto de actualidad con sus ganas de perseguir un fantasma.

«Mi carrera es completamente diferente a la de Michael Jordan. Lo que yo he vivido es completamente diferente de lo que ha vivido él. Hizo cosas maravillosas, y yo las he visto. Le admiro muchísimo. Creo que es fantástico poder ser uno de esos grandes jugadores, pero sería extraordinario tener la posibilidad de ser el mejor.»

El título no cambia tan solo a LeBron; cambia también Cleveland. La ciudad ha renacido tras el regreso de su hijo predilecto. En torno al Quicken Loans Arena, donde los hinchas hacen de nuevo cola para ver los partidos de los Cavaliers, ha resurgido un barrio lleno de bares y restaurantes, de empresas que viven del reflejo de la luz que emana constantemente de la casa del equipo.

Desde que LeBron volvió en 2014, el centro de la ciudad se ha transformado, como para ser digno de acoger el retorno del rey: se han limpiado los edificios y se han transformado en apartamentos modernos o en hoteles que durante la temporada de baloncesto se abarrotan de turistas y seguidores. La presencia de LeBron, el hecho de que ahora la ciudad haya vuelto al mapa del baloncesto que cuenta, se ha convertido en una ocasión que no hay que pasar por alto. Incluso la industria cinematográfica local se ha reactivado: un trozo de la calle Cuatro se ha transformado de forma permanente en una calle neoyorquina en la que varios directores han optado por rodar sus películas a un precio inferior al que habrían pagado en la Gran Manzana.

Cleveland ya no es un lugar decadente cuya población no había

crecido desde los años cincuenta. Se ha convertido en un centro regional, en una ciudad en alza, con mucho que ofrecer (además de su equipo de baloncesto), como el Museo del Rock and Roll, el estadio de béisbol de los Indians y el estadio de fútbol americano de los Browns, junto al lago. LeBron, desde su megapóster, que ha vuelto a ocupar la fachada del edificio Sherwin-Williams frente al Quicken Loans Arena, ha sido testigo de todo. Un mes después de la victoria de los Cavaliers, el pabellón se transforma para acoger la convención del partido republicano, en la que Donald Trump sale elegido para las elecciones de noviembre; si LeBron no hubiera vuelto, si Cleveland no estuviera de nuevo en el mapa, probablemente no se hubiera celebrado allí.

Después del verano, después de que James comience a perseguir fantasmas, la NBA echa a rodar con dos viejos rivales dispuestos a pelear de nuevo: los Cavs y los Warriors. Pero en verano el equilibrio ha cambiado, porque, para consolarse de la apabullante derrota de las Finales, Golden State se ha hecho con Kevin Durant, MVP de 2014 y que en un tormentoso mercado de agentes libres había decidido dejar Oklahoma City, donde hasta entonces había sido uno de los mejores jugadores en activo. Aprovechando una subida imprevista del límite salarial provocada por un vertiginoso aumento de los derechos televisivos (que pasaron de 900 millones a 2800 millones de dólares al año) y gracias al hecho de que Curry, a pesar de ser el vigente MVP por dos veces consecutivas, jugaba todavía con el contrato que había firmado cuando el estado de sus tobillos era un gran interrogante en su carrera y era la estrella peor pagada en circulación, Golden State tenía suficiente dinero para ofrecer un contrato importante a Durant. Green le había escrito desde el aparcamiento del Oracle Arena tras la derrota en el séptimo partido de las Finales. Cuando el 1 de julio se abrió el mercado de agentes libres, él, Curry, Thompson, Iguodala, el *coach* Kerr y el *general manager* Bob Myers habían volado a la casa de Los Hamptons, a las afueras de Nueva York, en la que Durant se había refugiado, y le habían convencido de que se trasladase a la Bahía.

Después de su anuncio, los Warriors se habían convertido en lo que en el verano de 2010 habían sido los Heat tras el sí de LeBron: en los malos, en el equipo demasiado fuerte que quería hacerse con la NBA de la manera más fácil posible, es decir, haciendo acopio de campeones. Esta vez LeBron se encuentra en el otro lado de la historia, también porque en lugar de firmar por un solo año ha aceptado un contrato de dos temporadas con opción a una tercera. En lugar de tener a Cleveland en la cuerda floja, ha decidido permitirle que haga planes para seguir siendo una franquicia competitiva, para intentar ganar con LeBron, para LeBron.

Los Cavs comienzan con Lue en el banquillo, ganan 51 partidos de 82 en la temporada regular, pero en los *playoffs* vuelan, arrollando 4-0 a Indiana en la primera ronda y a Toronto en la segunda, y después liquidando 4-1 a Boston en la final de Conferencia. Pero Golden State es precisamente lo que tiene que ser: un acorazado. Después de Navidades, surge la química entre Durant y Curry. Los Warriors han salido escaldados de la experiencia del año anterior, por lo que no malgastan ni un ápice de energía en perseguir récords en la temporada regular y se concentran en la preparación para los *playoffs*, siguiendo el modelo que LeBron había demostrado que funcionaba. Tras ganar 67 partidos de 82 en la temporada regular, los Warriors se pasean por los *playoffs* y llegan a las Finales invictos, tras haber aplastado 4-0 uno tras otro a Portland, Utah y los Spurs. La racha de victorias de Golden State continúa en los primeros dos partidos en el Oracle Arena, donde, al igual que había sucedido un año antes, aplastan a Cleveland sin miramiento alguno. Pero al igual que un año antes, cuando la serie se traslada a Ohio para los siguientes dos partidos, los Cavaliers se sienten capaces de darle la vuelta a la tortilla; solo que en esta ocasión los Warriors tienen a Durant. Él es quien marca la diferencia en el tercer partido, anotando el triple que hunde los sueños de la franquicia de Ohio, un tiro que lanza con LeBron marcándole. «Con aquel tiro sentí como si LeBron me

estuviera pasando el relevo del mejor jugador en activo», confiesa más tarde Durant.

Esta vez no hay nada que hacer: los Warriors ganan el tercer partido y se ponen 3-0. Es una ventaja que no solo nadie ha conseguido superar en la historia de las Finales, sino que es el tabú absoluto de los *playoffs* de la NBA, un abismo del que ningún equipo ha conseguido salir nunca, en una liga que existe desde 1946, donde parte o toda la postemporada se juega al mejor de siete partidos. Y los Cavs no son una excepción: tan solo consiguen ganar el cuarto partido y llevar de nuevo las Finales a Oakland para el quinto encuentro, pero los Warriors zanjan el asunto y conquistan su segundo título en tres años. Durant es nombrado MVP de las Finales.

LeBron acumula una nueva derrota en una final, la quinta de ocho intentos. Jordan había conseguido seis de seis a lo largo de su carrera: perseguir aquel fantasma no parecía una buena idea.

La historia se repite un año después. Una vez más, en las Finales se dan cita los Warriors y los Cavs; una vez más, triunfo de Golden State; una vez más, Kevin Durant resulta decisivo y acaba MVP de la serie, esta vez tras un clamoroso 4-0. Cleveland había tenido oportunidades solo en el primer partido, pero, en la última posesión, J. R. Smith había olvidado mirar el reloj y había cometido un error catastrófico gracias al cual los Warriors pudieron forzar la prórroga y ganar el partido. De la rabia, LeBron le había dado un puñetazo a una pared en el vestuario y se había lesionado un dedo, aunque no dijo nada hasta el final de la serie, cuando tras el cuarto partido se presentó en la sala de prensa con una férula para proteger la mano.

Aquellas Finales son el triste epílogo de la temporada más complicada desde el regreso de LeBron a Cleveland. Después de la derrota de 2017, los Cavaliers habían cambiado por completo. Los dueños habían despedido al *general manager* David Griffin, en quien James confiaba con los ojos cerrados, y habían ascendido a su segundo, Koby Altman. En

agosto, Kyrie Irving había pedido que lo traspasaran: se había cansado de jugar a la sombra de LeBron, de ser su delfín, y quería brillar con luz propia. LeBron siempre había visto en Kyrie una especie de hermano menor, un aprendiz al que enseñar cómo convertirse en el mejor de todos. Irving carecía de la inteligencia de LeBron, de su determinación para mejorar constantemente, para trabajar y ser el mejor de todos. Los tres años a su lado lo habían hecho crecer de manera notable, pero se sentía cansado de ser el número dos y quería intentar ser el número uno. Para LeBron, la ruptura supuso un trauma: Kyrie, ocho años más joven que él, tenía que ser quien recogiera su testigo como símbolo de los Cavs, con su talento como garantía de que, mientras él estuviera en el equipo, Cleveland podría competir por el título. Altman lo intercambia con Boston por Isaiah Thomas, base de no gran altura que acababa de jugar con los Celtics la mejor temporada desde los tiempos de Larry Bird…, pero en los *playoffs* de 2017 se había lesionado gravemente de la cadera. Cleveland pensaba que cuando superase la lesión volvería al nivel con el que había enamorado a los hinchas de Boston, pero cuando acordaron el intercambio no sabían cuándo se recuperaría. LeBron convence también a Wade para que vaya a Cleveland. En 2017, tras una discusión con Pat Riley sobre su renovación, Wade había dejado Miami para ir a Chicago, el equipo de la ciudad en la que había crecido. Aunque con los Bulls no había habido química: Wade había hecho buenas migas con Jimmy Butler, el carismático líder del equipo, y con Rajon Rondo, pero a la larga se había abierto una brecha insalvable entre ellos, los jóvenes del equipo, y el *coach* Fred Hoiberg. Terminada la temporada, Chicago había decidido conservar a Hoiberg, ceder a Butler y dejar marchar a los otros dos. Irse a Cleveland para jugar con LeBron le había parecido la opción más lógica a Wade, pero las cosas no salen bien. Wade ya no era el portento que había sido en Miami; LeBron se encuentra solo contra el mundo intentando mantener a flote un equipo que, sin duda alguna, no está a su altura. Ni siquiera la revolución del último día del mercado consigue mejorar las cosas: los

Cavaliers cierran con 50 victorias y 32 derrotas, el cuarto mejor récord de la Conferencia. Cuando comienzan los *playoffs*, LeBron sabe que todo depende de él. Necesitan siete partidos para superar a Indiana en la primera ronda; LeBron sella la victoria en el séptimo con un espectáculo de 45 puntos. El 4 a 0 frente a Toronto en las semifinales hace albergar la esperanza de que las cosas estén mejorando muchísimo, pero las dos derrotas en Boston en los primeros dos encuentros de la final de Conferencia son una dolorosa bofetada que les devuelve a la realidad. Los Cavs ganan los dos partidos en Cleveland, pero pierden 3-2 tras una nueva derrota en Boston; gracias al espectáculo de LeBron ganan la serie en siete partidos. James la cierra con 33,6 puntos, 9 rebotes y 8,4 asistencias de media. Kevin Love, que se queda con 12,5 puntos por partido, es el único otro jugador de los Cavaliers que supera los 10 puntos por partido. LeBron está demasiado solo como para enfrentarse a un tanque blindado como el de los Warriors, y en las Finales los problemas salen a la luz. La derrota es clara: en su octava aparición consecutiva en las Finales, la novena de su carrera, LeBron pierde 4-0, como en la primera.

En verano sigue siendo agente libre. Cleveland se ha resignado a perderlo, esta vez sin dramas. Los hinchas son los primeros en saber que no hay ninguna posibilidad de que la directiva pueda reconstruir en torno a LeBron un equipo a su altura, capaz de aspirar al título. En los *playoffs*, James ha jugado a un nivel altísimo, como casi nunca. Bastó para llegar hasta el final, pero no para tener posibilidades de ganar. A pesar de que ha cumplido treinta y tres años, sigue siendo el mejor y se merece jugar en un equipo que tenga posibilidades reales de hacerse con el título. Cleveland solo puede estarle agradecida por haber roto la maldición, por haber mantenido la promesa y haber llevado el título a una ciudad acostumbrada a perder, por haber contribuido con su talento y su presencia al renacer de la ciudad. Incluso si decide marcharse, esta vez nadie podrá verlo como una traición; LeBron sería para siempre el

hijo predilecto de Cleveland, el verdadero héroe. El símbolo no solo de un equipo, sino de la ciudad entera. De todo Ohio, en realidad.

13

Magic Johnson llega con una hora de antelación. Es el 30 de junio de 2018; en Los Ángeles es una de esas tardes del principio del verano, que hacen que el sur de California sea el lugar en el que todos quieren vivir. Su chófer le ha dejado fuera de la casa más bonita de Brentwood, uno de los barrios más modernos de la ciudad. Uno de aquellos en los que él, uno de los deportistas que ha tenido más éxito como emprendedor una vez terminada su carrera, se siente perfectamente a sus anchas. Por lo general. Pero esta vez Magic está un poco nervioso. En primer lugar, porque sabe que tiene que tocar el timbre a las 21.01 en punto, ni un minuto antes. En segundo lugar, porque aquella es la cita más importante de su carrera como directivo del equipo del que fue un símbolo, Los Angeles Lakers. La franquicia para la que en los años ochenta había conseguido cinco títulos, convirtiéndose en símbolo de la NBA. La encarnizada rivalidad entre los Lakers y los Boston Celtics de Larry Bird había contribuido a relanzar la imagen de la liga. Hace un año ha aceptado convertirse en el máximo directivo para llevarlo al nivel que tenía cuando él jugaba.

La cita a la que acude esa tarde en Brentwood es la culminación de la primera fase de su cometido y el punto de partida de la segunda. A las 21.01, Magic tiene que tocar el timbre de la casa de LeBron James, el agente libre más codiciado; quiere convencerlo de que diga sí a los Lakers.

Hacía tiempo que Magic había puesto los ojos en LeBron y en aquel mercado de agentes libres. Se había hecho cargo del equipo en febrero de 2017 tras recibir una llamada de Jeanie Buss, la hija del histórico

propietario de los Lakers. Para Magic, Jeanie es como una hermana. Es una de las primeras personas que conoció cuando, al inicio del verano de 1979, desembarcó en Los Ángeles para comenzar su carrera en la NBA. Se la había presentado el difunto doctor Buss, que acababa de convertirse en propietario de los Lakers, y Magic era la primera elección del *draft*, el jugador que con su sonrisa y un juego nunca visto debía contribuir a relanzar al equipo. Por aquel entonces, Magic tenía diecinueve años, y el doctor Buss lo había tratado de inmediato como a un hijo. Y Jeanie, de diecisiete años, se convirtió en una hermana para él. Prácticamente habían crecido juntos, poniendo sus respectivos granitos de arena para el crecimiento de los Lakers, para que fueran de nuevo una superpotencia de la NBA. Cuando terminó sus estudios, Jeanie continuó cerca del equipo. Cuando su padre falleció, le tocó la gestión directiva de la franquicia, mientras que su hermano Jim se encargó de la deportiva. Los Lakers no ganaban nada desde 2010, y después de conseguir el anillo habían entrado en una lenta espiral descendente. El lento declive de Kobe Bryant y una larga secuencia de decisiones equivocadas hicieron el resto. Los Lakers no solo no llegaban a los *playoffs* desde 2013, sino que parecían estar en el peor momento de su historia.

Jeanie, quien siempre se había mantenido alejada de la gestión deportiva, comprendió que tenía que intervenir. Había pedido ayuda a una de las personas en quien más confiaba: Magic. Daba igual que no tuviera experiencia como directivo: no dejaba de ser Magic Johnson, una de las leyendas de los Lakers. Conocía la NBA, tenía carisma y las ideas adecuadas para volver a poner en pie a aquella leyenda venida a menos. Magic habría querido contar a su lado con otro símbolo púrpura y oro, Kobe Bryant, pero este había dejado de jugar hacía al menos un año y estaba descubriendo poco a poco aquella vida a la que había renunciado por ser el mejor jugador, así que le había dicho que no. Entonces, Magic había pedido ayuda a Rob Pelinka, el histórico agente de Kobe, que había aceptado convertirse en su mano derecha. Juntos

habían comenzado a remodelar los Lakers. Habían heredado una franquicia a la deriva, sin masa salarial libre y casi sin futuro. Gracias a una serie de cambios, la habían relanzado y se habían preparado para tirarle los tejos a LeBron. En la temporada 2017-18 habían reunido un interesante grupo de jóvenes con talento y posibilidades, de los cuales los más interesantes eran Brandon Ingram, segunda elección en el *draft* de 2016; Lonzo Ball, número dos en el *draft* de 2017, base a quien comparaban con Jason Kidd; y Kyle Kuzma, intuición de Magic y Pelinka que había llegado tras intercambiar con Brooklyn al sobrepagado Timofey Mozgov, el pívot ruso que habían conseguido en el verano de 2016 con un contrato prohibitivo y que era uno de los grandes fallos de la gestión de Jim Buss, el hermano de Jeannie. Los jóvenes Lakers habían ganado 35 partidos de 82, habían mostrado potencial, pero se habían quedado fuera de los *playoffs*. Magic y Pelinka sabían que, con el tiempo, sobre esos tres pilares construirían un equipo interesante, que tal vez podría aspirar al título. Pero también eran conscientes de que los Lakers necesitaban una superestrella, un símbolo: necesitaban a LeBron.

James había entendido mucho antes de que la temporada 2017-18 terminase que Cleveland ya no era el equipo adecuado para él. Siempre sería su casa y su reino, sobre todo tras el impresionante título de 2016. Pero los Cavs ya no estaban a su altura y se lo habían dejado bien claro en la temporada que acababa de concluir: LeBron había jugado excepcionalmente, reafirmando no solo que aún era el mejor jugador que había, sino que también era posible perseguir el fantasma de Jordan. No obstante, a su alrededor el equipo había colapsado dejándolo solo contra el tanque blindado que eran los Warriors. Si quería seguir ganando, LeBron se tenía que marchar. Los Lakers parecían ser el reto digno de él, un proyecto casi similar al de ganar un título en Cleveland, que nunca había ganado nada en baloncesto y que había esperado cincuenta y dos años antes de festejar un triunfo deportivo. Los Lakers

eran como un aristócrata venido a menos que necesitaba un nuevo rey, otra gran figura que añadir a la colección de leyendas que habían contribuido a transformar al equipo nacido en Mineápolis y emigrado a Los Ángeles en 1960 en el segundo con más triunfos en la historia de la NBA. Lakers era también sinónimo de Los Ángeles, de Hollywood, de un mundo de oportunidades para alguien como él, un hombre que desde hacía tiempo era mucho más que un simple deportista. Si los Lakers estaban esperando a LeBron, también LeBron los estaba esperando a ellos, pues ocupaban el primer puesto de la lista de los posibles nuevos destinos de su carrera.

A las 21.01, cuando el reloj que lleva en la muñeca marca el inicio oficial del mercado de agentes libres, el momento en el que los equipos interesados pueden hablar con los jugadores que no tienen contrato, Magic llama al timbre de la mansión colonial que LeBron posee desde 2015. Ha acudido solo, como le ha pedido el jugador al que quiere convencer para que escoja a los Lakers. No es que James no se fíe de Pelinka, a quien conoce desde hace tiempo y con quien Rich ha mantenido contactos, pero quiere hablar cara a cara con Magic, enterarse bien de quién manda. Cuando vestía la camiseta de los Lakers con el número 32, era uno de esos jugadores que habían terminado en la pared de su habitación en el apartamento de Spring Hill, uno de sus modelos: «Soñaba con pasar la pelota como Magic, con hacer aquellos contraataques en los que parecía volar». Y ahora se lo encuentra delante cara a cara, de leyenda a leyenda, de presidente que quiere convencer al mejor jugador que hay para que escoja su equipo a estrella interesada en escribir un nuevo capítulo de su increíble carrera. LeBron ha ganado tres títulos, ha jugado nueve Finales, ha sido nombrado cuatro veces MVP, ha inspirado en sus quince años en la NBA a muchos de aquellos que ahora se asoman al baloncesto profesional. Pero hay algo que aún no ha hecho: jugar para una franquicia con la historia de los Lakers. La idea le seduce, y mucho, hasta tal punto que con Magic se pone a analizar los

puntos fuertes de la plantilla angelina. Magic queda impresionado: «Conocía a cada uno de nuestros jugadores, qué cosas les gusta hacer en la cancha y qué cosas no, sus puntos fuertes y sus flaquezas; los conocía casi mejor que yo». Ambos hacen buenas migas de inmediato: hablan el mismo idioma, el de las leyendas.

Junto con Pelinka y con el beneplácito de Jeanie Buss, Magic lleva meses preparándose para encontrar la manera de impresionar a LeBron. Cuando entra por la puerta de su mansión de Brentwood, ese palacio con ocho habitaciones, seis baños y una piscina que la rodea, comprende no solo que LeBron también lleva tiempo preparándose para aquel encuentro, sino que todo lo que tiene que hacer es guiar a James para que él mismo descubra las pocas cosas que aún no sabe: la gestión de la franquicia, las ideas que tienen para reforzar el equipo si él dice que sí, cómo su llegada cambiaría a los Lakers. Magic responde a todas sus preguntas; cuando llega el momento de irse, después de casi una hora de entrevista, esboza una de esas sonrisas contagiosas que lo han convertido en un símbolo. Está convencido de haber causado una buena impresión, de haber hecho su trabajo, pero se va de Brentwood para volver a casa sin un sí definitivo.

Y es que los Lakers no son los únicos pretendientes; también Philadelphia parece estar interesada. Tal vez no tengan el encanto de los entonces dieciséis veces campeones de la NBA, pero los Sixers son un equipo que por fin está creciendo, después de varios años de derrotas; acaban de llegar a la segunda ronda de los *playoffs* y cuentan con dos jóvenes promesas, como el exuberante pívot camerunés Joel Embiid y el joven australiano Ben Simmons, otro de los jugadores que tiene a Rich Paul como agente y que hace tiempo que LeBron considera un proyecto suyo, sobre el que edificar un futuro de éxito. Es decir, que las bases iniciales parecen ser mejores que las de los Lakers, pues LeBron sería la superestrella que llevaría al equipo a otra dimensión en la que competir por el título. Y la ciudad del amor fraternal tal vez estaría dispuesta a

poner la estatua de LeBron junto a la de Rocky, el boxeador que Sylvester Stallone había llevado a la gran pantalla, si dijera que sí. James prefiere no hablar con los Sixers y deja que sea Rich quien escuche su propuesta; él y Savannah están haciendo las maletas para irse de vacaciones. Su avión privado sale el 1 de julio por la tarde desde Los Ángeles, y LeBron quiere decidir su futuro antes de embarcar. Habla con su mujer y juntos deciden que para la familia no sería un problema mudarse a California. Antes de subir al avión, LeBron llama por teléfono a Rich: «Ya lo he decidido, voy a los Lakers».

Pelinka se encuentra en El Segundo, en las oficinas de los Lakers, no lejos del aeropuerto de Los Ángeles, cuando poco después de las 16.30 recibe un mensaje de Rich Paul: «Enhorabuena», le dice, añadiendo un emoticono con globos. «¿Significa lo que creo que significa?», responde de inmediato Pelinka. Había hablado con Magic durante todo el día de la reunión que había tenido lugar la tarde anterior en la mansión de Brentwood. El presidente le había contado todos los detalles a su mano derecha: cuánto le había impresionado LeBron, lo mucho que parecía estar metido ya en el papel de líder de los Lakers, la cantidad de detalles que conocía de todos y cada uno de sus nuevos compañeros. Ambos se preguntaban cuánto deberían esperar, pero la respuesta llegó al móvil de Pelinka al cabo de menos de veinticuatro horas.

Mientras LeBron vuela con Savannah a bordo de su avión privado, el Gulfstream IV, directo al aeropuerto italiano Costa d'Amalfi, en Pontecagnano Faiano, a las afueras de Salerno, para pasar una semana de vacaciones en la costa amalfitana, alojados en la privacidad de la isla Li Galli, frente a Positano, Rich se prepara para anunciar al mundo entero que LeBron ha elegido a Los Angeles Lakers. Esta vez, nada de programas televisivos como *The Decision* ni de cartas como cuatro años antes, cuando LeBron había confiado a *Sports Illustrated* el anuncio de su regreso a casa, a Cleveland. Esta vez él no quiere hablar, y también por eso ha elegido irse a la otra parte del mundo. El anuncio lo hace Rich,

con un tuit desde la cuenta de su agencia, Klutch Sports, a las 17.05 del domingo 1 de julio de 2018, hora de Los Ángeles: «LeBron James, cuatro veces MVP de la NBA, tres veces MVP de las Finales de la NBA, catorce veces All-Star y dos veces medalla de oro olímpica, ha aceptado un contrato de cuatro años y ciento cincuenta y cuatro millones con Los Angeles Lakers».

La firma del contrato se produce semanas después, cuando LeBron vuelve de sus vacaciones en Italia, pero habrá que esperar hasta finales de mes para escuchar su primer comentario. Nada de ruedas de prensa, nada de entrevistas televisivas: LeBron habla por primera vez como jugador de los Lakers en un vídeo publicado en sus redes sociales y en el cual se dirige directamente a sus seguidores, sin filtros: «Creo que el momento lo es todo. Me alegro de haber elegido a los Lakers y de formar parte del equipo, de estar en una franquicia histórica; todos sabemos que lo son. Pero también es una franquicia ganadora. Me alegro de ser uno más de ellos y vamos a intentar alcanzar el nivel de antaño».

14

En enero, el proyecto Lakers parece abocado al fracaso. En marzo, a LeBron se le etiqueta como *washed King*, un rey dispuesto a abdicar, a dejar su trono a otros. Sus necesidades de ganar y sus treinta y cuatro años sugieren que su tiempo como estrella no es infinito y tiene los días contados; se convierten en un problema para sus jóvenes compañeros, abrumados por la presión de tener que rendir al máximo nivel a toda costa para poder estar a su altura, hechos polvo por los rumores de que LeBron había pedido que los sacrificaran a todos para conseguir otra superestrella, un fenómeno a su altura con el que transformar de inmediato a los Lakers en el equipo ganador que tenía que ser. Al fin y al cabo, aquella había sido la idea desde el principio.

Mientras LeBron disfrutaba del mar en la costa amalfitana, Magic y Pelinka intentaban hacerse con otra estrella que jugara a su lado. No lo habían conseguido, así que habían fichado a muchos jugadores como complemento y habían construido el equipo en torno a su superestrella y los jóvenes más prometedores que ya tenían: Ingram, Ball y Kuzma, aquellos de cuyas características LeBron había hablado en el cara a cara con Magic antes de dar el sí a los Lakers.

James había aceptado el papel de mentor, convencido de poder forjar a aquellos jóvenes a su imagen y semejanza, de ayudarlos a crecer como había hecho en Cleveland con Irving. La diferencia de nivel entre él y el resto de la plantilla era importante, pero LeBron y la directiva estaban convencidos de que siguiendo a diario su ejemplo podrían transformarse de promesas en realidad. Quizá no en la temporada 2018-19, pero sí en la siguiente. Con ellos como escuderos, LeBron podría devolver a los

Lakers a la nobleza de la NBA y a competir por el título. En el fondo, había aceptado un proyecto plurianual; por primera vez después de Miami, había firmado un contrato por tres años con opción a una cuarta temporada. A diferencia de lo que había hecho con Cleveland, no había puesto a los Lakers entre la espada y la pared, como si de un rehén se tratara con acuerdos cortos que los obligaban a ganar, sino que les había concedido un regalo muy valioso: tiempo para construir un proyecto ganador en torno al mejor jugador que había.

Los inicios fueron mucho más lentos de lo previsto, pero el equipo mejora partido a partido y en Navidad gana claramente a los Warriors, vigentes campeones contra los que LeBron se había jugado el título en junio. Pero en lugar de ser un punto de inflexión, aquello supone el principio del fin.

LeBron termina el partido con un tirón en la ingle que le cuesta diecisiete partidos de ausencia; nunca se había perdido tantos. Aquella lesión es un aviso: el superhombre, el superdeportista que gasta 1,5 millones de dólares al año en mantenerse en forma, para jugar con treinta y cuatro años mejor que cuando tenía veinticuatro, ha sido traicionado por su físico de Superman. Una vez más, el tiempo se confirma como el único adversario al que ninguna otra estrella de la historia del baloncesto ha conseguido batir.

Aquella lesión cambia también las perspectivas, la paciencia que LeBron pueda tener con el equipo. Él y Rich hablan sin tapujos con Magic y Pelinka, y les explican que aquella lesión es una voz de alarma, que LeBron no puede esperar mucho tiempo a que los jóvenes patitos de los Lakers se conviertan en espléndidos cisnes, hermosos e imponentes como él, capaces de ayudarle a ganar. El equipo necesita a otra estrella, otro portento que pueda ayudar a LeBron de inmediato. Y Rich lo tiene: Anthony Davis. Es un ala-pívot perfecto para jugar junto a LeBron; tiene veintisiete años y desde que comenzó la temporada ha decidido cambiar de agente y ha firmado con Klutch Sports, la agencia de Rich. LeBron lo conoce desde hace tiempo, pues fueron juntos a los Juegos Olímpicos de

Londres en 2012, cuando James fue la estrella que guio al equipo nacional de Estados Unidos al oro, y Davis, un joven que acababa de salir de la universidad, número uno en el *draft* y convocado para el equipo olímpico con el fin de representar a los jugadores universitarios, al igual que había hecho el Dream Team en 1992. Davis había crecido muchísimo en los últimos siete años: se había convertido en un referente, un All-Star, pero jugaba en New Orleans, una provincia en el imperio de la NBA donde, a pesar de todo su talento, tan solo había conseguido jugar tres series de *playoffs*. Demasiado poco para alguien como él. Por eso había escogido a Rich Paul como agente: quería tomar el control de su carrera, deseaba entrar en otra dimensión. Quería jugar para ganar.

Cuando a finales de enero Davis hace público que quiere dejar New Orleans, frase que le cuesta una cuantiosa multa, ya que la NBA prohíbe a los jugadores anunciar su elección de cambiar de equipo, Magic sabe que es el momento de ir a por todas. Negocia con Dell Demps, el *general manager* de los Pelicans, pone sobre la mesa prácticamente a toda la plantilla con tal de conseguir a cambio a Davis. Solo que para New Orleans Davis es un símbolo, una estrella en una ciudad fanática del fútbol americano, pero a la que le cuesta apasionarse por el baloncesto. Si deja que Davis se vaya sin obtener a cambio a otro símbolo en torno al que catalizar la atención de los hinchas, la franquicia corre el riesgo de perderlo todo. Las negociaciones no llegan a buen puerto antes de que en febrero se cierre el mercado y los Lakers se encuentran con un equipo dividido: LeBron y la directiva por una parte, y los jóvenes por la otra, desilusionados ante la idea de jugar para una franquicia dispuesta a deshacerse de ellos con tal de conseguir a otro. Que la NBA es un negocio es la primera regla que enseñan a los jugadores cuando, después del *draft*, les muestran cómo funciona la liga durante el Rookie Transition Program, una inmersión completa de dos días organizada por la NBA y las asociaciones de jugadores para que aprendan cómo funcionan las cosas. Pero vivirlo en la propia piel es algo muy diferente;

si no estás acostumbrado, puede dejar una marca profunda.

El final de la temporada es un largo calvario; a pesar de la vuelta de LeBron, los Lakers se hunden. En marzo pierden incluso diez de los primeros once partidos y se resignan a la idea de que no irán a los *playoffs* por sexta temporada consecutiva. Sí, un fracaso para el equipo, pero también un fracaso personal para LeBron, que venía de ocho Finales consecutivas y no faltaba en los *playoffs* desde 2005, su segundo año en la NBA. «Para mí es casi imposible aceptar que no jugaré en los *playoffs*.» No es una cuestión de cifras: 27,4 puntos, 8,5 rebotes y 8,3 asistencias, algo parecido a lo que había conseguido la temporada anterior, cuando él solito había llevado a los Cavs a las Finales. Es que ha sufrido la lesión más grave de su carrera, una lesión muscular que suena a colapso físico. Y, sobre todo, que no solo no ha conseguido que los que le rodean suban de nivel, sino que además no ha conseguido ser líder, ha roto con sus compañeros y, por primera vez, su edad se ha convertido en un problema. Especialmente por eso lo llaman el *washed King* y especialmente por eso las críticas le hacen daño, apuntan adonde más le duele, le empujan a encontrar motivaciones para utilizar la *off season* más larga de su carrera para demostrar que sigue siendo el rey, para recuperar la forma y volver siendo mejor que nunca.

El último día de la temporada regular, los Lakers saltan por los aires. Magic dimite como presidente, acusa a Pelinka de haberle dado una puñalada por la espalda, de haberle traicionado. LeBron se mantiene en un segundo plano, deja que la franquicia que lo ha seleccionado se recomponga, que lo rodee del talento que necesita para conseguir el título.

Los refuerzos llegan el 15 de junio, dos días después de que Toronto gane a Golden State en el sexto partido de las Finales, conquistando así el primer e histórico título de la NBA para Canadá. Pelinka, nuevo directivo plenipotenciario de los Lakers, llega a un acuerdo con el nuevo directivo plenipotenciario de los Pelicans, David Griffin: traspasan a

Davis a Los Angeles a cambio de Ingram, Ball y Hart, que van a New Orleans. La franquicia de Luisiana acepta, porque también ha encontrado al símbolo que no tenía en febrero: Zion Williamson, que llega como número uno del *draft*. Es la promesa más esperada desde los tiempos de LeBron; los aficionados de la Big Easy ya están locos por él, y no soportan a Davis, que, tras la ruptura teatral de enero, seguía repitiendo que quería marcharse. New Orleans abre un nuevo ciclo al contratar a Griffin y cuenta con comenzar de cero, con un equipo joven e interesante.

LeBron, quien esos días empieza a grabar *Space Jam. A New Legacy*, la primera película en la que es protagonista, por fin tiene compañero. Davis es perfecto para él: es un diamante casi pulido que tan solo necesita unos últimos retoques y que ve en LeBron al maestro adecuado para abrirle la puerta del club de las grandes estrellas de la NBA. Ambos hacen buenas migas en el plató, dado que Davis es uno de los jugadores que aparecen en la película. Además, LeBron está dispuesto a entregarle la camiseta número 23, el número que Anthony Davis vestía en Nueva Orleans. Los dos inmortalizan el traspaso de poderes en una foto que termina en Instagram. La NBA bloquea el cambio de camiseta por razones burocráticas, pero ellos ya han congeniado.

Antes de hacerse con Davis, los Lakers habían elegido a su nuevo entrenador: Frank Vogel. No era su primera opción, porque Pelinka, con el beneplácito de LeBron, también le ha tirado los tejos a Tyronn Lue, pero el *coach* que había ganado el título con Cleveland en 2016 ha pedido un contrato demasiado elevado, mientras que Vogel ha aceptado la primera oferta de Los Angeles. Lleva un año parado tras haber fracasado con Orlando, pero LeBron lo aprecia desde los enfrentamientos entre los Heat y los Pacers, el adversario más difícil en el camino a las Finales en las dos últimas temporadas de James en Florida. Es un entrenador que pone la defensa en primer lugar, que piensa que para conseguir un equipo de éxito hay que construir un

grupo. No es un padre dominante, un sargento de hierro, sino un veterano que sabe bien que la NBA es una liga de estrellas y que hay que involucrar a los jugadores principales del equipo. Él, Pelinka, James y Davis se convierten en una especie de cuatriunvirato que, con sus respectivos roles, se ocupa de las cuestiones más importantes. La primera es el papel de LeBron: Vogel quiere emplearlo de *pointguard*, en lugar de alero, como en todas las temporadas anteriores. A pesar de estar subiendo la clasificación de los mejores anotadores de todos los tiempos, y tras haber superado a Michael Jordan en el cuarto puesto y tener a Kobe Bryant en el punto de mira en el tercero, todos saben que el pase es lo que hace que LeBron sea verdaderamente único. Es capaz de leer el juego como pocos antes que él lo han hecho; su inteligencia le permite ser un general en la cancha, prever los movimientos de los adversarios con mucha antelación. Conoce meticulosamente a todos sus compañeros, sus puntos fuertes y débiles, las zonas en las que rinden mejor en el parqué, cómo y cuándo prefieren recibir el balón, cuánto debe mover la pelota cuando cae en sus manos. Es un estudioso del juego: ve baloncesto incluso en los momentos de descanso, a menudo utiliza los videojuegos para probar esquemas e intentar conocer mejor a quien comparte pista con él. A LeBron le gusta la idea, pues parece perfecta para demostrar que, a pesar de que va a cumplir treinta y cinco años y de que la 2019-20 sea su decimoséptima temporada en la NBA, es de todo menos un *washed King*.

15

Los nuevos Lakers son un acorazado. LeBron y Davis son la mejor pareja que existe en la NBA de las parejas, el *leitmotiv* del 2019-20: ya no es cuestión de *superteam*, sino de dos grandes jugadores en cada uno de los equipos candidatos al título. Y ninguna alianza parece tan eficaz como la de los Lakers. «Intentamos ser líderes, juntos. Cuando estamos en la cancha, hablamos con nuestros compañeros, nos comunicamos en cada tiempo muerto, decimos lo que queremos hacer y qué es lo que estamos viendo en la pista.» Antes de comenzar, LeBron ha dejado bien claro que Davis sería el centro del ataque, pero, en el nuevo papel, él dirige el juego mucho mejor de lo que lo ha hecho a lo largo de su carrera. Davis es el brazo de esa nueva alianza, y con su intensidad en defensa mejora de inmediato el juego de los Lakers. LeBron es la mente, siempre dispuesto a subir las revoluciones, a tomar el control del juego y a marcar la diferencia cuando el partido así lo requiere. Aunque ambos son unos jugadores fantásticos, a su alrededor cuentan con muchos otros buenos jugadores, pero ningún fenómeno, así que siempre les toca a ellos destacar. Las cosas funcionan: a finales de noviembre, los Lakers llevan perdidos tan solo dos de los diecinueve partidos jugados; en torno a Navidades encajan cuatro derrotas seguidas, incluido la del segundo derbi de la temporada con los Clippers, los rivales número uno en la lucha por el título, pero en cualquier caso ocupan el primer lugar de la Conferencia Oeste cuando el 25 de enero se presentan en Filadelfia con LeBron, que está muy cerca de superar a Kobe en el tercer puesto de la clasificación de los mejores anotadores. *Washed King*, en lugar de ser el símbolo de la caída de James, se ha convertido en el lema de su renacimiento: «Es mi motivación; estoy muy motivado por conseguir

ocupar una posición que sé que me pertenece. Es mi motivación personal cada vez que bajo a la cancha: conseguir ser grande».

Superar el récord de Kobe es una de las cosas que indican lo grande que eres. Desde que LeBron llegó a los Lakers, la rivalidad derivada de ser los dos puntos de referencia de la NBA al principio de la década ha dado lugar a cierta química. A menudo se ha podido ver a Kobe en el Staples Center, sentado en el borde del parqué para ver al equipo que durante veinte años fue el suyo, acompañado de su segunda hija, Gianna, de trece años, quien parece haber heredado los genes de su padre bajo la canasta. Para LeBron, Kobe ya no es un adversario, uno de los muchos mitos con los que compararse en la pista, sino que ha vuelto a ser el referente de quien soñaba imitar de pequeño, junto con los otros dioses del baloncesto que lo contemplaban desde la pared de su habitación en Spring Hill. «La primera vez que vi a Kobe, me regaló las *zapas* que había llevado en el All-Star Game. Verle a él pasar directamente del instituto a la NBA en 1996 y triunfar me convenció de que aquello que yo quería hacer era posible, de que yo también podía conseguirlo.» Filadelfia es la ciudad natal de Kobe, adonde volvió después de varios años en Italia y donde jugó en el instituto, donde construyó su sueño de la NBA. Cuando LeBron lo supera, cuando va más allá de los 33 644 puntos con los que Bryant había concluido su carrera en 2016, todo el pabellón lo aplaude. «Es algo surrealista. Estoy en Filadelfia, la ciudad donde él nació, con la camiseta de los Lakers. No tiene ningún sentido, pero acaba de suceder. Me alegro de que me mencionen en la misma frase que a Kobe Bryant, uno de los mejores jugadores de siempre, uno de los más grandes Lakers de todos los tiempos. Es decir, en el Staples Center hay dos camisetas que llevan su nombre. Es increíble. Pero creo que, si vives de la manera adecuada, si te entregas por completo en aquello que estás haciendo, las cosas pasan.» Kobe felicita públicamente a LeBron en Twitter: «Sigue mejorando el juego, LeBron. Mucho respeto, hermano». Hablan también la mañana después del partido, antes de que los Lakers embarquen en el

vuelo que los llevará de Filadelfia a Los Ángeles, la vuelta a casa tras un viaje como visitantes en la Costa Este.

El chárter privado en el que viaja el equipo lleva poco más de tres horas de vuelo. Los jugadores están cansados y aprovechan el tiempo para recuperar energías. Frank Vogel se pone en pie; tiene mal aspecto, el rostro desencajado. Avanza poco a poco por el pasillo, parándose en cada fila de asientos para hablar con el jugador adormecido que la ocupa. La escena se repite una y otra vez: el entrenador despierta con delicadeza a quien duerme y le susurra al oído una noticia que resulta difícil de creer. Kobe Bryant ha muerto. El helicóptero en el que viajaba se ha estrellado en las colinas de Calabasas, al norte de Los Ángeles. Junto a él también han fallecido su hija Gianna y otras siete personas. Las horas que faltan hasta el aterrizaje en el aeropuerto de Los Ángeles son un largo infierno, porque la muerte de Kobe es un *shock* para todos. Para toda la NBA, que se detiene en su honor, y para cada uno de los pasajeros de aquel vuelo chárter que salió de Filadelfia con destino a Los Ángeles. Para todos, desde LeBron hasta el último de los encargados del equipo, Kobe significa algo más que el mejor Laker de la historia: es un amigo, un antiguo compañero de trabajo, un símbolo, una voz, alguien a quien han visto muchas veces a lo largo de su vida, una fuente de inspiración.

Los días que siguen, mientras la ciudad y el mundo entero se apresuran a rendir homenaje a Kobe y a mostrar su cariño a su mujer Vanessa y a sus tres hijas, son como una larga pesadilla de la que los Lakers salen con una certeza: el resto de la temporada se la dedicarán a Kobe, y ganar el título sería la mejor manera de rendirle homenaje. Al fin y al cabo, los Lakers habían ganado por última vez en 2010, cuando Bryant era la estrella, el MVP de las Finales. Lo había dado todo por los Lakers, así que ahora los Lakers lo darían todo por él. El equipo vuelve a las pistas el 31 de enero, precisamente en el Staples Center. Antes del partido con Portland, Kobe es homenajeado con una larga y conmovedora ceremonia en la que LeBron es el único jugador de los

Lakers que toma la palabra. El *shock* es fuerte, pero el equipo lo supera y a principios de marzo, mientras por el mundo se esparce el miedo por el coronavirus, juega su mejor baloncesto hasta aquel momento, batiendo en poco tiempo a Milwaukee, el equipo con el mejor récord en absoluto, y a los Clippers, su rival eterno en la Conferencia Oeste. El 11 de marzo, el día después de que los Lakers pierdan en casa contra Brooklyn, la NBA se paraliza.

El virus la lleva al letargo mientras causa estragos por el mundo, al tiempo que cambia las costumbres y los modos de vivir. «Confinamiento» y «cuarentena» se convierten en palabras familiares, como la idea de no poder salir de casa a menos que no sea estrictamente necesario. También los estadios y centros de entrenamiento echan el cerrojo, pero LeBron no deja de entrenarse. Aunque hace algo que en diecisiete años en la NBA no ha podido hacer: disfruta de su familia. Pasa todo el tiempo con Bronny, Bryce y Zhuri; en las redes sociales muestra al mundo las partidas de cartas y las tardes viendo la televisión. «Lo único que eché de menos fue no poder ver a mi madre. Creo que ha sido el periodo más largo en que he estado sin verla. No sería quien soy sin ella. Ha sido insoportable.»

Las protestas sociales recorren Estados Unidos cuando la NBA decide ponerse en movimiento. La temporada interrumpida por la pandemia se reanudará el 30 de julio. Pero todo será diferente. Con el beneplácito de las asociaciones de jugadores, la liga ha decidido crear una burbuja sanitaria en Disney World, a las afueras de Orlando. Allí tienen todo lo que necesitan: los hoteles en los que alojarse los veintidós equipos invitados, los campos de juego y de entrenamiento, el aislamiento (el parque de atracciones está cerrado) necesario para conseguir que el circo de la NBA permanezca alejado del resto del mundo y que por su interior puedan moverse solo los jugadores, el personal de los equipos y el de la liga. Se entra tras unos días de cuarentena, los test de coronavirus son algo cotidiano, las mascarillas son obligatorias excepto

en la cancha y hay que respetar una serie de reglas de convivencia a las que todos se han acostumbrado durante la pandemia. Las familias, en principio, no están admitidas. Los hinchas son un recuerdo lejano. Y los jugadores no pueden salir de esa burbuja: quien quiera poder jugarse el título en octubre deberá permanecer en ella durante tres meses.

A ninguno de los jugadores le entusiasma una solución así, pero todos comprenden lo importante que es que la NBA se ponga en marcha desde el punto de vista económico. Ya han aceptado una reducción del veinte por ciento del salario; si la NBA no comienza de nuevo, allí puede haber un problema bastante grave. Además, la burbuja y la vuelta a las canchas parecen la ocasión perfecta para mantener la atención puesta en la protesta social a la que muchos jugadores se han unido. En muchos de los campos de juego de Disney World aparecen carteles que rezan «Black Lives Matter», apoyando al principal movimiento de la protesta. En sus respectivas camisetas, los jugadores pueden elegir mostrar sobre el número uno de los eslóganes aprobados por la NBA y el sindicato NBPA en lugar de su nombre. «No necesito ningún eslogan: basta con que aparezca mi nombre para que la gente sepa lo que represento.»

La liga comienza donde se dejó: con las clasificaciones del 11 de marzo, así que los Lakers son los primeros en el Oeste con 49 victorias y 14 derrotas. Cada uno de los veintidós equipos jugará ocho partidos que servirán para definir los cuadros de los *playoffs* y para volver a ponerse en forma. A partir de mediados de agosto, rueda el balón. La burbuja demuestra de inmediato que es un reto enorme para los jugadores, una especie de jaula dorada, un aislamiento forzado lejos de las familias y de la vida habitual, en el que se respira baloncesto las veinticuatro horas. La rutina consiste en entrenamientos, partidos, y luego de nuevo a la habitación del hotel, que dista mucho del lujo al que están acostumbrados los jugadores. Si no tienes una mente fuerte, si no sabes aprovechar al máximo el tiempo de FaceTime con tu familia, lo que te permite desconectar un poco del baloncesto, corres el riesgo de venirte abajo: «No hay día en el que no piense en irme, en volver con mi

familia. Pero sigo aquí porque he firmado un contrato y tengo un objetivo: conseguir que los Lakers ganen un título. Es lo que quiero hacer, cueste lo que cueste».

En la primera fase, los Lakers ganan tres partidos de cinco, pero se han clasificado para los *playoffs* y es prácticamente seguro que lo harán con el primer puesto. El 23 de agosto, en el segundo partido de los *playoffs* contra Portland, juegan por primera vez con una camiseta negra dedicada a Kobe Bryant. Él mismo la había diseñado para la temporada 2017-18, y la han readaptado para la actual. Se convierte en un símbolo, en una motivación más para los Lakers para jugar bien y rendir homenaje a su leyenda. «Cuando nos ponemos esa camiseta es como si él estuviera con nosotros», afirma Anthony Davis. Él y LeBron son la razón por la que los Lakers, tras haber perdido el primer partido, ganan los tres sucesivos. Esperan jugar el quinto y rematar el asunto, cuando la NBA se paraliza de nuevo.

Sucede el 26 de agosto, cuando los jugadores de los Milwaukee Bucks deciden boicotear el quinto partido de su serie de *playoffs* contra los Orlando Magic para llamar aún más la atención sobre la protesta social tras el enésimo episodio de brutalidad policial contra un afroamericano. Tiene lugar en Kenosha (Wisconsin), prácticamente el jardín de la casa de los Bucks. Los jugadores estaban contemplando llevar a cabo una medida similar en el primer partido de la serie entre Boston y Toronto del día después. La acción de los Bucks detiene la NBA durante tres días, pero en la reunión de la NBPA que sigue al boicot queda patente lo divididos que están los jugadores, pues los Bucks han actuado por cuenta propia sin informar a los demás, ya que querían que fuera su protesta, hasta el punto de estar dispuestos a perder el partido por incomparecencia. Los jugadores de los otros equipos que jugaban ese mismo día decidieron imitarlos. Pero ahora la asociación de jugadores necesitaba una postura común. Y en el interior del hotel Gran Destino de Disney World, donde se han reunido los deportistas, la posición común

brilla por su ausencia. LeBron se pone en pie y toma la palabra: «Si no sabemos qué queremos, entonces, ¿por qué estamos jugando?». Nadie le responde y él se marcha dando un portazo, seguido por sus compañeros de equipo. La NBA parece estar a punto de saltar por los aires.

«Estaba dispuesto a irme; los Lakers y yo estábamos dispuestos a salir de la burbuja, a poner fin allí mismo a la temporada. No teníamos un plan, no sabíamos qué hacer. Tengo la suerte de poder llamar amigo al cuadragésimo cuarto presidente de Estados Unidos, así que le llamamos y le pedimos ayuda.» Poco antes de medianoche, LeBron, Chris Paul, Carmelo Anthony y Russell Westbrook hablan con Barack Obama. Su consejo es sencillo: tenéis un escenario en el que están puestos los ojos de todo el mundo, así que usadlo de la mejor manera posible. Y eso es lo que los jugadores deciden hacer en la nueva asamblea convocada para el día siguiente: preparan un plan que la NBA aprueba y que prevé que los pabellones se conviertan en sedes electorales para las elecciones presidenciales de noviembre; además, la liga y la asociación de jugadores crearán una fundación y un comité que mantenga la atención sobre los temas de justicia social. Dos días después del parón por el boicot de Milwaukee, los *playoffs* se reanudan, al igual que la carrera por el título de los Lakers.

Portland cae 4 a 1, al igual que Houston, con quien Los Lakers se encuentran en la segunda ronda (ceden el primer partido, pero luego se llevan los cuatro siguientes). En las finales de Conferencia, el rival son los Denver Nuggets, que llegaron hasta allí tras dos contundentes remontadas de 3-1 contra los Utah Jazz y Los Angeles Clippers. Son la sorpresa de los *playoffs*. Cuando Davis decide el segundo partido con un triple, llevando una camiseta dedicada a Bryant y gritando su nombre justo antes de encestar, los Lakers lo ven como una señal del destino.

Zanjan el asunto en el quinto partido y se ganan el camino a las Finales, donde LeBron se reencuentra con dos viejos amigos: Pat Riley y Eric Spoelstra. Siguen siendo presidente y entrenador de los Miami Heat.

«En Miami formé parte de una cultura que me permitió crecer y comprender lo que se necesita para ganar. He visto qué es lo que se necesita. Y esa cultura era perfecta para mí, por cómo trabajo. Llegué allí cuando tenía veinticinco años, aún estaba creciendo, intentando comprender quién era yo como persona mientras perseguía el título. Me fui a los veintinueve, después de que me permitieran crecer, después de trabajar duro.» Los Lakers son favoritos, pero Miami ha demostrado que es un equipo con carácter y determinación, sobre todo gracias a su líder en la cancha, Jimmy Butler. Es una revelación de la burbuja, una estrella que, al igual que LeBron, comenzó de cero y llegó a lo más alto. Su madre le echó de casa cuando era un chaval, vivió sin domicilio fijo durante sus años de instituto; le salvaron sus amigos y el baloncesto. Miami es para él una nueva oportunidad en la NBA, después de que lo etiquetaran como problemático y haber sido expulsado de Chicago y Minnesota; tampoco consiguió hacer buenas migas con Embiid y Simmons en Philadelphia. Bajo la batuta de Riley y Spoelstra, Butler ha vuelto a ser un macho alfa. Su determinación y su esfuerzo son contagiosos y su talento en la pista es similar a su capacidad de mejorar a quienes lo rodean. Es un líder nato, el general perfecto para la cultura Heat que tanto Riley como Spoelstra promueven, la misma cultura que había ayudado a LeBron a crecer.

Para James es la novena ocasión en las Finales en diez años, la décima en toda su carrera, igual que Kareem Abdul-Jabbar, el rey de los anotadores en la historia de la NBA, con 38 387 puntos, récord que él aún persigue; y por detrás solo de Bill Russell (doce finales) y Sam Jones (once). «Siempre he comenzado las Finales pensando que podía ganar: estaría mal si no fuera así. Los títulos se ganan en la cancha; cuando he perdido, ha sido porque me ha ganado un equipo mejor.» En el primer partido, Miami pierde por lesión a dos de sus tres mejores jugadores: Bam Adebayo, pívot protagonista absoluto de la final del Este contra Boston, y Goran Dragić, base esloveno que los Heat han usado todo el

año como sexto hombre pero que en la burbuja ha jugado como titular a un nivel altísimo. Los Lakers ganan claramente los primeros dos partidos, se rinden al orgullo de Butler y de Miami en el tercero, y después ganan el cuarto gracias a LeBron, que anota 28 puntos, atrapa 12 rebotes y reparte 8 asistencias. Para el *matchpoint* en el quinto partido se ponen la camiseta dedicada a Kobe: con esa no habían perdido hasta aquel momento. Es la camiseta perfecta para festejar el título, el anillo por Kobe. Pero Miami pone de nuevo todo su orgullo y lleva la serie al sexto partido. LeBron no se equivoca dos veces: en el siguiente partido, mete 28 puntos, coge 14 rebotes y sirve 10 asistencias, y sella con un triple doble el título de la temporada más larga de la historia de la NBA, la más problemática. Un título que dedican, cómo no, a Kobe.

Pero también es un título para LeBron. Lo gana, una vez más, como MVP de las Finales; es el primer jugador que se lleva el premio que lleva el nombre de Bill Russell con tres equipos diferentes. Se lo gana como dominador, como protagonista absoluto. Como rey. Ha jugado una vez más a un nivel increíble, a pesar de toda la presión psicológica, a pesar de que durante tres meses solo vio a sus hijos a través de FaceTime. Las meriendas con Zhuri las sustituyó por encuentros en la cafetería con sus compañeros. Las pachangas en el jardín con Bronny y Bryce las reemplazó por entrenamientos con Anthony Davis. LeBron ha ganado como líder: en la burbuja fue él quien se preocupó de mantener al equipo unido, de que el grupo fuese una piña, de que combinara el talento en la pista con una ventaja psicológica. Era él quien llamaba a sus compañeros para desayunar, quien pensaba qué hacer una vez terminado el entrenamiento, quien se aseguraba de que el peso psicológico de aquella situación tan novedosa no aplastara a nadie ni a nada.

LeBron ganó los primeros dos títulos de su carrera con Miami afirmando ser el mejor de todos. Ganó con Cleveland en 2016 para

mantener la promesa hecha a su gente, la que ahora que él juega en el otro extremo de Estados Unidos, en la Conferencia Oeste, lo sigue considerando su hijo predilecto. El que consigue con los Lakers es un título para la leyenda, para demostrar que sigue siendo el rey, que tal vez otros levanten el trofeo de MVP, pero que, cuando llega el momento de marcar la diferencia, él sigue siendo el mejor. «Puede que haya ganado los últimos dos MVP, pero el mejor de todos sigue siendo LeBron James», dice Giannīs Antetokounmpo.

Han pasado los años, pero LeBron sigue destacando, continúa siendo el centro de atención. Igual que cuando con dieciocho años metió un pie en la NBA con la etiqueta de «el nuevo Jordan». Gana. Parece que no quiere irse. Ni siquiera con treinta y seis años, ni siquiera después de dieciocho temporadas en la NBA.

«El baloncesto continuará también después de mí, habrá jóvenes que ocupen mi puesto. Yo puedo controlar lo que hago en la cancha: cómo me muevo, cómo camino, lo que digo, cómo intento honrar este deporte dando siempre el máximo, intentando ser el mejor. Lo más importante para mí es el modo en que inspiro a la nueva generación, igual que la anterior me inspiró a mí. Pero lo que hago en la cancha para mí es mucho menos importante que lo que hago fuera de ella. Ese es mi verdadero legado, mi verdadera herencia.»

TERCERA PARTE

More than an athlete

1

Treyvon Martin acaba de salir del supermercado con una bolsa de caramelos y una lata de té. Es un chico de diecisiete años afroamericano, que creció en Miami Garden, periferia de Miami, uno de esos lugares donde el futuro te lo tienes que labrar cada día porque nadie te regala nada. Y mucho menos si tienes la piel oscura. Sus padres están separados. Treyvon tiene algunos problemas con la ley y le han expulsado diez días del instituto porque encontraron rastros de droga en su mochila durante un registro. Vive con su madre, Sybrina, pero como no puede ir al instituto ella lo manda a pasar unos días con su padre. Tracy Martin vive en Sanford, a las afueras de Orlando, a cuatro horas al norte de Miami Garden. Sybrina piensa que le vendrá bien pasar un poco de tiempo con su padre.

Treyvon se dirige a casa con la capucha de la sudadera puesta, para protegerse del frío. Es el 26 de febrero de 2012, y Florida, en los suburbios de Orlando, no es el paraíso tropical que hay un poco más al sur. Mejor guarecerse del aire frío de la tarde.

Treyvon está hablando por teléfono con su novia cuando George Zimmerman se fija en él. Tiene veintinueve años y se ha ofrecido voluntario para hacer la ronda por Retreat at Twin Lakes, la urbanización donde vive el padre de Treyvon. Es una zona tranquila, una serie de casas y apartamentos protegidos por portones y muros. Para entrar hay que ser de allí; si no, es que tienes malas intenciones. No importa lo que sucede fuera, no importa lo peligroso que sea el mundo que rodea la urbanización: dentro del perímetro todos quieren vivir seguros. La tarea de Zimmerman como vigilante es, precisamente, asegurarse de que la parte de Sanford delimitada por esos portones y

esos muros siga siendo lo que tiene que ser: un lugar tranquilo y seguro. Aquel tipo que camina con la capucha puesta no inspira mucha confianza. Así que llama una vez al 911 para comunicarlo, para avisar a los agentes de que algo pasa; después, llama una segunda vez, y una tercera. Le dicen siempre que no salga del coche, que espere a que llegue una patrulla de policía.

Tras la enésima llamada, Zimmerman decide pasar a la acción. Se enfrenta a Treyvon, le pregunta quién es y por qué da vueltas por el barrio. Según la versión de la familia Martin, en ese momento Zimmerman saca la pistola y le dispara. Un delito de odio, por el color de la piel del chico, por el prejuicio de que como llevaba la capucha puesta tenía malas intenciones. Zimmerman, a quien no condenan en el juicio, se defiende diciendo que fue en legítima defensa, que cuando le preguntó a Martin quién era este le había atacado, le había fracturado la nariz de un puñetazo y le hubiera hecho polvo si no fuera por que sacó la pistola y le disparó. Y le mató.

Esa tarde Treyvon no vuelve a casa. El padre denuncia su desaparición y, cuando la policía le muestra el cuerpo de aquel adolescente que acababa de morir en la misma zona, Tracy se siente flaquear: es el cadáver de su hijo.

En los días sucesivos a la muerte de Treyvon Martin, la opinión pública de Estados Unidos se divide. Delito de odio, enésima brutalidad contra un afroamericano; una vez más, sale ganando la cultura de la sospecha continua, del racismo. Llevaba la capucha de la sudadera puesta: eso ya fue suficiente.

Muchos están de parte de Zimmerman, a quien en principio no arrestan; aunque la petición que solicita su arresto supera en poco tiempo el millón de firmas, una web organizada para pagar los gastos legales enseguida rompe el techo del millón de dólares. El 23 de marzo, casi un mes después de la muerte de Treyvon, el presidente Barack Obama habla por primera vez del caso, diciendo que el país necesita

«hacer un examen de conciencia en su propia alma» para saber de qué lado está.

En la temporada 2011-12 LeBron juega con los Miami Heat. Aún no ha conseguido ganar el título, pero hace tiempo que es uno de los jugadores más famosos de la NBA. El incidente de Treyvon, quien se enfrentaba a su propia batalla con la vida no lejos del American Airlines Arena, en un lugar muy parecido a la Akron en la que LeBron había crecido, le afecta mucho. Tiene algo de familiar, como si Treyvon Martin fuese de su barrio, uno de los muchos que conoció cuando iba dando tumbos con su madre de un apartamento a otro, cuando vivía en los pisos protegidos y soñaba con huir de aquella difícil periferia de Ohio, un lugar donde aquellos como LeBron y Treyvon no están seguros ni siquiera en su propia casa.

«Leía todos aquellos artículos, aquellas versiones diferentes de lo que había sucedido, por qué había sucedido, qué tenía que suceder para que no se repitiese. Pero lo único en lo que conseguía pensar era en mis hijos. Pensaba en Bronny y Bryce, en cómo me sentiría si hubieran sido ellos, si hubieran salido de casa un día por una cosa tan normal como ir a la tienda y nunca más hubieran vuelto.» En la cabeza de LeBron, la muerte de Treyvon Martin enciende un interruptor. No puede quedarse allí en silencio, tiene que decir algo, debe hacer algo. Ha de elegir de qué parte está.

Cuando en 1990 Michael Jordan se había negado a apoyar al candidato demócrata en las elecciones por un escaño en el Senado de Carolina del Norte, les había enseñado a las superestrellas del deporte que «los republicanos también compran zapatillas». Mejor centrarse en el deporte y en ganar dinero, sin comprometerse con la política. Y así había seguido haciendo una vez convertido en un icono mundial. Todos querían ser como Michael, pero él siempre se mantenía alejado de ciertas polémicas.

Tras la muerte de Treyvon Martin, LeBron sabe que no se puede quedar callado. La idea de que en lugar de aquel chico podrían haber

sido sus hijos lo atormenta. Sabe lo que quiere decir tener miedo de las autoridades; recuerda bien que cuando era joven, si por su barrio pasaban las patrullas de policía, él y sus amigos tenían que esconderse, no porque hubieran hecho algo malo, sino porque los mayores les habían enseñado que aquellos hombres blancos de uniforme traían problemas.

Sus compañeros de los Heat, como él, están muy afectados por lo que le ha sucedido a Martin, así que deciden mostrar su pesar, presentarse en la cancha con la capucha puesta. «¿Veis? No somos criminales solo por llevar la capucha puesta», gritan al mundo. «Todos somos Treyvon Martin», exclama LeBron en las redes sociales; todos somos víctimas de estereotipos, del hecho de que, solo porque somos negros y llevamos una sudadera con la capucha puesta, tenemos más posibilidades de que nos tomen por delincuentes.

En aquel momento de su carrera, LeBron ya había puesto en marcha su fundación. Con *The Decision*, cuando el verano anterior había anunciado al mundo entero que dejaba Cleveland para ir a Miami, había intentado conseguir dos cosas: afirmar que la NBA era una liga de jugadores y que ellos tenían el poder de decidir su destino, sobre todo como agentes libres. Querían encontrar una nueva manera de hacer llegar sus ideas a la afición, sin los filtros de los medios de comunicación internacionales que pueden tergiversar su mensaje.

En los primeros años de su carrera, LeBron se había dado cuenta de cuánto le adoraban los hinchas, de cuánto lo escuchaban, y había decidido que su mensaje tenía que llegarles de forma directa. Pero al abrazar la causa de Treyvon Martin estaba haciendo algo más: se adentraba en un terreno que hasta entonces era como un campo minado para un deportista de éxito. Se involucraba en una batalla que podía conllevarle más daños (pérdida de patrocinios, críticas, publicidad negativa) que beneficios. Veinte años antes, al afirmar que también los republicanos compran zapatillas, Michael Jordan había establecido un

estándar para los deportistas: los tiempos en los que Mohamed Alí y Bill Russell desfilaban junto con Martin Luther King habían llegado a su fin; después de Jordan, los jugadores de éxito eran perfectas imágenes publicitarias, pero se guardaban para sí sus opiniones políticas. Al leer sobre la muerte de Treyvon Martin, al leer lo que le había sucedido a aquel chaval que tanto se parecía a él, LeBron siente que tiene que hacer algo, que su voz ha de llevar un mensaje a todos los que quieran escucharle. No debe usarla solo para vender cosas, sino para ayudar a cambiar la sociedad, el mundo que le rodea. Tiene que cambiarlo para mejor.

«En aquel momento comprendí que había cosas más importantes que el baloncesto. Comprendí que tenía una voz, una plataforma a través de las redes sociales y todas mis apariciones públicas, y que la gente la escuchaba. Comprendí que no podía usar aquel escenario solo para el deporte. Debía hacer más, mucho más. Debía ser más que un simple deportista.» Un concepto que LeBron no se cansa de repetir cada vez que alguien le sugiere que un jugador ha de preocuparse solo por el deporte, sin meterse en política u otros ámbitos de la sociedad. Así lo hizo también Zlatan Ibrahimović en febrero de 2021. «Me encanta LeBron —había dicho el jugador del Milan, que era una estrella de Los Angeles Galaxy en la Major League Soccer—. Es un jugador fenomenal, pero… No me gusta cuando los deportistas con un cierto estatus comienzan a hablar de política. Tienes que dedicarte a aquello en lo que eres bueno.»

LeBron llega preparado para la provocación. Primero saca a colación un precedente de 2018 en el que Ibra había hablado del racismo que vivió en Suecia, de las críticas que recibía porque «no me llamo Andersson o Svensson». Después vuelve al ataque, y se anota un tanto en la polémica al recordar quién es y lo que representa: «Si me critican porque hablo de política sin saber nada, están muy equivocados conmigo. Yo me preparo antes de hablar, mis comentarios son los de una mente muy formada. No hay manera de que me quede callado, de que me limite al deporte: me doy cuenta de lo fuerte que puede ser mi

voz, de que al usar mi plataforma puedo ayudar a combatir las injusticias, lo que veo en la sociedad. Tengo trescientos niños en mi escuela de Akron en los que pensar, que ven las injusticias cada día. Necesitan una voz, y yo quiero ser su voz». Una voz fuerte y presente; una voz que todo el mundo escucha. La voz de quien sabe que no puede limitarse a ser tan solo un deportista y que puede provocar ese cambio que quien ha conocido el infierno tan de cerca como él sabe que es necesario.

2

Cuando llegó a la NBA, LeBron fue capaz de salir de Akron y labrarse un futuro. Había escapado del infierno, pero seguía llevando dentro aquella infancia nómada. Había comprendido muy pronto que si su madre y él habían conseguido sobrevivir había sido gracias al sistema de apoyo que los rodeaba, gracias a los amigos del Boondocks que los habían ayudado cuando LeBron era pequeño, a los amigos que les habían abierto las puertas de sus casas, a los Walker, a los centros juveniles en los que LeBron había aprendido a jugar al baloncesto y en los que había encontrado aquella gran familia que la vida no le había dado. Lo habían conseguido gracias a ellos. Por eso, cuando comprendió que su talento le llevaría muy lejos, LeBron decidió que tenía que hacer algo. Su madre le había enseñado que el entorno social es importante, que cada uno debe ayudar como puede.

«Quiero ser una buena persona dentro y fuera de la cancha. El baloncesto no dura para siempre, y quiero que la gente se acuerde de mí tanto por lo que hice en la cancha como por lo que hice fuera.»

La LeBron James Family Foundation nace en 2004, cuando LeBron está terminando su primera temporada en la NBA. Ha decidido que tiene que hacer algo por la ciudad en la que ha crecido, para asegurarse de que haya muchos chavales de la zona que puedan labrarse un buen futuro. Quiere estar seguro de que cada vez haya menos niños que tengan que pasar por lo que él ha pasado, conocer las drogas y las armas cuando deberían pensar solo en jugar.

La fundación nace para ayudar, y mientras busca una estructura y fondos con los que dejar huella, acoge proyectos ocasionales, como la

asociación con los Boys & Girls Clubs of America, uno de aquellos centros para la infancia que ayudaron a LeBron cuando era pequeño. Desde su primer All-Star Game en 2005, LeBron hace una donación a través de su fundación al club de la ciudad en la que se juega el Partido de las Estrellas.

En junio de 2008, a LeBron se le ocurre una idea inspirada en su infancia: para él la bicicleta fue un medio de descubrimiento y salvación al mismo tiempo, pues pedalear le permitía ir fácilmente de un lugar a otro de la ciudad, quedar con sus amigos, ir a jugar al baloncesto, descubrir sitios nuevos, pero manteniéndose siempre al mismo tiempo lo más lejos posible de los peligros. Así que la bicicleta podía mantener a salvo a otros niños que, al igual que le había sucedido a él, estaban descubriendo demasiado pronto lo complicada que puede ser la vida. De este modo, LeBron decide que el primer gran evento de su fundación esté dedicado precisamente a las dos ruedas: una pedalada con él a la cabeza de un pelotón de trescientos niños, todos a bordo de su propia bicicleta, regalada por los patrocinadores, con un casco en la cabeza donado para la ocasión; una serpiente que se arrastra por las calles de la ciudad en un recorrido de casi dos kilómetros. «Los niños de mi entorno social no tienen muchas ocasiones para divertirse. Me alegro de poder darles una, de poder hacer algo por ellos. Para mí es lo más importante: hacer que los niños se diviertan y darles la posibilidad de tener un sueño y vivirlo.» No puede evitar verse a sí mismo reflejado en aquellos críos, y piensa que tal vez habría sido más fácil si hubiera tenido un LeBron como fuente de inspiración, alguien que hubiera triunfado y que estuviera dispuesto a mostrarles a los niños que hay una manera diferente de vivir más allá de la droga, de las armas y la violencia; que los sueños, por difíciles que sean, como el de convertirse en una superestrella de la NBA, se pueden hacer realidad.

Pedaleando por las calles de Akron montado en su bicicleta, como había hecho muchas veces de pequeño, pero esta vez a la cabeza de un

pelotón de niños, LeBron empieza a comprender que ese es su cometido, lo que tiene que hacer a través del trabajo de la fundación que lleva el nombre de su familia: ayudar a los niños de su ciudad, conseguir que el próximo LeBron no acabe muriendo en algún tiroteo en la calle, sino que cuente con todos los medios y las oportunidades para hacer realidad su sueño, por difícil que este sea. Si lo consigue o no, dependerá de su talento y su esfuerzo; el éxito o el fracaso no pueden ir en función de los obstáculos que la vida le ponga por delante. LeBron comprende que el trabajo de su fundación debe consistir en eliminar esos obstáculos, en conseguir que muchos niños a los que la vida les ha dado la espalda demasiado pronto tengan la posibilidad de construirse un futuro.

Para ese primer gran evento de la fundación, LeBron convoca también a algunos de sus amigos. Allí se dan cita Dwyane Wade, muchos compañeros de los Cavaliers, incluido el entrenador, Mike Brown. «Cada vez que puede, LeBron siempre intenta ayudar a alguien», dice su entrenador. Después de la pedalada con los niños, les toca el turno a los adultos, a lo largo de dos recorridos, trazados ambos por las calles de Akron: uno de trece kilómetros y otro de veintiséis. La idea inicial es todo un éxito, una jornada dedicada a la bicicleta en la que participan más de dos mil personas. Es el inicio de una nueva misión.

El evento se repite también en 2010, un mes después de *The Decision*. Puede que LeBron se haya convertido en el hombre más odiado de Cleveland tras hacer pública su despedida de los Cavs para irse a Miami, pero en esa pedalada Akron demuestra que no importa qué camiseta de la NBA lleve puesta: en la ciudad será siempre el héroe, el hijo predilecto. «Puedo devolver algo a la ciudad en la que crecí, a la que amo, a la que siempre querré volver.»

Es a esa ciudad a la que, un año después de *The Decision*, LeBron le propone un programa revolucionario, una manera para, de verdad, dejar huella. «Siempre se habla de los orígenes humildes de los deportistas, de los hombres de éxito. ¿Por qué no hacer algo para eliminar los orígenes

humildes?» La manera de hacerlo, piensan él y su fundación, es a través de la educación. El principio es el mismo que James había pensado para sus amigos: no darles dinero, no hacer que vivieran bajo su sombra, reflejando su éxito, sino hacer que brillasen con luz propia, que encontrasen su propio lugar dentro del reino de LeBron gracias a sus propias capacidades y a aquello que podían hacer, no simple y llanamente porque él pagaba. Así había hecho con todos: Maverick, antes de convertirse en el gestor de su imperio financiero, había terminado los estudios y había trabajado para Nike, y se había asegurado de que los intereses de LeBron ocuparan siempre el primer lugar en los planes del patrocinador con el que había firmado un contrato justo después del *draft*, pero aprendiendo también un trabajo, intentando robar a los directivos el secreto de la profesión. Lo mismo había hecho con Rich: cuando le había dicho a LeBron que quería ser agente, ambos habían acordado que trabajaría con Leon Rose en la CAA y que cuando estuviera listo se establecería por su cuenta.

LeBron quiere hacer lo mismo con los niños de Akron, así que la idea no es solo poner a disposición dinero para que estudien, sino crear las mejores condiciones para que puedan hacerlo, eliminando todos los obstáculos que vivir en un lugar como Akron te puede poner delante y asegurándose de que dependa tan solo de ellos si se convierten en el nuevo LeBron James, en los nuevos Barack y Michelle Obama. LeBron quiere darles un sueño y garantizar que tengan todo lo que necesitan para que se haga realidad.

El programa se llama I Promise, «yo prometo». Comienza en el tercer año de la escuela primaria, ya que hay estudios que demuestran que a esa edad se empieza a ver si un niño es problemático, hasta qué punto el ambiente en el que vive influye en lo que aprende, en cómo se comporta. Es entonces cuando necesita ayuda. «Conozco a estos niños casi mejor de lo que ellos se conocen a sí mismos, porque yo fui como ellos. He caminado por las mismas calles, he ido en bicicleta por las mismas carreteras, he sentido lo mismo que sienten ellos: las cosas

buenas, las malas, las dificultades. Sé perfectamente por lo que están pasando, porque yo también lo pasé. Solo que ahora tengo los recursos, el dinero, las personas a mi alrededor, las estructuras, el apoyo de la ciudad: debo ayudarlos, tengo que hacer algo por ellos.» Lo que LeBron ha decidido hacer es asegurarse de que estos niños puedan escribir su historia más fácilmente que él.

En el programa I Promise, se financia cada clase, se ayuda a los niños a estudiar y a concentrarse en sus estudios, pero también se acompaña a los padres, enseñándoles un oficio, ayudándolos a educar a sus hijos. Es la ayuda que Gloria no tuvo cuando se deslomaba por sacar adelante a LeBron.

El programa se llama I Promise porque se erige sobre una promesa: la que LeBron y los niños se hacen al principio de intentar ser cada día la mejor versión posible de sí mismos; una promesa que han de mantener en el colegio, con el esfuerzo. Una promesa hecha también con las familias: LeBron no sería quien es sin la guía constante de su madre, así que pide a los padres de los niños del programa que hagan lo mismo. No es un programa puntual: cada año se identifica una clase de tercero de primaria que se empieza a acompañar, niños a los que seguir durante su crecimiento para asegurarse de que lleguen al instituto y terminen sus estudios. Y no solo eso: en 2015, a través de una asociación con la Universidad de Akron, la fundación anuncia que los alumnos I Promise más destacados tendrán una beca de estudios pagada durante los cuatro años de universidad, y durante ese tiempo contarán con un tutor que los seguirá en sus estudios y los ayudará a licenciarse. Uno de los lemas de LeBron es «*earned, not given*», es decir, «ganado, no regalado», una filosofía que él se aplica antes de nada a sí mismo. Significa que todo lo que consigas en la vida te lo ganes a través del trabajo duro y que nada te caiga del cielo. La madre naturaleza le ha dotado a él de un talento para el baloncesto, pero el éxito y todo lo que consiguió en la NBA se lo ha ganado partiendo de cero, de Akron, de las viviendas protegidas, de las noches que pasó esperando que su madre volviese a casa, deseando

que los disparos y las sirenas que escuchaba y que le asustaban no fueran por ella. A los niños que LeBron sigue les pide la misma filosofía, la misma sensibilización de que nadie te regala nada.

Ahora son más de mil cien los chicos que han crecido con el mito de LeBron, teniéndolo no solo como una lejana fuente de inspiración por todo lo que consigue hacer con un balón naranja entre las manos, sino también como un constante punto de referencia en su crecimiento, como ese tío cariñoso que va a verlos a menudo, que les lleva buenos regalos, pero que al tiempo se asegura de que estudien, de que alguien los ayude. El primer curso de I Promise se gradúa en la primavera de 2021, y en el otoño de ese mismo año pone un pie en la universidad.

«Mi herencia es más grande que el baloncesto. Lo que hago en la cancha habla por sí mismo, pero lo que hago en mi entorno, la manera en que intento ayudar e inspirar a nuevas generaciones de mi comunidad y también fuera de ella, esa es mi verdadera herencia. Sueño con que un día alguno de estos chicos venga y me diga que ahora es médico, político, periodista o cualquier otra cosa, que ha triunfado en la vida, que se ha convertido en padre, y que si lo ha conseguido ha sido gracias a mi fundación, a la ayuda que ha recibido.»

3

Akron ha cambiado a LeBron, lo ha convertido en quien es, y LeBron está cambiando Akron, está intentando que sea un lugar menos difícil en el que crecer, en el que vivir. Su fundación en la ciudad es un faro en medio de la noche para muchos adultos, y la mejor defensa contra las dificultades de la vida para muchos chicos, para muchos pequeños LeBron que aún crecen por las calles sin un futuro. El éxito del programa I Promise es la prueba más grande: mil cien chicos de Akron podrán ir a la universidad gracias a la ayuda que han recibido de la LeBron James Family Foundation.

Pero incluso después de haber anunciado las becas de estudio para la universidad, LeBron sabía bien que su trabajo podía ser todavía mejor, aún más importante. Ya no bastaba con ayudar a niños y a chicos en la escuela, así que ¿por qué no construir un colegio en el que impartir todos los principios de I Promise, en el que asegurarse de que los niños y sus familias estén acompañados todos los días? ¿Por qué no darles un punto de referencia constante en el que apoyarse? La idea se propone al consejo educativo de Akron en noviembre de 2017. No se trata de una nueva escuela privada, sino de una institución pública dentro del sistema de los centros municipales y gestionado con dinero público, y al que la LeBron James Family Foundation entrega fondos adicionales para seguir aún más de cerca a los niños y a sus familias, para ser aquel punto de referencia para la sociedad que LeBron imagina, mucho más que aquello que los centros suelen hacer y que aquello que hicieron por él cuando era un niño.

Siete semanas después del visto bueno, un viejo edificio de oficinas de West Market Street, no lejos del lugar donde LeBron creció, se rehabilita

como escuela, con una contribución de dos millones de dólares aportados por la fundación. Se escoge el programa de estudios, se establece la manera en que se seguirá a los niños y sus familias. Se decide que, en un principio, entrarán doscientos cuarenta niños de tercero y cuarto de primaria, escogidos entre los más problemáticos de la ciudad, aquellos que los otros centros no consiguen gestionar, esos que han extraviado sus sueños, aquellos que son como LeBron. «Es lo más bonito que tengo. Una cosa es tener tres hijos propios, haberme casado con mi mujer, haberle dado a mi madre las condiciones necesarias para que no se tenga que preocupar por nada el resto de su vida. Los títulos, los trofeos, todo lo que he ganado en el baloncesto es importante, pero nada es comparable con esto: conseguir abrir un colegio, poder darle algo a mi entorno, poder echarles un cable a estos niños, a aquellos que son como yo. Yo era uno de ellos, pensaba que nunca iba a conseguir nada bueno. Tenía mis sueños, pero a lo largo del camino me encontré con mentores que me ayudaron a hacerlos realidad, que me permitieron convertirme en quien soy. La gente puede pensar lo que quiera de mí, pero nunca podrá negar lo que he hecho por mi ciudad: abrir una escuela, ayudar a estos niños, es algo que durará mucho, mucho más que mi carrera baloncestística.»

La escuela abre sus puertas el 30 de julio de 2018. LeBron, con un impecable traje gris y gafas, que lleva más por presumir que por necesidad, da la bienvenida a los primeros estudiantes y les muestra la que será su nueva escuela. Acaba de marcharse de Cleveland por segunda vez, ahora para irse a los Lakers, pero se ha ido como un héroe, tras haber llevado a los Cavs a su primer título. De las paredes de la escuela cuelgan las fotos de esa temporada: la promesa que LeBron ha mantenido, la que le había hecho a todo Ohio cuando volvió a casa en 2014 después de pasar cuatro años en Miami. Las fotos no pretenden ser un autobombo, sino que son un recordatorio de que los sueños se pueden hacer realidad si trabajas duro para conseguirlo. Es lo que tienen

que hacer los niños del colegio de LeBron.

«Todos los niños necesitan saber que a alguien le importa lo que están haciendo. Cuando cruzan las puertas del colegio, quiero que sepan que a nosotros todo esto nos importa mucho. Queremos que cada niño tenga la motivación necesaria para dar lo mejor de sí mismo y que vuelva a casa convencido de poder ofrecerle algo al mundo.»

El colegio I Promise no es solo un edificio escolar, sino un verdadero centro comunitario en el que los niños reciben ayuda y educación, y en el que se ayuda a los adultos para que les echen una mano. Cada alumno recibe uniformes gratuitos, una bicicleta con casco, transporte gratuito a casa en el radio de tres kilómetros, dos comidas y un tentempié gratis todos los días, así como una beca de estudios para la Universidad de Akron cuando terminen en el instituto. Además, dentro de la escuela se ha creado una especie de banco de alimentos para las familias de los niños y un programa de apoyo para los padres, para los que se ponen a disposición cursos que complementan su formación secundaria y cursos preparatorios al mundo laboral. También hay servicios legales y sanitarios, e incluso una peluquería. No es solo un nuevo modo de educar: es una manera de transformar vidas, de ofrecer asistencia constante a las personas para que mejoren su situación. Cuando iba a cuarto de primaria, LeBron faltó ciento sesenta y dos días a clase, también porque no tenía a nadie que se asegurase de que asistiera. Uno de sus objetivos es conseguir que ningún otro niño tenga que pasar por lo que él pasó. «Tenía una idea de cómo quería ayudar a mi entorno. Las personas que trabajan conmigo se aseguran de que esa idea se haga realidad.» LeBron no es solo un nombre, un rostro, una presencia distante, sino que visita de vez en cuando a sus estudiantes durante la temporada de la NBA, reenvía los mensajes de estos a través de sus propias redes sociales, les envía cartas de motivación, les manda regalos, como un nuevo par de deportivas con su nombre o una sudadera. Y cuando el baloncesto se lo permite, participa en su vida, se asegura de que sus sueños sigan vivos, de que los niños a los que les tiende la mano

sepan que está realmente allí para ayudarlos.

El lema de la escuela es «We are family», «somos una familia», como la canción de las Sister Sledge que se escucha cada mañana cuando los niños llegan a la escuela. No es un mero título: es un manifiesto, una especie de programa a partir del cual se hacen las cosas en la escuela que LeBron ha construido en Akron.

«Prometo: que trabajaré duro, que no me rendiré, que lo haré lo mejor posible, que soñaré a lo grande, que estaré orgulloso de lo que soy, que triunfaré, que seré fuerte.»

El modelo funciona de maravilla; a pesar de las dudas iniciales, al final del primer curso escolar los resultados de los alumnos de la escuela I Promise son notables, mucho mejores que los de otros niños de otras escuelas del barrio. «Cuando comenzamos, la gente sabía que estábamos abriendo una escuela para niños. Ahora se dan cuenta de que a los niños les faltaba una verdadera educación antes de venir aquí, así que entienden mejor lo que hacemos.» I Promise sigue creciendo: el objetivo es que, poco a poco, antes de 2022, se incorporen niños de primero a tercero de primaria provenientes de las familias más desfavorecidas de Akron para ayudarlos a cambiar su vida. Inspirar a las nuevas generaciones: ese es el objetivo número uno que LeBron se ha fijado hace mucho tiempo, más importante que cualquier título ganado en la cancha, que cualquier premio, que cualquier canasta. Lo que LeBron ha conseguido es dar esperanza a muchos niños que la habían perdido, devolvérsela a muchas familias. La historia de estas familias es la suya propia, sus dificultades son un recordatorio constante de aquello por lo que pasaron Gloria y él. Por eso, LeBron tiene muy claro que esta es su verdadera herencia, aquello en lo que tiene que volcarse.

Por eso I Promise se está convirtiendo en algo más que una escuela: está cambiando la sociedad de Akron. El paso sucesivo ha sido la construcción de hogares refugio donde las familias con mayores dificultades pueden encontrar un techo sobre la cabeza cuando lo necesitan, donde refugiarse de la violencia doméstica, la pobreza o

cualquier otro problema.

Ni siquiera la pandemia pudo frenar el proyecto de House Three Thirty, un centro comunitario que la LeBron James Family Foundation está creando, rehabilitando un viejo restaurante árabe, The Tangier, uno de los locales más icónicos de la zona noroeste de Akron. Se trata del próximo gran proyecto de LeBron, un lugar en torno al cual las familias de I Promise puedan gravitar sabiendo que allí encontrarán ayuda, como en la escuela. «Es un proyecto enorme. Se trata de seguir cambiando vidas, de dar a los niños un sistema de apoyo que no creían que existiera. Queremos seguir ampliando nuestra familia y nuestra herencia. Es un paso más en la dirección correcta, pero quedan muchas cosas por hacer.»

House Three Thirty es un centro financiero, en el que un banco ofrecerá cursos de gestión de ahorros e inversiones a las familias de la zona. Es también un polo deportivo, en el que el antiguo y enorme aparcamiento adyacente al local se transformará en un centro para la actividad física abierto todos los días para los niños y las familias de I Promise, pero también para el resto del vecindario. Es además un restaurante, ya sea de comida rápida como para los almuerzos dominicales, un lugar en el que familias y vecinos se puedan reunir y encontrarse. La idea es que House Three Thirty se convierta en un punto de referencia, en uno de esos sistemas de apoyo que ayudaron a LeBron durante su infancia, pero más grande, con más servicios, pensado no solo para niños con problemas, sino también para ayudar a sus familias a superar las dificultades, a comprender cómo salir adelante. Y que la ayuda no consista tan solo en recibir una contribución económica, sino en un seguimiento constante, un incentivo para mejorar sus propias condiciones de vida.

Lo que LeBron está haciendo en Akron es crear su verdadero legado. Nadie le hubiera echado nada en cara si, una vez salido de aquel infierno, les hubiera dado la espalda y se hubiera marchado lejos, a un mundo totalmente nuevo, más acorde al éxito que ha conocido como

jugador de baloncesto. Pero su madre le enseñó a ayudar a quien lo necesita, con el mismo espíritu que cuando él era pequeño hacía que las gentes del Boondocks fuesen todos a una y echasen un cable al vecino que estaba pasando dificultades, sabiendo que un día él haría lo mismo por ti.

LeBron no ha olvidado ese espíritu y, ahora que tiene los medios para tender una mano a la ciudad que le ayudó, se esfuerza cada día por hacerlo. Resultaría más fácil donar ríos de dinero y desentenderse del resto, pero LeBron quiere ser más: para los niños de Akron desea ser una fuente de inspiración, la prueba constante de que se puede salir del gueto, de que puedes ser alguien en la vida incluso si las cosas en el colegio te van mal o si tu madre llora todas las noches. Quiere estar seguro de que haya otro LeBron, de que muchos otros como él, crecidos en una ciudad de provincia, sean más que una estadística, que su futuro no esté necesariamente en las calles o en la cárcel.

Para la gente de Akron, LeBron nunca será tan solo un deportista, uno de los mejores jugadores de la historia del baloncesto, el héroe que transformó a los Cleveland Cavaliers en el equipo campeón de la NBA en el año 2016. Para ellos, LeBron siempre será un símbolo, el hijo predilecto de una ciudad de provincias que, a la hora de transformarse en una estrella a la que las cosas le van bien más allá del baloncesto, ha ayudado a toda la ciudad a levantarse y sacudirse el polvo. Para Akron, LeBron seguirá siempre ahí incluso cuando deje de anotar canastas.

No obstante, nada de lo que ha hecho y de lo que sigue haciendo sería posible si no hubiese construido un imperio, si no hubiese comprendido de inmediato que quienes le rodean no necesitaban tan solo su dinero, sino que precisaban que él les infundiera la esperanza de que los sueños, incluso los más remotos, se pueden hacer realidad.

4

El plan es sencillo: cambiarlo todo. No se trata de hacerse rico, acumular dinero y dejar definitivamente atrás la pobreza que conoció en sus primeros quince años de vida, el miedo de volver al gueto, de acabar en la calle sin ningún propósito, de ser un número más. La idea de LeBron siempre fue otra: construir algo que perdurase, algo que le diera a él y a los que le rodean poder e influencia; algo que convirtiera a LeBron en mucho más que un simple deportista.

Antes de LeBron, hubo muchas otras figuras de baloncesto, jugadores que ganaron millones de dólares metiendo canastas. Salieron del gueto, amasaron una fortuna más o menos grande; pero siempre llevaban consigo el gueto. Pocos consiguieron construir un imperio, convertirse en algo más que simples jugadores, hacerse ricos tanto dentro como fuera de la cancha. Magic Johnson era uno de ellos: él era el emblema del deportista de éxito que había sido capaz de llevar su toque mágico al mundo del emprendimiento. Sus actividades —entre otras, había comprado cadenas de cine y se había asociado con Starbucks— habían sido tan fructíferas que le permitieron ser hoy uno de los accionistas de Los Angeles Dodgers, el equipo de béisbol considerado uno de los iconos de la ciudad de Los Ángeles, tras haber tenido una participación también en los Lakers, que vendió antes de convertirse en su presidente.

LeBron ha seguido ese modelo. Lo tiene *in mente* desde mucho antes de desembarcar en la NBA, desde que él y Maverick Carter comenzaron a planificar su vida futura, cuando James era un estudiante de secundaria con un talento increíble para el baloncesto. Siempre pensó que podía llegar mucho más lejos y convertirse en uno de los mejores

jugadores de la historia, que realmente podría coger el relevo de Michael Jordan y llegar a ser un icono, el símbolo de la propia NBA. Al mismo tiempo, sabía que podía amasar para sí mismo poder e influencia, poder cambiar la concepción general que se tiene de jugadores y deportistas.

«Lo más importante era tener la mentalidad adecuada, asegurarse de que LeBron fuese consciente antes de nada de lo que era, de lo que representaba, de lo que quería ser —explica Maverick—. Es una manera de pensar que él ha abrazado y según la cual vive cada día.»

El punto de partida, y el objetivo principal del imperio de LeBron, siempre ha sido su carrera en el mundo del baloncesto; cuanto mejor fuese, cuantos más títulos consiguiese ganar, más fácil sería salir de los confines del deporte y abrir las puertas del mundo de los negocios y las finanzas, ese mundo en el que LeBron, Maverick, Randy y Rich se jugarían el partido más importante de todos: transformar a LeBron en una marca, en poder e influencia, dentro del baloncesto y fuera de él. No se trataba solo de hacer dinero, sino de conseguir multiplicarlo.

El acuerdo con Nike, ese que firmó antes de jugar su primer partido en la NBA, en la primavera de 2003, es el principio de todo. Por aquel entonces, también Adidas y Reebok cortejaban a James; esta segunda compañía había puesto sobre la mesa la oferta más jugosa para sumarlo a su colección de talentos, que en aquella época incluía a Shaquille O'Neal y Allen Iverson: 115 millones de dólares en cinco años, 28 más que los de la empresa del *swoosh*. Para convencer a LeBron, Nike había invitado a su madre a Oregón, a la sede general, para que conociera al fundador de la empresa, Phil Knight. Aun así, esa no fue la baza ganadora.

Otro chico con la misma historia de LeBron, que había crecido en la pobreza, optaría por la oferta más generosa, pues la ve como una recompensa por aquello que ha vivido, por todo lo que ha tenido que hacer para salir del gueto. Sin embargo, él tenía otra idea: no quería tan

solo el contrato más alto, sino que deseaba encontrar un socio para su carrera, una empresa que representase la mejor solución para él. A largo plazo. Un acuerdo de por vida, por una cifra que nunca se ha hecho del todo pública, pero que supera los mil millones de dólares.

Desde siempre, LeBron se fija en el cuadro general en lo que a los negocios se refiere. Decidió que en su nueva vida quería llevarse consigo a sus amigos, a los que había ido conociendo a lo largo del camino; pero para estar con él no podían ser unos apéndices más, personas entre las que repartir las migajas de su imperio. LeBron quería que sus amigos desempeñasen un papel importante en el equipo, que aportasen algo de lo que sabían hacer mejor. Algo útil. Durante seis años, antes de convertirse en su agente en 2012, Rich absorbió como una esponja los trucos del oficio en la CAA de Leon Rose. Con lo que aprendió allí ha levantado un imperio, una de las agencias más importantes del mundo del baloncesto. Lo mismo ha hecho Maverick: no terminó la carrera en la Universidad de Míchigan, a la que llegó como jugador y donde vio claro que su futuro iba a estar en otro lugar que la cancha de baloncesto. Como él mismo suele contar, se licenció en la Universidad de Nike. Llegó a la empresa para hacer unas prácticas, pero, desde que LeBron firmó el contrato con la casa del *swoosh*, se aseguró de que los intereses de su amigo se tuvieran siempre en cuenta en las estrategias corporativas. Poder e influencia, antes que dinero.

Cuando, en 2006, James, Carter, Paul y Mims fundaron la LRMR, LeBron le entregó a Maverick las llaves de su creciente imperio financiero; y Maverick comenzó a darle forma tomando como ejemplo aquello que había hecho Magic, aquel imperio que le permitió convertirse en el primer exjugador accionista de referencia de una franquicia, los Charlotte Hornets. También intentó seguir las huellas de Jay-Z, que había encontrado la manera de tener influencia y poder, que siempre había sido consciente de aquello que quería ser y que había intentado compartir con los que le rodeaban. No obstante, el Team

LeBron trazó su propio camino, y desde entonces se ha convertido en un modelo que todos los nuevos jugadores intentan seguir: transformar a un deportista en una marca, en un emprendedor de sí mismo. Darle poder y confianza, dentro y fuera de la cancha. «Queremos construir un negocio en lugar de limitarnos a recaudar el dinero de los patrocinadores —explica Carter—. Queremos construir un imperio.»

El acuerdo con Beats es el primer ejemplo. La empresa que se lanza en el negocio de los auriculares para escuchar música, fundada en 2006 por el magnate Jimmy Iovine y el rapero Dr. Dre, le pide a LeBron que se convierta en su imagen. En lugar de un acuerdo de patrocinio, Maverick aplica lo que se convertirá en su *modus operandi* y en uno de los secretos del imperio de LeBron: negocia para su amigo una verdadera asociación, según la cual James no solo se convierte en el rostro de la empresa, sino que obtiene además una cuota de participación. Carter se mueve con habilidad por el mundo de los negocios, aprendiendo lo más posible de las grandes empresas con las que trabaja y poniendo además sus conocimientos al servicio del Team LeBron. Una de las mejores intuiciones la tiene en 2008, y es la de hacer despegar a Beats. Carter le sugiere a LeBron que regale un par de auriculares a cada uno de sus compañeros del Redeem Team, el equipo nacional que acude a los Juegos Olímpicos de Pekín. Es un gesto de amistad para un equipo en el que había entrado a formar parte por los pelos, teniendo que convencer a jugadores y entrenadores de que no solo era una superestrella mimada, sino que también estaba dispuesto a poner su talento a disposición del grupo. Para Beats, ese gesto se transforma en una fantástica campaña publicitaria: los auriculares tienen un bonito diseño y a los jugadores les gustan tanto que a menudo se les ve paseando por la Villa Olímpica, en las ruedas de prensa o en los calentamientos previos a los partidos llevando al cuello los cascos que les había regalado LeBron. Durante dos semanas, los auriculares están en el centro del mundo y se convierten en un accesorio por el que todos se interesan, un *must have*, algo imprescindible. Unos años más tarde, Apple adquiere Beats por tres mil

millones de dólares, lo cual demuestra que aquella fue una de las muchas inversiones acertadas del imperio LeBron.

También firma un acuerdo con Fenway Sports Group, a través del cual LeBron se convirtió en 2011 en propietario del dos por ciento del Liverpool FC, uno de los equipos de fútbol más icónicos del mundo. Cómo consiguió el acuerdo es un buen ejemplo de ese modo de pensar diferente que le ha permitido erigir su imperio: la cuota de participación en el Liverpool es una recompensa por haber permitido al grupo inversor con sede en Massachusetts explotar su imagen, introducirlo en su lista de clientes para atraer a otros. Para James no es solo una de las muchas inversiones de su cartera, uno de esos con los que tuvo buen ojo, visto que el valor del Liverpool ha crecido de manera desmesurada en los últimos años hasta rozar los dos mil millones de dólares de valor. Es también una especie de prueba general hacia el verdadero sueño de LeBron una vez que concluya su carrera: convertirse en propietario de una franquicia de la NBA.

«Siempre he dicho que mi objetivo es convertirme en propietario de un equipo de la NBA. Tengo mucho que aportar a este deporte y sé qué se necesita para ganar a este nivel. Además, sé cómo gestionar una empresa. Antes o después lo haré.»

El reglamento de la NBA le impide a LeBron adquirir incluso una participación minoritaria de una franquicia mientras juegue. El Liverpool fue el primer equipo del que LeBron se convirtió no en un anónimo accionista, sino en propietario. James ha acudido varias veces a Inglaterra para seguir los partidos de sus Reds, se ha reunido con jugadores y técnicos, y nunca les ha faltado su apoyo a través de las redes sociales. Mientras tanto, el acuerdo con el Fenway Sports Group se ha ampliado: en marzo de 2021, LeBron y Maverick se convirtieron en los dos primeros hombres negros que entraron en el grupo con una participación, lo que los convierte también en propietarios minoritarios de los Boston Red Sox, franquicia icónica de béisbol.

Es la prueba de cómo el que aún es el mejor jugador de la NBA ha conseguido ir más allá de los límites de la pista de baloncesto y construir poder e influencia para sí mismo y para los amigos que le han seguido y han demostrado ser útiles para el equipo. En 2020, LeBron era el quinto deportista mejor pagado del mundo, con 88,2 millones de dólares al año, por detrás tan solo de otros nombres-empresa como él (el tenista Roger Federer y los futbolistas Cristiano Ronaldo, Leo Messi y Neymar). En 2021 superó el umbral de los mil millones de dólares ganados en toda su carrera, cosa que hizo que se convirtiera en el primer baloncestista en conseguirlo y en entrar en un club selecto que incluye a Tiger Woods, el boxeador Floyd Mayweather, Ronaldo y Messi.

Hace tiempo que LeBron ha dejado de ser un jugador: es una empresa, una increíble imagen publicitaria a la que persiguen las mayores marcas; se ha convertido en una marca en sí mismo. «LeBron, además de muchos otros talentos, también tiene una mente para las finanzas», dijo de él Warren Buffet, uno de los maestros de Maverick en su desarrollo como emprendedor de éxito.

Maverick también ha ayudado a LeBron a cambiar la manera en que un deportista cuenta su historia. Es el arquitecto de *The Decision*, el anuncio de la despedida a Cleveland para irse a Miami en 2010: si desde el punto de vista de las relaciones públicas fue un fracaso que LeBron solo consiguió borrar a través de sus victorias, «limpiando» su propia imagen primero con dos anillos con los Heat y después ganando con los Cavs en 2016, desde el punto de vista de los negocios fue todo un éxito. Sigue siendo el programa de estudio más visto en la historia de la ESPN, la cadena deportiva que lo retransmitió, y ha cambiado la manera en que los deportistas se ven a sí mismos, en que cuentan quiénes son y qué quieren hacer. Dio a los jugadores de la NBA la conciencia de su verdadero poder, de cómo su decisión para jugar en un equipo u otro puede cambiar las cosas para una franquicia o para toda una ciudad.

The Decision fue también la chispa que inició Uninterrupted, una

empresa de medios a través de la cual LeBron habla de sí mismo y de sus compañeros directamente a la afición sin el filtro de los medios de comunicación tradicionales. Igual que cuando anunció a su manera que dejaba Cleveland para irse a Miami. LeBron cuenta con otra empresa en el mundo del entretenimiento: SpringHill Entertainment, que incluso ha entrado en Hollywood y ha producido películas y series de éxito. Ese es el futuro que Maverick y LeBron han imaginado. «No creo que siga jugando dentro de diez años, sino que será actor. Será propietario de un equipo de fútbol o de baloncesto, y actuará; seguirá siendo un emprendedor», cuenta Maverick.

La marca LeBron sigue creciendo: al año gana más de sesenta millones de dólares en contratos comerciales, en patrocinios clásicos con empresas a las que LeBron presta su voz o su rostro. Es un imperio que pocos deportistas a lo largo de la historia han conseguido crear. Cuando él y Maverick comenzaron a diseñarlo, parecía más bien el sueño de un chico con muchas ambiciones, un talento sin límites, un pasado en el gueto de Akron y todo un futuro por escribir; ahora, es una empresa multimillonaria, un ejemplo que ha roto con el pasado. Y ha creado lo que LeBron y Maverick tenían *in mente* desde el principio: poder e influencia.

5

«LeBron, ¿es verdad que te presentarás como candidato al Senado por Ohio en 2022?»

La pregunta del periodista está fuera de contexto en la rueda de prensa que sigue al partido celebrado en Cleveland entre los Lakers y los Cavs, en el que LeBron llevó a su actual equipo a la victoria. «No, no pienso para nada presentarme como candidato. Todavía tengo un trabajo aquí, jugando en la élite. Y quiero seguir viendo lo que consigo hacer en este maravilloso mundo del baloncesto. No he pensado en un futuro en la política, en ser candidato de nada. Por ahora, no entra en mis planes.»

Sin embargo, LeBron estaba preparado para aquella pregunta; no porque tuviera un plan secreto para desembarcar en la política, sino porque hacía mucho que contemplaba la posibilidad. Es más, en febrero de 2020, su entonces compañero de equipo DeMarcus Cousins presentó su candidatura, al menos virtual, a presidente de Estados Unidos. «Le dije que tenía que hacerlo, le dije que tenía que presentarse. Crecí admirándole mucho como jugador y por todo lo que había construido, pero desde fuera siempre había visto la fachada de la empresa LeBron. Al jugar juntos, al conocerlo de cerca, te das cuenta de que no es una fachada, que es real, y no me lo esperaba. Por eso le dije que tenía que presentarse como candidato.»

También entonces LeBron había respondido que la política no está hecha para él, riéndose mucho con la mera idea de pasearse por la Casa Blanca, de que pudieran llamarle «presidente James». No, al menos por el momento. Sí que es verdad que ese chico crecido en Akron y convertido en el jugador de baloncesto más famoso del mundo tiene

mucho de presidente. «Es uno de los mejores líderes que he visto —dice de él Frank Vogel, su entrenador en los Lakers—. Desconozco cuánto sabe de política, pero estoy seguro de que si se presentase como candidato se informaría y llegaría preparado. Pero es un líder natural: fuerte, inteligente, seguro de sí mismo. Si estás en una habitación con él, te das cuenta de inmediato del respeto que impone.»

Ese mismo respeto se lo ha mostrado también el presidente Barack Obama, el primer inquilino de la Casa Blanca con el que James se ha relacionado durante su carrera como campeón de la NBA. La visita de unos campeones al número 1600 de la avenida Pennsylvania en Washington, dentro del edificio que es símbolo del poder en Estados Unidos, es una tradición que tiene sus raíces en el 30 de agosto de 1865, cuando el entonces presidente Andrew Johnson recibió a los Brooklyn Athletics y a los Washington Nationals, dos equipos aficionados de béisbol. Cuatro años más tarde, el presidente Ulysses S. Grant se convirtió en el primero en felicitar en persona a un equipo profesional, también de béisbol: los Cincinnati Red Stockings. A lo largo del siglo xx, esos encuentros entre política y deporte se hicieron cada vez más frecuentes: en 1925, el presidente Calvin Coolidge felicitó a los Washington Senators por la victoria en la World Series un año antes. El primer presidente que festejó la victoria de un equipo de la NBA fue John F. Kennedy en 1963, cuando recibió en la Casa Blanca a los Boston Celtics. Las visitas se convirtieron en una tradición durante la presidencia de Ronald Reagan; el inquilino de la Casa Blanca vio cómo llovían sobre él las palomitas que le lanzó Harry Carson de los New York Giants, que festejaban la victoria de la Super Bowl en febrero de 1987. A pesar de algún incidente diplomático («El presidente sabe dónde encontrarme», le dijo Larry Bird al propio Reagan cuando decidió saltarse la visita a la Casa Blanca de sus Celtics, campeones de la NBA en 1984, mientras que Michael Jordan, en octubre de 1991, prefirió tomarse un día de vacaciones para jugar al golf en lugar de ser recibido

junto con sus Bulls por el presidente George H. W. Bush), las visitas de los equipos deportivos a la Casa Blanca se han convertido en una ocasión de fiesta y celebración de un triunfo, pero también para recordar la pasión de los presidentes por el deporte.

Como ferviente aficionado, hasta el punto de haber hecho instalar una canasta en el jardín de la Casa Blanca, Obama llegó a organizar un partido en agosto de 2010 en Fort McNair, base militar ubicada dentro de la propia ciudad de Washington D. C. Entre el público, una selección de soldados heridos en batalla. En la cancha, junto a Obama, un *dream team* de las estrellas de la NBA, que incluía entre otros a LeBron, Dwyane Wade, Carmelo Anthony, Derrick Rose y Joakim Noah, o leyendas como Bill Russell y Magic Johnson. Dos horas de partido a puerta cerrada, porque ellos «solo querían jugar», seguida de una barbacoa en el jardín de la Casa Blanca. Conocer así de cerca a ese hombre, el primer presidente negro de la historia de Estados Unidos, despertó algo en LeBron, una admiración desmedida hacia una persona que lo había logrado, que le había ganado el pulso al destino, que había cuestionado las mismas estadísticas que el propio LeBron había tenido que vencer y que había llegado hasta la Casa Blanca, hasta el despacho oval, convirtiéndose en el hombre más poderoso del mundo. Había conseguido derribar un gran muro al llegar a ser presidente a pesar del color de su piel. Se había convertido en un símbolo.

Cuando el 28 de enero de 2013 Obama recibe en la Casa Blanca a los Miami Heat, vigentes campeones, para festejar el título que habían conquistado siete meses antes al derrotar en las Finales a los Oklahoma City Thunder, la admiración que LeBron siente por Obama queda bien patente. Vestido con un traje negro, el MVP de las Finales escucha entretenido el discurso de felicitación del presidente, que entre bromas y risas homenajea a aquel equipo que había conseguido superar la derrota de las Finales de 2011 y había conquistado el anillo. Obama parece conocer a todos y cada uno de los jugadores, los puntos fuertes y débiles

del equipo. Y parece sentir una química especial por LeBron, a quien invita a subir al estrado preparado para el discurso: «Estamos en la Casa Blanca; es una de esas cosas que te hacen decir: "Mamá, lo he conseguido"».

Tras el caso de Treyvon Martin en 2012, LeBron se siente cada vez más cómodo a la hora de tomar posiciones en temas de justicia social, cuando llega el momento de expresarse contra la discriminación de los afroamericanos, a favor de los derechos civiles. A menudo sus opiniones coinciden con las del presidente Obama y las de la primera dama, Michelle. Dos figuras muy importantes: el hombre más poderoso del mundo y el primer hombre negro en llegar a ser líder de Estados Unidos, y el jugador de baloncesto más conocido del planeta, cuya popularidad crece día a día, coinciden a menudo transmitiendo el mismo mensaje. E incluso consiguen llegar a esos grupos como en el que creció LeBron y que más necesidad tienen de atención y cambio.

El buen entendimiento entre LeBron y los Obama parece aún más real un año después. Michelle está involucrada en una campaña para que los estadounidenses se pongan en forma, y aprovecha la presencia de los actuales campeones en la Casa Blanca, el 14 de enero de 2014, para organizar un divertido vídeo que promueva comer sano y mantenerse en forma. El *coach* Erik Spoelstra actúa como improvisado periodista que, en una de las salas del edificio, entrevista a Dwyane Wade y a Ray Allen sobre sus hábitos alimentarios. Chris Bosh, LeBron y Michelle tienen como tarea molestar durante la entrevista. En un determinado momento, el vigente MVP de las Finales se cuela en la grabación con una canasta portátil, en la que la primera dama machaca con toda sus fuerzas; rápidamente, el vídeo se hace viral. Lo mismo sucede con el *mannequin challenge*, el vídeo en el que de repente todos quedan paralizados cual maniquíes y que LeBron y sus Cavaliers improvisan con Michelle Obama el 10 de noviembre de 2016. El mes de junio anterior, Cleveland había ganado su primer título, el logro más grande en la carrera de James, y

para festejarlo en la Casa Blanca quería que allí estuviera «su» presidente, aquel del que se había hecho amigo. Por eso, como el segundo mandato de Obama concluía el 20 de enero de 2017, Cleveland hizo todo lo posible para que la visita a Washington se organizase estando él todavía en funciones. El *mannequin challenge* con Michelle es el momento divertido de la jornada: en la escena, ella y LeBron posan para un selfi. Esta vez la ceremonia con el presidente tiene lugar al aire libre. Obama mantiene ese tono bromista y serio al mismo tiempo que lo ha convertido en una figura magnética. «Cuando ves a LeBron, no es solo su potencia, su velocidad o cuánto salta —dice el presidente—, sino sobre todo su altruismo, su ética del trabajo, su voluntad por intentar hacer siempre la mejor jugada. Es su determinación. Es todo eso lo que realmente lo convierte en uno de los mejores jugadores de todos los tiempos.» LeBron escucha —esta vez desde la última fila y no desde la primera como en las dos visitas precedentes— cómo Obama elogia su compromiso fuera de la pista, lo que ya ha pasado a ser la herencia más importante de su carrera. «Estos Cavs representan una generación cada vez más numerosa de deportistas que utilizan sus plataformas para pronunciarse en temas que van más allá de la cancha —dice el presidente—. LeBron se ha manifestado contra el uso indiscriminado de las armas y trabaja con Michelle para asegurarse de que cada vez más niños vayan al colegio, de que lleguen a la universidad. Su fundación hace una cosa increíble: paga la matrícula universitaria de mil cien chicos de Akron.»

Para LeBron, Obama se ha convertido en una especie de mentor, en el ejemplo de aquello que quiere ser fuera de la pista, sobre cómo hablar de justicia social y de todos esos temas que forman parte de las causas que él mismo impulsa. La colaboración entre ambos es muy estrecha, hasta el punto de que Obama fue invitado de honor en el evento retrasmitido por todas las cadenas televisivas y que LeBron organizó para los estudiantes de último año en 2020, quienes por culpa del coronavirus no tuvieron las tradicionales celebraciones de fin de

instituto. El expresidente también es la persona a la que LeBron llamó para solicitar consejo cuando la burbuja con la que la NBA cerró la temporada 2020 estaba a punto de explotar, tras el boicot que iniciaron los jugadores de Milwaukee. «Tengo la suerte de poder llamar amigo al cuadragésimo cuarto presidente de Estados Unidos, así que le llamamos y le pedimos ayuda.»

Con Donald Trump, el cuadragésimo quinto presidente, las relaciones son sin duda alguna más conflictivas; y lo son desde que era simplemente el candidato a la Casa Blanca del Partido Republicano. Sus ideas se sitúan en las antípodas respecto a las de James, hasta el punto de que LeBron en noviembre de 2016 hizo campaña electoral en Ohio por Hillary Clinton, la contrincante de Trump en las elecciones. En un escenario de Cleveland, pocos meses antes de la victoria del título que lo convertiría en el rey de todo Ohio —no solo de su ciudad más representativa—, LeBron llama a Hillary «señora presidenta» y explica por qué ella es la mejor elección de cara al futuro. No sirve de nada: Trump gana las elecciones, a pesar de que Clinton se hace con el voto más popular, y gana también el estado de Ohio. LeBron es parte del movimiento de deportistas que no tienen miedo de hablar contra las injusticias sociales, de contrastar la narrativa que el presidente Trump propone a la que considera «su América». El conflicto es inevitable y alcanza el momento más álgido en septiembre de 2017, después de que los Warriors conquistaran las Finales tras ganar una vez más a LeBron y a sus Cavaliers, y decidieran no acudir a la Casa Blanca para festejar el anillo con el presidente, como es la tradición. Ya lo habían hecho a principios de 2016 con Obama, para celebrar su primer título. El *coach* Steve Kerr había atacado con dureza a Trump desde antes de que fuese elegido presidente; los jugadores más destacados del equipo, desde Curry hasta Iguodala, el «adulto en la sala», habían manifestado posiciones contrarias a las mostradas por el que fuera primero candidato republicano y después presidente. Pocas horas después de la victoria, en

la fiesta que tiene lugar dentro del Oracle Arena a principios de junio, madura la idea de rechazar la invitación del presidente. Golden State silencia los primeros rumores: «Es un problema del que nos ocuparemos cuando llegue el momento». La invitación es prácticamente automática, pero sigue siendo una invitación. Se retoma el tema a finales de septiembre, cuando Curry dice abiertamente que los Warriors no acudirán: demasiadas diferencias de opinión. Para evitar el ridículo mediático, Trump intenta mover ficha antes y publica en Twitter que ha retirado la invitación. Entonces LeBron responde: «Oye, payaso. Steph Curry ya dijo que no irá, así que no hay ninguna invitación que retirar. Ir a la Casa Blanca era un gran honor antes de que llegases tú».

Las pullas de LeBron continúan. Es consciente de la repercusión de todo lo que diga y hace tiempo que no teme exponerse sobre temas que van más allá de la cancha, de hacer públicas sus propias ideas y expresar su desacuerdo; aunque se trate de estar en completa discrepancia con el presidente de Estados Unidos. Al fin y al cabo, es uno de los jugadores más famosos del mundo, una figura cada vez más icónica, un punto de referencia no solo por lo que hace en la pista. Si con Obama tenía muchos rasgos en común, afinidades que derivaban también de la historia personal de ambos, de la necesidad de superar obstáculos que para otros serían infranqueables para alcanzar el éxito, LeBron y Trump no podrían estar en polos más opuestos. El cuadragésimo quinto presidente de Estados Unidos creció en Nueva York en el seno de una familia rica que siempre se lo dio todo, y construyó su propio imperio gracias a un préstamo de su padre. LeBron, por su parte, erigió su imperio empezando desde la nada, partiendo de las condiciones más difíciles. La política de Trump va en contra de todo aquello que LeBron representa, contra los intentos que lleva a cabo a través de su fundación para mejorar la sociedad.

«En Estados Unidos siempre ha habido odio, lo sabemos bien; pero Donald Trump lo ha vuelto a poner de moda.»

«El presidente, el hombre que tiene el trabajo más importante de

Estados Unidos, es una persona que no comprende a las personas. Es más, a la que las personas le importan una m*****.»

Si ataques de este tipo procedieran de contrincantes políticos, Trump habría respondido con una serie de tuits dirigidos a su enorme lista de seguidores, intentando tener siempre la última palabra, respondiendo golpe por golpe. Sin embargo, las respuestas a LeBron fueron escasas, tal vez porque era consciente del estatus de James como deportista respetado, como persona cuyo impacto ha llegado más lejos que las canchas. Las respuestas llegaron cuando el enfrentamiento era inevitable, cuando tras la pandemia y antes de entrar en la burbuja del verano de 2020 la NBA apoyó la protesta de Black Lives Matter, esa que llevó a muchas personas a protestar contra la desigualdad social en numerosas ciudades de Estados Unidos, y por la que muchos jugadores de la NBA salieron a la calle a pesar del miedo del coronavirus. Esa que llevó la frase símbolo de la protesta a las canchas de juego de la NBA, la que hizo que los jugadores se pusieran de rodillas antes del himno nacional. Cuando los primeros datos de audiencia televisiva de la reanudación de la temporada mostraron una caída, Trump hizo oír su propia voz atacando a la liga de baloncesto y diciendo que ese desplome se debía a la excesiva politización.

«No creo que haya nadie en el mundo del baloncesto que esté triste por haberlo perdido como espectador. Tenemos seguidores en todo el mundo, hinchas que no solo aman cómo jugamos, sino que también respetan todo aquello que estamos incluyendo en el juego, comenzando por aquello que consideramos que está bien o que está mal.»

Durante las Finales, el ataque de Trump fue dirigido directamente a LeBron: «Es un gran jugador de baloncesto, pero la gente no quiere ver cómo se comporta de esa manera. Es un *hater* —dice el presidente durante una entrevista en televisión—. Nadie quiere sentarse en el sofá a mirar un partido y ver a alguien que tiene tanto odio como él».

No era solo un mensaje dirigido a un jugador que no compartía sus

opiniones: faltaba un mes para las elecciones en las que Trump podría perder la presidencia, así que aquello era un mensaje para un adversario político. Antes de la burbuja, LeBron había vuelto a trabajar con Michelle Obama y habían creado More than a Vote, una asociación filantrópica que tiene como objetivo concienciar a los grupos sociales más pobres de su derecho al voto y cómo ejercerlo. Es decir, que querían asegurarse de que la participación en noviembre fuese la más alta posible: «No os diremos a quién votar, pero sí cómo hacerlo». Es un mensaje dirigido a todos, pero especialmente a las minorías más propensas a votar en contra de Trump. El impacto fue bastante significativo en Georgia, donde también gracias a More than a Vote la participación electoral fue altísima, y donde Trump perdió el estado por algunos miles de votos, lo que dio vida a esa campaña suya para cambiar el resultado de las elecciones y que tuvo como consecuencia su segundo proceso de destitución o *impeachment*.

Cuando el 7 de noviembre, cuatro días después de las elecciones, se anuncia la derrota de Trump y la victoria de Joe Biden, LeBron lo festeja en Twitter. Se limita a publicar una foto, la de su tapón a Andre Iguodala en los minutos finales del séptimo partido de las Finales de 2016 entre Cleveland y Golden State, la jugada que considera más icónica de toda su carrera. En la parte inferior de la foto, la cara de Iguodala ha sido sustituida por una foto de Trump; y sobre la de LeBron, quien está en posición dominante mientras golpea la pelota contra el tablero para impedir que entre en el aro, se ve la cara de Joe Biden, el nuevo presidente, aquel con quien LeBron cuenta para celebrar pronto la victoria del próximo título. En la Casa Blanca. Como hizo con Obama.

6

Coges un conejo, una banda de alienígenas y al mejor jugador de baloncesto del mundo, y ¿qué obtienes? *Space Jam*, una película de culto que desde 1996 sigue entusiasmando a generaciones de apasionados y también a quien se la encuentra por enésima vez en televisión. Porque Bugs Bunny con la pelota de baloncesto en la mano es más irresistible que cuando masca zanahorias, monta líos y después te pregunta con cara inocente, pero con una mirada un tanto retadora: «¿Qué hay de nuevo, viejo?». Y porque Michael Jordan con esa película alcanzó definitivamente su estatus de icono mundial. Al aceptar actuar en una producción que obtuvo más de doscientos treinta millones de dólares de recaudación, una película que se convirtió en un modelo de *merchandising* y que fue tan famosa que su banda sonora ha ganado seis veces el disco de platino, Michael Jordan salió de una vez por todas de los límites de la cancha de juego para entrar en la leyenda; al igual que otras estrellas de la NBA de mediados de los años noventa que participaron en el film, aquellos a los que los alienígenas Monstars les roban el talento para usarlo contra Jordan, Bugs y el resto de los Looney Tunes, quienes se ven retados a disputar un improbable partido de baloncesto en el que se decide el destino de la Tierra, con resultados hilarantes pero capaces de hacer historia en el mundo del cine y de las películas deportivas. Para muchos de la generación Z, Muggsy Bogues no es el base bajito de los primeros Charlotte Hornets, sino el de *Space Jam*; el partido entre la Tune Squad y los Monstars es por lo menos tan legendario como las Finales de 1998 entre los Chicago Bulls y los Utah Jazz; y el vuelo final de Jordan bien vale, icónicamente, *the last shot*, el último tiro con el que dijo la última palabra en aquella serie, para

ponerse en el dedo el sexto y último anillo de su carrera. Inmortal.

Al igual que las míticas pachangas de baloncesto en las pausas de las grabaciones de la película, una especie de All-Star Game festivo en los estudios de grabación de Burbank, al norte de las colinas de Hollywood. Cuando se presentó a la primera grabación en el verano de 1995, Michael Jordan acababa de volver a jugar tras su incursión en el mundo del béisbol. Hizo que montaran una cancha de entrenamiento en los estudios, donde pasaba cada momento libre que tenía para ponerse en forma, para volver a ser el mejor de todos. Había perdido un año y medio intentando transformar su cuerpo en el de un jugador de béisbol, para hacer realidad su sueño de niño, ese mismo que había compartido con su padre. No lo había conseguido: en el diamante tal vez podía convertirse en alguien, quizá podía llegar a las Grandes Ligas de Béisbol, pero nunca sería el mejor de todos como lo era en el baloncesto, el mejor de todos los tiempos. Por lo que había decidido volver en marzo de 1995, pero en los últimos partidos de aquella temporada regular y en las dos series de *playoffs* que había jugado no era el Jordan habitual. Así que los entrenamientos durante la grabación de *Space Jam*, las pachangas jugadas contra los compañeros de rodaje, quienes aspiraban a ocupar el trono que él había dejado libre, sirvieron precisamente para eso: para enfrentarse de nuevo a los mejores, para volver a ponerse a su nivel, para superarlos. Jordan construyó la legendaria temporada de setenta y dos victorias de Chicago sobre aquellos partidos. También fue gracias a ellos, por el buen ambiente que se creó durante esos encuentros infinitos (a menudo duraban hasta bien entrada la noche); si te invitaban a participar, quería decir que eras alguien. *Space Jam*, que en España se estrenó el 7 de febrero de 1997, se convirtió en una película de culto.

En el cine, un éxito de tal calibre suele conllevar una palabra: secuela. Sin embargo, Jordan no tenía ningún interés y la rechazó. Sin un protagonista, la Warner Bros aparcó el proyecto durante años. Hasta que en 2006 llamó a la puerta de un chico de Akron, considerado el

heredero de Jordan en la pista. ¿Por qué no hacer de LeBron James, aquel jugador que tras solo tres años en la NBA parece estar dispuesto a comerse el mundo, el heredero de Michael Jordan también en la gran pantalla? ¿Por qué no intentar convertirlo en la nueva estrella del Tune Squad? LeBron tenía tan solo diez años cuando se estrenó *Space Jam*. Para entonces, el baloncesto era ya parte de su vida: quería ser como Mike, imitarlo en todo y para todo; incluso se ponía «su» número 23 en la espalda. Aquella película era parte de él, de su crecimiento, de la pasión ilimitada que sentía hacia Jordan; y, aun así, rechazó la propuesta, por fascinante que fuera: «No creía estar listo para ser algo tan grande. Prefería seguir concentrándome en el deporte, en ser el mejor jugador de baloncesto que me fuera posible». Maverick estaba de acuerdo: era demasiado pronto para un proyecto tan ambicioso como aquel.

La vida de LeBron está en el baloncesto, pero a medida que pasa el tiempo se siente más cómodo delante de las cámaras. Sabe que es divertido, interesante, que muestra complicidad. Cuando en 2007 le proponen que participe en un capítulo de *Saturday Night Live*, programa satírico de culto en la televisión estadounidense, demuestra no solo estar a la altura de la situación, sino tenerlo todo perfectamente bajo control. Sin presión alguna: el objetivo es ser la mejor versión posible de sí mismo. Igual que cuando está en la cancha.

También por esto, cuando en 2015 le ofrecen un papel en *Trainwreck* (titulada *Y de repente tú* en España y *Esta chica es un desastre* en Hispanoamérica) acepta de buen grado. Se trata de una comedia romántica escrita por Judd Apatow y Amy Schumer, la protagonista femenina. LeBron es el amigo metomentodo del protagonista masculino, una versión divertida de sí mismo. «Lo incorporé al guion porque era el único jugador de baloncesto que conocía, pero pensé que podía ser divertido», cuenta Schumer.

Bill Hader, el protagonista masculino, había trabajado con LeBron en el episodio de *Saturday Night Live*; son él y Apatow los que lo reclutan

para la película. James acepta entusiasmado. El guion le gusta, el papel le gusta. Se presenta para grabar en la última semana de rodaje, cuando el grupo llevaba ya meses de grabación. «No sabíamos qué esperarnos; pensábamos que en el peor de los casos algo bueno sacaríamos de él», afirmó más tarde Apatow. Una vez en el plató, LeBron rechaza a un profesor de interpretación: quiere ser él mismo, tal y como exige el guion. Y lo consigue. «LeBron es el personaje más divertido de la película, y esta es la mejor actuación cinematográfica de un jugador de baloncesto en activo», lo corona la revista *New Yorker*. «Tendría todo el derecho a no funcionar, a que el público se esperara lo peor de su actuación. Pero ya en la primera escena despeja todas las dudas, al mostrarse tan autoirónico y ser capaz de bromear sobre su tacañería contando que había dado un rodeo de cuarenta minutos para recuperar un par de gafas de treinta dólares. Desternillante.»

Ha superado el último examen; ahora LeBron puede decir que sí a aquella confrontación con Michael Jordan fuera de la cancha que había rechazado al principio de su carrera. *Trainwreck* se estrena en los cines de Estados Unidos el 17 de julio de 2015; pocos meses después, la SpringHill Entertainment que él y Maverick crearon firma con la Warner Bros para producir el nuevo *Space Jam*, con LeBron como protagonista. Un año más tarde, el proyecto comienza a tomar forma. «Cuando era más joven, pensaba que *Space Jam* había tenido tanto éxito que no había manera de mejorarla, que siempre se diría que LeBron intenta copiar todo aquello que Jordan había hecho. Pero ahora que soy mayor, sé perfectamente quién soy, qué represento.»

El proyecto tiene un lema: la idea no es hacer *Space Jam 2*, una secuela de la primera película, sino crear una nueva, con presupuestos parecidos, pero con vida propia. Hasta tal punto que el título original es *Space Jam: A New Legacy* (en España, *Space Jam: nuevas leyendas*, y en Hispanoamérica, *Space Jam: una nueva era*). El centro de la película sigue siendo el baloncesto y el partido con James, Bugs Bunny y los

otros miembros del Tune Squad, pero en la trama se exploran temas más serios respecto a la primera, como la paternidad y la familia, dado que en el film James tiene un hijo adolescente (no Bronny, sino Cedric Joe, de dieciséis años), su segundo hijo, con quien le cuesta relacionarse y con quien se verá atrapado en el universo alternativo Warner, del que deberá intentar salir con la ayuda de Bugs Bunny y los otros miembros del equipo original. En comparación con Jordan, LeBron actúa mucho más. Al igual que con su antecesor, la producción montó para él un campo de juego en el plató de Burbank. La grabación comenzó a finales de la primavera de 2019, en parte en la mansión que el superfanático de la NBA Jimmy Goldstein posee en las colinas de Los Ángeles, una maravillosa casa sumergida en la naturaleza con pista de tenis privada —que se transformó en cancha de baloncesto por exigencias del guion— y una piscina con vistas impresionantes de la ciudad. Durante la grabación, LeBron afianzó su amistad con Anthony Davis, lo que sentó las bases para la victoria del título que los Lakers conquistaron en 2020. Anthony Davis es uno de los muchos jugadores de la NBA que aparecen en la película; todos ellos eran tan admiradores de la primera que bombardearon a mensajes a LeBron para asegurarse una pequeña aparición en la segunda, de manera que tal vez dentro de algunos años algún chiquillo de la generación Alfa se acuerde de ellos más por aquel cameo que por lo que han hecho en la pista. Para LeBron, el rodaje supuso todo un reto, no tanto por la dificultad de estar delante de las cámaras como por conciliar las exigencias del rodaje con las de sus entrenamientos. El verano de 2019 fue el primero en trece años en el que no jugó los *playoffs*, el que siguió a la lesión más importante de su carrera; para él era tan imperativo acudir al inicio de la temporada en su mejor forma como dar lo mejor de sí en la película. «Me entrenaba a las 3.30 de la mañana durante un par de horas, y después me presentaba en el plató para prepararme. A menudo trabajábamos hasta bien entrada la noche. Tanto en el baloncesto como en el cine, hay que estar siempre listo.»

La aventura con *Space Jam* no salió tan bien como se esperaba. Se estrenó en Estados Unidos el 16 de julio de 2021 (en España, una semana más tarde) y fue recibida con frialdad por parte de la crítica; a pesar de que en el primer fin de semana batió a un coloso de la Marvel, cerró el 2021 con 144 millones de dólares de recaudación global, lo que apenas cubrió los costes de producción. Bien es verdad que la pandemia no ayudó, pero todos se esperaban otra cosa.

LeBron cuenta todavía con un as en la manga para transformarlo en un éxito: el impacto cultural. La película está vinculada con muchas actividades de *merchandising*, que van desde la edición especial de las zapatillas que llevan su nombre, hasta acuerdos con empresas de ropa y ropa interior. Una manera de conseguir que el eco de la película sea mucho más duradero y tenga mayor alcance. Si dentro de unos años el nuevo fenómeno del baloncesto afirma que cogió una pelota entre sus manos inspirado por la película, entonces James sabrá que ha triunfado.

Epílogo

Hacer un mate es como volar, es natural y liberador al mismo tiempo, con trece años y con treinta y siete. Lo es para un chiquillo de la escuela media que por primera vez durante un partido consigue completar esa acción espectacular, esencia misma del juego, y que con ese mate demuestra tener el talento que necesita para llegar a ser alguien. También lo es para un experto profesional de la NBA que a lo largo de su vida ha sido más deportista que cualquier otra cosa, un tipo que en su decimonovena temporada en la liga de baloncesto más hermosa del mundo debería resignarse a hacer de escudero, como todos esos coetáneos que cuando hablan de sus días en la cancha como profesionales del baloncesto lo hacen en pasado y se preguntan qué hacer con su futuro. LeBron, que pone en ello la misma rabia y determinación que ha lucido miles de veces en su carrera, no quiere oír hablar de bajas ni de jubilación: quiere demostrar que sigue siendo el mejor de todos, que continúa siendo el rey.

«Soy un problema, ¡una m… de problema para vosotros!» Ese grito tan liberador, vomitado a la cara del banquillo de los Sacramento, un martes cualquiera a principios de enero, en plena temporada, es una declaración de intenciones: LeBron Raymone James no tiene ninguna intención de renunciar a su trono; no por ahora, a pesar de que ha cumplido los treinta y ocho años y que el Padre Tiempo siempre encuentra la dirección de todos aquellos que intentan eludir sus leyes; a pesar de que diecinueve temporadas en la NBA implican tener tantos kilómetros en las piernas que algunas cosas sería mejor dejar que las hagan otros, los más jóvenes, y conformarse con estar en la pista, con hacer acto de presencia. Al fin y al cabo, Michael Jordan no llegó a

jugar diecinueve temporadas en la NBA, se quedó en las doce y pico con los Bulls (con ese paréntesis dedicado al béisbol), antes de volver con los Washington, ya con más de treinta y ocho años después de tres de parón: ese fue su regalo a un país herido tras el 11 de septiembre de 2001. Kobe Bryant, en plena decimonovena temporada, en 2014-15, estaba intentando demostrar que aún era la verdadera Mamba en un año en el que jugó 35 partidos de 82, con esa lesión en el telón de Aquiles que se hizo en 2013 y de la que aún pagaba las consecuencias.

Con más de treinta y siete años, a pesar de estar entre los mejores cinco jugadores más mayores en la temporada 2021-22, LeBron sigue siendo el centro del mundo de los Lakers. El equipo gira en torno a él: las ambiciones de volver a ganar el título tras lo ocurrido en la burbuja, en octubre de 2020, el desesperado intento de ser un equipo, siguen pasando por LeBron y su talento. A pesar de Anthony Davis, quien según los planes de la directiva del equipo antes o después debería recoger el testigo de James como hombre franquicia, y de Russell Westbrook, tercera estrella que llegó en el verano de 2021. «LeBron es increíble. Pienso que como baloncestistas debemos alegrarnos de poder admirarlo en la cancha. Cómo enfoca su profesión nos galvaniza como grupo, impulsa a todo el equipo en la dirección correcta», afirma el *coach* Fizdale, que sustituyó temporalmente a Frank Vogel por el protocolo COVID, tras la enésima obra maestra de James en su extraordinario mes de diciembre en 2021, cuando cumplió treinta y siete años. Lo festejó con 30,7 puntos, 9,3 rebotes y 6,5 asistencias por partido, cifras tan extraordinarias que en los diez años anteriores las había superado tan solo dos veces. «A su edad pensaba qué trabajo podría hacer en una oficina», contaba consternado un exjugador y actual comentarista televisivo al hablar de la enésima gesta de King James. LeBron sorprende porque juega como si los diecinueve años de carrera aún los tuviera por delante, y no a sus espaldas: «Sé que no jugaré otros diecinueve años, que estoy más cerca del final de mi carrera que a la

mitad. Veremos hasta dónde me llevan mi cuerpo y mi mente. Mientras mi mente siga fresca y mi cuerpo aguante, sé que podré seguir jugando. Pero cuando llegue el momento de dejarlo, de retirarme, sé que habré jugado lo suficiente para sentirme satisfecho».

En la cabeza de LeBron, el momento de dejarlo queda aún bastante lejos. Tiene otros objetivos que perseguir, otros logros que alcanzar, comenzando por la conquista de un nuevo anillo con los Lakers, el equipo al que está vinculado contractualmente al menos hasta 2023. Su idea es conseguirlo de inmediato, como protagonista, tal vez como MVP de las Finales, como sucedió en la burbuja de Orlando. Y también hay otros fantasmas que perseguir, otros hitos que alcanzar, como el umbral de los 36 000 puntos durante su carrera, que superó poco antes de cumplir los treinta y siete. Solo otros dos jugadores antes de LeBron lo habían superado: uno es Karl Malone, el inolvidable «cartero» de los Jazz de Utah de los años ochenta y noventa, que es el segundo mejor anotador de la historia de la NBA con 36 928 puntos, cifra que LeBron superó el 19 de marzo de 2022; el otro es Kareem Abdul-Jabbar, el máximo anotador de la historia con 38 387 puntos. Kareem, uno de los monumentos de la NBA (y, al igual que James, mucho más que un simple deportista) jugó durante veinte temporadas y se retiró en 1988-89, tras haber cumplido los cuarenta y dos. Pero al final de su carrera ya no era un punto de referencia en los Lakers, como aún lo es LeBron. «Cuando bata mi récord, que lo hará, estaré allí para aplaudirle», dijo Kareem, para quien las marcas están ahí para superarlas.

Para la parte final de su carrera, LeBron tiene otro objetivo, uno que le importa más que los récords, que las victorias, los trofeos y los títulos: «Sueño con jugar en la NBA con mi hijo Bronny». Bronny es LeBron James júnior, el hijo mayor de LeBron y de Savannah, nacido en octubre de 2004. Al igual que su padre y que su hermano pequeño Bryce, Bronny parece llevar el baloncesto en la sangre. Tiene diecisiete años y está en el tercer año de instituto en el Sierra Canyon High School de Los

Ángeles. Es una celebridad; su perfil en Instagram tiene más de seis millones de seguidores y tiene el suficiente talento para estar en el punto de mira de las mejores universidades de Estados Unidos, desde la Duke hasta la UCLA, y para tener posibilidades de entrar en la NBA, aunque sin la increíble presión que tuvo que sobrellevar su padre, quien a su edad ya tenía colgada la etiqueta de «el nuevo Michael Jordan».

«Nunca lo hablamos, pero el sueño de mi hijo es jugar en la NBA; y hacerlo a un alto nivel. Bronny juega desde siempre de forma correcta, de la misma manera en que me enseñaron a mí: no le interesan solo los números, sino que pone por delante el éxito del equipo. Para él nada es nunca demasiado bueno ni demasiado malo. Si sigue así, tiene posibilidades de jugar a alto nivel. Pero como familia nos ocuparemos de ello cuando suceda. Yo quiero que lo consiga, quiero estar en la cancha con él porque será un momento surrealista. Aún queda tiempo, pero con salud y un poco de suerte puede llegar a suceder.»

Hasta que eso suceda, a Bronny le queda mucho camino por recorrer. Ya se le considera uno de los mejores sesenta jugadores de instituto de Estados Unidos, pero tiene aún mucho que demostrar, tras solo un año de universidad (ahora es obligatorio, no como en los tiempos de su padre, cuando estaba permitido entrar directamente en el mundo profesional una vez terminada la secundaria, sin pasar por la universidad). La reunión de la familia James en un parqué de la NBA no podrá suceder antes de la temporada 2024-25, siempre y cuando Bronny siga creciendo y destacando por lo que hace en la cancha, y siempre y cuando el físico y la mente de LeBron se lo permitan. Si sucede, sería la primera vez en la historia: nunca antes un padre y un hijo han jugado en la pista en el mismo partido de la NBA. Pero LeBron es el hombre de las misiones imposibles: superó el infierno de Akron, aterrizó en el mundo profesional con la etiqueta de «el nuevo Jordan», y no solo no dejó que esa presión pudiera con él, sino que superó las previsiones labrándose una carrera legendaria, para ser uno de los setenta y cinco mejores jugadores de siempre, saliendo de los límites de la pista y convirtiéndose

en uno de los deportistas más famosos de todos los tiempos, en mucho más que un simple jugador. LeBron es un rey que espera a su principito, que sueña con pasarle la corona. Si esto significa jugar hasta el umbral de los cuarenta años, seguir siendo protagonista y desafiar al Padre Tiempo, él está dispuesto a hacerlo. LeBron creció sin un padre, y por eso sus hijos siempre fueron el centro de su vida; ahora que el mayor de sus chicos ha elegido seguir su camino, está listo para guiarle, para enseñarle cómo se hace: «Quiero estar en la pista con él». Hace mucho que LeBron imagina ese reto, ese encuentro, que se pregunta cómo sería machacar si quien le pasa la pelota es Bronny. Sería como volar, natural y liberador al mismo tiempo. Sería fantástico, más que cualquier otro título, que cualquier otro hito. Sería un sueño: uno de esos que se deben hacer realidad, sea como sea.

Título original en italiano: *King. La biografia di LeBron James*

© 2021, FullDay Srl

Primera edición: febrero de 2023

© de la traducción: 2023, Paula González
© de esta edición: 2023, Roca Editorial de Libros, S. L.
Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.
08003 Barcelona
actualidad@rocaeditorial.com
www.rocalibros.com

Composición digital: Pablo Barrio

ISBN: 9788412572797

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.